

Benito Olmo

La maniobra de la tortuga



Lectulandia

Empujado por el infortunio, el irreverente inspector Manuel Bianquetti se ve obligado a aceptar un traslado forzoso a la comisaría de Cádiz, un destino previsiblemente tranquilo que se verá alterado con el hallazgo del cadáver de una joven de dieciséis años. Una muerte violenta que le traerá reminiscencias de un pasado del que no logra desprenderse.

A pesar de la oposición de sus superiores, el inspector Bianquetti emprenderá una cruzada solitaria para atrapar al culpable siguiendo el rastro de unas evidencias que podrían no existir más allá de su imaginación.

La realidad se va oscureciendo en la medida en la que el lector va devorando páginas al tiempo que participa junto al protagonista en la investigación de un caso cada vez más turbio y escabroso.

Lectulandia

Benito Olmo

La maniobra de la tortuga

ePub r1.0

Titivillus 02.06.16

Título original: *La maniobra de la tortuga*
Benito Olmo, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Paula. Todo.

ADRENALINA PURA PARA EL CORAZÓN

Prólogo

Todavía no me había recuperado del fracaso cosechado en el asunto de la rubia platino cuando aquel caso me estalló en la cara como lo hace en el paladar el sabor a madera vieja del buen *bourbon*.

Siguiendo los pasos de un escurridizo asesino en serie que se había llevado por delante a unos cuantos desafortunados en mi ciudad natal, Valladolid, me desplacé hasta Valencia a principios del mes de mayo del 2013.

Allí fue la primera vez que escuché hablar de él.

El día acompañaba. Lucía el sol, la temperatura era buena y daba la impresión de que ese sábado los valencianos se habían tirado a la calle como si el mundo se fuera a terminar con las últimas luces del día. Recuerdo que tuve que dejar mi gabardina en el coche antes de acudir a la cita fijada con Ramón Palomar y Alicia Giménez Bartlett, dos confidentes que habrían de soltarme la información que andaba buscando para continuar avanzando en aquel encargo que me ardía entre las manos. Algo más tarde, tratando de indagar en el perfil de aquel sociópata narcisista, me vi interrogando a libreros de caseta en caseta, flotando sin rumbo como una cometa, y sin hilo, a merced de la primera corriente que me encontrara en el camino.

Pero siempre hay ráfagas favorables, solo hay que saber distinguirlas y la mía llegó a modo de sugerencia.

—Tienes que hablar con Benito Olmo, ese tipo sabe más de lo que aparenta —me susurró alguien.

Nunca había oído hablar de él, pero, según pude averiguar, atesoraba más experiencia que yo —lo cual no era difícil pues no era más que un recién llegado en el mundo de la investigación privada— y estaba tratando de ampliar su área de influencia desde Cádiz.

«Cojones tiene», pensé.

Y no me equivocaba, porque resultó que cojones tenía.

Un tipo de buena talla, ojos fisgones y noble sonrisa me esperaba con la mano extendida y muchas palabras que pronunciar. Me relató cómo acababa de dar carpetazo a un complicado caso de un escritor refugiado en sí mismo que cae en el pozo de las sombras de un escabroso pasado antes de verse deslumbrado por las luces de un amor poco menos que imposible. Aquella historia aconteció en Granada y, según me confirmaron otros, había logrado resolverlo con mucha más pericia que reconocimiento. Aquel primer encuentro duró más bien poco, pero lo suficiente para que me dejara un poso indeleble, una conclusión, una certeza: yo era un calvo con suerte, un privilegiado.

Poco después, naufragando en la espuma de la cerveza que tenía delante, empecé a valorar de otra forma el hecho de haber contado desde el principio con un revólver cargado con la munición del sello editorial al que yo representaba. Unas balas que sin duda facilitan el desempeño de mi profesión a la hora de enfrentarme a las dificultades del día a día. Aquel gaditano, en cambio, tenía que desgastar las suelas de sus zapatos para encontrar clientes y casos en los que trabajar.

Tenía que saber más sobre Benito Olmo.

Así, me propuse escarbar en sus antecedentes a través de un informe que él mismo me facilitó del caso *Mil cosas que no te dije antes de perderte*. Solo me hizo falta leer las primeras páginas para cerciorarme de que sabía perfectamente lo que hacía. Cuando lo terminé leí mis notas: trama de muchos quilates, bien equilibrada y estructurada con gran acierto; uso de un léxico variado y enriquecedor; personajes bien dibujados y perfectamente interpretados. Pero, sobre todo, subrayé varias veces el uso honesto de la prosa.

Un investigador de la vieja escuela, ese era Benito Olmo.

Pasaron algunos meses hasta que volví a coincidir con él. Esta vez el escenario fue el madrileño Parque del Retiro. Yo continuaba persiguiendo a mi escurridizo asesino en serie mientras que él andaba metido en asuntos varios a la espera de recibir noticias que allanaran su futuro. Se le notaba esperanzado, con ganas renovadas de seguir peleando por hacerse un sitio en aquel complicado negocio y, sin poder evitarlo, me dejé contagiar por aquellas emociones para afrontar la última etapa de mi viaje.

A partir de entonces estrechamos los lazos de la amistad y atravesamos esa invisible barrera que separa la profesionalidad de la confidencialidad; fuimos algo más que colegas compartiendo un mismo oficio.

Sin embargo, no fue hasta el último encuentro que tuve con Benito cuando comprendí por fin las razones que alimentaban su entusiasmo. Fue en Sevilla, pero no vino solo.

Porque él también escondía un as en la manga.

Adrenalina pura para el corazón.

Porque contar con el apoyo absoluto de la persona con la que compartes a diario tus sueños vale mucho más que trabajar en el mejor de los sellos editoriales.

Y sé muy bien de lo que hablo, créanme.

Paula, sirvan estas últimas líneas como agradecimiento de parte de todos los que ya somos lectores de Benito. Y de todos los que llegarán.

Benito, ya eras un gran investigador antes de que te concedieran la licencia, ahora solo tienes que demostrarlo.

Aquí nos tienes.

César Pérez Gellida, un amigo

CAPÍTULO 0

*Club Dimas, Jerez de la Frontera
Sábado, 22:05 horas*

Las putas se contoneaban de un lado para otro, en biquini o ropa interior, tratando de llamar la atención de la docena de hombres que las devoraban con la mirada desde la barra. Pese a ser sábado, el local no estaba demasiado concurrido y Manuel escogió una mesa situada en un rincón alejado de la entrada desde donde podía contemplar cómo, uno tras otro, los clientes caían en las provocaciones de las chicas y consentían en invitarlas a una ronda. Estas, conocedoras de su cometido, pedían copas de champán que después les cobrarían a precio de oro.

Manuel decidió que no le disgustaba aquel sitio. A pesar de la decoración sesentera y recargada, con neones rojos, taburetes cromados y anticuados sofás de piel, resultaba agradable fumar y beber en la penumbra que proporcionaba la escasa iluminación del local. Las chicas no tenían mala pinta, aunque eso era lo de menos. Un par de ellas se le habían acercado nada más llegar esgrimiendo sonrisas que pretendían ser provocativas, pero enseguida se dieron cuenta de que no había ido en busca de compañía, sino más bien todo lo contrario.

Llamó la atención de una de las camareras sosteniendo el tercio de cerveza vacío en alto y esta se acercó a su mesa y se lo cambió por uno lleno al instante. «Esto es eficiencia», pensó. Antes de que pudiera darle el primer sorbo, las puertas del local se abrieron y entró un grupo de cuatro hombres que se acodaron en la barra y comenzaron a pedir de forma desordenada. Manuel se fijó en uno de ellos en particular y, cuando sus miradas se encontraron, supo que algo iba mal.

Un destello de reconocimiento brilló en las facciones del individuo, que apartó la mirada de inmediato, y Manuel dio un largo trago directamente del gollete sin quitarle los ojos de encima. Le observó dar un leve codazo a uno de sus acompañantes y decirle algo al oído. Ninguno se volvió para mirarle, pero tampoco hizo falta que lo hicieran.

Manuel no creía en las casualidades. No lo había hecho nunca, lo que le había salvado el pellejo en más de una ocasión. Por eso, en cuanto reconoció a aquel tipo supo que tendría suerte si acababa la noche de una pieza. Era el mismo al que había detectado siguiéndole aquella misma tarde al volante de un Fiat de color azul eléctrico y al que creía haber despistado sin demasiadas complicaciones.

Que coincidiera con aquel individuo dos veces en un mismo día no podía ser casualidad, y que encima apareciera en compañía de otros tres amigos no resultaba nada tranquilizador. Todos tenían el mismo aspecto patibulario, maleantes de medio

pelo con colgantes y anillos de oro y ropa poco discreta, y Manuel intuyó que por separado no debían de ser demasiado peligrosos. Sin embargo, cuatro contra uno era una apuesta perdida de antemano. Una desventaja insalvable a la que no podría hacer frente con las manos vacías.

Dio un nuevo trago a la cerveza mientras su cerebro carburaba a toda velocidad. La salida estaba en el lado opuesto del local y para llegar hasta allí tendría que pasar a la fuerza junto a aquel grupo. ¿Irían armados? Se preguntó si le asaltarían allí mismo o si tenían planeado dejarle salir para después atacarle en el aparcamiento. Había dejado su revólver en el coche, pero dudaba de que fueran a dejarle llegar hasta él y masculló una maldición mientras calculaba riesgos y probabilidades de éxito. Por más vueltas que le daba no veía la manera de salir bien parado de aquel embrollo y comenzó a asumir que tenía que actuar cuanto antes. No podía dejar que aquellos tipos tomaran la iniciativa.

¿Quién les habría enviado? Aunque en aquel momento su principal preocupación era salir indemne de allí, sabía que tendría que plantearse aquella cuestión antes o después. De lo que estaba seguro era de que debía de haber cabreado mucho a alguien. Eso justificaría que se tomaran tantas molestias para quitarle de la circulación.

Los cuatro individuos le dirigían miradas nerviosas cada pocos segundos y Manuel intuyó que no las tenían todas consigo. A pesar de la ventaja numérica, su envergadura debía hacerles presagiar que no iba a ser nada fácil someterle. Parecían aterrorizados. No sería la primera vez que ganaba una pelea sin lanzar un solo puñetazo, ya que muchos matones recapacitaban en cuanto tenían delante sus más de dos metros de altura y capitulaban antes siquiera de empezar a soltar golpes. «Mejor no contar con que se rindan», pensó mientras dejaba el tercio vacío sobre la mesa y tomaba una decisión.

Se puso en pie de forma lenta, lo suficientemente despacio para acentuar su tamaño y que pareciera que no terminaba de levantarse nunca. Trastabilló un poco, fingiendo estar borracho, y vio de reojo cómo los maleantes cruzaban miradas extasiadas, tal que si acabasen de ver multiplicadas sus posibilidades de éxito. Más valía que le creyesen ebrio y torpe a que supieran que hacía un rato que había reparado en ellos.

Caminó hasta la barra tambaleándose y constató que los cuatro rufianes se alborotaban. Uno de ellos dijo algo en voz baja y los demás rieron la ocurrencia, nerviosos. Manuel sacó un billete arrugado y se lo dio a la camarera, que lo hizo desaparecer en algún lugar bajo la barra y se alejó sin devolverle el cambio. «Va a resultar que soy mejor actor de lo que creía», pensó.

—Qué feo es el hijoputa. —Oyó decir.

De nuevo apreció risas nerviosas, contenidas, provenientes del grupo de matones. Ya no se molestaban en disimular, no creían tener que hacerlo. Manuel siguió mirando al frente, como si continuase esperando a que la camarera regresara con su

cambio, mientras medía mentalmente la distancia que le separaba del grupo y calculaba sus posibilidades.

«A tomar por culo», pensó. Si aquellos tipos creían que iba a dejarles machacarle sin más estaban muy equivocados.

Se volvió hacia ellos y los miró uno por uno. Identificó al gracioso que había soltado aquel chascarrillo sobre su aspecto y le dedicó una sonrisa lobuna, logrando que se le congelaran las facciones en una mueca de espanto. Sus rostros evidenciaron que estaban llegando por sí solos a las mismas conclusiones, una tras otra: en primer lugar, algo como «Se ha dado cuenta, sabe que venimos a por él y no está dispuesto a ponérselo fácil». Un instante más tarde llegaba la segunda conclusión: «No está borracho en absoluto. Ha fingido estar ebrio para que nos confiemos y bajemos la guardia».

Antes de que pudieran extraer una tercera conclusión, Manuel cogió el taburete que tenía al lado y lo levantó sobre su cabeza. Debía de pesar unos veinte kilos, pero lo enarboló como si fuera un maldito mondadientes, algo que tampoco les pasó desapercibido. Sin tiempo para reaccionar, los maleantes le vieron lanzar el taburete contra ellos, derribando a los dos que tenía más cerca.

Varias putas comenzaron a chillar ante la trifulca que se avecinaba y, sin darles tiempo a recomponerse, Manuel se desplazó hasta el grupo con una rapidez que nunca habrían atribuido a alguien de su tamaño. Se plantó ante el más gracioso de los cuatro y le soltó un manotazo en la mejilla que sonó como si una corriente de aire hubiera cerrado de golpe las puertas del infierno.

Blam.

Le vio poner los ojos en blanco y caer desmadejado, igual que un títere al que hubieran cortado los hilos. «Uno menos del que preocuparse», pensó mientras se revolvía y salía a la carrera del club.

Una vez fuera se colocó junto a la puerta y armó el brazo. No pensaba cometer el error de echar a correr hacia su coche y dar la espalda a aquellos matones, consciente de que aprovecharían la oportunidad para echársele encima. Dado que no iba a poder llegar hasta su arma, la única opción viable era un ataque directo, por lo que en cuanto vio asomar la cabeza a otro de aquellos tipos le encajó un manotazo en pleno rostro que lo mandó a hacer compañía a su compinche al país de los sueños. *Blam.*

Detrás de aquel individuo venían los dos a los que había derribado al lanzarles el taburete, ya recompuestos y preparados para la batalla y, antes de que pudiera armar el brazo de nuevo, se le echaron encima arrojándole una lluvia de puñetazos en el rostro que le hicieron retroceder.

Manuel acertó a devolver un par de golpes, pero sabía que ya era demasiado tarde y no tardó en trastabillar y tropezar con algo que le hizo caer de culo sobre el suelo de grava del aparcamiento con un estrépito similar al que habría provocado un árbol recién talado. Los matones supieron que no iban a tener otra oportunidad como aquella y, tras saltarle encima, redoblaron sus esfuerzos y le machacaron sin piedad

con puñetazos de los que Manuel trató de cubrirse colocando ambas manos frente a su rostro mientras rezaba por no desmayarse. «Como lo haga, soy hombre muerto».

En un momento de lucidez, en plena lluvia de golpes con dos indeseables sentados sobre él, alcanzó a recordar las circunstancias que le habían llevado a acabar en el aparcamiento de un burdel perdido de la mano de Dios recibiendo la paliza de su vida.

Todo había comenzado con la muerte de una chica. No tenía claros los motivos que hicieron que emprendiera aquella cruzada solitaria para desenmascarar a su asesino, aunque puede que tuviesen algo que ver con el hecho de que sus compañeros y superiores le hubieran repetido una y otra vez que se mantuviera al margen.

El sabor metálico de la sangre le sacó de sus ensoñaciones, enfureciéndole, y entre los dedos alcanzó a ver los rostros jadeantes y sudorosos de sus asaltantes. Si bien los golpes eran demoledores, lo que demostraba que se trataba de individuos experimentados en tales lances, sabía que no tardarían en cansarse y que sus puñetazos se volverían más lentos y menos certeros. Nadie podría mantener aquella cadencia de golpes durante mucho tiempo, «ni siquiera el puto Mohamed Ali», se dijo y resolvió esperar su oportunidad.

A pesar de todo, una parte de su cerebro no paraba de repetirle que aquello no era del todo malo y que si alguien se había molestado en mandar a esos cuatro para que le dieran un escarmiento era porque estaba en el camino correcto. Estaba más cerca de atrapar al asesino de Clara Vidal.

«Si salgo de esta, claro», pensó.

TODO EMPEZÓ CON LA MUERTE DE UNA CHICA

CAPÍTULO 1

Comisaría Provincial, Cádiz
Viernes, 6:57 horas

El día anterior, el inspector Manuel Bianquetti comenzó su jornada de la forma habitual. Llegó a comisaría unos minutos antes de las siete de la mañana, fichó y fue directamente al parque móvil. Cada mañana, los inspectores y subinspectores adscritos a la Comisaría Provincial de Cádiz se reunían a esa hora para organizar el servicio y repartir los asuntos pendientes y las tareas a realizar durante el día. Manuel no estaba invitado a las reuniones, ya que sus funciones en aquellas dependencias apenas requerían planificación, y prefería largarse a desayunar antes que compartir un solo minuto con los inútiles que tenía por compañeros.

En el parque móvil había varios vehículos a disposición de los agentes de paisano, entre ellos el desvencijado Opel Kadett que siempre escogía. La tapicería llena de quemaduras de cigarrillo y el olor a sudor y tabaco encastrado en el habitáculo, fruto de las innumerables noches de vigilancia en las que había servido, eran motivos más que suficientes para que nadie quisiera utilizarlo y resultaba incomprensible que todavía no lo hubieran mandado al desguace. Manuel estaba convencido de que aquella tartana y él tenían algo en común: nadie esperaba nada de ellos.

Encajado en el habitáculo del Kadett, que su corpulencia llenaba casi por completo, condujo hasta el Paseo Marítimo y se puso a la cola de la caravana de madrugadores que acudían a sus lugares de trabajo. El sol todavía no había hecho acto de presencia y el cielo estaba tan oscuro que bien podría haber sido noche cerrada. El viento de levante que llevaba varios días azotando la ciudad parecía haberse calmado al fin, aunque por todas partes se podían ver rescoldos de su furia: vallas publicitarias rotas, contenedores volcados, algunos ciclomotores derribados... Aquel molesto ventarrón, que cada pocas semanas asolaba la ciudad como si de un ciclón se tratase, era una de las cosas que más odiaba de Cádiz.

Llevaba menos de un año en aquella ciudad, pero no echaba de menos Madrid. Durante los primeros meses le pareció que Cádiz se le quedaba pequeño, con sus avenidas estrechas y aquella asfixiante disposición, rodeada de mar por todas partes. Sin embargo, con el tiempo la sensación de angustia había sido sustituida por una extraña resignación ante el modo de vida de aquel pequeño rincón olvidado al sur del sur, más pueblo que ciudad, que parecía regirse según sus propias normas.

Cuando llegó al final del Paseo Marítimo, casi en las afueras, aparcó en doble fila y entró en una tasca llamada El Candil. Había varias cafeterías en las inmediaciones

de la comisaría, pero prefería acudir a aquel tugurio para evitar encontrarse con alguno de sus compañeros.

Nada más entrar saludó al camarero, se acodó en un extremo de la barra y pidió un cortado. Mientras esperaba, el aroma a café recién molido se introdujo en sus fosas nasales sin pedir permiso, un olor que a cualquiera le habría parecido de lo más agradable, pero que a Manuel le hizo arrugar la nariz merced a lo que tiempo atrás un médico calificó como olfato selectivo. Un defecto que provocaba que algunos olores le molestasen profundamente, mientras la mayoría pasaban por su pituitaria sin pena ni alegría.

Para combatir el olor encendió un cigarrillo y exhaló el humo hacia el techo. En aquel momento era el único cliente, por lo que no creyó que el camarero fuera a recriminarle que fumase. Además, llevaba acudiendo a aquel antro el tiempo suficiente como para que supiera que era policía y que se pasaba por el forro aquella absurda ley antitabaco.

—Como vengan los municipales y te vean fumando me va a caer una buena —dijo aquel mientras colocaba el café sobre la barra de madera llena de muescas y marcas de cigarrillos.

—No me vengas con esas —respondió Manuel, poco dado a reírle las gracias a nadie antes del primer café— o te mando una inspección para que cierre este nido de cucarachas.

El camarero esbozó una sonrisa incierta, sin saber si tomarse en serio o no la amenaza. Finalmente negó con la cabeza y le dio la espalda, dispuesto a olvidar el tema y seguir con su trabajo. Manuel probó el cortado y se concentró en el televisor grasiento que daba las noticias desde una esquina del establecimiento.

Aquella fue su primera toma de contacto con el asesinato de Clara Vidal. En la pantalla apareció una reportera frente a un cordón policial custodiado por un agente que trataba de contener a los periodistas que se amontonaban frente a él. Manuel intuyó que había pasado algo gordo, por lo que se acercó al televisor y, sin pedir permiso, utilizó uno de sus gigantescos dedos para pulsar el botón que controlaba el volumen del aparato. A su espalda el camarero alzó las cejas en un gesto ambiguo: por una parte, molesto porque aquel cliente se comportase como si estuviera en su casa; por otra, estupefacto ante la facilidad con la que era capaz de pulsar un botón al que él solo llegaba poniéndose de puntillas desde lo alto de una silla.

—... Ha sido hallada muerta esta mañana, dentro de un contenedor de basura —decía la periodista—. La joven ha sido identificada como Clara Vidal, de nacionalidad colombiana y dieciséis años de edad. Todavía se ignoran las causas de su muerte, aunque la policía está interrogando a los amigos y al novio de la víctima para tratar de esclarecer las circunstancias en las que se produjo.

La reportera dio paso a las declaraciones del novio de la chica, un joven sudamericano de aspecto despistado que hablaba de forma atropellada, aún en estado de *shock*.

—Anoche salimos a bailar, pero Clara se separó de nosotros —dijo, el labio inferior temblando entre palabra y palabra—. La llamamos más de mil veces pero no cogió el teléfono. No sabemos dónde fue ni con quién...

Manuel apenas escuchó las vagas explicaciones del muchacho mientras examinaba sus rasgos latinos con ojo clínico. La estadística jugaba en su contra y dedujo que el próximo paso que darían los investigadores encargados del caso sería detenerle y someterle a un interrogatorio más exhaustivo.

El recuerdo de Sol, su hija, y de las circunstancias que le habían hecho recalar en Cádiz se le presentó de forma abrupta. Ella también tenía dieciséis años cuando cayó en las garras de un degenerado, y trató de ahuyentar aquellos pensamientos apurando el café de un trago.

La reportera dio paso a otra noticia y Manuel volvió a la barra, pensativo. Cádiz no era Madrid y un homicidio no era algo con lo que estuvieran precisamente acostumbrados a lidiar en comisaría. Se preguntó cómo pensarían sus superiores manejar el asunto. ¿Se ocuparían ellos mismos de la investigación o esperarían a que mandaran a alguien desde la central de Sevilla para que se hiciera cargo?

De cualquier manera, decidió que no quería perderselo. Normalmente no aparecía por comisaría antes de la hora de volver a fichar, pero para una vez que pasaba algo interesante quería ser testigo de primera fila de cómo se manejaban aquellos fenómenos que tenía por compañeros. Dejó unas monedas sobre la barra y salió del local mientras notaba la mirada del camarero clavada en su espalda, maldiciéndole entre dientes mientras rodeaba la barra y acercaba una silla al televisor para volver a ajustar el volumen.

«Quién sabe —pensó mientras montaba de nuevo en el Kadett—, tal vez me pidan que les eche una mano. Entonces sí que me voy a reír».

CAPÍTULO 2

*Comisaría Provincial, Cádiz
Viernes, 7:50 horas*

Volvió a dejar el Kadett en el parque móvil y anduvo hasta la escalinata que daba acceso a la comisaría. Una vez allí se acodó en la barandilla y esperó. Algunos periodistas ya estaban por la zona, apenas dos o tres, olfateando la carnaza. Veteranos que, como él, habían intuido la jugada y habían decidido adelantarse a sus compañeros y cubrir las primeras detenciones desde la propia comisaría.

Al cabo de media hora aparecieron tres zetas con los prioritarios encendidos y se detuvieron frente a la escalinata. En ese mismo momento, demostrando una sincronización perfecta, varios agentes salieron del edificio y formaron un pasillo desde la entrada hasta los patrulleros, entorpeciendo la labor de la prensa. Uno de ellos estuvo a punto de pedir a Manuel que se apartara de las escaleras, pero este le dirigió una mirada lo suficientemente convincente como para que se lo pensase mejor y decidiera no decirle nada.

Dos agentes salieron de uno de los patrulleros, abrieron el portón trasero y sacaron a un muchacho al que reconoció como el novio de la chica asesinada. Iba esposado y por la forma en que miraba a su alrededor parecía no saber cómo había llegado hasta allí. Echó a andar de forma dócil entre los policías que lo custodiaban acompañado de los chasquidos de las cámaras de los periodistas, que tomaban una foto tras otra.

Manuel trató de descifrar el rostro del chico. Vio temor, aunque también tristeza, el pesar de quien ha perdido a alguien pero todavía no ha sido capaz de asimilarlo. Era delgado y muy bajito, impresión que se acrecentaba al verle entre los fornidos agentes que le sujetaban por ambos brazos, y llevaba una camisa a cuadros y un anticuado peinado con la raya al lado. A lo largo de su carrera Manuel había conocido a asesinos de todas las razas y tamaños. Ricos y pobres, listos y tontos, nerviosos y tranquilos... Su experiencia le decía que cualquier persona, sometida al estímulo adecuado, es capaz de matar a otra y que no existe un perfil definido que permita reconocer y detener a un asesino sin el menor asomo de duda. Pese a ello, la primera impresión que le dio aquel joven no fue ni mucho menos la de un malhechor. En todo caso, debía de tratarse de un pobre diablo que en un arrebato de rabia y frustración había acabado con la vida de su pareja. Se lo decía su mirada huidiza, su manera de arrastrar los pies con resignación, los hombros ligeramente encorvados, como si tuviera la certeza de que alguien iba a golpearle de un momento a otro y se estuviera preparando para encajar el golpe.

Cuando comenzó a subir las escaleras sus miradas se encontraron y, a pesar de que estaban a un par de metros de distancia, Manuel vio en sus ojos mucho más de lo que habría deseado. Además de la impresión que solía causar en quienes le veían por primera vez, poco acostumbrados a su altura y su aspecto desproporcionado, creyó apreciar también desesperación, impotencia, una urgencia que interpretó como una señal de auxilio. Algo se removió en su interior, incapaz de asimilar lo que estaba viendo. Puede que fuera la sacudida del viejo instinto desperezándose, la parte de su ser que siempre le hacía cuestionar lo que todos daban por sentado. En cualquier caso tuvo la impresión de que aquella imagen estaba mal y de que había algo que no encajaba. Aquel chico podía ser muchas cosas, pero no era un asesino.

Se quedó donde estaba mientras veía al detenido desaparecer en el interior de la comisaría y, después de algunos minutos de indecisión, se alejó en dirección a la parte trasera del edificio, que daba a la playa Santa María del Mar. El sol acababa de salir y bañaba la ciudad con la calidez engañosa de los amaneceres de invierno, y la marea vacía impregnaba el ambiente de un olor a mar y a salitre tan intenso que casi podía saborearlo, pero, mientras contemplaba la pequeña playa en forma de media luna, no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquel muchacho enclenque.

No tenía ningún motivo real para creer en su inocencia, solo aquella corazonada. A decir verdad, ni siquiera conocía más detalles del crimen que los que había escuchado en las noticias, así que decidió concentrarse en lo poco que sabía y tomarlo como punto de partida.

El hecho de que el cuerpo de la joven hubiera aparecido dentro de un contenedor resultaba bastante significativo, ya que decía mucho de la forma de pensar de quien lo había puesto allí. Si hubiera pretendido que nadie lo encontrase no lo habría arrojado allí, donde lo descubrirían en cuanto pasase el camión de la basura. Manuel se inclinaba a creer que para el asesino aquella muchacha no significaba nada, motivo por el que se había deshecho de ella como se desharía de cualquier otra cosa que ya hubiera dejado de servirle: tirándola a la basura. No creía que el novio de la chica, con su aspecto triste y abatido, fuera capaz de hacer algo así. Además, dada su complexión y su escasa musculatura, veía difícil que hubiera podido levantar el cuerpo de su novia en volandas para tirarlo dentro de un contenedor sin ayuda, «aunque cosas más raras se han visto», pensó.

Decidió aferrarse a eso y comenzó a darle vueltas mientras notaba cómo el viejo instinto se desentumecía y pedía paso a gritos. No tenía ningún motivo para meterse en aquella investigación e incluso dudaba que en comisaría vieran su intervención con buenos ojos. Sin embargo, el inspector de homicidios que había sido antes de su caída se resistía a olvidarlo sin más y supo que tenía que hacer algo antes de que fuese demasiado tarde.

Antes siquiera de tomar una decisión estaba de nuevo en comisaría.

CAPÍTULO 3

*Comisaría Provincial, Cádiz
Viernes, 9:00 horas*

Miguel Morgado le dirigió una mirada extrañada, poco acostumbrado a verle aparecer por allí tan temprano.

—Buenos días, Bianquetti. ¿Ha sucedido algo?

Manuel ignoró la pregunta y puso sobre su mesa el café que acababa de sacar de la máquina que había en la sala de descanso. Un brebaje infame que a Morgado, sin embargo, le gustaba tanto que al final de su jornada la papelera del despacho solía estar repleta de aquellos vasitos de cartón. Este agradeció la invitación ladeando levemente la cabeza.

—¿Has oído lo de esa chica que han encontrado muerta? —preguntó Manuel.

Morgado respondió con una sonrisa de suficiencia. Su labor como encargado del archivo era más bien escasa, por no decir prácticamente inexistente, motivo por el que solía estar enterado de todo lo que se cocía en comisaría. Muestra de ello era su mesa ordenada y limpia de documentos pendientes, presidida por un ordenador en cuya pantalla aparecía la portada del *Marca* que había estado leyendo hasta el momento de su visita. Cuando no estaba navegando por internet se distraía enfrascado en la pantalla de su teléfono móvil, un Samsung de última generación al que dedicaba tanta atención que a lo largo de la jornada tenía que cargar al menos un par de veces la batería.

Sin embargo, Morgado no llevaba nada mal aquella inactividad y, tras más de treinta años pateándose las calles, consideraba que colgar el uniforme y dedicarse a la custodia del archivo era lo mínimo que se merecía después de pasar toda una vida detrás de una placa. En cierta manera, a Manuel le recordaba a un elefante que se retira a morir consciente de que poco más puede aportar a su manada, pero con la satisfacción del deber cumplido.

—Han detenido al novio —anunció el veterano tras dar un sorbo a su bebida—. Ya sabes cómo va esto: el asesino siempre es el novio de la chica o un aspirante a serlo.

—Eso dicen.

—¿A qué viene tanta curiosidad?

Manuel se encogió de hombros y dejó vagar su vista por el archivo. Un buen número de armarios atestaban la estancia, repletos de documentación de todos los casos que habían pasado por aquella comisaría antes de la era informática. Ahora bastaba un ordenador para acumular todos aquellos legajos que guardaban sin otro

propósito que su disponibilidad por si algún agente quería consultarlos, algo que no sucedía nunca.

Por eso, cuando un año antes le comunicaron que su función en aquellas dependencias iba a ser ayudar a Morgado en la custodia de los archivos, Manuel supo que estaba acabado. Aquella era una buena manera de mantenerle ocupado y obligarle a pasar desapercibido, ya que nadie le pedía cuentas sobre lo que hacía o dejaba de hacer.

—¿Lo están interrogando ya? —quiso saber.

—No, de momento lo han dejado en el horno para que se le vayan ablandando las ideas.

Manuel interpretó que habrían dejado al sospechoso en una sala de interrogatorios a la espera de que un abogado de oficio designado por el Colegio de Abogados hiciera acto de presencia. Si no se tenían los contactos adecuados aquel trámite podía durar horas y, mientras esperaba, el detenido tenía tiempo más que de sobra para pensar en lo que iba a contar y en hasta dónde iba a estar dispuesto a cooperar. Ese era uno de los motivos por los que las salas de interrogatorios también eran conocidas como «hornos», ya que en ellas se cocinaba a los detenidos a fuego lento hasta que estuvieran a punto para confesar cualquier cosa.

Sin decir nada más salió del archivo y puso rumbo a la planta baja, dejando a Morgado dando sorbos a su café mientras se preguntaba a qué demonios venían aquellas preguntas. Pese a sus diferencias, aquel veterano era lo más parecido a un amigo que Manuel tenía en comisaría, ya que era el único con quien cruzaba más de dos frases a la semana. A pesar de que nunca habían llegado a intimar percibía en él un respeto que no terminaba de comprender, pero que le permitía ausentarse cada vez que le venía en gana con la tranquilidad de saber que nunca se lo echaría en cara, como si lo considerase una reacción natural al ninguneo al que lo habían sometido sus superiores y supiera que, en el fondo, él en su situación habría hecho lo mismo.

* * *

No le resultó difícil adivinar en qué sala se encontraba el sospechoso, debido a que solo en la puerta de una de ellas había un agente uniformado montando guardia, a quien Manuel examinó mientras caminaba en su dirección. Se trataba de un joven de poco más de veinte años, posiblemente recién salido de la academia, ya que únicamente a estos les encomendaban tareas tan tediosas e insípidas como vigilar las salas de interrogatorios, y decidió que entraría sin más, ya que no creía que aquel novato se atreviera a ponerle impedimentos.

Lo saludó con una inclinación de cabeza, abrió la puerta del horno y entró. Le pareció que el agente iba a decir algo, pero en el último momento debió de pensárselo

mejor y permaneció en silencio, dando por sentado que tenía autorización y rango más que suficiente para estar allí.

Cerró la puerta a su espalda y contempló al muchacho sentado al otro lado de la mesa. Este frunció el ceño, puede que al reconocerle como el tipo con el que se había cruzado en la entrada del edificio.

—Ya he dicho que no voy a decir nada si no es en presencia de un abogado —anunció, y su acento latino impregnó la frase con un deje meloso que le pareció sacado de una telenovela.

Manuel caminó hasta el centro de la habitación y se detuvo, observando al sospechoso, pero también dejándose observar. Era consciente del malestar que solía causar su presencia, con sus más de dos metros de altura, las ojeras que adornaban su rostro de forma perenne y las manazas que balanceaba a un lado y a otro del cuerpo, a la manera de un orangután. Su extrema palidez y el abrigo de un innegociable color negro completaban un atuendo tenebroso que le había valido varios apodos a lo largo de su vida. Sus favoritos eran *El Cuervo*, *El Enterrador* o *El Chupacabras*, aunque todos se cuidaban de no usar ninguno de ellos en su presencia.

No se le escapó la forma en la que el detenido le observó de arriba abajo, impresionado. Cuando estuvo seguro de que no iba a intentar nada se acercó a él y, tratando de ignorar el intenso olor a sudor que emanaba de sus ropas, usó su propio juego de llaves para retirarle las esposas. Aquello contravenía por completo la normativa europea de custodia de detenidos, pero no creía que nadie fuera a darle importancia. Después tomó asiento al otro lado de la mesa y le dedicó una ojeada curiosa.

—Ves demasiadas películas —replicó— y se te está acabando el tiempo.

Dejó que la respuesta hiciera mella en el joven, que le miró sin comprender mientras se frotaba las muñecas. Pese a estar sentado, Manuel todavía le sacaba dos palmos de altura y colocó las manos sobre la mesa con intención. Junto a ellas, las del detenido parecían las de un muñeco de Playmobil.

—Ya he contado lo que sé varias veces —afirmó este sin demasiada convicción.

—Y las que te quedan —respondió Manuel, acompañando la sentencia con una risita entre dientes—. Empieza diciéndome cómo te llamas.

El muchacho titubeó. Nada de lo que dijera en aquella sala tendría validez sin la presencia de un abogado, pero Manuel no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de escuchar de primera mano lo que tuviera que decir.

—Me llamo Fredy Guzmán —dijo al fin—. Clara y yo llevábamos juntos más de dos años. Íbamos a casarnos.

Manuel asintió tratando de aparentar tranquilidad, mientras se preguntaba cuánto tiempo tendría antes de que alguien fuera a sacarle de allí.

—¿Qué pasó anoche, Fredy?

El joven negó con la cabeza, incapaz todavía de asimilar lo sucedido, pero Manuel creyó ver en su rostro un poso de esperanza, la ilusión de que el gigantón que

tenía delante pudiera de algún modo ayudarle a demostrar que todo aquello no era más que un tremendo error.

—Anoche estuvimos en una discoteca llamada Imagina, bailando y bebiendo. A la una de la madrugada, aproximadamente, Clara se enfadó y se fue.

—¿Cómo que se fue? ¿Sola?

—Sí. Se enojó conmigo y se marchó. Yo me quedé un rato más, pero al cabo de un rato fui a buscarla.

—¿Quién estaba con vosotros, Fredy?

—Dos amigos. Se llaman Rosa y Edmundo.

Manuel retuvo aquellos nombres en su memoria. Creyó recordar que el Imagina era uno de los bares de La Punta de San Felipe, una de las zonas de ocio nocturno más populares de la ciudad.

—¿Y dejaste que tu novia se marchara sola?

Fredy bajó la cabeza, avergonzado. A Manuel le pareció que se sentía culpable, y con razón. De no haber dejado que se fuera sola en plena noche, tal vez su chica siguiera viva.

—Discutimos, ¿vale? —confesó, y cuando volvió a alzar el rostro parecía a punto de echarse a llorar—. Pero fue por una tontería...

Volvió a titubear, pero al cabo de unos segundos suspiró y siguió hablando, como si creyera necesario explicarse.

—Edmundo y yo fuimos a por bebidas, pero, cuando regresamos al lugar donde estaban las chicas las encontramos bailando mientras un montón de tipos las miraban. Como si... Provocándolos, ¿sabe?

Fredy mostró las palmas de las manos y negó con energía, como si todavía no se lo terminase de creer. Parecía buscar la complicidad de Manuel, seguro de que en su situación habría pensado lo mismo, aunque lo único que consiguió con aquel movimiento fue que el olor a sudor de sus ropas se desplazara y el policía arrugara la nariz de nuevo.

—¿Tu amigo también se peleó con su novia? —se interesó.

—No, pero yo no soy como él. —Trató de justificarse—. A mí me molesta que un puñado de huevones piense que mi novia es una fulana, así que se lo dije.

El chico parecía convencido de lo que decía, como si fuera lo más normal del mundo. Daba la sensación de que el hecho de que su novia se divirtiera bailando con una amiga fuera algo terrible y Manuel se preguntó si habría algo que no le estaba contando.

—Entonces Clara se enfadó y se marchó del bar —continuó—. Yo iba a ir tras ella, pero mis amigos me dijeron que me quedase y le diera tiempo para tranquilizarse. Traté de hacerles caso, pero no pude dejar de pensar en ella y unos veinte minutos más tarde decidí ir a buscarla.

—¿Dónde la buscaste, Fredy? ¿Fuiste a otros locales de La Punta de San Felipe?

—No, ella no iba a ir a otro bar sin mí.

Manuel asintió, mientras se preguntaba si aquel chico había nacido ya así de tonto o se había vuelto más lerdo con el paso de los años.

—La llamé al móvil varias veces —prosiguió—, pero no contestó. Al principio pensé que era porque estaba enfadada y no quería hablar conmigo, pero después me preocupé. Estuve dando vueltas durante un rato por los lugares donde solíamos parar, haciendo tiempo.

—¿Qué lugares son esos?

—Plaza de España, catedral, plaza de Mina..., qué sé yo. A veces vamos allí con nuestros amigos a sentarnos y pasar el rato.

—¿Y encontraste a algún amigo que la hubiera visto? —«Alguien que te sirva de coartada», estuvo a punto de añadir.

—No, no encontré a nadie. Estaban todos durmiendo o de fiesta. Telefoneé a algunos amigos y conocidos, pero ninguno la había visto.

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó mientras pensaba en ello. Sabía que las horas muertas que el chico había pasado buscando a su novia suponían un problema, ya que no tenía ninguna coartada sólida que le respaldase. Había tenido tiempo suficiente para acabar con la vida de su novia y deshacerse del cuerpo.

—Como no la encontré por ninguna parte, decidí ir a buscarla a su casa.

—A lo mejor deberías haber ido a buscarla allí en primer lugar —insinuó.

—No quería despertar a sus papás, señor —explicó, algo avergonzado—. No les caigo muy bien... —Manuel sacudió la cabeza, como si le comprendiera. «Ahora sí que debes de caerles bien», pensó—. Llegué y llamé al interfono, pero nadie contestaba. Tuve que insistir un buen rato hasta que al fin respondió su papá, y cuando le dije quién era se puso hecho una furia. Le conté lo que había sucedido, pero me dijo que Clara no había vuelto a casa todavía.

—¿A qué hora fue eso?

—Debían de ser las tres de la madrugada, más o menos.

«Tiene que ser la hostia que el novio de tu hija te despierte a las tantas de la madrugada para decirte que ella ha desaparecido», se dijo Manuel. Según sus cálculos, aquello suponía un par de horas de margen desde que había salido del bar a buscar a la chica hasta que alguien había vuelto a verle preguntando por ella, lo que le dejaba en una situación muy delicada. Se preguntó si aquel muchacho era consciente de lo difícil que lo iba a tener para demostrar su inocencia e intuyó que su única esperanza sería que la hora de la muerte no coincidiera con las que decía haber estado dando vueltas por el casco antiguo de la ciudad.

—El papá de Clara me ordenó ir a buscarla y no volver a aparecer por allí si no era con ella. Al cabo de un rato me llamó por teléfono y, cuando le dije que aún no la había encontrado, dijo que quería ayudarme a buscarla.

—Y fuisteis juntos, entonces.

No era una pregunta, pero Fredy asintió de todas formas.

—Sí, señor. Dimos vueltas y más vueltas, pero no había ni rastro de ella. A las

seis de la mañana nos avisaron de que la habían encontrado... muerta.

En aquel punto se le llenaron los ojos de lágrimas, pero Manuel no se detuvo a pensar si eran sinceras o no.

—¿Sabes de alguien que quisiera hacer daño a Clara?

—No, señor —dijo, sorbiendo de forma ruidosa por la nariz—. Ella era muy buena con todos...

Manuel soltó un manotazo en la mesa que retumbó en las paredes del horno e hizo que Fredy diera un respingo y dejase de llorar en el acto.

—¡Deja de pensar en lo buena que era y concéntrate, joder! ¿Tenía algún amigo íntimo? ¿Algún exnovio?

—No, señor, solo estuvo conmigo. Yo fui su primer y único amor, y ella el mío.

A Manuel aquellas cursiladas comenzaban a sacarle de sus casillas y decidió dejarse de rodeos.

—¿Te puso los cuernos alguna vez?

Fredy negó con la cabeza, pero, cuando estaba a punto de decir algo más, la puerta de la sala de interrogatorios se abrió de golpe. Manuel comprobó por el rabillo del ojo que se trataba del inspector Silva.

—Bianquetti, ¿puedes salir un momento?

—Ahora voy —respondió sin mirarle.

—¿Prefieres que venga el comisario a pedírtelo?

Manuel le dedicó una mirada furiosa. Roberto Silva era un inspector de poco más de treinta años, con un porte atlético y una barbita perfectamente recortada que le hacían parecer más un modelo que un policía. Sus vaqueros desgastados, su camisa de firma y la funda sobaquera en la que llevaba el arma reforzaban aquella sensación. Manuel se puso en pie y abandonó el horno bajo la mirada alucinada de Fredy Guzmán, que parecía no entender lo que estaba sucediendo. Silva salió detrás de él y, una vez en el pasillo, cerró la puerta a su espalda.

—Pero ¿qué coño te has creído? —gritó—. ¿Que puedes entrar aquí e interrogar a un sospechoso como si nada?

—Eso parece —respondió Manuel.

Junto a Silva estaba el policía novato que le había dejado pasar, con el rostro presa de la rabia y la vergüenza de haber quedado en entredicho por su culpa, y supo que se había ganado un nuevo enemigo. «Otro más».

Silva señaló la puerta que daba a la habitación contigua, desde la que se observaban los interrogatorios tras un cristal de espejo estratégicamente situado. En aquella sala, además, se controlaba el sistema de vídeo que grababa lo que sucedía en el interior del horno.

—Está todo grabado —sentenció—. No sé cómo se te ha podido ocurrir. Ahora sí que la has cagado.

—Vete a la mierda, Silva.

Le dio la espalda y se encaminó hacia las escaleras mientras escuchaba los

improperios de su compañero.

—Pienso hablar con el comisario, ¿te enteras? —Al no obtener respuesta, perdió los estribos y volvió a gritar—: ¡Eres un gilipollas!

Manuel ignoró a su compañero, que siguió insultándole a pesar de que ya casi no podía oírle, y fue directamente a por el Kadett mientras decidía que no tenía tiempo para entretenerse en disputas con aquel guaperas. Había asuntos más importantes de los que ocuparse.

CAPÍTULO 4

Instituto de Medicina Legal, junto al paseo de Canalejas, Cádiz
Viernes, 10:15 horas

Apenas tardó unos minutos en llegar al Instituto de Medicina Legal de Cádiz. Nada más entrar en el edificio se identificó ante el joven que montaba guardia tras el mostrador de recepción y pidió hablar con el médico que había practicado la autopsia a Clara Vidal. Le hicieron pasar a una sala de espera aséptica, pero a los diez minutos se cansó de esperar y avisó al chico del mostrador de que estaría fuera, fumando.

Al poco de encender el primer cigarrillo el recepcionista salió a decirle que el doctor le estaba esperando, por lo que lo apagó contra la pared del edificio y se lo guardó en un bolsillo para fumárselo más tarde.

El médico le aguardaba en la sala de autopsias, una gran estancia atravesada por tres mesas alargadas de acero inoxidable localizada en el tercer piso del edificio. En la del centro, el cuerpo sin vida de Clara Vidal reposaba en un silencio intranquilo, impregnando la sala de una atmósfera mustia y pesimista, como si de alguna manera su muerte se hiciera extensible a todo lo que la rodeaba.

La chica le pareció todavía más bajita que Fredy Guzmán, por lo que debían de haber hecho una peculiar pareja, y sus rasgos indianos y su pelo oscuro y rizado contrastaban con la extrema palidez de su piel sin vida. En su desnudez resaltaban las heridas y arañazos de la noche anterior. Tenía el sexo rasurado y, cuando Manuel rodeó la camilla para observarlo, vio en él la confirmación de sus sospechas: había laceraciones alrededor de la vagina, además de varias heridas que debían de haber sangrado abundantemente, y uno de los labios estaba plegado de forma exagerada. No había duda de que la habían violado antes de matarla.

Sin saber por qué, volvió a acordarse de su hija. Ella también podría haber terminado así, pensó, y decidió que ese mismo día llamaría a Madrid para ver cómo se encontraba.

Su mirada se cruzó con la del médico, que le estaba observando con la boca abierta. Cuando por fin pareció reaccionar, parpadeó varias veces y le tendió un formulario de registro en el que Manuel garabateó su firma y su número de identificación. Una vez realizado el trámite, le entregó una carpeta con el informe preliminar de los resultados de la autopsia.

—Soy el doctor Medina —se presentó—. Imagino que estará familiarizado con el trabajo forense.

—He visto algún que otro cadáver.

—Fue violada antes de morir. Tiene la vagina destrozada y el tracto desgarrado,

aunque no hemos encontrado restos de semen. El que lo hizo debió de usar condón.

Manuel asintió, sin poder apartar los ojos del rostro de la chica. No le pareció muy agraciada y se preguntó qué habría visto el asesino en ella. Algo le dijo que no la había escogido por su aspecto, sino que más bien fue un encuentro fortuito. Vio la oportunidad y la aprovechó.

—Las marcas en las muñecas —prosiguió el médico— indican que la sujetó con ambas manos mientras abusaba de ella. También le golpeó la cara de lo lindo, tal vez para que dejara de resistirse.

Las facciones de la chica parecían difuminadas a causa de los golpes. Pómulos hinchados, cortes en los labios, magulladuras en la frente y la nariz... Había más heridas en el resto del cuerpo, pero las de la cara eran las más contundentes, como si fuera el lugar donde más veces la habían golpeado. Trató de imaginarse al pequeño Fredy Guzmán haciendo aquello y no le creyó capaz.

El doctor Medina se inclinó hacia el cuerpo y señaló el cuello amoratado.

—En un momento dado la sujetó por el cuello hasta estrangularla. ¿Ve estos arañazos alrededor? Se los hizo ella misma mientras trataba de resistirse. Además, tiene fracturado el hueso hioides.

El cuello presentaba marcas más oscuras en algunas zonas que en otras. No le costó trabajo imaginar unas manos grandes y fuertes ejerciendo presión, asfixiándola sin piedad. La fractura del hioides, además, evidenciaba que la fuerza empleada había sido desmesurada e innecesaria.

—El hijo de puta se ensañó con ella —sentenció Manuel—, aunque eso juega a nuestro favor. Es imposible que el que haya hecho esto no haya dejado ninguna evidencia, como restos de saliva o de vello púbico. El semen no es la única manera de obtener su ADN.

—Le avisaré cuando lleguen los resultados de los análisis. Mientras tendrá que conformarse con el examen preliminar.

—Gracias, doctor —dijo, agitando la carpeta—, le llamaré si tengo alguna duda.

Una vez fuera del edificio, Manuel encendió el cigarrillo que había dejado a medias para olvidar el persistente olor a alcohol y desinfectante de la sala de autopsias y echó a andar en dirección a la plaza de San Agustín en busca de un lugar donde sentarse a leer el informe. Encontró una cervecería en una calle cercana con cocina de diseño y decoración moderna y minimalista. Pidió una cerveza y se sentó en una de las mesas al fondo del local, donde tendría más intimidad.

La carpeta contenía varias fotografías del cadáver recién llegado al depósito, el rostro irreconocible debido a los restos de sangre seca y suciedad. Clara Vidal, nacida el 26 de enero de 1996, de nacionalidad colombiana, soltera y sin hijos... Manuel encontró también algunas fotografías que debían de haber suministrado sus familiares y que mostraban a la muchacha rebosante de vida, obsequiando a la cámara con sonrisas que parecían sinceras. Eligió una en la que aparecía un primer plano de su rostro y se la guardó en el bolsillo del abrigo.

En el informe figuraba la dirección del domicilio de sus padres, llamados César y Mariela, y creyó que sería buena idea hacerles una visita. Tal vez hablando con ellos llegase a conocer mejor a la chica fallecida.

También encontró la hora estimada de la muerte, a la espera de que futuros análisis ofrecieran datos más precisos: entre las dos y las tres de la madrugada. Aquel dato, lejos de exonerar al novio de la chica, hacía su situación todavía más difícil, a pesar de que Manuel estaba cada vez más convencido de su inocencia. No le creía capaz de tratar con tanto sadismo a su «primer amor», como él mismo la había definido, aunque no tenía ninguna prueba al respecto. Decidió que no estaría de más hablar con algunos amigos de la pareja y preguntarles qué clase de persona era Fredy.

Se echó hacia atrás en su asiento y finiquitó la cerveza de un trago. Se sentía bien, mucho mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Volvía a estar en la brecha, con una investigación entre manos, un cadáver en el depósito y un sospechoso detenido. Notó cómo los viejos códigos de conducta volvían a aflorar, como si nunca se hubiesen ido, a pesar de que dudaba que en comisaría aprobasen su manera de proceder.

«Son unos capullos», pensó mientras hacía señas al camarero para que le trajera otra cerveza. En Cádiz nunca sucedía nada, todo eran delitos sin importancia, trapicheos con drogas y algunos hurtos menores. Ese era el motivo por el que, después del incidente, sus superiores habían decidido sepultarle en aquel destino discreto y aburrido donde era poco probable que se metiera en líos. Por si fuera poco, habían obviado todos sus años de servicio y habían relegado sus funciones a las de un vulgar archivero, por lo que Manuel tomó la decisión de pagarles con la misma moneda y, de un día para otro, se convirtió en un paria, una suerte de hombre invisible que se ausentaba de comisaría cada vez que tenía ocasión sin que nadie pareciera darle importancia.

Sabía que aquello no iba a durar para siempre y que si no le habían dado ya un toque de atención por sus continuas ausencias era porque el actual comisario, el señor Tejada, estaba al borde de la jubilación y no parecía dispuesto a ensuciarse las manos con él. Por ese motivo, ninguno de sus compañeros le dedicaba la más mínima atención y todos le ignoraban como si supieran que, antes o después, recibiría su merecido. No había que ser muy listo para saber que el próximo comisario no sería tan comprensivo como Tejada.

Mientras volvía a pasar las páginas del informe forense sonó su teléfono móvil y cuando miró la pantalla vio que era un número de comisaría. Dedujo que se trataba precisamente del comisario, que llamaba para abroncarle por interrogar a un sospechoso sin autorización, y decidió no contestar. «Ya habrá tiempo para eso», pensó.

Se llevó un cigarrillo a los labios, pero cuando estaba a punto de encenderlo llegó el camarero con su cerveza y le dedicó una mirada asesina. Manuel contuvo un exabrupto y se colocó el cigarro sin encender entre los dedos mientras el camarero

volvía a la barra sin quitarle el ojo de encima. Trató de sacudirse el enfado mirando de nuevo las fotografías de Clara Vidal, en especial la que enfocaba su rostro sanguinolento y castigado.

¿Qué clase de degenerado era capaz de algo así?

CAPÍTULO 5

*Calle Sopranis, barrio del Pópulo, Cádiz
Viernes, 11:45 horas*

Manuel tardó unos diez minutos en llegar al domicilio de los padres de la chica asesinada. Vivir en una ciudad pequeña tenía la ventaja de que en ocasiones podía permitirse el lujo de ir de un lado a otro a pie, algo impensable cuando vivía en Madrid. Si hubiese querido ir al otro extremo de Cádiz no habría tardado más de media hora en coche.

Cuando llamó al telefonillo le respondió una voz masculina con un marcado acento latinoamericano y en cuanto se identificó como policía la puerta se abrió con un zumbido y le dejó pasar al interior del edificio.

Tomó unas escaleras desgastadas hasta el segundo piso y se encontró en un rellano sucio y descuidado en cuyo extremo había una puerta abierta. En el marco se recortaba la figura de un hombre bajito y regordete al que reconoció como César Vidal, el padre de Clara. Se lo dijeron sus hombros caídos, su aspecto cansado, su mirada triste y desolada. No había nada más descorazonador que eso, pensó. La imagen de quien ha pasado toda su vida tratando de proteger a una hija y, de repente, descubre que no ha sido suficiente.

El hombre le miró con desconfianza, descolocado por su aspecto, y ni siquiera se inmutó cuando le mostró su credencial. Se limitó a darle la espalda y adentrarse en el piso, dejando la puerta abierta para que él decidiese si entrar o no. Manuel optó por seguirle a través de un pasillo que desembocaba en una sencilla sala de estar en la que, sentadas en torno a una mesa camilla, un total de nueve personas trataban de consolarse unas a otras. El padre de la chica tomó asiento junto a sus allegados sin molestarse en ofrecerle una silla, por lo que Manuel se quedó de pie.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas —dijo, y percibió cómo las cabezas de algunos de los que estaban alrededor de la mesa se levantaban, como si hasta aquel momento no hubieran reparado en su presencia. Hubo algunos codazos y rostros impresionados por su estatura, pero ninguno llegó a decir nada. Al poco fue el padre de Clara quien respondió.

—Llevamos todo el día contestando preguntas, así que déjese de chingadas y permítanos llorar a nuestra hijita.

César Vidal lucía un bigotazo pasado de moda, a lo Juan Valdés. Manuel creyó identificar también a la madre de la chica, de facciones muy similares a las de su hija, llorando sin parar entre dos mujeres que la abrazaban y le susurraban palabras de afecto. Manuel se había sentido incómodo desde el momento en el que había puesto

el pie en aquella casa, pero estaba decidido a obtener algunas respuestas antes de marcharse.

—Si nos ayudan podremos encontrar al asesino de su hija —insistió.

—Ya sabemos quién es el asesino —afirmó y subrayó sus palabras con una mirada cargada de odio—. Ese *malnasido* de Fredy Guzmán.

Un sollozo manó del grupo, como si la sola mención del nombre del presunto asesino bastase para avivar los rescoldos de su dolor. Manuel intuyó que en aquel momento iba a ser imposible tratar de convencerles de la inocencia del muchacho, por lo que decidió evitar el tema y centrarse en obtener información.

—¿Cuándo vieron por última vez a su hija?

—Ayer, a las once de la noche, más o menos. Fredy vino a buscarla y salieron por ahí.

—¿Notaron algo extraño? ¿Estaba más alegre de lo habitual o tal vez más inquieta?

—No, señor. Estaba como siempre. Era una niña muy alegre.

—Y en los últimos días, ¿notaron si estaba preocupada por algo?

El padre volvió a negar con la cabeza, aunque Manuel ya esperaba aquella respuesta. Cada vez estaba más convencido de que aquel asesinato no había sido algo premeditado, sino más bien un hecho accidental. La joven simplemente tuvo la mala suerte de cruzarse en el camino de su asesino.

—Cuénteme qué pasó anoche.

César Vidal suspiró con fuerza, disgustado por tener que rememorar todo de nuevo, y varios de sus acompañantes miraron a Manuel con irritación, tal vez preguntándose por qué no se largaba y les dejaba en paz de una vez.

—Sobre las tres de la madrugada sonó el telefonillo —comenzó a relatar con la vista clavada en el centro de la mesa camilla, como si de esa forma pudiera recordar mejor—. Mi mujer y yo nos despertamos, pero no le hicimos caso. Pensamos que sería algún bromista que había pulsado el botón para molestar. Sin embargo, volvieron a llamar varias veces y decidí levantarme para ver quién era.

El piso estaba situado en pleno barrio del Pópulo, cerca de varios *pubs* y locales de ambiente que abrían hasta altas horas de la noche, y Manuel supuso que debían de estar acostumbrados a que los borrachos y graciosos de turno les molestasen de vez en cuando. Teniendo eso en cuenta, resultaba comprensible que en un primer momento hubieran ignorado las llamadas al telefonillo.

—Era Fredy —continuó— y me dijo que no encontraba a Clara. Esas fueron sus palabras exactas, señor: que había perdido a mi hija y no era capaz de encontrarla. Yo me enfadé muchísimo, ya que siempre le decía que no fuera sola a ninguna parte, y menos de noche.

—Créame, le entiendo.

—Volví a la cama, pero ya no pude seguir durmiendo. Estaba preocupado, tenía la sensación de que algo malo había sucedido, así que me levanté y la llamé al móvil.

Como no respondía, me vestí, llamé a Fredy y me reuní con él para buscarla. — Manuel iba a decir algo, pero el rostro crispado de su interlocutor le disuadió de hacerlo. Aquel tipo parecía un volcán a punto de explotar y supo que obtendría más información si lo dejaba hablar que si lo fusilaba a preguntas—. El muy cabrón parecía preocupado y todo. Me engañó, lo reconozco, pero ahora sé la verdad. — Levantó la cabeza y miró a Manuel con las cejas en alto, como si lamentase no haberse dado cuenta antes—. Vino a buscarme para tener una coartada. Para justificarse y poder decir que estuvo buscándola durante toda la noche. El *hijueputa* quería utilizarme.

—¿Dónde la buscaron? —quiso saber, intentando que aquel hombre se concentrara en los hechos, no en su indignación. Era la única manera de obtener las respuestas que había ido a buscar.

—Por todas partes, qué sé yo —dijo—. Incluso fuimos a la Punta de San Felipe, para ver si la veíamos por allí. Sobre las seis de la mañana me telefonearon de comisaría para decirme que la habían encontrado.

En aquel momento los sollozos volvieron a intensificarse, acompañando al relato.

—¿Y dónde la encontraron? —preguntó Manuel. Por un momento temió que a aquel hombre le extrañase que un policía que investigaba el asesinato de su hija ignorase un detalle tan importante como el lugar en el que había aparecido el cadáver, pero confió en que no reparase en ello.

—En la Zona Franca —respondió y calló un momento antes de añadir con pesadez—: Dentro de un contenedor de basura.

El apresurado interrogatorio al que había sometido a Fredy Guzmán le había impedido contar con todos los datos, pero a medida que se hacía con más piezas del rompecabezas empezó a atar cabos. Conocía la Zona Franca, un polígono industrial a las afueras de Cádiz repleto de naves y almacenes. «Un buen lugar para cargarse a alguien sin correr el riesgo de que nadie te vea», pensó. Sabía que muchas parejas elegían aquel polígono desierto y mal iluminado para sus momentos de intimidad. Iban hasta allí en coche y follaban en el interior del vehículo, a veces incluso fuera. Se preguntó si sería eso lo que le habría sucedido a aquella chica; tal vez fue con un amigo pensando en una noche de sexo desenfrenado y, sin embargo, obtuvo algo bien distinto.

—Fredy parecía triste —murmuró César Vidal y Manuel supo que no se dirigía a nadie en particular, sino que más bien decía en voz alta lo que se le pasaba por la cabeza en aquel momento—. Como si de verdad le importara mi hijita. Mentiroso, cabrón, cobarde, asesino...

Mientras escuchaba la interminable lista de lindezas con las que aquel hombre obsequiaba al muchacho, Manuel decidió que no tenía nada más que hacer allí. Aquel grupo parecía tan convencido de su culpabilidad que nada de lo que dijera podría hacerles cambiar de idea. Mal pintaban las cosas para Fredy, pensó antes de retirarse en silencio. Ninguno pareció darse cuenta de su marcha, demasiado ocupados en

maldecir en voz baja al desgraciado que les había arrebatado a su niña.

Una vez en la calle, tomó una bocanada de aire y agradeció haber abandonado la opresiva atmósfera de aquel pequeño salón. El viento de levante había vuelto a saltar y tuvo que refugiarse en un portal cercano para poder encender un cigarrillo. Un niño pasó de la mano de su madre y le señaló sin disimulo, y la mujer le reprendió duramente antes de que soltase ninguna inconveniencia. Manuel les ignoró y se puso en marcha acompañado de las molestas rachas de viento que le embestían una y otra vez. Sacó su teléfono móvil y comprobó que tenía más de veinte llamadas perdidas, todas de comisaría.

Le había gustado la sensación de seguir su instinto sin tener que dar explicaciones, pero sabía que había llegado el momento de asumir su responsabilidad y volver a la comisaría. Además, antes de seguir con la investigación debía comprobar un par de detalles y eso solo podría hacerlo desde allí. Aunque a cambio tuviera que soportar un pequeño rapapolvo.

CAPÍTULO 6

*Casines, Puerto Real
Viernes, 12:30 horas*

Una de las recomendaciones que los terapeutas hacen a las víctimas de violencia de género a la hora de iniciar una nueva vida es la de no intimar con nadie, al menos durante los primeros años de reinserción. A pesar de los beneficios lógicos que aporta el hecho de establecer vínculos afectivos, se considera que antes deben aprender a ser autosuficientes y a valerse por sí mismas. En definitiva, a no depender de nadie.

A Cristina le parecía paradójico que insistieran tanto en la necesidad de hacer vida normal y, al mismo tiempo, le impusieran la norma de no relacionarse con nadie más allá de lo estrictamente necesario. Claro que, en realidad, tampoco hacía falta que se lo dijeran. Estaba acostumbrada a no contar con nadie y, aunque no le desagradaba la idea de compartir aficiones y confidencias, no tenía ninguna prisa por hacerlo. Su reciente independencia hacía de cada día un reto, una nueva aventura, un soplo de libertad.

Además, a sus treinta y siete años Cristina solo se relacionaba con sus compañeros de trabajo y ninguno de ellos parecía dispuesto a ser más que eso. En el hospital todo eran sonrisas, chismes y bromas, pero una vez que acababa el turno cada uno se iba por su lado para disfrutar de su familia y amigos. No les culpaba por ello e incluso le parecía lógico que se esforzasen en separar su vida personal de la laboral. Probablemente ella habría hecho lo mismo.

En un primer momento, cuando le hablaron de la posibilidad de ser realojada en otro municipio ni siquiera se lo planteó. Le asustaba la idea de abandonar su tierra y empezar de cero en un lugar que no conocía, pero al pensarlo más detenidamente se dio cuenta de que no era tan descabellado. Sus padres habían muerto hacía años, por lo que en el pueblo no quedaba nadie que fuera a echarla de menos, y tal vez en otro lugar podría encontrar la felicidad que se le había resistido durante toda su vida. ¿Qué más podía pasarle? ¿Acaso tenía algo que perder?

Así fue como llegó, después de tres años y medio en una casa de acogida en Granada, a la localidad de Puerto Real, a pocos kilómetros de Cádiz. Se instaló en una vivienda tutelada de nueva construcción, amueblada con piezas neutras y económicas de Ikea, demasiado nuevas e impersonales para tomarlas como propias, al menos por el momento. La única pieza de segunda mano era un sofá de dos plazas con una funda de color beis que ocultaba su verdadero color.

Gracias a la formación que había recibido durante su estancia en la casa de acogida había logrado un empleo como auxiliar de enfermería en el hospital de

Puerto Real. Cristina no estaba orgullosa de cómo había conseguido el trabajo por el que muchos llevaban años luchando y, cada vez que oía a sus compañeros hablar de oposiciones, contratos de interinidad o bolsas de trabajo, agachaba la cabeza y procuraba pensar en otra cosa. Le parecía injusto ocupar una de las plazas reservadas a «personas con riesgo de exclusión social», que era una bonita manera de decir que recibía un trato especial solo por haber sido víctima de malos tratos. Estaba convencida de que sus compañeros pensarían lo mismo si llegaran a enterarse, aunque eso no debía suceder nunca.

De hecho, el programa de atención a las víctimas de violencia de género del Instituto Andaluz de la Mujer estaba envuelto en un aura de secretismo y discreción que rozaba la paranoia. La habían obligado a inventarse un pasado y a no contarle a nadie los verdaderos motivos que la habían llevado a cambiar de ciudad. Solo Pilar, la terapeuta encargada de su caso, conocía su paradero y se encargaba de telefonarla puntualmente una o dos veces a la semana para asegurarse de que seguía bien. A Cristina le caía bien aquella chica, aunque no se engañaba: sabía que tras las preguntas amables sobre su vida y sus compañías se escondía la frialdad absoluta con la que la administración trataba su caso, uno de tantos.

A pesar de que aquella clandestinidad había llegado a abrumarla en alguna ocasión, había oído demasiadas historias al respecto como para tomárselo a broma. Por ejemplo, la de aquel tipo que, con tal de encontrar a su exmujer, había recorrido todos los gimnasios de la ciudad preguntando por ella, haciéndose pasar por un amigo que quería darle una sorpresa. La casualidad quiso que diera con el centro deportivo en el que se había apuntado su ex y con un monitor bienintencionado que quiso ayudarle y le dijo la hora a la que solía ir a entrenar. Una semana más tarde la esperó a la salida del gimnasio y la mató con sus propias manos.

Resulta muy difícil borrar el rastro de alguien, por no decir imposible. La mayoría de las veces, detalles que pasan desapercibidos para uno mismo son tan evidentes y predecibles por los demás que se hacen imposibles de disimular. Ese era el motivo por el que Pilar siempre le recomendaba que cambiase de hábitos, que diera un giro radical a su vida, que se convirtiera en alguien completamente diferente.

Cristina no necesitaba que nadie se lo dijera: era la primera interesada en hacer borrón y cuenta nueva. En olvidar para siempre a la mujer que había sido y comenzar una nueva etapa de su vida.

Había conocido a muchas mujeres en su misma situación que terminaban sumidas en una profunda depresión y con el tiempo algunas llegaban incluso a considerar el suicidio una opción razonable. Mujeres con la autoestima hecha pedazos, que han pasado tanto tiempo bajo el yugo de un maltratador que ya no saben vivir de otra manera y cuya reinserción en la sociedad resulta lenta y dolorosa. Cristina no quería terminar como ellas y ansiaba demostrar que estaba hecha de otra pasta.

Sin embargo, la última llamada de Pilar había dado al traste con la tranquilidad de las primeras semanas. Llevaba menos de un mes en su nuevo lugar de residencia y, para qué negarlo, estaba disfrutando del proceso de adaptación a su modesto piso de un dormitorio, al que todavía se resistía a llamar hogar, y a su nuevo empleo en el hospital. A diferencia de sus compañeros, Cristina no veía su trabajo como una obligación, algo que no tenía más remedio que hacer para poder llegar a fin de mes, sino como una oportunidad de hacer algo útil. Le gustaba sentirse parte de un equipo y ayudar a otras personas. Ante cualquier cosa que le pidieran, ya fuera bajar al almacén de materiales o cambiar un turno de trabajo por otro, respondía con una sonrisa y una predisposición a la que sus compañeros no estaban acostumbrados, y, aunque sabía que la consideraban una especie de bicho raro, no le importaba en absoluto. Estaba dispuesta a aprovechar aquella circunstancia para resarcirse y ser la persona que nunca había creído que pudiera llegar a ser.

Oyó sonar su teléfono móvil mientras estaba en la ducha y se apresuró a cerrar los grifos y secarse a toda prisa. Si no contestaba a la primera, era probable que Pilar se preocupase y llamase a la policía, por lo que se colocó una toalla de cualquier manera y fue corriendo hasta el salón, dejando un reguero de agua a su paso.

—Diga.

—¿Dónde estabas? —Gruñó la terapeuta—. ¿Por qué no cogías el teléfono?

Parecía furiosa y Cristina no pudo evitar sentirse culpable.

—Lo siento. Estaba en la ducha.

La oyó exhalar un largo suspiro, como si de verdad hubiese llegado a temer por ella. Siempre había pensado que aquella preocupación no era más que una pose, algo que tenía que hacer para guardar las apariencias y conseguir que ella misma se tomase en serio su seguridad, pero no recordaba haberla oído nunca tan inquieta.

—Bueno, ¿algo interesante que contarme? —quiso saber, cambiando el tono a otro más jovial.

—Nada del otro mundo —contestó, acostumbrada a hacerle resúmenes de su día a día—. Me tocó el turno de noche, así que llegué esta mañana a casa y me acosté. Me he levantado hace un rato y me he metido en la ducha, aunque lo mismo esta tarde vuelvo a echarme una siesta. Trabajar de noche me deja destrozada.

Oyó la risa de Pilar al otro lado de la línea, pero le sonó tan forzada y fuera de lugar que no supo cómo tomársela. En aquel momento recordó que no hacía tanto de la última vez que hablaron y le extrañó que hubiera decidido telefonearla precisamente aquella mañana. El silencio que siguió a su risa le confirmó lo que ya temía: aquella llamada escondía algo más.

—Tengo que contarte algo, Cristina, pero no quiero que te pongas nerviosa. De hecho —añadió, como si quisiera corregir lo que acababa de decir—, no creo que

haya nada de lo que preocuparse. —Cristina aguardó en silencio y, después de dos o tres segundos exasperantes, Pilar volvió a hablar—. Eugenio ha salido de la cárcel.

Un escalofrío recorrió su columna de abajo arriba con la rapidez de un relámpago, dejándola petrificada. Mientras trataba de digerir lo que acababa de escuchar notó cómo se le revolvía el estómago y un hormigueo recorría sus dedos hasta dejarlos fríos e insensibles. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Tres años, casi cuatro? Sabía que aquel momento llegaría antes o después, pero no esperaba que lo hiciera así, a traición, justo cuando comenzaba a vislumbrar en el horizonte la posibilidad de convertirse en una persona distinta.

—Le han soltado esta mañana, pero tranquila —continuó Pilar, procurando quitarle importancia—. No sabe dónde estás ni va a saberlo nunca. Él sigue en Granada y, aunque quisiera, no podría hacerte nada.

Cristina sintió que le fallaban las fuerzas y se sentó en el sofá mientras iba atando cabos en su cabeza. «Por eso se ha impacientado tanto cuando no cogía el teléfono», pensó.

—Tú sigue haciendo vida normal y no te preocupes por nada —dijo la terapeuta, ajena al hecho de que cuanto más le repetía que no tenía de qué preocuparse, más motivos creía tener para hacerlo—. Vamos a cambiar algunas normas, pero solo porque lo exige el protocolo de actuación en estos casos. ¿De acuerdo?

—S-sí. —Acertó a responder, con una voz gastada y tan débil que no parecía la suya.

—A partir de ahora te llamaré todos los días, al menos durante una temporada. Siento decirte que voy a ser un poco pesada. —Volvió a reír, pero al ver que Cristina no la imitaba dejó de fingir y continuó su discurso—: Procura no ir sola a ninguna parte y, cuando salgas, hazlo en hora punta. Cuanta más gente te rodee, mejor.

Cristina recordó de pronto aquellos consejos, como si de un mal sueño se tratase. Eran los mismos que le habían dado al comienzo de su etapa en la casa de acogida, mientras Eugenio estaba a la espera de juicio. No necesitó escuchar lo que venía a continuación.

—Si ves algo extraño, lo que sea, llama a la policía. No te detengas a pensarlo, solo hazlo. Ya sea un coche aparcado frente a tu casa más de dos días seguidos, alguien que creas que te está siguiendo o un desconocido que trate de acercarse a ti más de la cuenta. Y por supuesto no cojas el teléfono a no ser que conozcas la identidad de la persona que te llama. Creo que sabes de lo que hablo.

Cristina asintió de forma inconsciente, olvidando por un momento que Pilar no podía verla y reprimiendo las ganas de confesar que estaba muerta de miedo. Admitirlo equivaldría a darse por vencida y a reconocer que seguía siendo la mujer desvalida y temerosa de siempre.

—Por último, te repito que esto es solo un protocolo de seguridad. En realidad nada ha cambiado, todo sigue igual. Tienes una nueva vida, algo con lo que mucha gente sueña. Aprovéchala para ser feliz.

Pilar se despidió y prometió llamarla al día siguiente, pero antes de colgar volvió a repetir la manida consigna: que no tenía nada de lo que preocuparse y que Eugenio no tenía ni idea de su paradero.

Cristina permaneció algunos segundos más en el sofá con el teléfono inerte en las manos antes de salir disparada en dirección al baño, perdiendo la toalla por el camino. Se inclinó sobre la taza justo a tiempo y una violenta arcada la obligó a expulsar el escaso contenido de su estómago. Siguió vomitando hasta que notó el sabor ácido de la bilis quemándole la garganta y solo entonces se atrevió a erguirse y secarse las lágrimas.

Sin saber qué hacer, se sentó en el suelo del baño y lloró en silencio, abrazada a sus rodillas. Apenas notó el frío de los azulejos del suelo y las paredes contra su cuerpo desnudo. El miedo había vuelto a aparecer en su vida, acabando de un plumazo con sus ilusiones y proyectos. Como si aquella casa, su nuevo trabajo o los cientos de kilómetros que la separaban de Eugenio no fueran otra cosa que un endeble castillo de naipes que se vendría abajo al más mínimo soplo de viento.

Pilar no tenía ni idea, pensó. No sabía de lo que Eugenio era capaz. La odiaba y no se detendría ante nada hasta verla muerta. No había orden de alejamiento ni cárcel en el mundo capaces de apagar su odio y sus deseos de venganza. Solo le quedaba rezar por que nunca llegase a conocer su paradero, pues, si lo hacía, nada podría detenerle.

Vivir con miedo, como había hecho siempre, como si no tuviera derecho a vivir de otra manera. Justo cuando comenzaba a pensar que era libre para elegir su futuro, el pasado volvía a irrumpir para recordarle quién era. Definitivamente, se dijo, no tenía derecho a ser feliz.

CAPÍTULO 7

*Comisaría Provincial, Cádiz
Viernes, 13:00 horas*

Nada más llegar a la comisaría alguien le dijo que Tejada le estaba buscando y Manuel subió directamente al segundo piso, a la sala donde se reunían los inspectores cada mañana, para hacer algunas gestiones antes de ir a verle.

La sala estaba vacía y tomó asiento frente a la mesa que se encontraba más cerca de la entrada. Podría haber ido directamente al archivo, donde compartía escritorio con Morgado, pero prefería que su compañero ignorase las pesquisas que estaba realizando en solitario, por el bien de los dos. Pulsó el botón de encendido del ordenador y mientras se iniciaba el sistema echó un vistazo a los documentos que había en una bandeja a un lado de la mesa. El encabezado de aquellos informes le confirmó algo que ya sospechaba: aquel escritorio pertenecía al inspector Silva, y amagó una sonrisa al pensar en la cara que pondría si entraba en aquel momento y le veía sentado en su silla y trasteando con su ordenador.

Cuando el sistema terminó de iniciarse la pantalla mostró un mensaje de bienvenida a la intranet del Cuerpo Nacional de Policía y Manuel abrió la base de datos y escribió el nombre del sospechoso en el buscador. A los pocos segundos tenía en pantalla la fotografía de Fredy Guzmán y sus datos de filiación. Domicilio, fecha de nacimiento, estado civil... Según su historial, no tenía antecedentes ni había sido detenido antes, al menos desde que estaba en España. Manuel comprobó que no había ningún vehículo a su nombre y, lo que era más significativo, tampoco tenía carné de conducir.

Sabía que aquellos datos eran irrelevantes y que por sí solos no bastaban para demostrar la inocencia de Fredy Guzmán. Que no tuviera carné no significaba que no supiera conducir y que no poseyera ningún vehículo a su nombre tampoco le habría impedido ir a la Zona Franca en un coche o un ciclomotor que hubiera robado o le hubiera prestado un amigo. Del mismo modo, la falta de antecedentes tampoco probaba su inocencia, ya que para todo había una primera vez. Incluso para matar.

Apagó el ordenador y puso rumbo al despacho del comisario, en el tercer piso. Por el camino otro agente volvió a repetirle que le estaban esperando y Manuel tuvo la impresión de que todo el personal del edificio estaba al corriente.

Cuando llegó al despacho entró sin llamar y encontró a Silva de espaldas a la puerta hablando con los puños apretados sobre la mesa de Tejada, que le miraba como si no diera crédito a lo que estaba oyendo. Cuando notó su presencia, Silva se dio la vuelta y le dirigió una mirada cargada de desprecio antes de cruzarse de brazos

y colocarse junto a su superior, dispuesto a respaldar cualquier cosa que este dijese.

—Buenas tardes, Bianquetti —saludó Tejada con voz afable—. Verás, me gustaría que me explicaras un par de cosas.

—El guapito, que espere fuera —respondió, señalando a Silva con la barbilla.

El inspector Roberto Silva masculló un insulto y avanzó en su dirección hasta colocar el rostro muy cerca del suyo o todo lo cerca que pudo teniendo en cuenta que Manuel le sacaba unos buenos quince centímetros. Su cercanía le permitió percibir con nitidez el olor de su colonia, lo que le hizo arrugar la nariz y reprimir las ganas de apartarlo de un empujón. En lugar de eso, le obsequió con una sonora e infantil pedorreta sin otro motivo que exasperarle.

—¿Qué te has creído, payaso? —Ladró Silva para después volverse hacia el comisario—. ¿Es que a él se lo consienten todo o qué?

—Por favor, Silva —dijo Tejada al tiempo que se apretaba ambos ojos con los dedos pulgar e índice, dando a entender que aquella situación estaba empezando a exasperarle—, déjenos solos.

Silva dudó un momento antes de decidirse a obedecer a su superior y se dispuso a abandonar la habitación con los dientes apretados y las mejillas encendidas. Antes de que saliera, Manuel soltó una sonora risita entre dientes, lo que terminó de enfurecerle y le llevó a cerrar de un portazo que debió de escucharse en todo el edificio.

Una vez solos, Tejada le dirigió una mirada cansada, como si nada le apeteciera menos que tener aquella conversación. El comisario era un sexagenario de pelo blanco y escaso, sin otro propósito en aquel momento de su vida que esperar la jubilación tratando de complicarse la existencia lo menos posible. Para Manuel, un comisario que no quería problemas era como un martillo de cristal: bonito como objeto decorativo, pero inútil a efectos prácticos.

—Esta mañana has interrogado a un sospechoso sin autorización. No solo no has esperado a su abogado, sino que además le has quitado las esposas. —No era una pregunta, así que Manuel no respondió y el comisario interpretó su silencio como una invitación a seguir hablando—. Silva ha ido a ver al forense y ¿sabes qué? El médico le ha dicho que esta mañana ya había ido un policía a buscar el informe preliminar de la autopsia. ¿Tienes idea de quién puede haber sido?

—Le he dejado el informe en su mesa —respondió, fingiendo ingenuidad—. Creí que me daría las gracias por traérselo.

Tejada asintió y le miró en silencio durante unos instantes, sin saber cómo tomarse aquella respuesta. Cuando habló, lo hizo con un tono que pretendía ser conciliador, como si de alguna manera su actitud le hubiera decepcionado.

—¿Qué estás haciendo, Bianquetti?

—Mi trabajo.

—¿Tu trabajo? —El comisario arqueó las cejas, desconcertado—. Creo recordar que tu trabajo es la custodia y gestión del archivo. ¿Crees que te puedes poner a

investigar un homicidio así, sin más?

—Habéis detenido al tipo equivocado. Ese chico es inocente.

Tejada negó con la cabeza, dando a entender que aquella reflexión no le interesaba lo más mínimo.

—Mira, siempre has ido por libre y yo siempre te he respetado, pero no estoy dispuesto a que interfieras en una investigación.

—¿Es que no me está escuchando? —Levantó la voz—. Le estoy diciendo que el tipo al que han detenido no tiene nada que ver con la muerte de Clara Vidal.

—Eso lo decidirá Silva. Para eso es el inspector encargado del caso.

«Así que se trata de eso», pensó. Debía haber supuesto que encargarían la investigación al niño bonito de la brigada, como una oportunidad para demostrar su condición de joven promesa.

—Silva es un niñato —sentenció—. No tiene ni puta idea de lo que tiene entre manos.

—¿Y tú sí? —replicó Tejada—. ¿Cuánto tiempo llevas fuera de juego? ¿Crees que te puedes poner a investigar así, por las buenas, solo porque te apetezca?

Manuel no respondió, intuyendo que Tejada no escucharía nada de lo que dijera. No pretendía oír su opinión, sino dejarle claro que aquello no iba con él.

—Te apesta el aliento a cerveza —prosiguió—, puedo olerlo desde aquí. Apuesto a que ni siquiera llevas tu arma encima.

—¿Cuál va a ser la línea de investigación que van a seguir? —preguntó Manuel, evitando el tema.

—La línea de investigación va a ser la siguiente: tú te vas a apartar y nos vas a dejar hacer nuestro trabajo. Si vuelves a interferir, atente a las consecuencias.

Manuel apretó los puños, obligándose a no contestar. Sabía que el enfado del comisario era lógico y que no serviría de nada llevarle la contraria. Además, su actitud relajada durante los últimos meses justificaba de sobra que ahora no le tomasen en serio. En cierto modo, se lo había buscado.

—Usted no sabe lo que está pasando —insistió por última vez—, esto es más grande de lo que están acostumbrados a investigar. El tipo que se ha cargado a Clara Vidal es una mala bestia, debería ver cómo le dejó la cara. —«Y si no le atrapamos volverá a matar», estuvo a punto de añadir, pero decidió reservarse esa parte. Aquella amenaza parecía sacada de una mala novela de misterio y dudaba que el comisario fuera a tomársela en serio.

—Esta conversación ha terminado, Bianquetti.

Manuel se dio por vencido y salió del despacho negando con la cabeza, tratando de digerir su frustración. Abandonó la comisaría y echó a andar en dirección a su domicilio. Por el camino trató de sacudirse el enfado mientras maldecía una y otra vez el nombre del comisario, como si fuera el responsable de todos sus males.

En el fondo, por mucho que le jodiera, sabía que Tejada tenía razón. No solo hacía mucho tiempo que salía de casa sin su arma reglamentaria, consciente de que de

poco iba a servirle para sus funciones en el archivo, sino que además se había estado comportando como si todo le importase una mierda. Tenía lo que se merecía y era el único culpable de que no le tomasen en serio. ¿Qué esperaba? ¿Que lo metiera en la investigación así, sin más?

Sin embargo, mientras caminaba hacia su piso de alquiler no podía dejar de pensar que un inocente seguía languideciendo en el horno y que el cadáver de Clara Vidal continuaba enfriándose en el depósito. No estaba dispuesto a dejarlo estar, ni mucho menos, aunque eso supusiera enfrentarse a Silva y al propio comisario. Nunca había dejado una investigación a medias y aquella no iba a ser la primera vez.

CAPÍTULO 8

*Galería de tiro del Pabellón Polideportivo Municipal de Bahía Sur, San
Fernando
Viernes, 16:05 horas*

Manuel separó las piernas, sujetó el revólver con ambas manos y apuntó a su objetivo, una silueta de cartón a unos veinticinco metros de distancia. Llevaba mucho sin disparar y los primeros tiros le parecieron más propios de un recién llegado a la academia que de un veterano con más de veinte años de experiencia. El sonido atronador de las detonaciones, amplificado por las paredes y el techo metálico de la nave, retumbó en sus oídos a pesar de llevar tapones, no tanto por el estruendo en sí como por la falta de costumbre. Hacía demasiado que no escuchaba un disparo.

Cuando vació el tambor activó el transportador automático y vio aproximarse la silueta de cartón. La examinó con detalle y comprobó que su pericia se había esfumado como por arte de magia. Algunos tiros ni siquiera la habían rozado.

Tapó los agujeros de bala con pequeñas pegatinas de color negro y volvió a activar el transportador para alejar la diana. No había nadie más en la galería, por lo que se tomó su tiempo en volver a cargar el arma. Después separó las piernas, apuntó a su objetivo y trató de concentrarse. Exhaló lentamente hasta vaciar sus pulmones y, cuando ya no le quedaba aire, aprovechó aquellas milésimas de inmovilidad para vaciar de nuevo el revólver. Reservó la última bala y volvió a apuntar, esta vez a la cabeza de aquel delincuente imaginario. Disparó.

Aquella tanda arrojó mejores resultados, aunque todavía distaba de la habilidad que había tenido hasta hacía no mucho. Seguía sin acertar en el centro, aunque al menos en esta ocasión todos los disparos habían alcanzado la silueta. El tiro a la cabeza había impactado en el borde de la figura provocando una pequeña muesca, tan letal como si un ratoncillo se hubiera entretenido mordisqueándola.

Volvió a tapar los agujeros con parsimonia y activó de nuevo el transportador. El olor del arma recién engrasada se mezcló con el de la pólvora, trayendo a su mente recuerdos de un tiempo en el que sus visitas a la galería de tiro eran habituales. Sin embargo, desde su traslado a Cádiz no había vuelto a practicar y era la primera vez que visitaba aquel centro de entrenamiento, disponible para que los miembros de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado entrenaran con total discreción.

Rellenó el tambor, amartilló el arma y volvió a apuntar. El Magnum .357 tenía un aspecto imponente en las manos de cualquiera, pero cuando la sujetaba Manuel parecía insignificante, apenas un cañón sobresaliendo entre sus dedos. Trató de dejar la mente en blanco y pausó su respiración hasta que se volvió tan leve como el eructo

de un gusano de seda. Se concentró en el punto de mira y, más allá de este, en la silueta oscura que parecía desafiarle a lo lejos: «A ver cómo lo haces».

Había decidido visitar la galería de tiro de forma impulsiva, sin saber muy bien por qué. Las palabras de Tejada le habían tocado la fibra sensible, haciéndole sentirse un idiota. Estaba cabreado con él, pero también consigo mismo por haberle dado la oportunidad de hablarle así. Por ese motivo había decidido rescatar el revólver del armario en el que llevaba casi un año confinado y volver a ponerlo en condiciones de ser usado.

A cada disparo, su mano se volvía más firme y su puntería más segura. Recuperó antiguos hábitos, cambiando el peso de una pierna a otra hasta sentirse lo suficientemente cómodo para apuntar y acomodando ambas manos alrededor del arma hasta encontrar la forma más confortable de hacerlo. Su precisión cada vez era más aceptable y notó cómo recuperaba parte de la destreza de la que tanto había presumido durante sus primeros años en el cuerpo.

Terminó una caja de munición y pidió otra al encargado de la galería. El revólver comenzaba a comportarse como si nunca hubiera dejado de utilizarlo y sintió que el familiar peso del Magnum .357 lo reconfortaba. Ignoraba si tendría que volver a utilizarlo en alguna ocasión, pero en cualquier caso estaría listo para hacerlo.

* * *

Después de dos horas de práctica, diez cajas de proyectiles y quinientos disparos, volvió a poner rumbo a Cádiz. En la autovía el fuerte viento de levante embistió el Kadett una y otra vez, obligándole a aferrar con fuerza el volante y poner todos los sentidos en la carretera. Cuando llegó a la entrada de la ciudad giró en dirección a la Zona Franca.

Después de callejear durante algunos minutos encontró el lugar en el que había aparecido el cuerpo sin vida de Clara, acotado por una solitaria cinta policial que se agitaba con fuerza debido al viento. No vio a ningún agente en las inmediaciones, por lo que pensó que aquella cinta no tenía mucho sentido. Más bien parecía que los policías que habían custodiado aquel lugar por la mañana se habían olvidado de retirarla.

Redujo la velocidad y observó la zona delimitada por la cinta de plástico. Había un total de cuatro contenedores de basura en fila apoyados contra el muro que delimitaba la fábrica de tabacos. Imaginó que el cadáver había sido encontrado en uno de ellos y que los técnicos de la Brigada Científica ya habrían recogido muestras suficientes como para que no hubiera sido necesario llevarse el contenedor entero para su análisis.

Estacionó a unos metros del lugar y bajó del coche. La calle estaba desierta y eran

pocas las empresas establecidas en aquella zona en concreto. La nave que quedaba justo al otro lado de la vía, frente a los contenedores, lucía un gran cartel donde se podía leer en letras rojas sobre un fondo amarillo «Gallonga, S. A.» y Manuel comprobó decepcionado que no tenía ninguna cámara de vigilancia en el exterior que hubiera podido captar las imágenes del asesino deshaciéndose del cuerpo de la chica. «Una pena», pensó.

Comenzó a recorrer la calle en sentido inverso, atento a cada detalle. A lo largo del muro de la empresa tabaquera había una serie de cámaras de vigilancia, pero estaban orientadas hacia el interior del recinto, por lo que resultaba difícil que alguna hubiera captado la imagen de Clara y su asesino. No obstante, pensó que no perdería nada por preguntar.

Caminó pegado al muro y por un momento creyó haber descubierto algo cuando encontró el envoltorio brillante de un preservativo. A pocos metros había un condón con restos sospechosos en su interior y se preguntó si sería el que había utilizado el agresor de Clara. Por desgracia, a medida que avanzaba fue encontrando más condones usados, tirados de cualquier manera, lo que evidenciaba el descuido de los servicios de limpieza del Ayuntamiento por aquella zona de la ciudad.

Cabía la posibilidad de que alguno de aquellos preservativos fuera el que había utilizado el asesino, pero Manuel no tenía manera de saber cuál y tampoco disponía de medios para investigarlo. Siempre podía ponerse en contacto con la Brigada Científica, aunque era fácil imaginarse la cara que pondría Tejada si se enteraba de que había acudido a ellos para analizar varias docenas de profilácticos usados. Decidió que aquella vía de investigación quedaba descartada y, tras dar media vuelta, volvió a caminar en dirección al lugar en el que había aparcado.

El sol ya había terminado de ocultarse y comenzaba a hacer más frío. Manuel se arrebujó en su abrigo mientras paseaba por el yermo polígono, débilmente iluminado por las escasas farolas que no habían sido destrozadas a pedradas. Aquel lugar le parecía tan desapacible que no podía creer que nadie en su sano juicio fuera allí por su propio pie, al contrario de lo que sugerían los condones que había visto tirados a uno y otro lado de la calle.

Clara había muerto allí, estaba casi seguro de ello. No resultaba descabellado pensar que había ido acompañada de su asesino, tal vez en el coche de este, sin saber que lo que en un principio iba a ser una noche de pasión terminaría convirtiéndose en una pesadilla de la que no volvería a despertar. Manuel pensó que en caso de encontrar algún sospechoso solo tendrían que examinar su coche a fondo para saber si era culpable o no del asesinato y violación de la chica. La violencia con la que la había tratado debía por fuerza haber dejado restos en la tapicería, ya fuera sangre, saliva o incluso restos de cabellos o vello púbico.

Volvió al coche, arrancó y se dirigió al control de entrada y salida de la fábrica de tabacos, casi al final de la calle. El que hubiera arrojado el cuerpo al contenedor debía haber huido en aquella dirección y pensó que tal vez el personal que custodió el

acceso durante la noche anterior hubiera visto algo fuera de lugar.

Estacionó en las inmediaciones del control y trató de ordenar sus pensamientos antes de hablar con los vigilantes de seguridad. Había investigado muchos homicidios a lo largo de su carrera y sabía que en aquel tipo de pesquisas, que a veces parecían inútiles y de poca solidez, estaba la clave para resolver la mayoría de los casos. Los pequeños detalles resultaban tan importantes como las pruebas más evidentes y había que ser muy cuidadoso para no pasar nada por alto. Por eso los investigadores descuidados o vagos no solían resolver ni la mitad de los crímenes a los que se enfrentaban.

Pero él no era de esos.

CAPÍTULO 9

Fábrica de tabacos, Zona Franca, Cádiz
Viernes, 18:50 horas

El sistema de acceso a la fábrica de tabacos constaba de dos carriles para vehículos, uno de entrada y otro de salida, un acceso peatonal y una pequeña garita con ventanas de cristal de espejo que impedían ver lo que sucedía en su interior. Mientras Manuel se acercaba, dos vigilantes de seguridad salieron de la caseta y le esperaron con expresión alerta, con aspecto de estar preguntándose quién demonios era y qué demonios se le había perdido allí.

—Buenas tardes, compañeros —saludó al tiempo que mostraba su placa. La experiencia le había enseñado que una buena manera de ganarse la confianza de los guardias de seguridad era llamarles «compañeros», hacerles sentir que estaban en el mismo equipo y que su ayuda sería bien recibida, aunque en el fondo les considerase tan compañeros como a los camareros o a los limpiabotas—. A ver si podéis echarme una mano.

Uno de los vigilantes era un joven de unos veinte años y el otro un cincuentón que lo miró con desconfianza, puede que intuyendo que la presencia de un policía en su lugar de trabajo podría ocasionarle problemas. Ambos llevaban un uniforme que consistía en un pantalón oscuro y una camisa de color celeste con el logotipo de la empresa de seguridad para la que trabajaban, pero mientras el más joven cargaba en su cinturón con una porra, unos grilletes, una navaja multiusos, una linterna y unos guantes anticorte, el veterano llevaba solo el cinturón, sin más, como si diera por sentado que nunca iba a necesitar aquellas herramientas de trabajo. Aquel detalle le dio una pista sobre cuál de los dos iba a mostrarse más inclinado a colaborar.

—¿Qué quieres? —Ladró el de más edad, que parecía haber dejado la educación en el mismo lugar que los grilletes y el resto de accesorios.

—Anoche mataron a una chica y después tiraron su cuerpo a un contenedor en esta misma calle. Me imagino que os habréis enterado.

El más joven asintió mientras su compañero le sostenía la mirada sin pestañear, tratando de dejar claro que le importaba una mierda lo que hubiera sucedido fuera de los límites de su lugar de trabajo. Una breve ojeada a la puerta entreabierta de la garita le bastó para comprobar que en su interior había varios monitores que mostraban las imágenes captadas por las cámaras de vigilancia.

—He visto que tenéis cámaras de seguridad a lo largo de todo el perímetro. —Señaló la calle a su espalda—. Tal vez hayan captado alguna imagen que nos sea de utilidad.

—Esos aparatos están para vigilar el recinto, no lo que sucede fuera. —Gruñó el veterano.

—Lo sé —concedió Manuel, esforzándose en no perder la paciencia—, pero tal vez alguna haya estado en algún momento de la noche orientada hacia el exterior. ¿Podéis comprobarlo?

El vigilante miró a su compañero mientras negaba con la cabeza y emitía un sonoro suspiro, aburrido ya de la conversación. A Manuel le resultó evidente que aquel tipo no quería complicarse la vida y supo que no iba a ayudarle antes incluso de que respondiera a su pregunta.

—Tendrás que pedirlo por escrito —dijo—. No podemos dejarte ver las grabaciones sin la orden de un juez. Ley de protección de datos, ¿sabes lo que es?

«Pues claro que lo sé, gilipollas», estuvo a punto de responder, pero sabía que enfrentarse a aquel zopenco no iba a llevarle a ninguna parte. Nada de lo que dijese iba a hacerle cambiar de idea, así que lo más sensato sería adoptar otra estrategia.

—Bien, de acuerdo. Hablaré con el comisario y pediremos esa orden. Volveré cuando la tenga.

—De todas formas, te puedo adelantar que no vas a ver nada en las grabaciones.

El guardián articuló una sonrisa de hiena. Parecía el tipo de persona que disfruta demostrando que sabe más que los demás, pero Manuel decidió que no estaba de humor para aguantar más sandeces.

—Vale, oye, que tengáis una buena tarde. Buen servicio.

Ninguno de los dos respondió y Manuel se alejó mientras de reojo les veía meterse de nuevo en la garita. Una vez en el Kadett, dio una vuelta a la manzana y volvió a estacionar frente al control de acceso a la fábrica, en un lugar desde el que podía observar a suficiente distancia como para pasar desapercibido. Encendió un cigarrillo y esperó.

Al cabo de una hora, vio abrirse la puerta de la garita y el vigilante de más edad salió y se alejó en dirección al interior del recinto. A los pocos minutos alcanzó a verle dando una ronda al volante de un Ford Fiesta de color blanco con el logotipo de la empresa de seguridad impreso en el capó. «Es el momento», pensó.

Dejó el Kadett donde estaba y caminó de nuevo hacia el control de acceso. Cuando solo le separaban unos metros el guardia más joven salió a su encuentro, esta vez mostrando una sonrisa y una predisposición que poco tenían que ver con el trato dispensado por su colega.

—Hola, ¿te acuerdas de mí? —le saludó Manuel.

—Claro, compañero. ¿Qué necesitas?

«Bingo», pensó. Su actitud le hizo corroborar que se tomaba su trabajo bastante más en serio que el otro vigilante y que ardía en deseos de ser de utilidad. Además, intuyó cierto respeto en su forma de dirigirse a él, como si sintiera cierta afinidad con el Cuerpo Nacional de Policía. «A lo mejor incluso está pensando en opositar», se dijo.

—He hablado con mis superiores y la orden está en camino. Sin embargo... ¿Sabes eso que dicen de «las primeras cuarenta y ocho»?

El muchacho le respondió con una mirada desconcertada.

—Creo que... —titubeó, resistiéndose a admitir que no sabía de qué estaba hablando, y Manuel respondió por él.

—Cuando investigamos un homicidio, las primeras cuarenta y ocho horas desde que se comete el crimen son fundamentales para su resolución. Después de ese margen de tiempo las huellas comienzan a difuminarse, la memoria de los testigos empieza a fallar y el asesino tiene más posibilidades de quedar sin castigo. A eso le llamamos «las primeras cuarenta y ocho».

Hizo hincapié en la palabra «asesino», tratando de que el muchacho se hiciera una idea de la magnitud de lo que estaba en juego.

—Sí, algo había oído —contestó.

—Como ya te he dicho, la orden está en camino. —Hizo una pausa teatral para mirar el reloj y fruncir el ceño de forma exagerada, como si no le gustase lo que había visto en él—, pero ya no creo que llegue hasta mañana.

El joven negó con la cabeza, compartiendo su frustración, y Manuel supo que lo tenía en el bote. Decidió darle la puntilla.

—Esto de la ley de protección de datos es una puta mierda, ¿sabes? Y no quiero que el asesino se me escape por un tecnicismo.

Utilizó de nuevo la palabra «asesino», esta vez con más énfasis, tratando de convencer al chico de que sin su ayuda jamás conseguirían cerrar el caso.

—Te entiendo, compañero.

Manuel interpretó aquella respuesta de forma positiva y señaló el interior de la garita.

—Necesito ver las grabaciones de anoche. Y estoy seguro de que sabes cómo hacerlo.

—Pues sí que sé —admitió—, pero ya te adelanto que no podrás ver nada. Si quieres te lo enseño.

Ambos pasaron al interior del control y, aunque Manuel tuvo que agacharse al entrar para no chocar con el quicio de la puerta, una vez dentro descubrió que aquel reducto era en realidad mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Estaba equipado con un par de ordenadores y varias sillas de oficina, y junto a la puerta había una cuadrícula formada por un total de seis monitores que mostraban las imágenes captadas por las cámaras de seguridad a tiempo real.

—Siéntate —le dijo el guardia mientras él mismo tomaba asiento frente a uno de los ordenadores y tecleaba algunas órdenes. Después señaló uno de los monitores—. Mira, la zona que queda fuera de los muros está codificada. ¿Lo ves?

Manuel tomó una de las sillas y, al sentarse, esta crujió de tal manera que le hizo pensar que una parte del mecanismo se acababa de quebrar bajo su peso, pero lo ignoró y miró la pantalla que le señalaba el muchacho, que en aquel momento

mostraba un área del recinto perfectamente visible. El joven utilizó el ratón para hacer un barrido con la cámara, pero, al llegar a la zona que había tras el muro, la imagen se volvió completamente negra.

—Hace tiempo que lo pusieron así. Ya no es como antes, que se podía ver todo lo que pasaba fuera.

Al decir aquello se le escapó una sonrisa maliciosa y Manuel intuyó que las grabaciones de las parejas follando en el interior de los coches debían de haber proporcionado a aquel chico y a sus compañeros entretenimiento durante muchas noches de guardia. Que los sistemas de videovigilancia estuvieran en manos de semejante panda de orangutanes evidenciaba hasta qué punto la ley de protección de datos resultaba insuficiente y ridícula, reflexionó. Poca gente sabe lo fácil que es acceder a las grabaciones de una cámara de seguridad, y a menudo basta con tener un poco de suerte y conocer a alguien que esté a cargo de esos dispositivos, como el joven que tenía al lado.

Tal vez por ese mismo motivo habían codificado el sistema de vigilancia para impedir que grabasen lo que sucedía más allá de los muros de la fábrica, pensó, y soltó un exabrupto. Aquello daba al traste con las posibilidades de que alguna de aquellas cámaras hubiera captado la imagen del asesino o de su coche. «Y todo por culpa de estos pajilleros», resolvió.

—Estoy pensando en prepararme las oposiciones a policía, ¿sabes? —continuó el joven, indiferente al hecho de que apenas le prestase atención—. O a guardia civil...

Entonces Manuel recordó algo, a la manera de un débil rayo de luz que irrumpió entre las sombras que emborronaban su razonamiento. Sin pensar en lo que hacía se levantó y salió de la garita de un salto bajo la mirada atónita del vigilante de seguridad, que asomó la cabeza a los pocos segundos.

—¿Qué hay de esta? —dijo señalando una pequeña cámara situada en lo alto de un poste, a pocos metros del control de acceso.

—Esa cámara graba la matrícula de los coches que entran —explicó el muchacho—. Es por motivos de seguridad, así tenemos controlados todos los coches que acceden al recinto.

—¿Y podemos ver la grabación?

El chico calló durante varios segundos, como si no entendiera la pregunta, y Manuel estuvo a punto de repetírsela a gritos.

—Es una cámara fija —le advirtió—. Siempre graba en la misma dirección y no creo...

—Vamos a comprobarlo —le cortó, entrando de nuevo en la garita y obligando al vigilante a imitarlo.

El joven volvió a sentarse frente al ordenador y comenzó a pulsar teclas con el gesto contrariado, convencido de que aquello era una pérdida de tiempo. La pantalla mostró la imagen que captaba la cámara en aquel momento, que consistía solo en un buen pedazo de asfalto y, en la parte superior de la pantalla, la imagen del edificio

que había frente al control de acceso. Sobre la pared gris se distinguían a duras penas unas letras cromadas que dejaban leer «Tanatorio Virgen del Rosario». «Muy oportuno», pensó, conteniendo una sonrisa.

—¿Podemos ver las imágenes de las dos de la madrugada?

El guardia de seguridad tecleó la orden y la confirmó con un clic del ratón. La imagen se oscureció y en la parte inferior del monitor los dígitos de la hora cambiaron y mostraron las 2:00. Manuel preguntó a su nuevo amigo si era posible pasar la grabación a cámara rápida.

Este asintió y volvió a pulsar algunos botones. Los dígitos que indicaban los minutos comenzaron a cambiar cada pocos segundos, aunque la imagen permanecía inalterable, y durante un rato ninguno de los dos dijo nada, concentrados en la pantalla. El vigilante pareció perder pronto el interés por aquella aburrida grabación que mostraba siempre la misma imagen, pero Manuel siguió observándola de forma obstinada, convencido de que hallaría en ella alguna pista que le acercase al asesino de Clara Vidal.

Cuando los dígitos marcaban las 2:55 estuvo a punto de pedir al vigilante que retrocediera hasta el principio de la grabación y la pasara a velocidad normal, o incluso a cámara lenta, temiendo que su impaciencia le hubiera hecho omitir algún detalle. Sin embargo, justo en ese momento la pantalla mostró la imagen de algo que pasaba como una exhalación frente a la fachada del tanatorio. Apenas duró una fracción de segundo y Manuel tuvo que pestañear para darse cuenta de que algo había sucedido, aunque el joven que tenía a su lado no parecía haberse dado ni cuenta.

—Alto, vuelve atrás. He visto algo.

El guardia le miró sin comprender, pero obedeció. Hizo retroceder la grabación un minuto completo y volvió a reproducirla, esta vez a velocidad normal. Al poco volvió a repetirse la imagen de algo pasando a toda velocidad frente al control de acceso, aunque costaba distinguir de qué se trataba. Aquella cámara diseñada para leer matrículas carecía de la resolución necesaria para mostrar la imagen con más precisión y Manuel le pidió que lo pasara de nuevo a cámara lenta.

Al ver la grabación por tercera vez pudo confirmar sus sospechas: se trataba de un vehículo circulando frente al lugar en el que se encontraban justo a las 2:55 de la madrugada, aunque la escasa calidad de las imágenes, unida al hecho de que hubieran sido tomadas de noche, hacía imposible distinguir la marca o el modelo. A decir verdad, pensó, ni siquiera se podía saber con certeza de qué color era el vehículo, aunque debía de ser un tono oscuro.

El vigilante detuvo la imagen en el momento justo y la amplió, mostrando una mancha oscura e informe en el centro de la pantalla. Viéndola así, resultaba comprensible que la hubiera pasado por alto en un primer momento.

—Parece un todoterreno —murmuró el muchacho.

Manuel observó que el vehículo se ensanchaba por la parte trasera y creyó que aquella apreciación no iba desencaminada. La imagen resultaba demasiado vaga e

imprecisa como para que ningún juez la admitiera como prueba, pero tampoco le importaba. Estaba convencido de que se trataba de un hallazgo importante.

A pesar de que no tenía forma de saberlo, estaba seguro de que aquel todoterreno pertenecía al asesino de Clara. La hora coincidía con el intervalo de tiempo en el que la chica había muerto y en aquel momento de la grabación bien podía estar huyendo después de haber arrojado el cadáver al contenedor de basura.

Decidió que ya había visto suficiente y, sin decir nada, abandonó la garita bajo la mirada desconcertada del vigilante de seguridad. Una vez en el Kadett, encendió un cigarrillo y trató de ordenar sus ideas antes de arrancar. En realidad no tenía ninguna prueba con la que apuntalar su teoría y demostrar que aquel era el coche del asesino y no el de alguien que pasaba por allí por casualidad. Aquello habría sido mucho pedir, pensó. Sin embargo, algo le decía que estaba más cerca de atrapar al cabrón que había violado y matado a aquella chica.

Recordó a Fredy Guzmán, que en aquel momento debía de estar mordiéndose las uñas en los calabozos. Puede que aquella grabación no bastase para convencer al juez de su inocencia, pero para Manuel era más que suficiente. Aquel vehículo había pasado a toda mecha frente al control de acceso de la fábrica poco antes de las tres de la madrugada, la hora a la que el presunto culpable se encontraba en el domicilio de los padres de Clara.

Sin dejar de pensar en ello arrancó y se puso en marcha. Todavía quedaban muchos cabos por atar, pero intuyó que aquel hallazgo era el comienzo de algo más. Un punto de inflexión, se podría decir.

CAPÍTULO 10

*Casines, Puerto Real
Viernes, 19:30 horas*

Cristina despertó, incapaz de recordar el momento en el que se había quedado dormida, cuando el frío que le transmitían los azulejos del baño empezaba a ser insoportable. Después del desconcierto inicial, lo recordó todo de golpe: la conversación con Pilar, la carrera hasta el baño, las lágrimas de miedo y de rabia... Y la noticia de la liberación de Eugenio, el hombre que había convertido su vida en un infierno. Le entraron ganas de volver a abrazarse las rodillas y quedarse allí, pero sabía que no podía seguir así. Estaba furiosa consigo misma, avergonzada por su reacción. Se suponía que era una mujer adulta e independiente, por Dios. Tenía mejores cosas que hacer que pasar el resto de su vida mirando hacia atrás.

Decidida a no permitir que el miedo volviera a tomar las riendas, se puso en pie y se lavó la cara con decisión, dejando que el agua se llevase los restos de saliva y lágrimas todavía adheridos a su rostro. Después se lavó los dientes con más fuerza de lo necesario, asqueada por el amargo sabor a vómito que le subía por la garganta. Tenía frío, pero no iba a vestirse hasta haber terminado de asearse.

Conoció a Eugenio cuando solo tenía quince años.

A lo largo de su vida se había repetido muchas veces que su juventud y su falta de experiencia en aquel momento habían sido decisivas a la hora de enamorarse de alguien como él. Eugenio era un chaval solitario, algo mayor que ella, con ese aire de chico malo que tanto gustaba a todas las niñas de la pandilla. Para Cristina había sido un milagro que, de todas las muchachas bonitas que había en el pueblo, se fijase precisamente en ella. En su ingenuidad pensaba que estaba con el mejor chico del mundo y que sería incapaz de amar a nadie tanto como lo amaba a él.

Eugenio demostró desde el primer momento un carácter posesivo y celoso que Cristina no terminaba de comprender, pero que interpretó como una manifestación de sus sentimientos. Primero le prohibió salir con sus amigas, aduciendo que eran unas busconas y unas entrometidas que envidiaban su relación. Estas trataron de convencerla una y otra vez de que se estaba equivocando, pero fueron incapaces de persuadir a una Cristina cegada de amor y, cuando Eugenio le dio a elegir entre ellas o él, no tuvo que pensárselo mucho. De esta manera cortó toda relación con la que había sido su pandilla de toda la vida y renunció a sus amigas, convencida de que para ser feliz solo necesitaba estar al lado del chico por el que había perdido la cabeza.

Después les llegó el turno a sus padres. Eugenio la convenció de que su familia

quería interponerse entre ellos y acabar con su relación, y las peleas entre Cristina y su madre se hicieron cada vez más frecuentes. Esta, que veía cómo su única hija estaba a punto de tirar su vida por la borda, trató de advertirle una y otra vez. «No eres propiedad de nadie —le decía—. Nadie puede pedirte que renuncies a tus amigos y tu familia. Eres demasiado joven para consagrar tu vida a una sola persona». Por desgracia, Cristina no supo ver el valor de estos consejos y se tomó aquellas palabras como una confirmación de lo que Eugenio ya le había advertido. No estaba dispuesta a renunciar a su relación solo porque alguien se lo dijera y terminó abandonando la casa familiar para irse a vivir con Eugenio y su familia.

La boda se celebró a los pocos meses, cuando apenas había cumplido los dieciocho, en una ceremonia por todo lo alto a la que asistió casi todo el pueblo. Sus padres acudieron a regañadientes, más por obligación que por entusiasmo ante el enlace, pero a ella no le importó en absoluto. La perspectiva de pasar el resto de su vida junto a Eugenio le parecía lo mejor que le había podido suceder y sentía que si estaba con él le sobraba el resto del universo.

Había estado tan enamorada, tan ciega, tan loca, tan rematadamente loca, que no había querido ver los defectos del monstruo con el que se había casado y se había empeñado en inventarse cualidades y sentimientos con los que disfrazar la realidad.

Con el matrimonio llegaron nuevas prohibiciones, como la de no ir sola a ninguna parte o la de no hablar con nadie que no fuera él. Si llegaba y la encontraba hablando por teléfono, por ejemplo, se ponía hecho una furia y amenazaba con decirle a todo el pueblo la clase de puta que era. Los malos modos se acentuaron y se convirtieron en la norma, mientras los zarandeos y los empujones se volvían habituales.

Una noche, Eugenio llegó a casa borracho como una cuba. Cristina estaba acostumbrada a verle con algunas copas de más, pero nunca como aquella vez. Apenas se tenía en pie y balbuceaba de forma ininteligible. Cristina estaba medio dormida y, cuando él se tumbó a su lado y comenzó a manosearla, trató de resistirse. Estaba cansada y creía que su marido estaría demasiado borracho para insistir. Obviamente, se equivocó.

El primer puñetazo la alcanzó en pleno rostro, espabilándola de inmediato, y lo primero que se le pasó por la cabeza fue una frase absurda: «Me pega como si pegase a un hombre». Intentó oponer resistencia, pero, cuanto más lo hacía, más violentos se volvían los golpes. Terminó hecha un ovillo a los pies de la cama mientras su marido chillaba como un loco y le lanzaba una patada tras otra. En un momento dado los golpes cesaron, pero Cristina no se atrevió a moverse por miedo a volver a enfurecer a la bestia. Por el rabillo del ojo alcanzó a verle masturbarse de pie y correrse sobre las sábanas, en su lado de la cama, como si de un macabro fin de fiesta se tratase.

Aquella fue la primera vez que Eugenio la golpeó abiertamente, «como si pegase a un hombre», con ambos puños y sin miramientos. Cristina nunca había pensado que los empujones y los insultos acabarían degenerando en aquella orgía de violencia y no se atrevió a moverse del suelo hasta varios minutos más tarde, cuando sus

ronquidos le confirmaron que se había quedado dormido.

Curiosamente, lo primero que pensó cuando vio su rostro ensangrentado en el espejo fue que debía limpiarse de inmediato. Eugenio se enfadaría si la veía con aquellas pintas.

* * *

Los días posteriores a aquella primera paliza fueron plácidos y tranquilos, como la calma que sucede a los días de tormenta. Un Eugenio arrepentido y triste deambulaba por la casa, incapaz de mirarla a los ojos y resistir la visión de su rostro hinchado por los golpes. Le pidió perdón unas mil veces, pero Cristina decidió castigarle con su indiferencia. No se le pasó por la cabeza la idea de huir de aquella casa, sino más bien al contrario. Algo le decía que aquello había llegado demasiado lejos y que a partir de aquel día todo iría a mejor. Eugenio se daría cuenta de que no podía tratarla como un felpudo y en adelante se comportaría como un marido ejemplar.

Sin embargo, eso no fue exactamente lo que sucedió.

CAPÍTULO 11

*Plaza de España, Cádiz
Viernes, 22:30 horas*

Cuando Manuel emergió por una de las bocacalles que daba a la plaza de España se arrebujo en su abrigo y soltó una maldición en voz baja. Aquella era otra de las cosas que odiaba de Cádiz: la humedad. Aquella humedad que atravesaba capas y capas de ropa y se alojaba en sus huesos sin piedad.

Trató de combatirla encendiendo un cigarrillo mientras paseaba por los jardines. El viento de levante se había calmado de nuevo y, desafiando la humedad y el frío, varios grupos de jóvenes permanecían sentados en los bancos repartidos por la plaza, compartiendo litronas o entonando canciones al son de las guitarras que algunos tocaban. Otros se limitaban a charlar e incluso a permanecer en silencio, algo inexplicable para Manuel, a quien no se le ocurría ningún motivo por el que nadie en su sano juicio pudiera disfrutar sentado a la intemperie con la que estaba cayendo.

Mientras deambulaba por la plaza con aire casual examinó discretamente a los grupos en busca de alguno formado por chavales de aspecto sudamericano. La comunidad latina en Cádiz no era demasiado numerosa, por lo que no creía que le resultara difícil encontrar a algún grupo que conociera a Clara y a Fredy Guzmán. Con suerte, tal vez incluso diera con los dos jóvenes que les habían acompañado durante la noche anterior, a los que Fredy se había referido como Rosa y Edmundo.

Ya había realizado aquella misma inspección en la plaza de Mina y en la plaza de la Catedral, que también solían ser frecuentadas por pandillas de chavales cada noche, pero no había tenido suerte. Estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando vislumbró a un grupo de chicos latinos en uno de los bancos más apartados, situado frente a una fuente de piedra con aspecto de llevar años sin funcionar. Les traicionaron sus expresiones graves y taciturnas. No hablaban entre ellos y se limitaban a permanecer en silencio mientras oían la música que salía de un teléfono móvil.

A medida que se acercaba notó cómo algunos miraban en su dirección con desconfianza. En total contabilizó cuatro chicos y dos chicas sentados en el banco y otros dos muchachos más de pie junto a ellos, con edades comprendidas entre los catorce y los dieciocho años, como mucho. Cuando llegó hasta donde se encontraban se detuvo y se dejó contemplar, facilitando que su tamaño y aspecto provocaran el efecto acostumbrado. Cuando se aseguró de que estaban lo suficientemente desconcertados, sacó del bolsillo la fotografía que había cogido prestada del informe forense y la mostró, atento a sus reacciones.

Al verla, una de las chicas se echó a llorar. La otra desvió la mirada, al igual que algunos de los chicos, como si la visión de aquel rostro les incomodase profundamente. Manuel supo que había dado en el clavo y volvió a guardar la fotografía.

—Rosa y Edmundo —dijo.

Los rostros no se inmutaron, pero Manuel alcanzó a ver cómo algunos ojos se desviaban hacia un joven que trataba de consolar a la chica que se había echado a llorar. Este le devolvió una mirada orgullosa, desafiante, mientras su amiga se cubría el rostro con ambas manos, como si le avergonzase mostrar sus lágrimas.

—Los demás, esfumaos —ordenó y su tono dejó claro que no estaba dispuesto a admitir ninguna réplica.

Los chicos se miraron unos a otros, aturridos por su presencia, pero en cuanto el primero de ellos se levantó los demás se apresuraron a imitarle y se alejaron acompañados del sonido enlatado de la musiquilla del móvil. Mientras se marchaban, Manuel examinó a la pareja que se había quedado en el banco. Ambos eran muy bajitos, de piel oscura y facciones que evidenciaban su condición de inmigrantes. La muchacha alzó la vista y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano sin dejar de mirarle.

—Es usted policía, ¿verdad?

Manuel asintió y dejó que los jóvenes rumiasen aquel hecho durante algunos segundos antes de hablar.

—Anoche estuvisteis con Fredy y con Clara —dijo y el chico que debía de llamarse Edmundo asintió de forma involuntaria—. Contadme qué pasó.

—Ya nos han tomado declaración —protestó—. ¿Por qué tenemos que contarle todo otra vez?

—Porque lo digo yo.

El chico contrajo el rostro, ofendido, como si aquella respuesta fuera lo último que esperaba oír de labios de un policía, pero a Manuel le dio igual. No estaba dispuesto a consentir que un adolescente respondón se le pusiera chulo.

—Déjalo, Edmundo —intervino su novia—. No cuesta nada volver a contarle. Así podrán atrapar al asesino de Clara.

Aquella afirmación le puso en guardia.

—¿Así que no crees que Fredy Guzmán la haya matado?

La muchacha bajó la vista, arrepentida de lo que acababa de decir, pero al momento volvió a alzar el rostro y negó de forma enérgica.

—No, no lo creo. Fredy amaba a Clara. La quería con locura. Le aseguro que habría sido incapaz de hacerle daño.

—Tengo entendido que anoche discutieron —dijo Manuel, como si no la hubiese oído—. Comprenderás que resulte sospechoso que la chica aparezca muerta a las pocas horas de haber discutido con él.

—Fredy y Clara discutían a cada momento, señor —respondió—. Siempre que

salíamos terminaban peleados, pero al día siguiente volvían a estar juntos como si nada.

—Así que la de anoche solo fue una discusión más —afirmó, y Rosa y Edmundo asintieron a la vez, perfectamente compenetrados—. Pues me cuesta creer que ella se largase de la discoteca por una discusión sin importancia.

—Ya le he dicho que sucedía a menudo —insistió la muchacha—. Clara era una chica impulsiva, con mucho carácter, y Fredy es muy celoso. A veces se enfadaba con ella por tonterías.

—Tal vez fueron precisamente esos celos los que le llevaron a matarla —dijo Manuel—. ¿Sabéis si ella le fue infiel alguna vez?

Edmundo negó de forma automática con la cabeza y a los pocos segundos su novia le imitó. Sin embargo, a Manuel le llamó la atención que en esa ocasión no hubieran estado tan compenetrados como hacía un momento. Aquellos instantes de duda antes de responder fueron suficientes para despertar su curiosidad y miró a la chica fijamente.

—Voy a repetir la pregunta: ¿Clara le era infiel?

—No, que sepamos —respondió Edmundo por los dos.

Aquella respuesta escondía más connotaciones de las que Manuel estaba dispuesto a soportar.

—¿Se puede saber qué demonios significa eso? —rugió.

—Clara era muy coqueta, señor —intervino Rosa y clavó una mirada de advertencia a Edmundo para que no la interrumpiera—, y le gustaba flirtear con otros chicos. Creo que a veces lo hacía para poner celoso a Fredy o para vengarse de él después de una discusión.

—Pero eso no es ser infiel —volvió a hablar Edmundo, que parecía no haber aprendido la lección—. Era una chica muy extrovertida, pero nunca habría engañado a Fredy.

«No tienes ni puta idea, chaval», pensó Manuel. En ese punto su mirada se cruzó con la de la chica y supo que estaba pensando exactamente lo mismo.

—Volvamos a anoche —dijo—. Hay algo que no entiendo: ¿por qué dejó Fredy que Clara se fuera sola, en lugar de marcharse con ella?

—Nosotros le pedimos que se quedara. —Tomó la palabra el muchacho, ansioso por intervenir—. Estábamos hartos de verles discutir y le dijimos que lo mejor que podía hacer era dejar que se le pasara el enfado. Si iba tras ella, sería peor.

Manuel no dijo nada y dejó que el silencio hiciera mella en la pareja. Eran conscientes de que, si no hubieran convencido a Fredy de que se quedara con ellos, tal vez no habrían propiciado el encuentro de Clara con su asesino. Manuel estuvo a punto de explicarles que ellos no tenían la culpa de que el mundo estuviera lleno de degenerados como el que había asesinado a su amiga, pero decidió que la culpabilidad podía ser un buen argumento para impulsarles a recordar más detalles.

—¿Y dónde pensasteis que iba a ir Clara sola, a esa hora de la noche?

—A su casa. ¿Adónde iba a ir si no?

—A lo mejor quedó con algún amigo —insinuó— o tal vez conoció a alguien y se marchó con él. Esas cosas pasan, ¿no?

Edmundo negó con la cabeza de forma exagerada, como si la idea de que Clara fuese a cualquier lugar sin su novio le pareciera una locura. Sin embargo, Manuel alcanzó a ver cómo Rosa se mordía el labio, inquieta.

—¿Tú tampoco lo crees? —le preguntó, atento a sus reacciones, y le pareció que se debatía entre la necesidad de decir la verdad y la fidelidad a su amiga desaparecida.

—Fredy estaba locamente enamorado de Clara —habló por fin—, pero ella comenzaba a estar harta de él. Harta de las discusiones, de los celos...

Manuel observó la expresión boquiabierta de Edmundo, a quien todo aquello parecía pillarle por sorpresa. Bendita inocencia, pensó, la de quien cree que los amores de la adolescencia son para toda la vida.

—¿Crees que Clara se veía con alguien a espaldas de Fredy?

—No —respondió Rosa—. Me lo habría contado, estoy segura. —Algo parecido a un titubeo atravesó el rostro de la chica, tan leve que Manuel estuvo tentado de ignorarlo. Permaneció en silencio para darle la oportunidad de añadir aquello que se estaba reservando—. Sin embargo —continuó—, hace poco me dijo que le encantaría conocer a algún hombre interesante que la tratase como merecía. Y que si lo encontraba dejaría a Fredy sin dudarlo.

Aquella frase taladró el cerebro de Manuel, que vio confirmadas sus sospechas. Una chica receptiva, abierta a relacionarse con otros chicos, en una zona de bares y pubs... Tal vez su asesino la conoció aquella misma noche, la invitó a una copa y supo ser lo suficientemente convincente como para que aceptase irse con él.

Edmundo, excluido de la conversación, miraba a su novia como si no la conociera, tal vez preguntándose cómo había podido ocultarle todo aquello, pero Rosa parecía haberse olvidado de él. Se dedicaba a obsequiar a Manuel con una expresión suplicante, los ojos tan brillantes como al principio de la conversación.

—¿Van a atrapar al que la mató, señor?

Manuel no supo qué contestar, así que decidió no hacerlo. Murmuró un escueto «Ya nos veremos», les dio la espalda y se alejó. Ya no oía los cantos ni las guitarras, ni sentía la humedad del ambiente.

A cada paso que daba estaba más convencido de que aquel asunto era más grande de lo que le había parecido en un principio. Todo indicaba que el tipo que había violado y asesinado a Clara Vidal seguía campando a sus anchas, tal vez aprovechando la impunidad para buscar a su próxima víctima.

Y lo que era más preocupante: la policía ya tenía a su sospechoso número uno, por lo que no iban a hacer demasiados esfuerzos por detenerle. Nadie le estaba buscando. Solo él.

CAPÍTULO 12

Casines, Puerto Real
Sábado, 0:45 horas

La madrugada sorprendió a Cristina con los ojos clavados en el techo de su habitación, inevitablemente abiertos como ventanas en una noche de verano. El sueño había desaparecido y, a pesar de que era su noche libre, habría dado lo que fuera por que le hubiera tocado trabajar. Mantenerse ocupada habría sido una buena manera de olvidar sus preocupaciones.

Cada vez que cerraba los ojos volvían a asaltarle los recuerdos, dolorosos y persistentes, de los años que estuvo junto a aquel energúmeno que la trataba como a un saco de boxeo. Más de quince años soportando golpes, insultos, humillaciones... y sin hacer nada por evitarlo. De hecho, todavía se atormentaba por no haber tenido el valor de poner el punto final a aquella historia. De no haber sido por la intervención de los médicos del servicio de Urgencias que la atendieron tras la última paliza, todo seguiría igual.

* * *

Aquella no era la primera vez que terminaba en el hospital tras una paliza. Despertó desorientada, incapaz de recordar lo que había sucedido, adormecida por el efecto de los calmantes y sin sentir absolutamente nada. Su mirada se encontró con la de la enfermera que en ese momento manipulaba la bolsa de suero a la que estaba conectada, pero no le gustó lo que vio en ella. A los pocos minutos entró un médico acompañado de un agente de policía, tomaron asiento junto a la cama y comenzaron a hacerle preguntas a las que respondió de forma mecánica, incapaz de hacerlo de otra manera. Solo quería que se marcharan y la dejaran dormir.

Más tarde supo que había llegado al hospital en un estado tan lamentable que los médicos dudaban que pudiera volver a salir por su propio pie. Uno de ellos puso en marcha algo llamado «Plan de acción contra la violencia de género», que consistía en la aplicación de una serie de medidas que los médicos podían solicitar de oficio, sin esperar a que ella diera su consentimiento. Una de esas medidas era la prisión preventiva e inmediata del maltratador y el traslado de la víctima a una casa de acogida, pero, mientras oía al doctor exponer lo que iba a suceder a partir de entonces, el efecto de los calmantes empezó a remitir y Cristina comenzó a ser

consciente de lo que estaba pasando.

Cuando el médico terminó de hablar, el agente que lo acompañaba le tendió varios documentos entre los que estaba la denuncia contra Eugenio y le dijo que podía firmarlos si quería, aunque no estaba obligada a hacerlo. Entonces Cristina dio rienda suelta a su furia y arremetió contra ambos, acusándolos de actuar a sus espaldas y de tomar decisiones sin consultarle. ¿Quiénes eran ellos para meterse en su vida? No necesitaba la ayuda de nadie, los problemas que tuviera con su marido eran asunto suyo y nadie tenía derecho a meter las narices.

Cuando terminó de hablar estaba exhausta, aunque no se detuvo a pensar por qué se sentía tan débil. El médico y el policía se miraron, como si no supieran cuál de los dos era el más capacitado para explicarle su situación, y finalmente fue el segundo quien lo hizo.

—¿Recuerda cómo ha llegado aquí?

Cristina abrió la boca para contestar, pero se dio cuenta de que era incapaz de recordar nada. Trató en vano de hacer memoria, pero las imágenes en su cabeza aparecían brumosas, como si alguien se hubiera encargado de emborronarlas mientras dormía.

—Sus vecinos nos llamaron —explicó el agente—. Llevaban un buen rato escuchando gritos y golpes.

«Esos entrometidos», pensó Cristina de forma automática, utilizando la misma expresión que habría usado Eugenio.

—Cuando llegamos tuvimos que echar la puerta abajo. Usted estaba inconsciente en el suelo, pero eso no parecía importarle a su marido, que no paraba de insultarla y darle patadas en la cabeza.

Cristina se llevó una mano a la sien y palpó por primera vez la aparatosa venda que la cubría. Sus manos también estaban vendadas y en una de ellas había una prótesis que le hizo intuir algún dedo roto.

—Su marido blandía un cuchillo de cocina y amenazaba con clavárselo si nos acercábamos, pero por suerte conseguimos arrebatárselo y reducirle entre varios agentes. Iba a matarla, Cristina.

El recuerdo de aquella última frase estaba tan fresco en su memoria que parecía increíble que hubiera pasado tanto tiempo. Lo que le resultaba más extraño de todo era que en aquel momento lo único que se le ocurrió fue tratar de excusar el comportamiento de su marido y convencerles de que este sería incapaz de hacerle daño. Tenían peleas, como todas las parejas, y era cierto que alguna vez se les había ido de las manos, pero de ahí a pensar que iba a matarla...

—No conocen a Eugenio —aseguró—. Solo ha sido una discusión. Solo...

—¡Por el amor de Dios! —intervino el médico, gritando tan fuerte que Cristina se sobresaltó—. ¡Le ha abierto la cabeza! ¡Tiene usted el pómulos roto, los labios destrozados y los dedos con los que trató de cubrirse la cara hechos papilla! ¡Tiene el cuerpo lleno de contusiones y moratones! ¡¿Qué coño tiene que pasar para que se dé

cuenta del peligro que corre?!

Aquella reprimenda la dejó atónita. El doctor tenía el rostro desencajado por la rabia y el agente que le acompañaba, en lugar de apaciguarlo, la miró como si suscribiera todo lo que decía.

—Queremos ayudarla —dijo este—, pero necesitamos que ponga de su parte. Puede que la próxima vez no lleguemos a tiempo.

Cristina trató de hablar, pero justo en ese momento algo en su interior se quebró, como si la coraza tras la que se había escondido durante tanto tiempo hubiera cedido al fin, dando paso a la realidad. A pesar de todo, aún se resistía a confiar en aquellos desconocidos y creía imposible que fueran capaces de ayudarla, sobre todo cuando Eugenio saliera en libertad y fuera en su busca.

Entonces bajó la cabeza, contempló entre lágrimas los documentos que el policía había puesto en su regazo y comprendió que había llegado el momento de tomar una decisión.

Al cabo de unos días, cuando estaba casi recuperada de sus heridas, fue trasladada a una casa de acogida en la capital granadina, donde viviría durante un tiempo junto a otras mujeres que habían pasado por experiencias similares a la suya. Para entonces ya había dejado de negar lo evidente y comenzaba a pensar que la promesa de una nueva vida no era una quimera, sino algo tangible y a su alcance. Sin embargo, el hecho de que Eugenio estuviera entre rejas no evitaba que siguiera acordándose de él y que el miedo apareciera ocasionalmente en forma de pesadillas y ataques de ansiedad.

* * *

Hubo un tiempo en el que pasaba las noches en vela, con la mirada fija en la negrura de la habitación como si en ella se escondiera la amenaza que daría al traste con sus esperanzas y sueños.

Tres años y medio después el insomnio volvía a aparecer, recordándole que nunca dejaría de ser quien era.

CAPÍTULO 13

*Punta de San Felipe, Cádiz
Sábado, 0:50 horas*

Manuel mostró su credencial a la pareja de gorilas que montaban guardia a la entrada del *pub* Camelot y ambos se echaron a un lado y le dejaron pasar sin hacer preguntas. Era consciente de que su aspecto estaba fuera de lugar en un garito como aquel, frecuentado por una clientela que hacía poco que había dejado atrás la pubertad, aunque no pensaba quedarse mucho tiempo.

Se dirigió de forma resuelta hasta el fondo del local sorteando a los grupos de chicos con los que se cruzó, que se apartaban de su camino como si temieran que les fuese a arrollar. Se acodó en un extremo de la barra y trató de llamar la atención del camarero, pero este parecía ocupado pelando la pava con un par de chavalas que apenas debían de frisar la mayoría de edad. Manuel suspiró y echó un vistazo a su alrededor, constatando que aquel establecimiento se parecía demasiado a la media docena de bares que había visitado a lo largo de la noche. La música, la decoración e incluso los gorilas de la puerta parecían los mismos.

Cuando el camarero despachó por fin a las muchachas reparó en su presencia y buscó con la mirada a los gorilas de la puerta, puede que en previsión de que fuera a causar problemas. Tras dudar unos instantes se acercó e intentó esbozar una sonrisa que no llegó a materializarse en sus labios.

—¿Qué va a tomar? —preguntó, poniéndose de puntillas para tratar de acercarse a su rostro y hacerse oír por encima de la música.

En lugar de responder, Manuel le mostró su placa y colocó la fotografía de Clara sobre el mostrador.

—¿Estuvo esta chica aquí anoche?

El muchacho se inclinó sobre la fotografía con la frente arrugada, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por tratar de recordar. Llevaba el pelo alborotado y con mucha gomina y un pendiente en el labio que debía de causar furor entre sus clientas, pero que a Manuel no le transmitió más que una vaga sensación de extrañeza. Después de contemplar el rostro de Clara Vidal durante unos instantes, alzó la vista y negó con energía.

—No, señor. Me acordaría.

—¿Hay alguien más a quien le pueda preguntar?

—No, ayer estuve solo.

Manuel chasqueó los labios, volvió a guardar la fotografía y se apoyó en la barra de espaldas mientras trataba de poner en orden sus ideas. Aquel era el séptimo bar

que visitaba y en todos había recibido la misma respuesta. No podía evitar pensar que si Clara hubiera sido más alta, más guapa o más llamativa no habría tardado en encontrar a alguien que se hubiera fijado en ella, pero por desgracia no era el caso. Ni siquiera en el *pub* Imagina, donde *sabía* que había estado, habían dado muestras de recordarla.

Notó unos golpecitos en el hombro y, cuando se volvió, vio al camarero ponerse de puntillas de nuevo para hablarle.

—¿Quiere tomar una copa? Invita la casa.

Manuel asintió sin pensar y pidió una cerveza. Ya le habían invitado en dos de los bares que había visitado y, dado que aquel era el último en el que iba a preguntar, creyó que no estaría de más tomarse un descanso.

El camarero le trajo un tercio de Heineken y Manuel limpió el gollete con la mano antes de darle un buen trago. Volvió a apoyarse en la barra y contempló la pista de baile donde todos aquellos chavales bailaban, reían y disfrutaban de la vida. Escudriñó sus rostros, preguntándose si alguno de ellos sería capaz de hacerle a una chica lo que le habían hecho a Clara la noche anterior, pero se detuvo cuando comenzó a pensar que se estaba volviendo paranoico.

Sacó su arrugado paquete de tabaco, se colocó un cigarrillo en los labios y se dispuso a encenderlo. No fue consciente de lo que hacía hasta que vio por el rabillo del ojo la expresión alarmada del camarero y detuvo el movimiento dejando el cigarro sin encender colgándole del labio inferior.

«Maldita sea», murmuró mientras se terminaba la cerveza de un trago y pensaba que un país en el que uno no puede tomarse una cerveza y fumarse un pitillo en el mismo lugar era un país condenado. «Son ganas de joder —pensó—. No se puede fumar en los bares y no se puede beber en la calle. Los vicios de uno en uno, por favor». Hizo señas al camarero y pidió otra birra. Cuando se la trajo, la cogió sin decir nada y se alejó de la barra.

Uno de los gorilas estuvo a punto de impedirle salir con la botella, pero debió de intuir por su rostro indignado que no iba a ser capaz de convencerle de que dejase allí su cerveza sin discutir y decidió no decir nada. Una vez fuera, Manuel encendió el cigarrillo y echó a andar por la Punta de San Felipe, que en aquel momento estaba mucho más transitada que cuando había llegado. Dejó atrás la zona de bares y se acercó a un amplio paseo que lindaba con la bahía de Cádiz a un lado y con el muelle de contenedores al otro.

Se acodó en la balaustrada que daba a la zona del puerto unos diez metros más abajo. La enorme extensión repleta de contenedores de carga apilados de cinco en cinco y de seis en seis llegaba hasta donde alcanzaba la vista formando un paisaje laberíntico. Manuel dio un trago a la cerveza y recapituló, tratando de recordar si había algún detalle que hubiera podido pasar por alto.

Trató de imaginarse a Clara Vidal abandonando aquel *pub* llamado Imagina y caminando sola calle abajo, cruzándose con un buen número de chicos que en aquel

momento entraban o salían de otros bares. Era probable que el asesino se hubiera fijado en ella en aquel momento y se hubiera ofrecido a invitarla a tomar algo. ¿Habría aceptado la invitación de un desconocido, teniendo en cuenta que estaba de mal humor por la reciente discusión con su novio? A Manuel le pareció bastante extraño, pero decidió apostar por aquella teoría mientras no encontrase otra mejor.

¿Cómo habría podido convencerla? Dedujo que el asesino debía de ser un tipo atractivo, con mucha labia y acostumbrado a entablar conversación con chicas a las que no conocía de nada. Un conquistador, un ligón empedernido. Muchos depredadores sexuales tienen un aspecto perfectamente normal y sus víctimas ni siquiera llegan a sospechar las oscuras fantasías que nublan su mente. De eso sabía bastante, pensó.

Le resultaba imposible sustraerse a los recuerdos que le traía aquel caso y volvió a pensar en Sol. Se reprendió mentalmente por no haber llamado a Madrid para interesarse por su hija como se había propuesto y decidió que lo haría al día siguiente, aunque, a decir verdad, era incapaz de recordar la última vez que había telefoneado a Patricia, su exmujer.

Hacía más de un año de aquella fatídica noche. Patricia le había llamado tantas veces a lo largo de la tarde que decidió silenciar el teléfono e ignorar sus llamadas, sin darle mayor importancia. Llevaban lo que se conocía como una mala racha, aunque esa definición se le antojaba un eufemismo demasiado ridículo como para tomárselo en serio. Su matrimonio estaba sumido en una crisis tan profunda que ambos sabían que solo había una manera de ponerle fin y los continuos enfrentamientos con su hija adolescente únicamente habían servido para agravar el problema. Por ese motivo, incapaz de enfrentarse a ello, Manuel cada vez pasaba más tiempo lejos de casa.

Cuando llegó de trabajar aquella noche encontró a Patricia al borde de un ataque de pánico. Nada más verle aparecer fue hacia él y le golpeó el pecho con ambas manos sin dejar de chillar, obligándole a sujetarla por ambos brazos y pedirle que se tranquilizara para poder entenderla. No dejaba de gritar frases inconexas y Manuel tardó varios minutos en comenzar a hacerse cargo de lo que sucedía. Su hija llevaba todo el día fuera de casa, debía haber regresado hacía varias horas y Patricia había telefoneado a todas sus amigas, al menos a las que conocía, pero ninguna dijo saber dónde se encontraba Sol.

Le pidió que conservara la calma y telefoneó al móvil de su hija. Una voz enlatada le informó de que se encontraba apagado o fuera de servicio, algo de lo más extraño, ya que no solía apagarlo ni siquiera para dormir. Debía de haberse quedado sin batería, pensó, y así se lo dijo a su mujer, pero esta repitió que no, que no era posible, que sabía que algo malo había sucedido y que llamase de inmediato a comisaría para que organizaran un dispositivo de búsqueda.

En lugar de eso, Manuel telefoneó a una de las amigas de Sol. Merche, recordó. Le preguntó por su hija y, cuando le repitió que no sabía nada de ella, cambió el tono

por otro más áspero:

—¿Sabes si Sol sale con alguien?

—Ni idea... —respondió tras un breve titubeo que Manuel no pasó por alto.

—Escucha, solo queremos saber si está bien —insistió.

La chica volvió a negar, esta vez con menos convicción que antes, pero tras una breve discusión terminó confesando que Sol tenía una relación con un chico mayor llamado Alfonso Colmenares y que hacía mucho que no hablaba con ella.

Manuel cortó la llamada sin darle las gracias y telefoneó a la Unidad de Información para preguntar por el domicilio de aquel chico. Mientras el compañero buscaba los datos, un pequeño malestar en la boca del estómago le empezó a alertar de que aquello no iba como debía. La amiga de Sol se había referido a aquel «chico mayor» con una mezcla de irritación y desconfianza, como si no le cayera bien, y el hecho de que su hija tuviera el teléfono apagado comenzó a imbuirle un desasosiego que trató de disimular para que su mujer no se pusiera todavía más nerviosa. Por eso, en lugar de limitarse a llamar a Alfonso Colmenares por teléfono, decidió ir directamente a su domicilio para preguntarle si sabía dónde se encontraba su hija.

Sol estaba allí, naturalmente. Atada a una cama y con el rostro hinchado a golpes por un degenerado de apenas veinticinco años. Un chico normal que, de repente, había mutado en el peor monstruo que uno pueda imaginar.

El sonido de una sirena lejana le sacó de sus ensoñaciones. Volvió a sacar la fotografía de Clara y contempló su rostro a la luz de las farolas que pretendían iluminar el paseo con un exiguo resplandor anaranjado. Observó su sonrisa radiante, ajena al violento final que la esperaba. Casi parecía imposible que se tratara de la misma chica que había visto sobre la camilla del forense, con el sexo destrozado y la cara llena de moratones.

Había algo de animal en aquella agresión, decidió. Le resultaba difícil imaginar a cualquiera de los muchachos con los que se había cruzado a lo largo de la noche ocultando tan oscuras intenciones y volvió a preguntarse por enésima vez en lo que llevaba de día qué clase de enfermo era capaz de algo así.

Terminó la cerveza y dejó caer la botella por la balaustrada. La observó caer como a cámara lenta y estallar en mil pedazos contra el asfalto del puerto provocando un sonido apagado de cristales rotos. Volvió a guardar la fotografía y puso rumbo al lugar en el que había dejado el Kadett, cruzándose por el camino con varios chicos que en ese momento guardaban cola para entrar en los garitos. Entre tanta juventud y alegría, la idea de un depredador sexual infiltrado en aquellos grupos de «chicos normales» le sonó disparatada y fuera de lugar. Casi tan fuera de lugar como él mismo.

CAPÍTULO 14

*Comisaría Provincial, Cádiz
Sábado, 1:25 horas*

Media hora más tarde estaba de vuelta en la comisaría, sentado ante el ordenador del inspector Roberto Silva. Habría podido utilizar el escritorio que tenían en el archivo, pero sabía que Morgado detectaría enseguida el olor a tabaco y sabría que había estado allí, algo que no le interesaba lo más mínimo. Por suerte, a esa hora ninguno de los inspectores o subinspectores de la brigada estaba de servicio, por lo que podía disfrutar de la calma que necesitaba para trabajar sin distracciones, además de poder fumar sin tener que aguantar las recriminaciones de ninguno de sus compañeros, lo que era un punto a favor. Mientras esperaba a que el ordenador terminase de arrancar, tomó un cenicero de cristal lleno de clips de una mesa cercana, lo vació en un cajón y se lo puso al lado.

La idea de que el ataque a Clara Vidal hubiera sido un hecho aislado y puntual le chirriaba tanto como la de que nevase en agosto. El asesino era un animal, un degenerado, y le costaba creer que aquella hubiera sido la primera vez que actuaba. No tenía constancia de que en Cádiz hubieran tenido lugar otros crímenes igual de atroces, pero no estaría seguro de ello hasta comprobarlo.

Durante más de una hora revisó en la base de datos todos los homicidios investigados durante el último año en busca de alguno que se pareciera, aunque fuera de forma remota, al que tenía entre manos. De entre todos los crímenes violentos que encontró, solo en dos de ellos se trataba de mujeres asesinadas después de mantener relaciones sexuales forzadas, aunque ahí terminaban las coincidencias. En uno la víctima era una mujer de treinta años que había muerto a manos de una pareja de alemanes a los que había conocido aquella misma noche y que al parecer se encontraban en la ciudad de vacaciones. Los investigadores habían concluido que la fiesta se les había ido de las manos y lo que había comenzado siendo un divertido *ménage à trois* había degenerado en una violenta orgía que había dado como resultado una mujer muerta, una habitación de hotel destrozada y dos alemanes borrachos como piojos a los que ni siquiera el traductor que enviaron de la embajada entendió cuando trataron de explicar lo sucedido.

En el otro homicidio la víctima era una joven de diecisiete años, pero había sido el propio novio de esta quien había confesado ser el autor de los hechos. Aquello tampoco se parecía en absoluto a lo que estaba buscando y comenzó a desesperarse. Tenía la incómoda sensación de que había algo que se le escapaba, alguna posibilidad que había desechado de forma inconsciente, pero ignoraba qué podía ser.

Decidió cambiar de tercio y buscó todas las denuncias por agresiones sexuales que se habían producido en el último año. El resultado fue abrumador, más de doscientas, la mayoría retiradas a las pocas horas. Investigarlas todas era un trabajo de locos, pensó, sobre todo teniendo en cuenta que nadie iba a ayudarlo. Sin embargo, también sabía que nadie iba a hacer aquel trabajo por él, por lo que decidió armarse de paciencia y comenzó a hojear cada denuncia en busca de detalles, conexiones y coincidencias que le permitieran reconocer la mano del asesino que andaba buscando.

Le llevó más de dos horas comprobarlas todas y, para cuando terminó de hacerlo, creía haber descubierto algo interesante. Había encontrado a varias chicas que habían denunciado agresiones sexuales avaladas por los informes de los médicos que las habían atendido en Urgencias. En total eran diez y Manuel las habría pasado por alto de no ser por una serie de detalles que por sí solos no habrían supuesto ninguna diferencia, pero que, al repetirse como pauta en todos los casos, le hicieron pensar que tenían algo en común. En primer lugar, todas las víctimas eran sudamericanas de entre dieciséis y diecinueve años. En total había tres peruanas, dos colombianas, una dominicana, una chilena y tres ecuatorianas.

En segundo lugar, todas afirmaban haber conocido a su agresor en una discoteca o un *pub*, en plena noche de fiesta. La mayoría decía que después de charlar un rato habían ido en el coche de este, un todoterreno de color negro, a dar un paseo y que su agresor las había llevado a descampados o polígonos desangelados, donde las había forzado sexualmente.

«Un todoterreno de color negro». Manuel rememoró la mancha borrosa que habían captado las cámaras de seguridad de la empresa tabacalera y que el joven vigilante había identificado como un todoterreno, y pensó que se trataba de una coincidencia demasiado succulenta como para que fuera producto del azar. No obstante, decidió poner aquella idea en cuarentena en tanto encontrase más datos con los que darle solidez.

Sin embargo, el detalle que más le llamaba la atención era que todas las chicas, sin excepción, habían retirado la denuncia a los pocos días de ponerla. ¿Por qué habían hecho algo así? ¿Por miedo, tal vez? Se trataba de inmigrantes de escasos recursos en un país que no era el suyo. Tal vez se habían acobardado y habían decidido no señalarse como víctimas de una violación para evitar posibles burlas o discriminaciones por parte de sus allegados, pensó.

Para Manuel eso era lo de menos. Estaba eufórico, seguro de haber dado con una pista que le llevaría al asesino de Clara. Por desgracia, las denuncias apenas reflejaban datos sobre el agresor y habría sido más útil si las chicas hubieran facilitado su descripción o la matrícula del todoterreno, pero estaba convencido de que podría hablar con alguna de ellas y obtener más datos.

El margen entre unas denuncias y otras era de varias semanas, y en ocasiones de hasta dos meses. Las localidades en las que habían tenido lugar los hechos estaban repartidas por toda la provincia: San Fernando, Tarifa, El Puerto de Santa María,

Conil... El agresor parecía elegir los lugares donde actuar con cuidado, tratando de no repetirse. Una de las muchachas afirmaba, además, que el tipo que la violó intentó estrangularla pero se detuvo justo cuando se estaba quedando sin respiración. Aquello le hizo pensar que tal vez la muerte de Clara tuviera algo de accidental, como si el cabrón que la había golpeado y violado en realidad no hubiera tenido la intención de acabar con su vida pero la situación se le hubiera ido de las manos.

El sonido de un claxon lejano le devolvió a la realidad y comprobó que eran casi las seis de la mañana, pero, a pesar de la hora, la adrenalina provocada por el hallazgo de aquella pista le hacía sentirse completamente despejado. El siguiente paso sería contactar con aquellas chicas para preguntarles si recordaban más datos sobre el hombre que las agredió, aunque para ello tendría que esperar varias horas. Tomó un folio en blanco y elaboró un listado con los nombres y los teléfonos de aquellas muchachas. Después lo dobló en cuatro y se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

Quedaba poco para el cambio de turno y no le apetecía cruzarse con ninguno de sus compañeros, por lo que abandonó la mesa de Silva dejándole como regalo el cenicero repleto de colillas.

La noche, casi convertida en mañana, le recibió con un abrazo frío y húmedo, pero no le importó. Estaba exultante ante la evidencia de que pronto lograría estrechar el cerco al asesino. Ardía en deseos de saber si aquellas chicas podrían ofrecerle más información de la que disponía y, por supuesto, de preguntarles por qué demonios habían decidido retirar las denuncias.

CAPÍTULO 15

*Paseo Marítimo, Cádiz
Sábado, 7:30 horas*

Cuando Manuel llegó a su domicilio supo que iba a ser incapaz de pegar ojo. Estaba tan ansioso por ponerse manos a la obra que, en lugar de acostarse, decidió darse una ducha, afeitarse y prepararse un café bien cargado. Una hora más tarde se encontraba de nuevo al volante del Kadett, estacionado junto al Paseo Marítimo, utilizando su propio móvil para llamar al listado de teléfonos que había confeccionado durante la noche. A pesar de la hora, estaba convencido de que a aquellas muchachas no les importaría hablar con él cuando supieran para qué las llamaba.

En un primer momento creyó que iba a tratarse de una tarea fácil y que no le llevaría demasiado tiempo, pero al cabo de un rato comprobó que no resultaría tan sencillo. La mayoría de las chicas se negaron a hablar en cuanto se identificó como policía, sin dejarle explicar siquiera los motivos de su llamada. Otras oyeron lo que tenía que decir, pero también se negaron a hacer ninguna declaración. Una de ellas llegó a afirmar que quería olvidar lo que había sucedido y que no creía que hablar de ello con un policía fuera a ayudarla precisamente.

Cuando llegó a la mitad del listado comenzó a desesperarse. Otras dos tenían el teléfono desconectado, por lo que marcó su nombre con un asterisco para volver a llamarlas más tarde. Los argumentos de las jóvenes le parecieron cada vez más absurdos y llegó a plantearse que había algo que no sabía.

—No tengo nada de que hablar —dijo una de ellas—. Ese asunto está zanjado.

—Creemos que el tipo que la atacó ha vuelto a actuar. ¿Es que no le importa que siga haciendo daño a chicas inocentes?

—Ya le he dicho que ese asunto está zanjado.

Aquella ambigua respuesta llamó la atención de Manuel, incapaz de creer que una violación pudiera quedar zanjada así, sin más.

—¿Cómo que está zanjado? —preguntó—. Ese cabrón la violó. ¿Cómo se zanja eso?

La chica colgó sin responder y Manuel estuvo a punto de arrojar el teléfono por la ventanilla. Entonces empezó a plantearse la posibilidad de que el violador hubiera amenazado a aquellas mujeres con volver a hacerles daño si seguían adelante con sus denuncias. El miedo suele ser un buen argumento, pensó. ¿Sería ese el motivo por el que todas, sin excepción, habían retirado la denuncia?

Le dio vueltas a ello mientras encendía un cigarrillo y observaba el cielo tornarse de un color violeta cada vez más claro conforme se acercaba la salida del sol. El

viento de levante parecía haberse retirado por fin y el mar presentaba un aspecto sereno, sin apenas ondulaciones que alterasen su superficie. Después de tomarse un respiro de un par de minutos, marcó el siguiente número del listado.

Se trataba de una chica llamada Carmen Casares, natural de Chile. Era la que había declarado que había estado a punto de morir estrangulada a manos de su agresor y Manuel creyó que aquel detalle la haría sentirse más predispuesta a echarle una mano.

—¿Sí? —contestó una voz somnolienta al otro lado del teléfono.

—Buenos días. ¿Es usted Carmen Casares?

—Soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Manuel Bianquetti, soy inspector de policía. Me gustaría hacerle algunas preguntas acerca de un suceso que usted denunció el pasado mes de junio.

El silencio de la joven le hizo intuir que estaba rememorando lo sucedido. En aquel punto de la conversación algunas de las chicas le habían colgado sin más, pero esta siguió a la escucha, ofreciéndole la oportunidad de explicarse.

—El tipo que la agredió ha vuelto a hacer de las suyas. Esta vez la chica no ha tenido tanta suerte y ha muerto.

Un sollozo al otro lado de la línea le hizo aguzar el oído, tratando de captar algún otro sonido.

—¿Qué quiere de mí? —consiguió articular la muchacha en un tono más grave.

—Se llamaba Clara y tenía solo dieciséis años.

Manuel sabía que eso era jugar sucio, pero estaba dispuesto a exprimir el sentimiento de culpabilidad de aquella chica si con ello conseguía que le echase una mano.

—El asesino sigue suelto, por lo que cualquier cosa que pueda recordar nos sería de mucha ayuda. Cómo era, cómo iba vestido, qué coche tenía...

Carmen Casares continuó en silencio y Manuel rezó por que sus palabras consiguieran convencerla de que su ayuda resultaría imprescindible para conseguir encerrar a aquel degenerado. Cuando volvió a hablar lo hizo en voz muy baja, como si no las tuviera todas consigo.

—No sé si debo...

—Carmen, una chica ha muerto —le cortó— y muchas más morirán si no nos ayuda. No tenga miedo.

—No tengo miedo, pero...

—Dígame dónde podemos vernos. Quiero que me diga a la cara que no va a ayudarme a detener a ese asesino.

La joven volvió a sollozar y Manuel se preguntó si tal vez se había excedido al culparla de forma indirecta de la muerte de Clara Vidal.

—Vivo en el Río San Pedro —respondió y él tuvo que reprimir un grito triunfal.

—La espero allí dentro de una hora, en la avenida principal. No se preocupe, me reconocerá.

Manuel creyó que aquel tono despreocupado contribuiría a que la muchacha estuviera más dispuesta a confiar en él, aunque esta se limitó a cortar la llamada dejándole con la palabra en la boca.

Miró la hora y calculó que todavía podría hacer algunas llamadas más antes de acudir a la cita. Tal vez la chica no se presentase o no llegase a estar tan decidida a colaborar como había creído. No sería la primera vez que un testigo se echaba atrás después de comprometerse a declarar, por lo que ninguna de esas posibilidades le pareció descabellada. No obstante, tenía la sensación de que estaba a punto de conseguir algo y esta idea le pareció motivo más que suficiente para estar de buen humor.

CAPÍTULO 16

*Avenida de Argentina, Río San Pedro, Puerto Real
Sábado, 8:45 horas*

No tardó más de media hora en llegar al Río San Pedro, una pequeña barriada perteneciente a la localidad de Puerto Real, a pocos minutos de Cádiz.

Estacionó el Kadett a un lado de la amplia avenida principal que corta la barriada de lado a lado y, antes de bajar del coche, volvió a intentar sin éxito contactar con las dos muchachas que tenían el teléfono apagado. Cada vez estaba más convencido de que le iba a ser imposible dar con ellas, lo que, unido al hecho de que ninguna de las otras chicas hubiera querido hablar con él, hacía que Carmen Casares fuera su única oportunidad para conseguir información sobre el asesino.

Salió del coche y comenzó a pasear con las manos en los bolsillos, maldiciendo en voz baja el frío y la humedad y pensando en lo sorprendente que resultaba que ninguna de aquellas chicas se hubiera ofrecido a ayudarle, sobre todo teniendo en cuenta que habían sufrido una violación a manos del indeseable al que estaba tratando de dar caza. Decidió que debía ser especialmente cuidadoso con Carmen Casares si no quería que aquella pista se convirtiese en un nuevo callejón sin salida, aunque todavía no tenía claro si acudiría a la cita.

Las calles estaban prácticamente desiertas, algo a lo que contribuía el hecho de que fuera sábado, y Manuel solo se cruzó con un par de personas que le miraron con desconfianza, preguntándose qué llevaba a aquel tipo con aspecto de púgil de lucha libre a merodear por el barrio. Decidió ignorar sus ojeadas valorativas, sabiendo que si se las sostenía probablemente alguno de ellos terminase llamando a la policía. No sería la primera vez que le sucedía algo así.

La posibilidad de que Carmen Casares se hubiera echado atrás tomaba más peso a cada minuto que pasaba y comenzó a desesperarse. Por eso, cuando casi una hora más tarde la vio tuvo que reprimir un grito triunfal. Salió de una de las calles adyacentes a la avenida principal con cautela, como el explorador que se adentra en territorio desconocido, y Manuel estuvo seguro de que era ella antes incluso de verla atisbar a un lado y al otro, buscándole. Cuando sus miradas se cruzaron la vio detenerse en seco, con el miedo dibujado en el rostro. Manuel alzó una mano para tratar de tranquilizarla y anunciarle que iba en son de paz, acostumbrado a que la gente reaccionase así ante su aspecto imponente, pero la chica siguió donde estaba, por lo que tuvo que acercarse él. A medida que reducía la distancia que les separaba notó cómo la joven se debatía entre las ganas de salir corriendo y las de cumplir su palabra. Antes de que pudiera tomar la decisión equivocada, apretó el paso y llegó a

su altura.

—Me alegro de que haya podido venir, Carmen. —Sonrió, tendiéndole una mano que la chica no se atrevió a estrechar en un primer momento—. Nunca había estado antes en este barrio, pero me parece un lugar muy pintoresco.

—G-gracias —murmuró y, algo más relajada, le dio una mano de dedos cortos y uñas largas que Manuel estrechó con cuidado de no ejercer demasiada presión.

A aquella distancia Manuel notó el olor dulzón e invasivo de su perfume, como si se hubiera echado medio bote antes de salir de casa. No le pareció una chica bonita, ni siquiera atractiva, y no creyó que fuera el tipo de mujer en la que se fijaría si se la encontraba en un bar. Le pareció más alta que Clara, aunque apenas unos centímetros. Su rasgo más característico era la gruesa melena rizada de un desvaído color entre moreno y pelirrojo que le hizo pensar que había pasado demasiado tiempo desde la última vez que se había echado un tinte. Llevaba un anorak de plumas que le daba un aspecto rechoncho, aunque tuvo la impresión de que no era del todo culpa del anorak.

—¿Damos un paseo?

Carmen asintió y sus gruesos labios dibujaron una sonrisa tan fugaz que era una lástima llamarla así. Aquel breve titubeo confirmó algo que Manuel ya sospechaba: había estado a punto de no acudir a la cita.

Echaron a andar uno al lado del otro, sin ningún rumbo concreto, formando una extravagante pareja, y antes de que Manuel encontrase la mejor manera de romper el hielo fue ella la que habló.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

Tenía un acento meloso que apenas había traslucido durante el breve diálogo que habían mantenido por teléfono y Manuel imaginó que aquella entonación le habría parecido agradable en otras circunstancias. Mientras pensaba en ello sacó su paquete de tabaco, se puso un cigarrillo en los labios para combatir el olor excesivo de aquel perfume y le ofreció otro a la chica, que lo cogió al vuelo. Sostuvo la llama del mechero a pocos centímetros del rostro de ella para encendérselo y después hizo lo mismo con el suyo. Tras la primera calada, decidió poner las cartas sobre la mesa.

—El tipo que la atacó ha vuelto a hacerlo. Necesito su ayuda para atraparlo.

Carmen se llevó el cigarrillo a los labios y Manuel alcanzó a ver cómo la mano que lo sostenía temblaba ligeramente.

—¿La estranguló? —preguntó.

—La violó, la golpeó... Y sí, la estranguló. —Calló durante algunos segundos, dejando que el silencio hiciera su trabajo—. ¿Por qué no me cuenta lo que sucedió aquella noche, Carmen?

La chica no contestó enseguida y Manuel decidió no presionarla. Al cabo de unos minutos, la oyó expresar su resolución con un hondo suspiro.

—Hace meses de aquello —comenzó el relato—. Yo había quedado con una amiga para ir a la inauguración de una discoteca en Jerez. —Habla con la vista al frente, como si hacerlo de esa manera fuera más fácil que enfrentarse a su mirada—.

Al poco de llegar a la discoteca se nos acercaron unos chicos y mi amiga empezó a flirtear con uno de ellos. Los demás trataron de entablar conversación conmigo sin demasiado entusiasmo y al final se largaron. Me quedé sola en un lado de la barra mientras mi amiga parloteaba con su nuevo amigo. Me molestó mucho que pasara de mí por un tío, se suponía que habíamos salido a divertirnos y a bailar un rato.

Manuel percibió un tono de fastidio, como si todavía le escociera aquel hecho.

—¿Se marchó su amiga con aquel chico? —quiso saber.

—No, se quedaron allí charlando como si yo no estuviera. La que estuvo a punto de marcharse fui yo, pero, fíjese usted, no quería dejarla sola. ¡Y eso que ella ya se había olvidado de mí! Había salido de casa pensando que lo íbamos a pasar muy bien, pero, en lugar de eso, estaba aburriéndome más que en toda mi vida.

Manuel trató de imaginarse la situación y decidió que la chica a la que Carmen llamaba amiga definitivamente no merecía aquella denominación ni de lejos.

—Después comenzaron a besarse, como si estuvieran solos en la discoteca. Yo estaba muerta de vergüenza, tenía la impresión de que todo el mundo me miraba, de que todos sabían que me habían dejado tirada. ¡Y es que era exactamente eso lo que había sucedido! —Apuró el cigarrillo con una calada larga y profunda, tratando de coger fuerzas. Después arrojó la colilla aún humeante en un parterre cercano, el filtro adornado con una aureola rosácea allá donde habían tocado sus labios, y se volvió hacia Manuel con expresión sombría—. Entonces llegó él. Se acercó y se ofreció a invitarme a una copa mientras mi amiga estaba «ocupada». Dijo que llevaba un rato observándome y que no se podía creer que estuviera sola.

Manuel notó que se le secaba la garganta de golpe, pero hizo un esfuerzo por que su voz no reflejase la excitación que le provocaba la posibilidad de obtener la descripción del asesino.

—¿Dijo su nombre?

—Dijo que se llamaba Dani —respondió y Manuel asintió como si ese dato fuera muy valioso, aunque no creía que aquel tipo hubiera sido tan idiota como para usar su verdadero nombre.

—¿Y cómo era?

—Guapo —afirmó sin dudar—, muy guapo. Alto, fuerte, bien vestido... Tendría unos veinte años, más o menos. No podía creer que un chico como él se fijase en alguien como yo. Tenía una sonrisa increíble, capaz de volver loca a cualquier chica, y fue encantador. Muy zalamero.

«Tiene sentido», pensó mientras comenzaba a intuir el modo en el que el violador escogía a sus presas. Buscaba chicas que estuvieran solas, poco agraciadas físicamente, que sucumbirían a su atractivo sin demasiado esfuerzo. Se preguntó si el hecho de que sus víctimas fueran sudamericanas también respondía a una explicación lógica o si se trataba de una especie de fetichismo, de atracción por las chicas de origen latino.

—¿Era rubio? ¿Moreno? ¿De qué color tenía los ojos?

—El pelo era castaño y los ojos marrones. A decir verdad, no tenía ningún rasgo característico, solo su atractivo. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y aquella sonrisa endemoniada. —Sus ojos brillaron de forma extraña y Manuel creyó ver en ellos un odio insano, enfermizo, que llevaba acumulando desde aquella fatídica noche de junio—. Estuvimos hablando durante un buen rato —continuó—. A mí se me caía la baba, lo reconozco. Estaba como hipnotizada. Ni siquiera me di cuenta de que mi amiga se había largado. Cuando volví a hablar con ella al día siguiente me dijo que se nos veía muy acaramelados y que no quería interrumpirnos.

—¿Y de qué hablasteis?

—De todo, qué sé yo. Me contó que le gustaba hacer deporte, ir a la playa, salir a navegar... Dijo que tenía un barco, ¿sabe? —explicó—. Cuando le pregunté a qué se dedicaba, me dijo que no necesitaba trabajar. Le creí, porque su aspecto era el del típico pijo para el que el dinero nunca es un problema.

Aunque estaba convencido de que aquel tipo había mentido como un bellaco en todo lo relativo a su vida personal con el fin de salvaguardar su identidad en caso de una investigación posterior, a Manuel le pareció que aquellos datos resultaban tan ambiguos e irrelevantes que por sí solos apenas constituían una descripción. No obstante, decidió tomarlos como punto de partida para elaborar el perfil del asesino: un niño de papá guapo y con dinero que cuando se aburría tenía la fea costumbre de salir y violar a las infelices que tenían la mala suerte de cruzarse en su camino.

—Cuando se ofreció a llevarme a casa en su coche no me lo pensé. Me sentía la chica más afortunada de la discoteca, saliendo de la mano del chico más guapo que había visto en mi vida. —Hizo un mohín y Manuel creyó que iba a ponerse a llorar allí mismo, pero consiguió aguantar el tipo con bastante entereza—. En el coche seguimos hablando como si nos conociéramos de toda la vida. Ni siquiera protesté cuando le vi desviarse hacia un descampado a las afueras de Jerez. Estaba muy excitada, lo reconozco.

Manuel notó cómo las preguntas se iban amontonando en su cabeza, pero en lugar de interrumpir el relato decidió esperar a que la joven terminase de hablar para formularse las.

—Cuando llegamos al descampado detuvo el coche y me invitó a sentarme con él en el asiento trasero, donde estaríamos más cómodos. Una vez acomodados en la parte de atrás nos besamos. Entonces el hechizo se rompió y dejó de ser el tipo encantador que había sido hasta aquel momento. Se convirtió en un monstruo. Me agarró de los pelos, me pegó y me arrancó la ropa a tirones. Se colocó encima y abusó de mí mientras trataba de estrangularme. Yo intenté resistirme, pero era más fuerte que yo.

Las lágrimas, ahora sí, brotaban sin parar y campaban por su rostro sin control. No obstante, Carmen consiguió que su voz sonase neutra, segura de lo que estaba contando, y Manuel tuvo la impresión de que había ensayado aquel relato muchas veces antes, puede que esperando el día en el que alguien le diera la oportunidad de

contarlo.

—Creí que iba a morir o a desmayarme, pero no tuve esa suerte. Aflojó la presión sobre mi cuello en el momento de correrse —se llevó una mano al cuello en un gesto que Manuel no supo si fue un acto reflejo o si lo hizo para ilustrar su explicación—, pero estoy segura de que si hubiera seguido apretando durante algunos segundos más ahora no estaría aquí. Solo entonces se dio por satisfecho, me echó del coche a patadas y se largó.

Manuel aguardó en silencio mientras la veía sacar un clínex y secarse las lágrimas. Respiraba de forma ruidosa y tenía las mejillas arreboladas por la vergüenza y la frustración. Volvió a ofrecerle el paquete de tabaco y esperó a encenderle un nuevo cigarrillo antes de hablar.

—¿Puede recordar qué clase de coche era?

—Uno grandote, un todoterreno. Puede que un BMW, qué sé yo. No entiendo nada de coches. Solo sé que era grande y de color negro.

Era la tercera vez que el supuesto todoterreno de color negro aparecía en escena y Manuel asintió de forma involuntaria. Carmen Casares interpretó de forma errónea su gesto y le obsequió con una mirada furiosa.

—Siento no haber anotado la matrícula ni nada por el estilo, pero no estaba en condiciones de hacerlo. Espero que lo comprenda.

—La comprendo, créame, pero necesito que haga un esfuerzo. Cualquier detalle que pueda recordar nos será de mucha utilidad. ¿El coche tenía algún distintivo, alguna pegatina o algo así?

—Nada de nada —respondió—. Estaba reluciente, como si lo hubiera comprado hacía poco. Incluso el interior olía a nuevo.

Trató de ocultar su desilusión ante aquella escueta descripción, aunque ya había imaginado algo parecido. Si él estuviera en el pellejo de aquel tipo, también habría procurado por todos los medios que el coche en el que violaba a aquellas chicas no tuviera ningún detalle o particularidad que pudiera hacerlo reconocible más tarde.

Sin embargo, si había una conclusión que pudiera extraer de aquella confesión, era que el asesinato de Clara habría sido, en realidad, un desafortunado accidente. Aquel desgraciado había tratado de violarla, pero la situación se le había ido de las manos y había acabado asfixiándola. Puede que ella se hubiera resistido con más fiereza de la esperada, lo que le habría obligado a ejercer más presión para tratar de doblegarla, o que simplemente no hubiera calculado bien la fuerza empleada.

En cualquier caso, cuando creyó que la chica estaba lo suficientemente recuperada de la conmoción, le hizo la pregunta que llevaba un rato rondándole por la cabeza, incapaz de demorarla más tiempo.

—Carmen, necesito que seas muy sincera conmigo. —Pasó a tutearla, confiando en que de esa manera se sentiría más cómoda, y esperó a que sus ojos se encontrasen antes de seguir hablando—. Pusiste una denuncia al día siguiente, pero la retiraste al cabo de una semana. ¿Por qué?

La chica le sostuvo la mirada y Manuel se dejó examinar, algo incómodo por la forma en la que aquella chica lo valoraba sin disimulo. A los pocos segundos la vio mirar para otro lado y, tras dar una nueva calada al cigarrillo, respondió en un tono tan bajo que casi parecía un suspiro:

—Alguien me advirtió que no volviera a hablar de esto jamás.

CAPÍTULO 17

Avenida de Argentina, Río San Pedro, Puerto Real
Sábado, 10:15 horas

Manuel abrió mucho los ojos, incapaz de ocultar su sorpresa.

—¿Quién te advirtió que guardaras silencio?

Carmen continuó con la vista perdida en la lejanía, como si la cosa no fuera con ella, y Manuel estaba a punto de repetir la pregunta cuando llegó la respuesta:

—Al poco de presentar la denuncia un abogado se puso en contacto conmigo. Se ofreció a representarme de forma gratuita, alegando que estaba especializado en casos como el mío.

—¿Un abogado? —Se extrañó. No era la primera vez que oía hablar de letrados que utilizaban aquel método para captar clientes, pero no conocía a ninguno que se ofreciera a trabajar gratis—. ¿Recuerdas su nombre o el nombre del bufete en el que trabajaba?

—Se llamaba Jaime Pellicer. Me contactó por teléfono y me dijo que había representado a muchas chicas en la misma situación que yo y que si no aceptaba su ayuda se me asignaría un abogado de oficio que no movería un dedo por ayudarme. —Aquello era inaudito, pensó él, y Carmen le dirigió una mirada con la que parecía tratar de excusarse—. Yo estaba muy confundida, compéndalo. Acababa de sufrir una agresión sexual y no sabía a quién acudir. Somos gente humilde, con pocos recursos, así que decidí aceptar la ayuda de aquel hombre.

—Cuéntame lo que sucedió.

—El día después de hablar conmigo por teléfono vino a verme a casa. Me dijo que había encontrado al tipo que me había violado y que había llegado a un acuerdo con él.

Manuel no daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿Un abogado que hace de detective y da con un violador al que la policía ha sido incapaz de encontrar? Aquello tenía visos de ser una historia de ciencia ficción, pero la joven parecía realmente convencida de lo que decía.

—Según me contó, el chico procedía de una familia adinerada con importantes negocios a la que no le convenía verse implicada en un escándalo semejante y estaba dispuesto a hacer un trato con tal de que no saliera a la luz.

—¿Y?

—Ya le he dicho que somos pobres. —Bajó la cabeza, como si se avergonzara de ello—. En un primer momento me pareció una locura que alguien tratara de comprar mi silencio, pero entonces me enseñó el dinero.

—¿Que te lo enseñó? ¿En efectivo?

—Sí, señor. Veinte mil euros.

Aquella manera de proceder tenía poco que ver con el comportamiento de los abogados criminalistas a los que Manuel había conocido a lo largo de su carrera, pero prefirió reservarse su opinión hasta que Carmen hubiera terminado de hablar.

—Recuerdo que en aquel momento me pareció muchísimo dinero. Lo traía dentro de un maletín: varios fajos de billetes que puso sobre la mesa, ordenados en muchos montoncitos iguales.

—Aceptaste la oferta, naturalmente.

—En un primer momento me negué —aclaró—. Sabía que aquello no estaba bien y que no había dinero en el mundo que pudiera compensar todo lo que había sufrido. Entonces se puso hecho una furia y me dijo que si pensaba sacar más dinero es que estaba loca. Yo le dije que el problema no era el dinero, pero se rio de mí.

A aquellas alturas de la película Manuel no tenía ninguna duda acerca de para quién trabajaba aquel supuesto abogado. Mientras el niño de papá se dedicaba a hacer el salvaje con aquellas chicas, este las encontraba y las convencía de que no emprendieran acciones legales contra él a cambio de dinero. Entonces recordó las palabras que había pronunciado otra de las chicas con las que había hablado aquella misma mañana y las comprendió en toda su dimensión: «Ese asunto está zanjado».

—Me dijo que si no retiraba la denuncia me vería envuelta en un proceso judicial que podría tardar años en solucionarse. Además, sugirió que la familia del agresor era lo suficientemente poderosa como para que este quedase impune y que si quería presentar una demanda contra él tendría que hacerlo sola, lo que no me saldría nada barato.

—Así que aceptaste.

—Cogí el dinero —reconoció y las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia—. Tomé el camino fácil, lo admito, y al día siguiente fui a retirar la denuncia.

Manuel la dejó llorar mientras digería la información. Cuando las lágrimas arreciaron, preguntó:

—Si pudieras retroceder en el tiempo, ¿volverías a aceptar el dinero?

La muchacha le miró como si la respuesta fuera evidente.

—No hay un solo día en el que no me sienta una miserable por lo que hice. Dejé que un tipo me violara y me diera una paliza por veinte mil cochinos euros. No, señor. Si volviera a sucederme algo parecido, no actuaría igual.

—¿Vives con tus padres? —Carmen asintió—. ¿Y qué pensaron ellos?

—Al principio dijeron que estaban dispuestos a defenderme hasta el final, pero la visión del dinero pareció ablandarles. Me advirtieron que me lo pensara bien antes de tomar una decisión...

Carmen Casares esbozó la sonrisa más triste que Manuel había visto en su vida y le transmitió su desolación. Que sus padres hubieran sido capaces de poner precio a la dignidad de su propia hija le pareció algo terrible.

—Ese maldito dinero...

Manuel dejó pasar unos minutos en silencio antes de decidir que ya la había dejado desahogarse lo suficiente y que era el momento de pasar a preguntas más concretas.

—Háblame de ese abogado. ¿Cómo era? ¿Qué recuerdas de él?

—Apenas sé nada de él, solo su nombre. Era mayor, más que usted. Bien vestido, con traje y corbata. Al principio me pareció un buen tipo, aunque luego me di cuenta de que no lo era en absoluto.

—¿Por qué dices eso?

—Por la forma en la que me habló cuando le dije que no quería el dinero. Me pareció que se lo tomaba como algo personal y que incluso tenía miedo de que no aceptase la oferta. ¿Sabe una cosa? He pensado mucho en ello desde entonces y creo que el abogado estaba conchabado con el tipo que me atacó. Seguro que se llevó un buen pellizco por llegar a un acuerdo.

Manuel se sorprendió al darse cuenta de que, de tanto caminar sin rumbo, habían dado una vuelta completa a la barriada. En aquel momento podía ver el Kadett en el lugar donde lo había estacionado.

—Voy a ser sincero contigo, Carmen. —Se detuvo y se volvió hacia ella—. No creo que ese tal Jaime Pellicer sea abogado. De hecho, no creo ni siquiera que ese sea su verdadero nombre. Un abogado no se ofrece a representar a alguien de forma altruista y al día siguiente le obliga a aceptar un acuerdo. ¿Firmaste algún documento mientras estabas con él?

—No, señor. Me dijo que era un pacto extrajudicial y que él se encargaría de todo el papeleo...

Mientras decía aquello su mirada se fue diluyendo, como si por primera vez cayera en la cuenta de lo ridículo que era lo que trataba de explicar. Para Manuel, que un tipo elegante y con aspecto distinguido se hiciera pasar por abogado y le hablase en términos jurídicos a una chica que apenas debía de tener estudios le pareció un buen plan. Veinte mil euros no era un mal precio a cambio de salir impune de una violación, aunque teniendo en cuenta las víctimas que comenzaba a acumular aquel desgraciado debía de llevar invertida una millonada en tratos con ellas. El violador tenía que ser, por tanto, alguien con una muy buena posición económica, capaz de permitirse pagar una pequeña fortuna a cada chica de la que abusaba.

Entonces se le ocurrió que el tipo en cuestión debía de andar muy nervioso después de que la violación de Clara Vidal se le fuera de las manos. Quien juega con fuego se acaba quemando, pensó. No había víctima a la que sobornar, por lo que en esta ocasión no podría refugiarse en su dinero para escapar de la justicia. O tal vez sí.

—No creo que fuera un nombre falso —protestó la chica—. ¿Por qué iba a hacerlo? Además, me dio una tarjeta de visita en la que venían sus datos.

Manuel estuvo a punto de explicarle que cualquiera podía ir a una imprenta y encargar tarjetas con el nombre que quisiera, pero en lugar de eso le preguntó:

—¿Tienes esa tarjeta? Me gustaría tener una conversación con ese tipo.

Carmen sacó una abultada cartera del bolsillo trasero de su pantalón y, tras rebuscar en su interior durante casi un minuto completo, sacó una tarjeta de visita amarillenta y se la tendió. En ella figuraban el nombre «Jaime Pellicer» y, debajo, un número de teléfono. Nada más, ni la firma para la que trabajaba ni su ocupación. Manuel la examinó detenidamente: cartulina gruesa, de textura agradable al tacto y buena calidad, letras en relieve y sin florituras. Transmitía una imagen cara y profesional, el tipo de tarjeta diseñada para impresionar.

—¿Has vuelto a verle? —preguntó.

—No, no he vuelto a tener noticias tuyas.

Manuel la vio hacer un mohín, pero fue incapaz de sentir lástima por ella. Le resultaba imposible obviar el hecho de que aquella chica tenía parte de culpa de que Clara Vidal estuviera muerta, por no haber tenido el valor de denunciar a su agresor y decidirse a aceptar los suculentos veinte mil euros que le habían puesto por delante.

Murmuró una escueta despedida a la que la joven respondió con otro mohín antes de darle la espalda y alejarse de allí. La observó caminar, con sus muslos rollizos rozándose a cada paso que daba y su gruesa melena ondeando a un lado y a otro. Veinte mil euros no le solucionan la vida a nadie, decidió, y aquella chica lo había aprendido de la peor manera posible.

Sacó su móvil y marcó el número que figuraba en la tarjeta del supuesto abogado. Como era de esperar, una grabación le informó de que aquel teléfono estaba fuera de servicio y Manuel imaginó que debía de llevar inactivo desde que Carmen Casares había aceptado el acuerdo, más o menos.

Antes de poner rumbo al Kadett dedicó una última mirada a la chica, que en aquel momento desaparecía tras una esquina cargando con el peso del desencanto y de una dignidad hecha jirones que parecía pesar más que cuando estaba intacta.

CAPÍTULO 18

*Casines, Puerto Real
Sábado, 10:55 horas*

El sonido del teléfono móvil sobresaltó a Cristina, despejándola por completo. Miró la pantalla con desconfianza y vio que se trataba de un número desconocido.

Se incorporó y se quedó sentada en la cama con el teléfono vibrando entre las manos sin saber qué hacer. Las normas le aconsejaban no responder a la llamada de un número que no conocía, pero por otro lado se resistía a creer que aquella simple llamada pudiera suponer una amenaza. Si la hubiera recibido el día anterior, por ejemplo, habría contestado sin más.

Cuando el teléfono dejó de sonar exhaló un bufido de desagrado. El pánico que le había provocado la noticia de la excarcelación de Eugenio se había ido agriando a lo largo de la noche hasta dar paso a una sensación de rabia e impotencia. ¿Por qué, cuando solo llevaba un mes viviendo en su nuevo hogar, tenía que recobrar antiguos hábitos y volver a ser la mujer asustadiza que había sido antes? ¿Por qué le imponían de nuevo aquellas normas absurdas y restrictivas? ¿Por qué había de pensar que Eugenio no iba a tener otra cosa que hacer que buscarla para ajustarle las cuentas? ¿Por qué, por qué, por qué?

Tiró el móvil en la mesita de noche con desgana. No era nada habitual que siguiera en la cama a esa hora de la mañana, pero había pasado una noche tan mala que creía que su pereza estaba más que justificada. Después de dar muchas vueltas se había quedado dormida sobre las cinco o las seis de la mañana, aunque no había sido ni mucho menos un sueño reparador, sino algo más parecido a un estado de alerta continuo, un farragoso duermevela que en aquel momento la hacía sentirse desorientada y de mal humor.

El teléfono volvió a sonar a los pocos segundos. Un vistazo le permitió comprobar que se trataba del mismo número de antes y lo dejó sonar mientras iba al baño y se lavaba la cara con agua bien fría, tratando de espabilarse. Quería actuar con normalidad, como si nada hubiera cambiado, pero cada vez que la tediosa melodía del móvil terminaba y volvía a empezar sentía que se estaba comportando como una idiota. ¿Qué tenía que temer? Una simple llamada no podría hacerle ningún daño y, aun en el caso improbable de que al otro lado de la línea estuviera Eugenio, ¿qué podía hacerle? Bastaría con telefonear a la policía y denunciarle por infringir la orden de alejamiento al intentar ponerse en contacto con ella.

Apretó los dientes y dio dos pasos en dirección al teléfono, pero justo cuando iba a cogerlo la melodía cesó. Miró fijamente la pantalla, como si de esa manera pudiera

hacer que sonara otra vez, y, tras varios segundos en los que no pasó nada, volvió a dejarlo sobre la mesita de noche y abandonó la habitación.

Entonces se imaginó contestando a la llamada. Evocó la voz de Eugenio y, como si de un sortilegio se tratase, un pellizco en las entrañas amenazó con hacerla vomitar de nuevo. El recuerdo de su maltratador fue motivo más que suficiente para imbuirle un miedo atroz que se materializó en el sudor frío que emergió por cada poro de su piel. Se reprendió mentalmente por lo que había estado a punto de hacer y volvió a repetirse que aquello no era ningún juego. El peligro era real, tanto como el temblor de sus manos o la sensación de soledad que la embargaba en aquel instante.

En la casa de acogida había aprendido que lo más peligroso de hallarse en aquella situación de desamparo era, precisamente, olvidar que estaba en peligro. Que la cotidianidad y la naturalidad del día a día la hicieran olvidar quién era y cómo había llegado allí. La cautela y la prudencia de los primeros meses solía relajarse con el paso del tiempo, un error imperdonable cuando hay una persona en algún lugar del planeta que haría cualquier cosa por verte muerta.

Los terapeutas de la casa de acogida utilizaban muchas historias para ilustrar sus protocolos de actuación, todas terriblemente reales. En una ocasión le hablaron de una mujer que respondió a una llamada de un número que no conocía, porque no creía que hubiera nada de malo en ello. Era un hombre que se presentó como el jefe de recursos humanos de una empresa a la que ella había mandado el currículum hacía varios meses y le dijo que quería hacerle una entrevista de trabajo. Concertó una cita para aquel mismo día, se arregló y salió a la calle con su mejor sonrisa, convencida de que aquel empleo sería el comienzo de una nueva vida.

Cuando llegó a la dirección donde la habían citado comprobó que esta no existía. En lugar de eso, encontró allí a su exmarido y a un amigo de este, que era quien la había telefoneado. Entre los dos le dieron una paliza de la que estuvo a punto de morir, provocándole secuelas que arrastraría durante el resto de su vida.

Tales relatos resultaban tan exagerados que uno podía cometer el error de pensar que eran fruto de la imaginación de los terapeutas, pero Cristina había sufrido tantos abusos y humillaciones a lo largo de su vida que había pocas cosas que pudieran sorprenderla. Por eso, cuando el teléfono sonó por tercera vez, lo ignoró y fue a la cocina a preparar el desayuno. Oyó la melodía repetirse una y otra vez al tiempo que manipulaba la cafetera italiana y, mientras sacaba un par de rebanadas de pan y las colocaba en la tostadora, el teléfono dejó de sonar.

No volvió al dormitorio hasta que no hubo terminado de desayunar y vio en la pantalla del teléfono el icono que indicaba que le habían escrito un mensaje de texto. Comprobó que procedía del mismo número desconocido que la había llamado tantas veces y lo abrió sin pensar:

«Hola, Cristina, soy Isa. Tengo un compromiso esta noche y me preguntaba si podrías sustituirme en el hospital. Te he llamado, pero no contestabas. Ya me dices lo que sea. Un saludo».

Tuvo que leer el mensaje varias veces antes de acordarse de parpadear de nuevo. El alivio de saber que solo se trataba de una compañera de trabajo se mezcló con el resentimiento y la ira que le provocaba el hecho de tener que comportarse con tanta cautela. ¿Por qué una simple llamada podía trastornarla tanto?

Volvió a dejar el móvil y regresó a la cocina, dispuesta a preparar más café. Trabajar aquella noche supondría romper su ciclo de descanso, aunque, por otro lado, tampoco le importaba demasiado. Teniendo en cuenta que apenas había pegado ojo en las últimas veinticuatro horas y que no tenía ningún motivo para creer que la siguiente noche fuera a ser diferente, pensó que le vendría bien mantenerse ocupada y, de paso, echar un cable a su compañera, por lo que decidió que más tarde le escribiría para aceptar el cambio.

No se podía decir que hubiera reaccionado tan mal, pensó mientras manipulaba la cafetera por segunda vez. Había sufrido demasiado a lo largo de su vida como para olvidarlo sin más. Podría comenzar una nueva vida, empezar de cero en un lugar donde nadie la conocía y tratar de organizar su día a día con ilusión y optimismo, pero no olvidar. Eso nunca.

CAPÍTULO 19

*Bar El Candil, Cádiz
Sábado, 11:25 horas*

Manuel condujo de vuelta a Cádiz sin prestar demasiada atención a la carretera, pensando en cómo manejar la información recibida. Los únicos datos de que disponía eran un nombre, posiblemente falso, y un número de teléfono. La posibilidad de ponerse en contacto con la compañía telefónica y rastrear el número quedaba descartada, ya que esas gestiones le llevarían un tiempo del que carecía. Además, no creía que aquel supuesto abogado fuera tan estúpido como para poner el teléfono a su nombre y lo más probable era que se tratase de un número de prepago, lo que lo convertía en anónimo e ilocalizable.

Se detuvo en las inmediaciones de la cafetería El Candil, pero permaneció unos minutos más en el Kadett, jugueteando con la tarjeta que le había dado Carmen Casares. La idea de llamar al colegio de abogados y preguntar por alguien llamado Jaime Pellicer también le parecía fuera de lugar, no solo porque sabía que los letrados solían cubrirse las espaldas unos a otros y la reacción lógica ante las preguntas de un policía sería la de jugar al despiste, sino porque además dudaba que aquel tipo fuera abogado. No obstante, creyó que sería oportuno comprobarlo antes de abandonar aquella idea por completo.

Dejó el coche en doble fila y entró en el bar. Saludó al camarero y pidió una cerveza, pero, antes de que se la sirviera, volvió a llamar su atención y le pidió que le pusiera mejor un café bien cargado. Iba a necesitar estar concentrado durante los próximos minutos y la cafeína le sería de más ayuda que el alcohol.

En un extremo de la barra había varios periódicos a disposición de los clientes, aunque a esa hora de la mañana habían pasado por tantas manos que estaban arrugados y presentaban algunas manchas de café y aceite. Cogió el primero que vio, *El Eco de Cádiz*, y lo abrió por la primera página. Encontró el teléfono de la redacción en la esquina inferior izquierda y marcó el número en su móvil en el mismo momento en el que el camarero le ponía el café delante.

—*El Eco*, buenos días —respondió una voz con la entonación y el entusiasmo de un contestador automático.

—Buenos días. Necesito hablar con alguien que se encargue de la sección de sucesos.

—¿Sobre qué quería hablar?

—Lo siento, se trata de información confidencial —dijo, aunque no creía que una conversación con un periodista tuviera nada de confidencial—. Soy inspector de

policía.

—Espere, le paso.

La línea se llenó con una desagradable melodía en un tono tan alto que Manuel tuvo que apartarse el auricular de la oreja. Mientras esperaba dio un sorbo al café y comprobó que los escasos clientes que había en el bar en aquel momento habían comenzado a mirarle con curiosidad, por lo que decidió salir a la calle para garantizar la privacidad de su charla con el periodista.

Al cabo de unos minutos la melodía se cortó y una voz de hombre se materializó en la línea.

—Roque al habla.

Manuel calculó que el propietario de aquella voz tendría unos cincuenta años, si no más. A pesar de haber usado solo tres palabras, su tono evidenciaba un aburrimiento y una desgana impropios de un periodista más joven. Por otra parte, dudaba que el telefonista pasase la llamada de un inspector de policía a un simple reportero, por lo que probablemente estuviera hablando con el responsable de toda la sección de sucesos.

—Buenas tardes, soy el inspector Bianquetti. Tengo algunas preguntas que hacerle.

—Usted dirá. —Otra vez el mismo tono de hastío, como si la conversación hubiera empezado a aburrirle antes incluso de empezar.

—Como periodista de sucesos, me imagino que será un asiduo de los juzgados municipales y que conocerá a algún que otro abogado, ¿verdad?

—Llevo más de treinta años en esto —contestó y a Manuel le pareció que se lo estaba echando en cara—. Conozco a todos los abogados de la ciudad.

—Necesito información sobre uno en particular. Su nombre es Jaime Pellicer.

—Entiendo. ¿Y para qué necesita esa información?

Se tomó unos segundos antes de responder. Por un momento estuvo tentado de contestar que aquello no era de su incumbencia, pero no consideró oportuno dirigirse en esos términos a un tipo del que esperaba recibir ayuda. Había tratado con muchos periodistas a lo largo de su carrera y sabía cómo funcionaba el negocio. *Yo te doy algo, tú me das algo*. Si quería su cooperación, la información debía circular en ambos sentidos.

—Nada importante. Creemos que ha estafado a varios clientes negociando con la parte contraria a sus espaldas.

—Ya. —El periodista guardó silencio, dándole la oportunidad de añadir algo más, pero al ver que no iba a recibir más información siguió hablando—. Mire, no hay ningún abogado en la provincia de Cádiz con ese nombre.

—Tal vez no le conozca.

—Si existiera ese tipo le conocería, puede estar seguro —sentenció con un deje de impaciencia—. Me temo que le han tomado el pelo al darle ese nombre.

—Ya, bueno, gracias por la información.

—¿Por qué no me da su número? Preguntaré por ahí y le llamaré si averiguo algo.

Manuel titubeó antes de decidirse a facilitarle su teléfono. Decidió que no perdería nada por mantenerse en contacto con aquel tipo, aunque dudaba de que fuera a encontrar datos sobre el supuesto abogado al que andaba buscando. En cualquier caso, siempre sería preferible que pudiera llamarle directamente en lugar de telefonar a comisaría y preguntar por él, lo que provocaría la suspicacia de sus compañeros.

Después de colgar volvió a entrar en la cafetería y dedicó unos minutos a contemplar su taza de café. Luego le dio un sorbo, cogió otro periódico y buscó el número de la redacción. Sin embargo, su teléfono comenzó a sonar antes de que tuviera tiempo de encontrarlo.

—¿Bianquetti? —dijo una voz que reconoció como la misma que había oído hacía un momento.

—Dígame, Roque.

—He estado hojeando los archivos y creo que ya sé de dónde sacaron ese nombre. Jaime Pellicer fue un importante empresario gaditano, fallecido hace ya algunos años. No sé si esta información le será de ayuda.

—Toda información es bienvenida —mintió Manuel, que no pensaba que aquello fuera a servirle de mucho, pero le dejó hablar de todos modos.

—Fundó una empresa de suministros navales, allá por los años sesenta, llamada Pellicer y Cía. Se convirtió en uno de los principales proveedores de los barcos que arribaban al puerto de Cádiz y fundó varias empresas más a lo largo de su vida. — Manuel apuró su café y hojeó el periódico que tenía delante hasta localizar el número de la redacción, escuchando el relato solo a medias—. Conforme se acercaba su jubilación, al no tener descendencia, fue vendiendo todas las empresas, pero Pellicer y Cía. era la joya de la corona y fue la última de la que se deshizo. En la actualidad se llama Muransa, aunque el nombre es lo de menos, ya que se dedica a lo mismo que su predecesora y funciona prácticamente igual de bien.

—Muchas gracias por la información, Roque —respondió—. Comprobaré esos datos.

—Espero que le sean de utilidad. Ya me contará.

Manuel captó el mensaje entre líneas: el periodista se había molestado en buscar aquella información, por lo que podía considerarse en deuda con él. Antes de que pudiera añadir nada más cortó la comunicación y dejó el periódico a un lado mientras se concentraba en la visión del fondo de su taza.

La sensación de estar pasando algo por alto era más fuerte a cada minuto que transcurría, aunque no conseguía saber de qué se trataba. Creía estar en el camino correcto, pero los datos que le había facilitado aquel periodista se alejaban bastante de lo que andaba buscando. ¿De qué le iba a servir saber que Jaime Pellicer era el nombre de un conocido industrial gaditano ya fallecido?

En algún lugar de su mente un par de piezas encajaron, de forma tan leve que en

un primer momento no supo reconocer la evidencia. Lo más que llegó a sentir fue un ligero cosquilleo en la boca del estómago, tan débil que apenas le prestó atención.

«Fundó una empresa de suministros navales, allá por los años sesenta, llamada Pellicer y Cía.», le había contado el periodista, una información a la que no había prestado demasiada atención en un primer momento.

Recordó su conversación con Carmen Casares hacía apenas una hora. Cuando le preguntó de qué había hablado con su agresor, respondió: *«Me contó que le gustaba hacer deporte, ir a la playa, salir a navegar...»*.

«Se convirtió en uno de los principales proveedores de los barcos que arribaban al puerto de Cádiz», había dicho Roque.

«Dijo que tenía un barco, ¿sabe?».

«En la actualidad se llama Muransa, aunque el nombre es lo de menos, ya que se dedica a lo mismo que su predecesora y funciona prácticamente igual de bien».

«Cuando le pregunté a qué se dedicaba, me dijo que no necesitaba trabajar. Le creí, porque su aspecto era el del típico pijo para el que el dinero nunca es un problema».

A medida que recordaba fragmentos de ambas conversaciones, Manuel notó que más piezas encajaban. Aquella conexión se le antojaba por momentos una certeza tan clara que no se explicaba cómo podía haberla pasado por alto. Que el nombre elegido por el supuesto abogado fuera el de un importante empresario relacionado con el negocio de los barcos y que el agresor de Carmen Casares hubiera hablado con ella de su afición por la navegación resultaba una coincidencia de lo más oportuna, demasiado oportuna para ser real, y Manuel comenzó a jugar con la posibilidad de que aquella pista le condujese hasta el asesino de Clara Vidal.

Miró a su alrededor, eufórico, y comprobó que nadie se había dado cuenta de la explosión de júbilo que acababa de producirse en su pecho. Dejó unas monedas sobre la barra y salió a toda prisa del local mientras marcaba un nuevo número. Morgado respondió justo cuando acababa de meterse de nuevo en el Kadett.

—Dígame.

—Aquí Bianquetti. ¿Te pillo ocupado?

—No te imaginas cuánto.

Casi se pudo imaginar al veterano repantigado en su silla, leyendo la prensa en el ordenador o entretenido con algún juego del móvil mientras trasegaba un café tras otro.

—¿Sabes qué? Esta mañana Silva ha encontrado un cenicero repleto de colillas en su mesa y se ha puesto hecho una furia. Ha estado preguntando por ti.

El comentario le provocó una involuntaria sonrisa, que intuyó también al otro lado de la línea. Estaba claro que a Morgado tampoco le caía demasiado bien aquel guaperas.

—La próxima vez echaré las colillas directamente en el cajón —sentenció, reconociendo su culpabilidad.

—Es lo que habría hecho yo.

—Escucha, me gustaría pedirte algo —dijo, eligiendo con cuidado sus palabras. Sabía que la camaradería de Morgado no era más que eso, una relación cordial que no iba más allá de un compañerismo puramente corporativo e ignoraba cómo reaccionaría cuando supiera lo que iba a pedirle.

—Te escucho.

—No me apetece pasar por comisaría. Ayer tuve unas palabras con Tejada y no tengo ganas de verle otra vez la cara.

—Lo sé. Ha sido uno de los principales temas de conversación junto a la máquina de café.

—Ya, bueno, el caso es que hay algunos detalles que necesito consultar en la base de datos y me preguntaba si podrías encargarte tú de buscarlos por mí.

Morgado guardó silencio, procesando la información, y Manuel se preguntó si no habría ido demasiado lejos al pedirle aquello. Tendría todo el derecho del mundo a negarse y por un momento casi deseó que lo hiciera.

—Es por lo de esa chica, ¿verdad?

—Es mejor que no lo sepas —respondió, aunque sabía que el veterano era lo suficientemente inteligente como para adivinar la verdadera respuesta a aquella pregunta. El silencio volvió a instalarse en la línea, como si Morgado estuviera debatiéndose entre las ganas de ayudarlo y la necesidad de hacer lo correcto.

—¿Qué necesitas?

Manuel se lo dijo y Morgado se comprometió a llamarle pronto. Le dio las gracias, sorprendido por su predisposición, y cortó la comunicación sin dejar de preguntarse por qué habría accedido a ayudarlo. Sin otra cosa que hacer, encendió un cigarrillo y esperó al tiempo que trataba de esquivar la molesta sensación de estar metiendo a su compañero en un lío, sin dejar de repetirse que este ya era mayorcito para tomar sus propias decisiones.

CAPÍTULO 20

*Vistahermosa, El Puerto de Santa María
Sábado, 13:35 horas*

Un par de horas más tarde Manuel seguía en el coche, esta vez en la urbanización de Vistahermosa, contemplando un bonito chalé de tres plantas que sobresalía tras un imponente muro de piedra de no menos de cuatro metros de altura mientras apuraba el último cigarrillo que le quedaba. De haber sabido que iba a terminar llevando a cabo labores de vigilancia habría llevado café y tabaco en abundancia para combatir el aburrimiento, pensó, pero ya era tarde para lamentarse.

Desde su posición a varias calles de distancia podía ver con claridad los dos accesos a la villa: una entrada peatonal de hierro forjado junto a la que destacaba un portero automático con cámara incorporada y un portón para vehículos de aspecto pesado y tosco que debía de moverse de forma lateral sobre unas guías que quedaban ocultas tras el muro. En la media hora que llevaba allí nadie había entrado o salido del chalé y comenzaba a plantearse seriamente la posibilidad de que no hubiera nadie en casa, aunque no tenía manera de saberlo. Ante la duda, decidió que lo más oportuno sería seguir al acecho. Total, se dijo, tampoco tenía nada mejor que hacer.

Morgado no había tardado más de veinte minutos en llamarle con la información requerida. La empresa de suministros navales Muransa, antes conocida como Pellicer y Cía., tenía su sede en la avenida del Puerto, en pleno centro de la ciudad, y su titularidad la ostentaba alguien llamado Adolfo Murillo. No solo le había conseguido la dirección de sus oficinas, sino también la de su domicilio particular.

Este estaba ubicado en una lujosa urbanización a las afueras de El Puerto de Santa María, a pocas calles del puerto deportivo y del Pueblo Marino. Un lugar privilegiado solo al alcance de unos pocos que dio a Manuel una idea del nivel de vida de la persona a la que andaba buscando. Precisamente por eso había decidido quedarse en el coche en lugar de ir a su puerta y preguntarle a bocajarro si sabía algo de la violación de Carmen Casares, ya que no tenía ninguna prueba con la que respaldar sus sospechas. Si algo había aprendido a lo largo de su carrera como inspector de policía era la norma no escrita de que a los poderosos no se les molesta. Un tropiezo con alguien así podría acarrear consecuencias imprevisibles, ya que solían ser personajes influyentes y bien relacionados. Por tanto se imponía la norma de andarse con pies de plomo.

Además, por mucho que le jodiera debía reconocer que no tenía absolutamente nada con lo que argumentar lo que estaba haciendo allí. Solo una corazonada, algo con lo que cualquier abogado del mundo se limpiaría el culo a gusto antes de

despacharle y acusarle de acoso, coacción y Dios sabe qué delitos más. Manuel solía hacer caso de su instinto, pero le gustaba mantener los pies en la tierra y no dar ningún paso en falso si podía evitarlo. Por ese motivo seguía dentro del coche, tamborileando con los dedos sobre el volante, apurando su último cigarrillo hasta el filtro mientras trataba en vano de tomar una decisión: seguir en el coche, llamar a la puerta de la mansión o largarse de una vez.

A cada minuto que pasaba iba creciendo en su interior la sensación de estar perdiendo el tiempo. Su entusiasmo inicial se había ido diluyendo mientras trataba de no pensar en la posibilidad de que la coincidencia que le había llevado hasta allí no fuera más que eso, una casualidad, una jugarreta del destino que le hacía dar palos de ciego mientras, lejos de allí, el asesino de Clara continuaba disfrutando de su libertad, puede que buscando a su próxima víctima. Además, la tensa espera había provocado que el cansancio cayera sobre él como un mazazo y comenzaba a acusar la falta de sueño. Le estaba costando mucho mantener los ojos abiertos.

Trató de distraerse observando a los escasos transeúntes que en aquel momento paseaban por la zona. Vio a un par de mujeres en chándal intercambiando confidencias; a un jubilado que paseaba a un pequeño yorkshire y se detenía en cada rincón que el perro elegía para marcar su territorio, demostrando una paciencia infinita; a dos parejas jóvenes y bien vestidas que empujaban sendos carritos de bebé. Todo perfectamente normal, nada fuera de lugar. Hacía demasiado que Manuel no tomaba parte en una misión de vigilancia y comenzaba a estar de los nervios. Había olvidado el cansancio, el tedio, el pesimismo que una vigilancia aburrida puede provocar a cualquiera.

Estaba a punto de rendirse cuando vio abrirse la puerta de acceso de vehículos del chalé. El portón se deslizó de forma lenta y Manuel miró a un lado y a otro de la calle por si veía aparecer por algún sitio el coche del propietario. Al no ver a nadie dedujo que la puerta había sido accionada desde el interior y se preparó para ver salir el vehículo de Adolfo Murillo.

La visión del coche que salió del chalé le provocó un repentino desconcierto y le hizo pensar que aquello no podía ser, que había algo en aquella imagen que estaba mal.

Que dicho coche fuera un todoterreno BMW de color negro, similar al que había descrito Carmen Casares, al que hacían referencia algunas de las denuncias de las chicas agredidas y al que había aparecido en las grabaciones de las cámaras de seguridad de la empresa tabacalera superó todas sus expectativas. La descripción de aquel vehículo había salido a colación tantas veces que al verlo se produjo un chasquido en algún lugar de su cerebro, tal que si dos piezas imantadas hubieran coincidido al fin tras un rato buscándose la una a la otra.

Si aquello también era una coincidencia, él no estaba dispuesto a creérsela.

Salió del Kadett y caminó hasta colocarse en medio de la calzada. Aquella calle de un solo sentido era el único camino que podía tomar el BMW y, cuando lo vio

torcer en su dirección, Manuel lo esperó con las manos en los bolsillos, como si no estuviera haciendo nada en absoluto. Cuando apenas los separaban unos metros el conductor le obsequió con un impaciente toque de claxon, pero Manuel no se movió, imposibilitándole avanzar sin arrollarle.

Finalmente el coche se detuvo a medio metro del corpachón de Manuel, que miró al conductor como si le importase una mierda ser atropellado. Este volvió a tocar el claxon y soltó una ristra de improperios que quedaron ahogados por el fragor de la bocina.

Antes de que pudiera reaccionar avanzó hasta colocarse junto a la ventanilla del conductor, sacó del bolsillo la fotografía de Clara Vidal y de un manotazo que hizo temblar hasta el último tornillo del vehículo la plantó en el parabrisas a la altura de los ojos del sorprendido conductor.

—¿La conoces?! —gritó, lo bastante alto como para que pudiera oírle a pesar de tener la ventanilla cerrada—. ¿Sabes quién es?!

Ya de cerca pudo observar mejor el aspecto del chico que estaba al volante, demasiado joven para ser Adolfo Murillo. Debía de tener algo más de veinte años y el aspecto audaz y prepotente de quien está poco acostumbrado a obedecer ninguna norma. Sus ojos irradiaban furia, indignación, como si considerase inadmisibile que un loco de dos metros de altura se interpusiera en su camino, hasta que reparó en la foto que sostenía contra el parabrisas.

La visión de aquel rostro operó un cambio en su semblante, casi imperceptible a simple vista pero que Manuel no pasó por alto. En un primer momento arrugó el entrecejo, como si no recordase dónde había visto antes a aquella chica, pero enseguida un destello de reconocimiento iluminó sus facciones y volvió a mirar a Manuel, como si por fin comprendiese qué le había llevado allí.

Entonces, en un gesto que al policía le pareció completamente fuera de lugar, sonrió. Una sonrisa malvada, infame, que dejó a la vista dos hileras de dientes blancos y perfectos. «Una sonrisa endemoniada», había dicho Carmen Casares. Manuel estaba acostumbrado a que su aspecto provocase justo el efecto contrario, por lo que aquel gesto bastó para eliminar las reservas que todavía albergaba sobre la implicación de aquel chico en la muerte de Clara. Al momento la ventanilla del conductor bajó acompañada de un leve zumbido, accionada desde algún lugar que Manuel no pudo ver.

—No estoy seguro —dijo el muchacho cuando la ventanilla llegó abajo del todo, con una sangre fría que terminó de desconcertarle—, pero creo que es una sudaca de mierda.

Manuel notó cómo la rabia tensaba sus músculos y bloqueaba su razonamiento. Reconoció la sensación, pero no encontró el valor ni las ganas de reprimirla. Antes de darse cuenta de lo que hacía introdujo ambas manos en el todoterreno, agarró al muchacho de las solapas de la camisa y tiró de él hasta que tuvo medio cuerpo fuera del vehículo. El movimiento fue tan rápido que este no tuvo tiempo de oponer

resistencia. «Ahora preferirías haberte puesto el cinturón», pensó mientras de un último tirón le hacía dar con sus huesos en el pavimento. A pesar de la diferencia de edad y de que aquel chico parecía estar en plena forma, Manuel había reducido a suficientes niños a lo largo de su carrera como para saber cómo evitar que le crease problemas, y antes de que pudiera reaccionar se sentó a horcajadas sobre su pecho y le atenazó ambos brazos con una de sus manazas mientras con la otra volvía a colocar la fotografía de Clara frente a su rostro.

—Mírala bien, cabrón —dijo—. ¿Lo pasaste bien con ella?

El muchacho forcejeó durante algunos segundos, pero, al ver que su esfuerzo era inútil, dejó de hacerlo y miró primero la fotografía y después a Manuel.

—Claro que lo pasé bien —respondió y sonrió con los dientes tan apretados que parecía que le iban a saltar de un momento a otro—. Si siguiera viva la volvería a llamar. Te lo juro.

Manuel reprimió las ganas de aplastarle la cabeza contra el asfalto. ¿Aquello era una confesión? Se echó la mano al bolsillo para sacar las esposas, pero en el último momento se impuso la cordura y se dio cuenta de que no podía hacer eso. Si lo detenía estaría cometiendo una ilegalidad que no solo le costaría la expulsión del cuerpo, sino que además podría cargarse el caso y provocar que aquel asesino saliera indemne. Ningún juez ordenaría su detención si no iba acompañada de una legión de pruebas de culpabilidad.

El muchacho pareció percibir sus dudas y ensanchó la sonrisa, con la seguridad de quien suele salirse siempre con la suya. En lugar de sacar las esposas, Manuel sacó su teléfono móvil, activó la cámara y apuntó a su rostro.

—Sonríe, gilipollas —dijo mientras accionaba el disparador—. Quiero tener un recuerdo de esto.

La sonrisa endemoniada vaciló y el joven se revolvió para no verse retratado, obligándole a emplearse a fondo. Manuel volvió a guardar el teléfono y le inmovilizó utilizando ambas manos mientras pensaba cómo resolver aquella situación. Estaba convencido de tener delante, o más bien debajo, al asesino de Clara, pero no tenía forma de demostrarlo ni pruebas con las que apuntalar aquella corazonada, lo que le hizo plantearse si no había actuado de forma demasiado impulsiva.

Echó un vistazo a su alrededor y constató que algunos vecinos habían oído al alboroto y habían salido de sus domicilios para ver qué pasaba. Definitivamente aquella situación se le había ido de las manos, pensó. De repente reparó en el todoterreno que tenía delante, con el motor todavía en marcha. Aquel era el coche en el que había violado a Clara Vidal, no tenía la menor duda, y la Brigada Científica hallaría en él pruebas biológicas más que suficientes para demostrarlo.

Nunca antes había robado un coche, pero decidió que no le quedaba otra opción y algo parecido a un plan comenzó a tomar forma en su cabeza. Sin dejar de pensar en ello, se inclinó para acercarse al oído del joven.

—Si te mueves, te reviento.

El muchacho hizo el amago de volver a sonreír, pero algo en la expresión de Manuel le hizo pensárselo mejor al constatar que no se trataba de una amenaza, sino de un hecho objetivo.

Manuel le soltó los brazos, se puso en pie con rapidez y se montó en el todoterreno. Antes de que el joven pudiera siquiera empezar a incorporarse, metió primera y aceleró a fondo, alejándose de la barriada al tiempo que trataba de reprimir una sonrisa de satisfacción que le nacía desde muy dentro. Vio a algunos vecinos hablando por sus teléfonos móviles, posiblemente denunciando a la policía que acababan de ser testigos del robo de un vehículo, pero no le dio la menor importancia. Tenía en sus manos la prueba definitiva de que aquel joven era un asesino y un violador, y nada podría cambiar eso.

CAPÍTULO 21

Comisaría Provincial, Cádiz
Sábado, 14:40 horas

Para Manuel, la comodidad de aquel amplio todoterreno era todo lo opuesto al Kadett que llevaba conduciendo desde hacía un año, sobre todo porque en aquel habitáculo podía moverse con mucha más soltura, y decidió que no le importaría tener uno de esos. Ni siquiera le molestó demasiado el desagradable olor a detergente encastrado en la tapicería, que le permitió deducir que el propietario lo habría limpiado a fondo aquel mismo día o tal vez el anterior, algo comprensible si era allí donde había violado y asesinado a Clara Vidal. No obstante, sabía que por mucho que se hubiera esmerado en su limpieza los compañeros de la Brigada Científica encontrarían alguna evidencia que lo relacionaría con aquellos hechos.

Estaba exultante y durante el trayecto se sorprendió sonriendo de forma involuntaria en varias ocasiones. «No es para menos», pensó. Había dado con el asesino sin ayuda y en menos de cuarenta y ocho horas, algo de lo que ya querría presumir cualquiera de sus compañeros. Sin embargo, sabía que todavía quedaban muchos cabos sueltos y muchas gestiones por hacer antes de dar el siguiente paso. Aquel plan era lo suficientemente descabellado como para volverse en su contra si no actuaba con cautela.

Estacionó el BMW a espaldas de la comisaría, junto a la playa Santa María del Mar, y abrió la guantera para inspeccionarla. Además de un paquete de condones, un estuche con unas gafas de sol y varios CD sueltos, encontró la documentación del vehículo y comprobó que estaba a nombre de un tal Lucas Murillo, de veinticuatro años de edad, sin duda el hijo del empresario Adolfo Murillo.

Con aquellos datos en la cabeza salió del coche, se aseguró de dejarlo bien cerrado y se dirigió a la parte frontal de la comisaría. Una vez allí, subió directamente al segundo piso y encontró al inspector Roberto Silva sentado tras su mesa, inmerso en la lectura de un grueso *dossier* con un rostro que evidenciaba su aburrimiento. Se plantó ante él con los brazos en jarras y este le respondió con una mirada irritada.

—Precisamente contigo quería yo hablar... —empezó a decir.

—Acompáñame —le cortó Manuel—. Es importante.

Silva frunció el ceño, desconcertado. Era la primera vez que Manuel se dirigía a él en aquellos términos y no parecía terminar de creérselo. Sin embargo, la curiosidad por saber qué se traía entre manos le hizo decidirse y al cabo de unos instantes se puso en pie con cara de hastío.

Manuel echó a andar seguido de su compañero y subió las escaleras hasta el tercer piso. Una vez allí, dejó a un lado el vestíbulo que daba acceso a los despachos y tomó el pasillo que se abría a su derecha.

—Estás de coña, ¿no?

Manuel no respondió y siguió caminando hasta llegar a los cuartos de baño. Había aseos en todas las plantas, aunque los del tercer piso solían ser los menos transitados y, por tanto, los más limpios. Entró en el de caballeros y esperó a Silva, que dudó unos instantes antes de seguirle. Se trataba de una estancia amplia y sin ventanas, iluminada por unos fluorescentes blancos que se encendían gracias a unos sensores de movimiento estratégicamente situados, y antes de hablar Manuel examinó uno por uno los cuatro cubículos que albergaban los retretes para asegurarse de que no habría testigos de su conversación.

—Escucha, no me caes bien —empezó a decir—. Creo que eres un niño y un gilipollas, y probablemente tú pienses cosas peores de mí. Sin embargo, creo que es necesario que aparquemos nuestras diferencias durante un rato. Esto es más grande que tú y que yo.

Silva apretó los dientes, reprimiendo el impulso de responder a los insultos, pero se limitó a cruzarse de brazos y Manuel lo tomó como una invitación a seguir hablando.

—¿Dónde está Fredy Guzmán?

—Sigue en los calabozos, a la espera de que consigamos más pruebas antes de ponerle a disposición judicial. —Se encogió de hombros, como si fuera lo más normal del mundo.

—Seamos sinceros. No tienes nada contra ese chico.

Silva le miró como si no diera crédito a lo que oía.

—Es el principal sospechoso del asesinato de Clara Vidal —explicó—. Debes de ser el único del edificio que no lo sabe.

—¿Y por qué es sospechoso? ¿Solo porque discutieron? No tienes pruebas contra él y lo sabes.

El inspector Silva cambió el peso de un pie al otro y soltó un bufido de impaciencia.

—¿Y tú tienes alguna otra teoría?

—Mejor que eso —dijo sin disimular una sonrisa—. Sé exactamente lo que sucedió. Si tienes un rato te lo cuento.

Aquella respuesta provocó que Silva se olvidase de pestañear durante varios segundos en los que miró a Manuel como si el mismísimo Jesucristo hubiera descendido de los cielos y le estuviera pidiendo un cigarro. Después meneó la cabeza con desconfianza, pero permaneció en silencio para darle la oportunidad de explicarse.

—Después de discutir con su novio, Clara Vidal se marchó de la discoteca, pero no se fue a casa. —Manuel se preparó para pronunciar en voz alta el relato que

llevaba un rato ensayando mentalmente—. Conoció en otro de los bares de la Punta de San Felipe a un tipo encantador, zalamero, que la trató como nunca nadie la había tratado antes y supo ser lo suficientemente convincente como para que aceptara ir a dar una vuelta en el coche de este, un todoterreno de color negro.

—¿Y cómo diablos sabes...?

—Fueron hasta la Zona Franca —ignoró su interrupción—, pasaron al asiento trasero y, una vez metidos en faena, el chico trató de abusar de ella. Sin embargo, lo que debería haber sido un caso de violación se complicó cuando este no supo calibrar la fuerza empleada y terminó matándola. Sin saber qué hacer, la tiró a un contenedor cercano y se largó de allí.

—Entiendo —respondió Silva, en un tono que dejaba claro que no se creía una palabra—. ¿Tienes alguna prueba? ¿O algún testigo?

Manuel le tendió las llaves del BMW, pero su compañero se dedicó a observarlas con desconfianza, como si nunca hubiera visto una de esas.

—Casualmente he encontrado el coche aparcado aquí detrás. Si avisas a los de la Brigada Científica para que le echen un vistazo, te aseguro que darán con pruebas de todo lo que digo.

Silva miró las llaves con renovado respeto y, esta vez sí, las cogió y las sopesó entre los dedos, calibrando hasta qué punto podía ser cierta la teoría de Manuel.

—Bianquetti, no sé si...

Dejó la frase a medias y Manuel aprovechó para darle la puntilla.

—El propietario de ese vehículo es el asesino. Además, no es la primera vez que hace algo parecido y podrás encontrar sin demasiado esfuerzo a varias chicas que atestiguarán que a lo largo del último año han sufrido agresiones similares a manos de ese malnacido.

—¿Por qué haces esto?

La pregunta flotó en el aire un instante, hasta que Manuel la resolvió encogiéndose de hombros, sin ganas ni capacidad para darle respuesta.

—Eso da igual. Te estoy ofreciendo la posibilidad de detener al asesino de esa chica. Me conformo con que me tengas al día de lo que averigües.

Silva miró a su compañero con un renovado respeto, como si nunca hubiera sido capaz de atribuirle tal eficacia a la hora de enfrentarse a un homicidio. Por su parte, Manuel intuyó que Silva estaba comenzando a creer punto por punto lo que le había contado y, lo que era más importante, deseando que todo fuera cierto y tuviera de verdad al asesino de Clara Vidal al alcance de la mano.

—A mí me ha confesado que lo hizo —dijo para terminar de convencerle—, así que no tengo ninguna duda acerca de su culpabilidad. —«Solo me ha faltado envolverlo en papel de regalo y ponerle un buen lazo», estuvo a punto de añadir.

—¿Y vas a dejar que yo me encargue? —quiso saber—. ¿Por qué harías algo así?

—Es tu caso, no el mío. El comisario me advirtió de forma expresa que me mantuviera alejado de la investigación y está claro que no lo he hecho. Además, no

tengo nada que demostrar. Solo quiero que ese cabrón se pudra en la cárcel.

Silva asintió por primera vez desde que había comenzado la conversación y Manuel supo que lo había convencido. Iba a tener la oportunidad de cubrirse de gloria él solito, algo que sin duda le encantaba.

—De acuerdo, lo investigaré. Te avisaré cuando haya novedades.

—No —dijo Manuel—. Nos vemos a las cinco en el O'Donoghue's. Y, si lo haces bien, te dejaré que me invites a una birra.

Le dio la espalda y abandonó el cuarto de baño dejando a Silva con una expresión a medio camino entre la desconfianza y la fascinación. Alcanzó la calle tratando de no pensar en si aquel guaperas estaría a la altura de lo que esperaba de él y miró a un lado y a otro de la avenida Andalucía en busca de un taxi que le llevase a El Puerto de Santa María para recoger el Kadett.

CAPÍTULO 22

Pub O'Donoghue's
Sábado, 17:05 horas

Silva se retrasaba y eso no podía ser bueno.

Manuel dio un sorbo a su pinta de cerveza mientras tamborileaba con los dedos sobre la barra, impaciente. El O'Donoghue's era un *pub* irlandés con aspecto precisamente de eso: de *pub* irlandés. La decoración de madera, los banderines de Guinness y la kilométrica carta de cervezas que había sobre la barra lo dejaban bien claro.

El móvil sonó y le vibró en el bolsillo por enésima vez en lo que llevaba de tarde, y cuando lo sacó vio parpadear en la pantalla el número de una de las líneas de comisaría, por lo que ignoró la llamada y volvió a guardarlo en el mismo momento en el que el inspector Roberto Silva entraba en el establecimiento.

Manuel alzó la pinta en su dirección a modo de saludo, a lo que Silva respondió mordiéndose el labio y caminando en su dirección con aire taciturno. Su expresión de derrota le hizo sospechar que no traía precisamente buenas noticias.

—¿Un mal día? —bromeó Manuel cuando su compañero tomó asiento a su lado. El camarero se acercó solícito para preguntarle si quería tomar algo, pero este negó con la cabeza. El volumen de la música y la escasez de clientes a esa hora de la tarde les aseguraba una cierta discreción que Silva verificó mirando a un lado y a otro antes de decidirse a hablar.

—El vehículo del que me hablaste está a nombre de Lucas Murillo. Por si no lo sabes, ese apellido tiene cierto peso en la ciudad, ya que su padre es nada menos que Adolfo Murillo, uno de los empresarios más respetados de Cádiz.

—¿Has mandado analizar el todoterreno o no? —le interrumpió, tratando de mantener a raya su impaciencia para no ponerse a gritar.

—No puedo enviar el coche a los de la Científica así como así. Primero he telefoneado al propietario y lo he interrogado. No te puedes imaginar cómo se ha puesto en cuanto le he preguntado dónde estuvo la noche del jueves entre las dos y las tres de la madrugada.

Manuel apretó los dientes, enfurecido por la expresión bobalicona de su compañero, y leyó en su rostro lo que iba a decir a continuación.

—Tiene coartada, Bianquetti. Estuvo toda la noche en una fiesta en un club de golf de Jerez. Hay un montón de testigos que pueden corroborarlo e incluso en la página web del club hay fotografías del evento en las que sale él.

Aquella revelación le dejó sin habla. «No puede ser», pensó al recordar la forma

en la que aquel malnacido le había sonreído y prácticamente había reconocido ser el responsable de la muerte de Clara. Aquella presunta coartada olía a chamusquina y, por la forma en la que su compañero desvió la mirada, adivinó que él pensaba lo mismo.

—Escúchame, Silva: sé que ese tipo violó y asesinó a esa chica. Me lo ha confesado.

—Ya sabes que no basta con eso, Bianquetti. Para que un juez curse una orden de detención hacen falta pruebas y no tenemos ninguna.

—Las tendremos si mandas analizar el BMW.

—El BMW ya está de nuevo en manos de su dueño.

Manuel estuvo a punto de soltar un puñetazo en la barra, pero en lugar de eso tomó la pinta de cerveza y la apuró de un trago, buscando en aquel brebaje paciencia para no levantar a su compañero en volandas y arrojarlo al otro lado del *pub*.

—No te puedes imaginar la que se ha liado —se apresuró a añadir Silva, puede que intuyendo sus intenciones—. El propio Adolfo Murillo ha aparecido en comisaría con su hijo y ha ido directamente al despacho de Tejada para exigir que le devolviéramos el coche en el acto. Me he limitado a decirles que un informador anónimo me dijo dónde encontrar el vehículo y me animó a investigar su conexión con el homicidio de Clara Vidal, pero en cuanto he insinuado la posibilidad de que Lucas Murillo estuviera de alguna forma implicado en la muerte de la joven...

No llegó a terminar la frase, ni falta que hacía. Podía imaginar al todopoderoso Adolfo Murillo en el despacho de Tejada, amenazando con mandarles a todos al paro si eran capaces de verter tales acusaciones sobre su hijo, y al pusilánime comisario acatando cualquier cosa que dijera con tal de tenerle contento y que no le complicase los dos meses escasos que le quedaban en el cargo.

—No han llegado a denunciar el robo, pero imagínate la cara que ha puesto Tejada cuando el muchacho ha descrito al tipo que le asaltó. No pasarías desapercibido ni con un pasamontañas, Bianquetti.

—¿Sabes por qué no han denunciado el robo? —señaló, eludiendo el tema—. Porque no les conviene meterse en líos. Saben que si investigamos en profundidad hallaremos alguna grieta en esa coartada y descubriremos que ese chico es un violador y un asesino. Pudo ausentarse de la fiesta en cualquier momento. Si pides al juez que intervenga su teléfono, podremos triangular su posición y saber dónde estuvo la noche de...

—Déjalo ya, Bianquetti.

—¡¿Cómo cojones voy a dejarlo?! —estalló y se puso en pie, con toda su envergadura—. Me ha confesado que lo hizo. Y si no hubieras sido tan gilipollas y hubieras mandado a analizar el coche como te dije, tendrías pruebas de todo lo que digo.

—No mates al mensajero. —Trató de apaciguarle Silva, al tiempo que hacía un gesto para tranquilizar al camarero, que lo miraba desde el otro lado de la barra con

los ojos prácticamente fuera de sus órbitas.

Manuel sabía que seguir replicando no iba a cambiar las cosas, pero no podía evitar culpar a su compañero por dejar escapar al asesino de aquella chica. La frustración horadó su pecho y le hizo experimentar un sentimiento de impotencia que hacía mucho que no padecía.

El sonido de una nueva llamada interrumpió el hilo de sus pensamientos y, antes de que pudiera sacar el teléfono, Silva se le adelantó.

—Probablemente será Tejada —anunció con desgana—. Lleva toda la tarde tratando de localizarte, ya puedes imaginar por qué.

—Perro asqueroso —murmuró Manuel, sin saber muy bien hacia quién iba dirigida aquella pulla, pero Silva debió de darse por aludido, ya que se volvió hacia él y le taladró con una mirada que parecía honesta.

—Te juro que no he pronunciado tu nombre, ni siquiera cuando el comisario me ha preguntado directamente. —Hizo una pausa, eligiendo con cuidado las palabras—. No me arrastres en tu caída.

Manuel saboreó aquella última frase y le supo a realidad, a sentido común. Sin decir nada, dejó el teléfono sonar y salió del *pub*, dejando a Silva en la barra con la vista al frente. Como si no hubiera pasado nada.

CAPÍTULO 23

*Comisaría Provincial de Cádiz
Lunes, 17:45 horas*

Manuel tomó asiento sin esperar a que le dieran permiso para hacerlo y el comisario cerró la puerta a su espalda, rodeó su escritorio y se sentó al otro lado. Tras examinarle durante algunos segundos, comenzó a hablar empleando un tono cauteloso, conteniendo visiblemente las ganas de ponerse a gritar.

—La última vez que hablamos te advertí que no metieras las narices en esta investigación y te dije lo que pasaría si no me hacías caso.

—Con todos mis respetos... —comenzó a decir.

—¿Respeto? ¡Y una mierda! —rugió Tejada y acompañó la frase con un sonoro manotazo en la mesa—. ¿De qué respeto hablas? Has puesto en peligro la investigación, has desoído mis órdenes y, por si fuera poco, tengo la descripción de un tipo sospechosamente parecido a ti que le ha robado el coche nada menos que al hijo del empresario Adolfo Murillo. ¿A eso lo llamas tú respeto?

—No me toque los cojones, que no soy imbécil —le espetó—. ¿Quiere que le cuente lo que he averiguado o no?

El comisario le miró con los ojos muy abiertos, pero Manuel no se inmutó. Si había creído que iba a impresionarle con gritos y manotazos, estaba muy equivocado. Tal vez aquellos golpes de efecto impresionasen a policías menos experimentados como Silva, pero a él no le iban esos juegos.

—Adelante —dijo Tejada y se echó hacia atrás en su asiento con los brazos cruzados, poniéndose cómodo para escuchar su relato—, ilústrame, Bianquetti. Cuéntame qué te hace pensar que el hijo de Adolfo Murillo tiene algo que ver con la muerte de esa chica.

Manuel ordenó sus ideas un instante antes de comenzar a hacerle un resumen de sus pesquisas. Habló durante unos quince minutos y, mientras lo hacía, buscó en el rostro de su interlocutor algún atisbo de sorpresa o incredulidad, pero no lo halló. Le contó su conversación con los amigos de Clara y Fredy, la comprobación de las cámaras de seguridad de la empresa tabacalera, la búsqueda de otras chicas que hubieran sufrido ataques similares y el relato de Carmen Casares sobre su agresión, pero eludió la referencia al robo del todoterreno, sabiendo que confesarlo sería firmar su expulsión inmediata e innegociable del cuerpo. Lo resumió alegando que se había limitado a informar a Silva de sus averiguaciones y que ignoraba cómo había conseguido este dar con el coche de Lucas Murillo.

Tejada le observaba con aspecto de no creerse ni una palabra de lo que estaba

oyendo y, cuando Manuel terminó de hablar, juntó las manos sobre la mesa y las miró fijamente, como si haciendo eso pudiera seguir mejor el hilo de lo que iba a soltar. «Tiene manos de anciano», pensó Manuel, sin saber muy bien por qué.

—A ver si lo he entendido —comenzó a decir—. Aseguras que hay una chica que fue violada por el mismo tipo que mató a Clara Vidal. Después, que hay una cámara de seguridad que grabó algo parecido a un todoterreno abandonando el lugar del crimen. —En aquel punto levantó el rostro y miró a Manuel con los ojos medio cerrados, haciéndose el despistado—. ¿Y dices que todo eso te ha llevado a la conclusión de que el hijo de Adolfo Murillo es el asesino?

Manuel guardó silencio y le sostuvo la mirada. Solo un idiota haría semejante lectura de todo lo que había contado, pero comenzaba a pensar que el tipo que tenía delante era precisamente eso: un idiota en un puesto que le venía muy muy grande.

—O eres un lince o es que todo esto, en realidad, te importa una mierda.

Hizo una pausa para darle la oportunidad de responder, pero al ver que no lo hacía continuó:

—Dime una cosa: ¿tienes idea de quién es Adolfo Murillo? —En lugar de esperar a que contestase, Tejada siguió hablando—. Para no extenderme demasiado, abreviaré: Adolfo Murillo es un tipo con el que no hay que meterse. Es un ciudadano respetable y es de esperar que su hijo también lo sea. Me cuesta creer que un muchacho de su posición dedique sus ratos libres a violar a chicas sudamericanas. ¿Tú lo crees?

—A la vista está —respondió—. Si quiere pruebas, solo tiene que pedir una orden para examinar su todoterreno.

—No voy a pedir ninguna orden —sentenció—. ¿Y sabes por qué? Porque el señor Murillo ha amenazado con denunciarnos si volvemos a acercarnos a su hijo. De hecho, tienes suerte de que haya decidido no denunciar el robo del todoterreno.

—Si no lo denuncia, es, precisamente, porque no le interesa llamar la atención. ¿Es que no se da cuenta?

Tejada apretó los dientes y en sus ojos apareció un brillo diferente, peligroso. «Cuidado», decía aquella mirada. Guardó silencio unos instantes y cuando habló lo hizo en un tono algo más apagado, como si hubiera envejecido diez años desde el inicio de la conversación.

—Mira, Bianquetti, voy a ser sincero contigo. Solo me quedan un par de meses para jubilarme y no pensaba llevarme a nadie por delante durante el tiempo que me queda en el cargo. A lo largo de este último año has ido por libre, has hecho lo que te ha dado la gana y te habrás dado cuenta de que te he dejado estar, pero esta vez has ido demasiado lejos. Estás fuera de control.

—¿Fuera de control?! —exclamó al tiempo que se ponía en pie como un resorte—. ¿Por qué no se olvida de mí de una puta vez y se centra en lo que tiene ante sus narices?

—Con tus antecedentes, sabes lo que significaría un nuevo expediente

disciplinario, ¿verdad?

Manuel se quedó pasmado, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Aquella breve referencia a su pasado le pareció una artimaña sucia y fuera de lugar, algo que nunca habría esperado de alguien como Tejada.

—Hay un inocente durmiendo en los calabozos —insistió— y el asesino de Clara Vidal sigue libre. ¿Cómo demonios puede estar tan tranquilo?

El comisario, lejos de amedrentarse, se puso en pie lentamente y le dedicó una mirada envenenada.

—Se acabó, ya estoy hartó —resolvió—. No eres nadie para decirme cómo debo hacer mi trabajo. Voy a levantar acta de esta conversación, así que date por relegado de tus funciones. Vete a casa y, por lo que más quieras, mantente alejado de los Murillo.

Manuel apretó los puños y sintió la imperiosa necesidad de golpear algo. Tejada pareció intuir lo que se le pasaba por la cabeza y le sostuvo la mirada, desafiante.

—Váyase a la mierda —sentenció Manuel.

Dio media vuelta y abandonó el despacho antes de que el comisario tuviera oportunidad de responderle. Cerró de un portazo y rezó para no cruzarse con ninguno de sus compañeros mientras abandonaba el edificio. No se veía con ánimos para aguantar más gilipollices de nadie.

CAPÍTULO 24

Domicilio de Manuel Bianquetti, Cádiz
Sábado, 19:00 horas

Manuel sacó del frigorífico la quinta lata del *pack* de seis cervezas que había comprado de vuelta a casa. Dio un trago, regresó al sofá arrastrando los pies y se sentó con los ojos cerrados, tratando en vano de dejar la mente en blanco. Por más que se repetía una y otra vez que había hecho lo que había podido, no lograba desprenderse de una frustrante sensación de fracaso. Le resultaba desolador conocer la identidad del asesino de Clara Vidal y no poder hacer nada para detenerle, y no recordaba haberse visto nunca en una situación parecida.

La imagen de Lucas Murillo sonriéndole como el degenerado que era volvió a asaltarle, obligándole a abrir los ojos de golpe, y trató de borrar el recuerdo con otro trago de cerveza mientras echaba un vistazo a su alrededor. Al piso en el que vivía desde que le habían destinado a Cádiz apenas se le podía llamar así y era más bien una suerte de estudio con cuatro muebles, un sofá y una cocina minúscula empotrada en una esquina del salón. No se había molestado en buscar un apartamento más confortable o más amplio, ya que desde que llegó a aquella ciudad solía pasar todo el día en la calle y no creía necesitar más que un sitio donde asearse y dormir. En ese sentido, aquel económico estudio cubría de sobra sus necesidades.

El paquete de tabaco que también había comprado en el trayecto de vuelta a casa yacía sobre la mesa, arrugado y vacío. Tosió para tratar de aclararse la garganta, irritada por la cantidad de cigarrillos que había consumido en tan solo unas horas. Sabía que pasar la tarde en casa bebiendo y fumando no era la solución a sus problemas, aunque en aquel momento no se le ocurría nada mejor que hacer.

A través de su teléfono móvil introdujo el nombre de Adolfo Murillo en el buscador y pulsó la opción de «buscar imágenes». La sucesión de fotografías que aparecieron del insigne empresario le mostraron a un tipo de unos cincuenta años bien llevados, con el pelo oscuro veteado por algunas canas y peinado hacia atrás con mucha gomina, a lo Mario Conde. No advirtió un parecido asombroso con su hijo Lucas, ni mucho menos, más allá del aspecto atildado y prepotente que ambos compartían.

Mientras miraba las fotografías el teléfono comenzó a vibrar en su mano. No conocía el número de quien le estaba llamando y estuvo a punto de no contestar, pero en el último momento se le ocurrió que tal vez aquella llamada tuviera algo que ver con la investigación. Cabía la posibilidad de que alguna de las chicas con las que había hablado aquella mañana se lo hubiera pensado mejor y hubiera decidido

ayudarle a detener a aquel hijo de puta. Eso le hizo decidirse a aceptar la llamada.

—Dígame —respondió, y se sorprendió de lo turbia que sonaba su voz, fruto de la cantidad de cerveza ingerida.

—¿Bianquetti? Roque al aparato. —Manuel tuvo que hacer un esfuerzo para ubicar aquel nombre y tardó algunos segundos en comprender de quién se trataba.

—Dime —contestó, tratando de economizar sus frases para que el periodista no le notase la borrachera.

—¿Es verdad que estáis investigando a Lucas, el hijo de Adolfo Murillo?

—Te agradezco el interés, pero no voy a hacer ninguna declaración.

Manuel ignoraba cómo había obtenido el periodista esa información, pero intuyó que tampoco había logrado ningún testimonio relevante en comisaría, por lo que aquella llamada debía de ser un intento desesperado por conseguir un titular.

—Me hago cargo. De todas formas, era de esperar. Lucas siempre ha sido muy problemático.

—¿Problemático? —se extrañó.

—Se ha metido en unos cuantos follones, aunque su padre se ha encargado de que nunca saliera nada a la luz. Es un tipo muy convincente...

Manuel dedujo que el periodista estaba tratando de ganarse su confianza. *Yo te doy algo, tú me das algo*. No obstante, tenía que reconocer que aquella información resultaba bastante interesante.

—¿Qué clase de follones?

—Peleas, algún que otro trapicheo... Nada serio en realidad, pero era cuestión de tiempo que terminara metiéndose en un lío.

En su precipitación, Manuel había olvidado consultar en la base de datos si Lucas Murillo tenía antecedentes, aunque no creía que Roque fuera a engañarle a ese respecto.

—Dime una cosa: ¿de verdad crees que está relacionado con la muerte de esa chica? —Manuel no contestó, aunque sabía que su silencio era lo bastante elocuente como para que el periodista sacase sus propias conclusiones. Al no obtener respuesta, este continuó hablando—. Le viene de familia, ¿sabes? Al padre también le gusta zurrar a las mujeres. Por eso se ha divorciado dos veces.

Esta afirmación le hizo reflexionar. De repente se le ocurrió que tal vez no fuera tan mala idea darle un poco de cuerda. Si la prensa informaba sobre aquel asunto, tal vez la opinión pública ejerciera suficiente presión como para obligar al comisario a tomárselo en serio.

—¿Sabes lo que te digo? —sentenció Manuel—. Que puedes publicarlo, con letras bien grandes. Estamos investigando a Lucas Murillo por la violación y asesinato de Clara Vidal.

—¿Estás seguro? —preguntó Roque.

—Completamente.

—Me imagino que no querrás que te cite como fuente.

—Imaginas bien. Prefiero el anonimato.

—Dalo por hecho, entonces.

Yo te doy algo, tú me das algo. Manuel cortó la comunicación y apuró la cerveza mientras constataba que después de hablar con el periodista se sentía mucho mejor que antes. No había nada que cabreara más a los jefazos que el hecho de que la prensa metiera las narices y les pidiera cuentas sobre sus actos. Esto iba a incomodar al comisario y, sobre todo, a ese empresario que se creía por encima de la ley.

Se preguntó por enésima vez en lo que llevaba de tarde qué habría llevado a Adolfo Murillo a elegir el seudónimo de Jaime Pellicer para hacerse pasar por abogado y comprar el silencio de aquellas chicas. ¿Acaso ignoraba que era el nombre del anterior propietario de su empresa y lo había elegido porque le sonaba vagamente? ¿O es que confiaba en que nadie fuera a percatarse de esta coincidencia?

Un sonido gutural procedente de su estómago le sacó de sus ensoñaciones para recordarle que no había comido nada en todo el día y, animado tras la charla con Roque, decidió que sería buena idea salir a dar una vuelta y picar algo.

Además, debía coger fuerzas. Las cosas se iban a poner muy interesantes.

CAPÍTULO 25

*Barriada de La Paz, Cádiz
Sábado, 19:50 horas*

Estacionó el Kadett en la avenida de la Bahía y caminó hasta Los 12 Hijos de Juan, un popular quiosco de pequeñas dimensiones ubicado en plena acera con varias mesas a su alrededor en las que se podía comer sentado o de pie. A Manuel le encantaba aquel sitio especializado en pescaíto frito, con su aspecto destartelado y provisional, e iba cada vez que tenía ocasión. Cuando había mucha gente pedía que le envolvieran la comida en papel de estraza y se la llevaba al coche, pero en aquel momento apenas había clientela, pues era demasiado tarde para almorzar y demasiado temprano para cenar. «El momento perfecto», pensó.

Se posicionó en una de las mesas altas que había en el lateral del establecimiento, a salvo de miradas indiscretas, y pidió una cerveza y un surtido de frituras. Hacía una noche más cálida de lo habitual y resultaba agradable estar al raso, incluso con el abrigo puesto. Mientras esperaba a que le sirvieran se entretuvo observando al resto de clientes, que en aquel momento eran una pareja de ancianos, una familia con varios niños correteando a su alrededor y una pandilla de chavales de unos quince o dieciséis años cuya mesa estaba atestada de vasos y platos vacíos.

Cuando se aburrió de observar a la clientela, se dedicó a contemplar los coches que transitaban por la zona. Un Fiat de color azul eléctrico llamó su atención, ya que circulaba de forma lenta mientras el conductor miraba alternativamente a un lado y a otro, tal que si anduviera en pos de alguien, aunque Manuel pensó que lo más probable era que estuviese buscando aparcamiento. A los pocos segundos lo vio acelerar a fondo y perderse hacia el final de la calle, como si ya no tuviera ningún interés por estacionar allí.

En aquel momento llegó su ración y decidió olvidarse del coche y disfrutar de la comida. El surtido incluía boquerones, cazón en adobo, chocos, puntillitas y chipirones, todo rebozado y en suficiente cantidad como para alimentar a un regimiento. Al no haber probado bocado en todo el día, su estómago agradeció la llegada de toda aquella fritanga como si de un manjar divino se tratase.

Cuando acabó, tenía los dedos tan pringosos que tuvo que vaciar medio servilletero antes de darse por satisfecho. Tras pagar la cuenta, encendió un cigarrillo y comenzó a caminar en dirección al coche dando un paseo. Con el estómago lleno sentía, además, la cabeza más despejada. Recordó una vez más la conversación con Roque y disfrutó al imaginar la cara que se le quedaría a Tejada cuando viera los titulares al día siguiente. No le costaría mucho adivinar quién estaba detrás de

aquello, pero no tendría manera de demostrarlo.

La promesa de abrirle un expediente disciplinario llevaba toda la tarde rondándole por la cabeza. Aquella referencia a su pasado le había desarmado de todos sus argumentos, haciéndole sentirse como un perro al que hubieran dado un fuerte e inesperado tirón de la correa que le sujetaba, acabando con sus sueños de libertad. No estaba dispuesto a aguantar otra humillación como esa y preferiría entregar la placa antes que verse limitado por culpa de sus errores del pasado.

Montó en el Kadett y echó a rodar sin rumbo. El cielo estaba limpio de nubes y lucía una luna en cuarto menguante tan fina que parecía como si algún dios hubiera estado mordisqueándose las uñas y la hubiera escupido allí mismo. A lo largo del paseo que discurría junto a la bahía permanecían apostados docenas de pescadores de todas las edades que aprovechaban la tregua invernal para disfrutar de su afición preferida, bien pertrechados con neveras de playa atiborradas de cerveza y refrescos con los que hacer los lances más llevaderos.

Miró por el retrovisor y observó un Fiat de color azul eléctrico detrás de él, posiblemente el mismo que había visto pasar junto al chiringuito media hora antes. Aquel segundo encuentro le hizo ponerse en guardia y redujo la velocidad con objeto de distinguir a sus ocupantes. No le pareció ver nada familiar en sus rasgos y se preguntó si no se estaría volviendo paranoico. ¿Por qué iba a seguirle nadie? ¿Acaso el todopoderoso Adolfo Murillo había contratado a algún matón para que le diera un escarmiento?

La idea le pareció surrealista, aunque memorizó de forma instintiva la matrícula para verificarla en cuanto tuviera ocasión. Cuando llegó a la rotonda que había al final de la avenida, dio una vuelta completa para comprobar si el tipo del Fiat le imitaba, pero le vio tomar la salida que lo alejaba en dirección al barrio de Puntales.

Exhaló un suspiro de alivio mientras se reprendía mentalmente por su nerviosismo. ¿Cómo podía haberse vuelto tan desconfiado? Además, Adolfo Murillo no necesitaba enviar a ningún sicario para darle un correctivo y que se olvidase de su hijo. El propio Tejada se había encargado de pararle los pies sin necesidad de ensuciarse las manos.

Salió a la avenida Ramón de Carranza y puso rumbo a las afueras de la ciudad. Necesitaba despejarse, conducir hasta algún lugar tranquilo en el que pudiera pensar con tranquilidad y poner en orden sus ideas. Si no se relajaba, terminaría dándole un puñetazo a Tejada la próxima vez que le viera. Y no es que no le apeteciera hacerlo, pero no creía que fuera la solución a sus problemas, sino más bien todo lo contrario.

CAPÍTULO 26

Club Dimas, Jerez de la Frontera
Sábado, 21:30 horas

Tras una hora al volante sin ningún lugar adonde ir, Manuel vio el cartel que anunciaba el Club Dimas con una caligrafía enorme iluminada con neones rojos y violetas. Le gustaba visitar de forma ocasional burdeles como aquel, lugares tranquilos y solitarios en los que disfrutar de una cerveza con la garantía de que nadie se fijaría en él. Además, los bares de alterne eran de los pocos lugares que escapaban a la infame ley antitabaco. Le parecería una broma de mal gusto que alguien le reprendiera por fumar en un sitio donde se practicaba la prostitución.

Tomó la salida que llevaba al Club Dimas y estacionó en el amplio aparcamiento que había frente al mismo. Solo había otros cinco coches y dedujo que no debía de estar demasiado concurrido, sobre todo teniendo en cuenta las dimensiones del local, que desde fuera parecía enorme, aunque parte del mismo estaría destinado a las habitaciones donde las chicas se dedicaban a hacer realidad los deseos de los clientes que pudieran y quisieran permitírselo.

Antes de salir sacó su Magnum .357 y lo guardó en la guantera. Sabía que ir armado en un lugar como aquel podía provocarle más problemas de los que le solucionaría, ya que en el caso de que algún matón apostado tras la puerta insistiera en cachearle antes de dejarle entrar tendría que darle explicaciones e identificarse como agente de la ley, algo que no le interesaba en absoluto.

Salió del Kadett, atravesó el aparcamiento mientras encendía un nuevo cigarrillo y entró en el club sin mirar atrás, dispuesto a relajarse durante un rato frente a una buena cerveza.

No llegó a ver el Fiat de color azul eléctrico que entró en el aparcamiento a los pocos minutos de su llegada ni los otros dos coches que lo acompañaban y que llevaban dos horas turnándose para seguirle.

LA JUSTICIA DE LOS HOMBRES

CAPÍTULO 27

*Club Dimas, Jerez de la Frontera
Sábado, 22:15 horas*

Manuel notó el suelo de grava del aparcamiento clavarle en su espalda como si estuviera tapizado de agujas mientras contenía las ganas de devolver cada puñetazo que aquellos dos miserables le lanzaban.

No pasó por alto que, a cada segundo que transcurría, sus asaltantes se volvían más lentos, merced al cansancio que debía de estar agarrotando sus brazos. Por eso, cuando uno de ellos dejó de golpear y se puso en pie, supo que había llegado su oportunidad.

Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar vio al jambo echar la pierna hacia atrás, tomar una pequeña carrerilla y lanzarle una patada que impactó contra su sien con la misma fuerza que si hubiera pateado un balón de *rugby*. Manuel apretó los dientes, tratando de ignorar el dolor, y antes de que aquel aspirante a futbolista pudiera repetir el movimiento alzó una de sus manazas y lo cogió por la rodilla. Clavó los dedos en la pantorrilla y apretó con todas sus fuerzas, machacando tendones y ligamentos y provocando que soltase un alarido ensordecedor y cayera derribado a su lado, mientras se revolvía y golpeaba la mano que seguía aferrada a su pierna con furia. «Este no vuelve a caminar recto en una temporada», resolvió.

El compinche seguía sentado sobre su pecho y debió de intuir que acababa de quedarse solo ante el peligro, por lo que mientras su compañero se revolcaba por el suelo tratando de librarse de la tenaza de Manuel, que seguía apretando como si le fuera la vida en ello, multiplicó sus esfuerzos y sus puñetazos se volvieron más fuertes, más rápidos e infinitamente más contundentes.

Con la cabeza dándole vueltas y la sien palpitándole a punto de estallar, Manuel decidió que ya le había dado suficiente cancha. En un movimiento que lo pilló desprevenido alzó la mano con la que se estaba cubriendo el rostro y buscó con los dedos un lugar en el que aferrarse. Encontró una oreja y la retorció sin miramientos, haciendo que su agresor empezara a proferir agudos chillidos y dejara de golpear para sujetarle el brazo y tratar de liberarse de su agarre.

Era lo que Manuel estaba buscando y, tras soltar la pantorrilla del otro individuo, cerró el puño y lo lanzó. El brazo describió un arco de noventa grados hasta impactar en la mejilla del tipo que tenía encima con un sonido sordo. Notó el pómulo temblar bajo la piel y los quejidos cesaron en el acto cuando el asaltante cayó inerte sobre él.

Manuel se lo quitó de encima de un empujón y se incorporó a medias al tiempo que comprobaba que algunos clientes del burdel habían salido a ver el espectáculo,

aunque ninguno se había atrevido a intervenir; pero no les culpó por ello. Terminó de ponerse en pie y, mientras caminaba renqueante hacia el Kadett, repasó el desenlace de la trifulca: un tipo inconsciente dentro del club, dos más fuera y otro que se alejaba a gatas arrastrando una pierna inservible era un balance bastante positivo teniendo en cuenta las desfavorables condiciones en las que había comenzado la pelea, y estuvo a punto de perseguir al único que seguía consciente y obligarle a confesar quién les había mandado a por él, aunque podía intuirlo sin demasiado esfuerzo. Estaba en la dirección correcta, no le cabía la menor duda, por lo que decidió dejarlo estar y largarse antes de que apareciese la policía alertada por alguno de los clientes del club y tuviera que ponerse a dar explicaciones de lo que estaba haciendo allí. A efectos prácticos, había un montón de testigos que asegurarían que él había comenzado la pelea y no tenía manera de demostrar que aquellos tipos llevaban un buen rato siguiéndole.

Estaba jodido, pensó. Para variar.

* * *

Enfiló la salida del aparcamiento con un derrape que provocó una lluvia de polvo y grava en todas direcciones y antes de marcharse echó una mirada instintiva al Fiat de su asaltante y comprobó la matrícula por pura rutina.

A medida que se alejaba comenzó a ser consciente de los rescoldos del asalto. Le dolían las manos y apenas podía mover los dedos sin provocar agudos pinchazos en las articulaciones que le hacían torcer el gesto y maldecir el momento en el que los usó para detener los golpes de sus agresores. La cabeza le dolía como si le hubieran pasado por encima las diez ruedas de un tráiler y cada vez que cerraba los ojos notaba el dolor sordo en la sien provocado por la última patada que le había propinado aquel imbécil.

Se introdujo un dedo entre los labios y los dientes y lo sacó lleno de sangre, por lo que bajó la ventanilla y escupió a la noche con fuerza. La mano derecha cada vez le palpitaba con más fuerza y le pareció que se estaba hinchando, lo que le hizo intuir algún hueso roto. Estuvo tentado de estacionar a un lado de la carretera para echarse a dormir, pero, le gustase o no, tenía que verle un médico.

Mientras se afanaba en tomar una decisión, vio el cartel que anunciaba el desvío hacia el hospital de Puerto Real y lo tomó como una señal.

CAPÍTULO 28

Hospital Universitario de Puerto Real
Domingo, 1:00 horas

En los dos meses que llevaba trabajando en el hospital, Cristina había descubierto que no había nada más ajetreado ni más estresante que el último turno de un servicio de Urgencias un sábado por la noche. A partir de cierta hora los pacientes comienzan a acumularse en la zona de recepción, muchos de ellos ebrios, y el simple hecho de conseguir un asiento libre se convierte en una odisea que a menudo desemboca en discusiones y peleas.

También había aprendido que la única manera de tratar con aquellos pacientes era armarse de paciencia e intentar ser lo más diplomática posible. Los casos más graves y urgentes eran los primeros en ser atendidos, mientras que el resto pasaban a la consulta en estricto orden de llegada teniendo que soportar una espera que en ocasiones era de hasta dos horas. Como era previsible, cada nuevo paciente que llegaba consideraba que su problema era el más grave y algunos no dudaban en fingir, exagerar e incluso amenazar a los celadores y auxiliares con tal de adelantar algunos puestos en el orden de llamada.

Su turno prácticamente acababa de empezar, pero ya había tenido que discutir con varios usuarios que la increparon por ignorar sus súplicas y hacerles permanecer en aquella incómoda sala de espera. Tenía que reconocer que las condiciones de aquel servicio de Urgencias rozaban lo precario y que el hacinamiento de tantas personas en una sala de espera pequeña y mal ventilada le parecía más propio de ciertas aldeas del tercer mundo que de un país supuestamente civilizado como España. Un pequeño altavoz anunciaba el nombre del siguiente paciente para pasar a consulta cada diez o quince minutos, momento en el que se convertía en el protagonista absoluto de la sala, con muchos pares de ojos cansados pendientes de él, ansiosos por escuchar sus nombres y poner fin a la espera.

Tres médicos de guardia era un número a todas luces insuficiente para cubrir las necesidades de un servicio de Urgencias un sábado, que era el día elegido por muchos para salir y divertirse. Además de verse obligados a atender a los que acudían con molestias comunes, los sábados aumentaban los accidentes de tráfico, las intoxicaciones etílicas y las contusiones originadas por altercados violentos. Los médicos no daban abasto y solían echar mano de los enfermeros y auxiliares de enfermería como Cristina para limpiar heridas, colocar puntos y otras tareas que, sin ser menos importantes, no requerían una titulación para ser llevadas a cabo.

Por tanto, a Cristina le esperaba un continuo ir y venir entre las consultas, la

recepción y la sala de espera. Una jornada de duro trabajo que no acabaría hasta el día siguiente a las once del mediodía. Durante las noches más tranquilas solía turnarse con sus compañeras para echar una cabezada en la sala de descanso, pero eso resultaba impensable en un turno como aquel, ya que se necesitaba a todo el personal disponible para lidiar con la ingente cantidad de pacientes que exigían a gritos ser atendidos.

—Hay una señora en la sala de espera —la detuvo una compañera en los pasillos — que me ha pedido un vaso de agua para tomarse su medicación. Se llama Consuelo. ¿Te importa llevárselo?

—No te preocupes, yo me encargo.

—Muchas gracias, chica. A mí me han llamado de la consulta dos, tengo que ayudar a enyesar la pierna a una muchacha. ¡Qué noche nos espera! —se lamentó mientras se alejaba.

Cristina fue a la sala de descanso, tomó un vaso de plástico y lo llenó en el dispensador de agua potable del que disponían para el personal del hospital. Después fue a la sala de espera y buscó entre los pacientes a aquella tal Consuelo. Muchos de los presentes levantaron la cabeza y le dirigieron miradas curiosas, esperanzados ante la posibilidad de que hubiera ido a buscar a alguno de ellos.

—¿Consuelo? —llamó, mirando a un lado y a otro.

Vio a una anciana levantar de forma débil la mano desde el otro lado de la sala y se encaminó hacia ella. A su paso se cruzó con rostros tristes, decepcionados, enfurecidos por la espera que la miraban con odio, probablemente responsabilizándola de verse en aquella situación. Cristina no podía evitar desviar la mirada e ignorar sus súplicas y lamentos. Todos serían atendidos antes o después y ella no podía hacer nada para acelerar el proceso.

—Muchas gracias, hija —agradeció la anciana cuando le tendió el vaso de agua, antes de hacer desaparecer en su boca una pequeña pastilla y beberse de un trago.

—Si necesita más, dígamelo —le ofreció, pero la mujer negó con la cabeza mientras la despedía con una sonrisa resignada.

En aquel momento reparó en el individuo de proporciones hercúleas y cuello de toro sentado algunos asientos más allá de donde se hallaba ella. Le calculó unos cuarenta y tantos años; dormitaba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared allí donde terminaba el asiento de plástico en el que estaba empotrado. Cristina reparó en las contusiones de su rostro, restos inconfundibles de golpes en la nariz y en los pómulos. Tenía además un feo corte en la frente que iba a necesitar puntos y uno de sus ojos estaba empezando a hincharse, pero fue la sangre seca que todavía manchaba sus labios lo que terminó de convencerla de que acababa de recibir una paliza.

De entre todos los pacientes que había en la sala de espera, resultaba comprensible que se hubiera fijado en aquel en particular, pensó Cristina. No solo sus dimensiones llamaban la atención de forma inmediata, sino que además era el único

paciente que presentaba un aspecto verdaderamente lamentable. Llevaba la ropa sucia y desgarrada en algunos puntos y el brazo derecho introducido en el bolsillo interior del abrigo, como si estuviera a punto de sacar algo, aunque intuyó que se trataba más bien de un improvisado cabestrillo.

Los asientos que tenía a ambos lados estaban sin ocupar, algo inaudito en una sala de espera en la que escaseaban los lugares donde sentarse, y tuvo la sensación de que el resto de usuarios evitaba a toda costa permanecer cerca de él.

El altavoz de la sala de espera pronunció el nombre del siguiente paciente en pasar a la consulta y Cristina vio a aquel hombre abrir los ojos y echar un vistazo a su alrededor, como si tuviera curiosidad por saber quién era el afortunado. Sus miradas se encontraron y el desconocido la examinó durante algunos segundos antes de volver a cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra la pared.

Cristina abandonó la sala de espera, pero al pasar junto a aquel tipo notó cómo volvía a abrir los ojos con disimulo y le dedicaba una mirada valorativa. Fingió ignorar su examen y fue directamente al cubículo que hacía las veces de recepción, donde encontró a una compañera lidiando a través de la ventanilla con una pareja que la increpaba porque, según ellos, llevaban más de una hora esperando a ser atendidos.

—Siéntense y les llamaremos en un ratito —los despachó antes de volverse hacia ella y hablarle en voz baja—. Qué cruz, hija. Como si yo tuviera la culpa de que no haya más médicos de servicio.

—Oye, hay un tipo en la sala de espera que parece haber recibido una paliza. ¿Sabes quién te digo?

—¿Uno grandote, con cara de enterrador y aspecto de jugador de baloncesto? —Cristina asintió—. Ni me lo nombres. He tenido que insistirle para que me dejase ver su DNI, como si no quisiera que supiera su identidad o algo así.

—¿Y qué le ha pasado?

—Me ha contado que han intentado atracarle, aunque me cuesta creerlo. No creo que nadie en su sano juicio se haya atrevido a atracar a un tipo con una pinta tan terrorífica —afirmó antes de dedicarle una mirada extrañada—. ¿A qué viene ese interés?

—Me ha parecido raro, eso es todo —respondió—. Que esté solo, digo. Normalmente, cuando alguien sufre una paliza suele llamar a algún familiar o a un amigo para que le acompañe al hospital.

—Es un tipo muy raro. Ya te he dicho que no quería decirme ni su nombre.

Le tendió el formulario donde anotaban los datos de los pacientes que iban llegando y señaló la entrada que correspondía a aquel en concreto. «M. Bianquetti», leyó, escrito con trazos finos y apresurados.

—Estamos a tope, así que todavía le queda un buen rato antes de ser atendido —sentenció su compañera y se volvió otra vez hacia la ventanilla, donde un nuevo paciente requería su atención, olvidándose de ella.

Cristina abandonó la recepción y fue a la sala de curas sin dejar de pensar en

aquel hombre. Su aspecto solitario y castigado le había resultado dolorosamente familiar. Ella también había tenido que ir sola al hospital en muchas ocasiones y también se había negado a explicar a los médicos el verdadero origen de sus heridas por temor a lo que pudieran pensar.

Tal vez cualquier otro día no se habría fijado en él, pero aquella noche en particular, con la noticia de la excarcelación de Eugenio todavía reciente, le resultaba imposible no sentir cierta sensación de *déjà vu*.

En la sala de curas había varios compañeros limpiando heridas, demasiado ocupados para reparar siquiera en su presencia. Cristina tomó varias gasas, las empapó en suero fisiológico y salió de la habitación segura de que nadie la había visto entrar ni salir.

Regresó a la sala de espera, donde recibió de nuevo las miradas suplicantes de una veintena de personas, y caminó hasta situarse frente a aquel tipo solitario, que, esta vez sí, abrió los ojos y la observó sin disimulo.

—Tenga —dijo tendiéndole las gasas—. Puede limpiarse las heridas mientras espera su turno.

De no haber habido tanta gente, ella misma le habría limpiado la sangre seca del rostro, pero sabía que hacerlo en aquel momento era una irregularidad manifiesta y una discriminación hacia el resto de usuarios. El hombre dudó un momento antes de aceptar las gasas y comenzó a pasarlas con mucho cuidado por su rostro y sus labios mientras le agradecía el gesto con una leve sonrisa. «Yo también sé lo que es estar sola», estuvo a punto de decirle, pero se contuvo a tiempo y, tras dar media vuelta, abandonó la sala de espera.

Notó su mirada clavada en la espalda mientras caminaba hacia la recepción, pero fingió no darse cuenta. Proporcionarle un par de gasas húmedas era un gesto mínimo, tal vez no demasiado significativo, pero se sentía bien por haberlo hecho. Se daba por satisfecha con pensar que aquel detalle haría que el desconocido se sintiera un poco mejor. Un poco menos solo.

La llegada de una ambulancia con las sirenas aullando a toda potencia la sacó de sus ensoñaciones y una compañera la informó de forma atropellada de la llegada de las víctimas de un accidente de tráfico. De repente todo fueron prisas, carreras y órdenes que debían ser cumplidas al momento para trasladar lo antes posible a aquellos pacientes al quirófano.

Para entonces Cristina ya había dejado de pensar en el tipo al que había conocido en la sala de espera.

Pero él no había dejado de pensar en ella.

CAPÍTULO 29

Hospital Universitario de Puerto Real
Domingo, 2:20 horas

Lo único positivo que tenía un turno tan ajetreado era que el tiempo pasaba volando. Cristina iba de un lado para otro cambiando vendajes, limpiando heridas y repartiendo analgésicos sin un instante para pensar en otra cosa que no fuera lo que estaba haciendo en cada momento, algo que le venía muy bien para olvidar los temores y las preocupaciones que la habían asediado durante los últimos días.

Se encontraba en la sala de curas, terminando de colocar unos puntos en la mano de un joven que decía haberse cortado con un vaso roto, cuando una compañera asomó la cabeza por la puerta.

—Hace falta alguien en la consulta tres —anunció, sin dirigirse a nadie en concreto, y volvió a desaparecer sin esperar a ver quién de los presentes se ofrecía voluntario.

—Ahora voy yo —dijo Cristina en voz alta para que la oyeran el resto de compañeros que en ese momento estaban en la sala, cada uno ocupado con un paciente. Parecían tan concentrados en su labor que ninguno respondió ni dio muestras de haberla oído.

Cuando terminó de colocar los puntos abandonó la sala de curas y tomó el pasillo que daba a las consultas, cada una identificada con una placa de latón en la puerta. Cuando llegó a la número tres, llamó suavemente con los nudillos y, al no oír respuesta, abrió y entró sin más.

El doctor se hallaba en aquel momento sentado tras su mesa, hablando con un paciente que le escuchaba desde el otro lado de la estancia, sentado en una camilla. Cristina se sorprendió al ver que se trataba del mismo tipo magullado al que había visto un rato antes en la sala de espera y este le dedicó una fugaz mirada de reconocimiento.

—En estos casos —estaba diciendo el médico, al que Cristina conocía vagamente de vista—, lo habitual es llamar a la policía para que vengan y le tomen declaración, por si quiere denunciar el asalto.

—Se lo agradezco, pero no será necesario.

Parecía muy tranquilo, como si tuviera las ideas muy claras a ese respecto. Cristina vio sobre la mesa del doctor unas radiografías que mostraban los huesos de una mano y miró las del hombre de forma instintiva. La derecha estaba hinchada y presentaba el color grana propio de las contusiones, como si la hubieran golpeado con fuerza o, más bien, como si hubiera golpeado algo. O a alguien.

—Comprenda que me resulte extraño que no quiera denunciar los hechos — insistió el doctor y a Cristina le pareció que estaba enfadado, puede que molesto por los modos de aquel paciente—. Es como si...

—Es usted médico —le cortó el otro hombre sin levantar la voz—. Haga su trabajo y no se meta en mis asuntos.

El médico le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de negar con la cabeza y hacer un gesto a Cristina, que seguía de pie junto a la puerta.

—Por favor, coloque unos puntos de aproximación en ese corte —señaló la frente del gigante— y una venda elástica para inmovilizar la mano.

Cristina tomó un taburete y se sentó frente al desconocido, pero la envergadura de este hacía imposible que pudiera realizar su trabajo desde aquella posición, por lo que finalmente se puso en pie, quedando sus ojos a la misma altura. Mientras limpiaba su frente y le colocaba unos puntos adhesivos en la herida, notó cómo el desconocido aprovechaba la cercanía para escrutarla sin disimulo.

—No se aprecia ninguna rotura en la mano —escuchó la voz del médico a su espalda—, pero sería conveniente volver a echarle un vistazo cuando baje la inflamación.

El hombre asintió como si diera por bueno el consejo, aunque algo en su actitud evidenciaba que no iba a hacerle ningún caso.

—Si no se cuida, tal vez tenga que ser intervenido quirúrgicamente —le advirtió el doctor, como si le hubiera leído el pensamiento.

Después de colocar los puntos, Cristina tomó la mano herida con cuidado y la sopesó entre las suyas. Jamás había sostenido una de aquel tamaño, casi el triple de una normal, y notó el calor que desprendía debido a la hinchazón. Observó que la peor parte se la había llevado la zona entre los dedos corazón y anular. Tenía suerte de no habérsela roto, pensó antes de coger una venda elástica y comenzar a inmovilizarle los dedos. Se esforzó en elaborar un vendaje firme pero no demasiado apretado para que no le cortase la circulación si la mano seguía inflamándose; el tamaño de aquella zarpa le hizo prever que iba a necesitar un rollo entero de venda.

—Tendrá que volver si el dolor persiste o se le acentúa —continuó el médico—. No podrá conducir con la mano así.

Al hombre se le escapó una sonrisa, como si no hubiera oído nada más gracioso en su vida, y Cristina se sorprendió sonriendo a su vez. Escuchó la silla del médico rechinar contra el suelo y, aunque desde su posición no podía verle, supo que se había puesto en pie.

—Voy a tomarme un descanso —anunció con un hastío impropio de su profesión que dejaba patente lo harto que estaba de lidiar con aquel paciente que se tomaba sus consejos a risa.

Le oyó salir y cerrar la puerta a su espalda y durante algunos minutos trató de ignorar el exhaustivo examen visual al que la estaba sometiendo aquel desconocido, concentrada en el vendaje, pero al cabo de un momento la situación le pareció tan

ridícula que decidió decir algo para romper el hielo.

—¿Cómo se llama?

El hombre no respondió. Parecía envuelto en un aura de desconfianza hacia todos los que le rodeaban, como si tuviera por costumbre no confiar en nadie que no fuera él mismo. Cuando terminó con el vendaje, Cristina alzó la vista y examinó su rostro. Había hecho un buen trabajo al limpiarse las heridas y ya no tenía restos de sangre seca en sus labios. Los pómulos estaban algo menos hinchados que hacía un rato y las únicas marcas visibles de la paliza recibida eran el ojo morado y aquel pequeño corte en la frente.

—Intente mantener la mano en alto siempre que pueda. —Mientras hablaba cortó un nuevo trozo de venda y lo ató por los extremos. Después se lo pasó por la cabeza, lo que la hizo sentirse como aquellas indígenas que colocaban collares de flores a los recién llegados a sus dominios—. Así bajará la inflamación.

Cogió la mano herida con cuidado y la pasó por la venda, dejándola en cabestrillo. En aquel momento el gigante le pareció dócil como un crío, desamparado mientras la dejaba hacer. Nada que ver con la actitud recelosa y altiva con la que había obsequiado al médico.

—Vuelva si necesita que le cambiemos el vendaje —sentenció.

Cristina se puso en pie, guardó las tijeras y el material sobrante en el armario y se dirigió hacia la puerta. El hombre permaneció sentado, mirándola en silencio, como si estuviera esperando que añadiese algo más o le diera permiso para levantarse.

—Me llamo Manuel.

Aquella afirmación la hizo detenerse en seco. Giró la cabeza y por un momento su expresión le recordó a la de un cachorro que espera su recompensa tras haber hecho algo bien. Le gustó oír de sus labios el significado de la «M.» que constaba en el formulario de entrada del hospital, pero se quedó junto a la puerta sin saber muy bien qué decir.

Al cabo de unos segundos, al no hallar palabras con las que responder, le obsequió con una escueta sonrisa. Después se marchó, dejando la puerta abierta y al gigante con una mueca avergonzada en el rostro.

CAPÍTULO 30

Domicilio de Manuel Bianquetti, Cádiz
Domingo, 8:15 horas

Manuel despertó al día siguiente con la boca pastosa y la sensación de que le había pasado un autobús por encima. Se puso en pie trabajosamente con los músculos todavía entumecidos y examinó el vendaje de su mano para asegurarse de que estaba en buenas condiciones. Un vistazo al espejo del cuarto de baño le confirmó lo que ya temía: estaba hecho un asco. El moratón del ojo había adquirido una tonalidad negruzca y, aunque los pómulos parecían menos hinchados y las heridas en el labio iban cicatrizando a buen ritmo, el conjunto resultaba terrorífico.

Después de darse una ducha puso en marcha una cafetera y se afeitó con cuidado. Dado su estado, lo más aconsejable habría sido quedarse en casa y descansar, pero su orgullo no le permitía algo así. Tenía mucho trabajo por delante, se dijo, y nadie iba a hacerlo por él, por lo que se sirvió un café y comenzó el lento y laborioso proceso de vestirse intentando no usar la mano derecha. El abrigo había quedado hecho una pena después del revolcón por el suelo de grava del aparcamiento del Club Dimas, por lo que lo tiró a un rincón y se puso una cazadora de cuero pasada de moda que llevaba años sin utilizar. Negra, por supuesto.

Media hora más tarde estaba en comisaría. El paseo hasta allí le sentó bien y el dolor de sus músculos pareció remitir al contacto con el aire de la mañana. Al ser domingo el edificio estaba prácticamente vacío, algo muy oportuno para no cruzarse con ninguno de sus compañeros ni con el comisario. Los pocos agentes que estaban de servicio miraron sus heridas con incredulidad, pero por suerte ninguno le preguntó qué le había sucedido.

Subió al archivo y tomó asiento en la mesa que normalmente ocupaba Morgado, aprovechando que en aquel momento no estaba por allí. Marcó en el teléfono de sobremesa el número del cos de la Guardia Civil mientras rebuscaba en los cajones en busca de papel y bolígrafo.

—Guardia Civil —respondió una voz enlatada.

—Buenos días, soy el inspector Bianquetti, de la Policía Nacional. Necesito información sobre el propietario de un vehículo. ¿Le digo la matrícula?

—Dígame primero su número de agente, si es tan amable.

Manuel le dio su número de placa y a continuación la matrícula del Fiat que le había seguido hasta el Club Dimas.

—Está a nombre de un tal Emilio Calvino —dijo la voz—. ¿Se lo deletreo?

—No será necesario, gracias.

Manuel introdujo el nombre en la base de datos del ordenador y a los pocos segundos tuvo en pantalla la fotografía de uno de los tipos con los que se había cruzado en el Club Dimas. Como sospechaba, se trataba de un delincuente habitual, asiduo de los calabozos, y entre sus antecedentes figuraban algunos robos con violencia, vandalismo, venta de objetos robados, resistencia a la autoridad... Que una joya así siguiera en la calle demostraba hasta qué punto el sistema penal español necesitaba una profunda y seria reforma, pensó mientras anotaba su dirección.

Guardó el papel con la información en el bolsillo interior de la cazadora y cerró el buscador en el momento en el que Tejada asomaba la cabeza por la puerta. No recordaba haberle visto nunca por el archivo y por la forma en que le fulminó con la mirada, abriendo mucho los ojos como si no pudiera dar crédito, dedujo que le había estado buscando.

—Pero... ¿se puede saber qué te ha pasado?

Manuel guardó silencio mientras se preguntaba qué hacía Tejada allí. Que todo un comisario de policía fuera a trabajar en domingo le pareció algo inaudito, aunque tenía cuestiones más importantes de las que preocuparse en aquel momento.

—Un accidente, no se preocupe... —Trató de restarle importancia, pero el rostro de su superior, que parecía cada vez más sofocado, evidenciaba que no pensaba dejarlo estar así como así.

—¿Un accidente, dices? ¿Te chocaste contra los puños de alguien? —Manuel no respondió. Se limitó a sostenerle la mirada mientras esperaba a que le dijera qué demonios quería de él—. ¿Has leído *El Eco de Cádiz* esta mañana? —preguntó.

Manuel ató cabos y supo el motivo por el que había estado buscándole.

—La verdad es que no he tenido tiempo. ¿Dicen algo interesante?

—Hablan de Lucas Murillo. Dicen que es sospechoso del asesinato de Clara Vidal.

Manuel negó con la cabeza sin disimular una sonrisa.

—Qué cabrones. ¿Cómo se habrán enterado?

—¿Acaso te crees que esto es un juego?! —estalló el comisario—. Mis superiores y el juez que lleva el caso me han telefoneado esta mañana pidiéndome explicaciones de por qué no les he informado a este respecto. ¿Sabes cómo me he sentido?

—¿Qué le hace pensar que tengo algo que ver? —preguntó, en un tono que prácticamente era una confesión.

—Lárgate —sentenció, tan furioso que Manuel pudo ver cómo le temblaban los labios entre palabra y palabra—. Ya has tenido suficientes oportunidades. A partir de ahora estás solo.

—No se preocupe. Llevo mucho tiempo solo.

Tejada apretó los puños y sus ojos se convirtieron en dos rendijas oscuras llenas de odio. Manuel llegó a pensar que iba a darle un infarto allí mismo, pero, por suerte,

antes de que sucediera nada parecido dio media vuelta y abandonó la sala.

Una parte de él reconoció que había ido demasiado lejos. En otras circunstancias, jamás se le habría ocurrido dirigirse así a un superior. No obstante, prefería eso a quedarse mirando cómo el asesino de Clara seguía disfrutando de su libertad sin que nadie tuviera huevos de cruzarse en su camino. Porque Lucas Murillo era el asesino, de eso no le cabía la menor duda.

Se levantó pesadamente y cuando estaba a punto de salir del archivo se cruzó con Morgado, que venía con un café en la mano y le miró de hito en hito, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Cristo bendito. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—¿Se nota mucho?

El veterano negó con la cabeza y se acomodó tras su mesa. Manuel estuvo a punto de salir, pero en el último momento se lo pensó mejor y se acercó a su compañero, que parecía haberse desentendido ya de él.

—Muchas gracias por echarme una mano ayer.

—No hay de qué —murmuró y se mordió los labios como si fuera a añadir algo más. Al cabo de unos segundos se decidió—. Yo también tengo una hija, ¿sabes?

Aquella revelación pilló desprevenido a Manuel, que no supo qué decir. En realidad, no sabía nada de la vida de su compañero, aunque recordó haber oído alguna vez que llevaba años divorciado.

—No lo sabía —farfulló.

Morgado torció el gesto, lo que le hizo pensar que se estaba arrepintiendo de haberle hecho aquella confidencia, por lo que Manuel decidió cambiar de tema para no incomodarle aún más.

—Hablando de eso..., ¿sabes cómo va la investigación?

—Está en punto muerto —respondió encogiéndose de hombros, como si fuera lo más normal del mundo—. Andan todos muy nerviosos, sobre todo después de que un periódico haya anunciado hoy a bombo y platillo que estamos investigando a ese chico. —Le miró largamente durante un par de segundos antes de añadir—: Por aquí todos saben que ha sido cosa tuya.

Manuel asintió, sin confirmar ni desmentir nada, aunque imaginó que no hacía falta que lo hiciera. Morgado había dicho que todos *sabían* que había sido cosa suya, no que lo *creyesen*, y le gustó su franqueza. Hay ocasiones en las que la cautela y los paños calientes solo sirven para estorbar.

—Esta mañana temprano ha telefoneado el padre de la chica muerta para preguntar por qué nadie le ha informado de que teníamos un nuevo sospechoso y no me extrañaría que se presentara aquí más tarde.

—Silva debe de estar loco de alegría...

—Está dando palos de ciego —sentenció—. El chico al que han detenido no ha confesado nada aún y hace un rato se lo ha llevado a dar un paseo por el lugar en el que apareció el cadáver, a ver si allí se le ablandan las ideas y confiesa de una vez por

todas.

—No lo hará. No fue él.

Morgado volvió a encogerse de hombros, en un gesto que dio a entender que ese detalle carecía de la menor importancia. A Manuel le gustó el estilo de su compañero y algo le dijo que en el fondo no eran tan diferentes. Ignoraba hasta dónde estaría dispuesto a llegar para ayudarle, aunque no pensaba comprometerle más de lo necesario. Su carrera ya estaba lo bastante hundida como para encima implicar a nadie más en sus asuntos, pero tuvo la impresión de que, pese a su aspecto escéptico y despreocupado, Morgado haría cualquier cosa que le pidiese. La mención de aquella hija evidenciaba además que sentía cierta empatía con él, algo que no abundaba en el edificio. Todos allí sabían lo que había sucedido hacía un año en Madrid, el desafortunado incidente que le hizo recalar en aquel destino en contra de su voluntad, y algunos incluso se creían con derecho a juzgar la forma en la que actuó, lo que le ponía furioso, pero era la primera vez que alguien le insinuaba que estaba de su parte y que podía imaginar cómo se había sentido al ver a su hija humillada y maltratada a manos de un degenerado.

—No te molesto más —sentenció y el veterano murmuró una escueta despedida mientras encendía el ordenador y daba un sorbo a su vaso de cartón, como si ya se hubiera olvidado de él.

Manuel le dio la espalda y salió del archivo con andares firmes, desentendiéndose de su compañero mientras pensaba en los siguientes pasos que debía dar en su cruzada solitaria contra Lucas Murillo. El primero era encontrar a los animales que le habían dejado la cara más hinchada que la cuenta corriente de un concejal de Urbanismo, y para ello solo había un lugar al que podía ir. Fue al parque móvil a coger el Kadett y se puso en marcha.

CAPÍTULO 31

*Plaza de la Esperanza, El Puerto de Santa María
Domingo, 10:00 horas*

Estacionó el coche en los alrededores de la barriada de José Antonio y echó a andar con las manos en los bolsillos, tratando de ignorar el dolor que volvía a atenazarle la mano magullada. El efecto de los antiinflamatorios que le habían suministrado en Urgencias había empezado a remitir y, aunque le habría gustado encontrarse en plenas condiciones físicas para lo que estaba a punto de hacer, sabía que no podía esperar a estar recuperado del todo. Si lo hacía, el caso se enfriaría y las escasas pistas de las que disponía se diluirían con la misma rapidez que un terrón de azúcar en un café caliente.

Sacó del bolsillo el papel en el que había escrito la dirección de Emilio Calvino y comprobó que se hallaba en el lugar indicado. Sin embargo, en vez de ir directamente al domicilio de su agresor, decidió dar una vuelta para buscar el Fiat azul y asegurarse de que no se equivocaba de hombre.

Por lo que Manuel sabía, la barriada de José Antonio era uno de los lugares menos recomendables de El Puerto de Santa María y puede que de la provincia. La policía nunca se aventuraba en él si no era en grupos de cuatro o cinco agentes y escoltados por un par de patrulleros. A pesar de que aquel pequeño barrio estaba formado solo por cuatro calles, no era ningún secreto que la mayoría de los vecinos se dedicaban a la venta de droga y era habitual ver en sus esquinas a toxicómanos inyectándose la dosis a plena luz del día sin pudor alguno. Los servicios de limpieza tampoco osaban adentrarse en aquel territorio inhóspito salvo en contadas ocasiones y si la basura de las calles no les llegaba hasta las orejas era por el apetito de los cientos de ratas que cada noche salían a darse un festín.

En otras circunstancias Manuel no se habría acercado a aquel lugar de no haber contado con un destacamento de antidisturbios que le cubriese las espaldas. Sabía que los desconocidos no eran bien recibidos, pero también era consciente de que no tenía otra alternativa. Además, confiaba en que la mayor parte del vecindario estuviera durmiendo a esa hora de la mañana.

No tuvo que andar mucho para encontrar el coche que andaba buscando. El Fiat estaba estacionado en una de las calles adyacentes al barrio, entre un contenedor de basura y un desvencijado Ford Fiesta, y comprobó la matrícula por pura rutina. Que aquel fulano viviera en El Puerto de Santa María, al igual que Lucas y Adolfo Murillo, le pareció otra de aquellas coincidencias de las que era imposible no recelar. Estaba convencido de que habían contratado a aquellos matones para que le dieran un

escarmiento y, si lograba arrancarle una confesión al dueño del Fiat, tal vez tuviera algo que pudiera usar contra ellos.

Cuando estaba a punto de adentrarse en el barrio, su móvil comenzó a sonar. El número le resultó vagamente conocido y decidió contestar.

—Roque al aparato. —Escuchó la voz nasal del periodista al otro lado del teléfono—. ¿Cómo estás?

—Perfectamente, gracias —respondió Manuel, que comenzaba a arrepentirse de haber respondido.

—¿Estás seguro? He oído que anoche tuviste problemas y que hoy has aparecido por comisaría hecho una pena.

—¿Quién te ha contado semejante barbaridad?

—Ya sabes que nunca revelo mis fuentes, pero son de toda confianza.

Manuel guardó silencio, mientras pensaba qué contarle. Debía haber previsto que invitar a Roque a entrar en el juego implicaría tenerle pendiente de cada paso que diera. Su confidente podría ser cualquiera de los compañeros con los que se había cruzado aquella mañana y no valía la pena romperse la cabeza tratando de averiguar cuál.

—Lo que pasó anoche no tiene nada que ver con el asesinato de Clara Vidal —concluyó, a pesar de que sabía que no iba a tragárselo.

—Ya. —El periodista chasqueó los labios, como si aquella respuesta hiciera pedazos la idea que tenía de él—. Así que a las pocas horas de que alguien con tu descripción asaltara y robara el coche al hijo de Adolfo Murillo recibes una paliza. Y dices que no tiene nada que ver.

—Exacto.

—Entonces no me queda más remedio que indagar por mi cuenta.

—Buena suerte.

Cortó la llamada, malhumorado. Si pretendía actuar de manera discreta, tener a un periodista pegado al culo era lo último que necesitaba. Guardó el móvil y se internó en la barriada de José Antonio tratando de no pensar en ello.

Desde algún lugar impreciso entre las ventanas que había sobre él, un perro comenzó a ladrar de forma escandalosa, como si tratara de alertar a los vecinos de su presencia, pero Manuel siguió su camino, imperturbable. Nunca le habían dado miedo los perros y menos los de cuatro patas.

CAPÍTULO 32

*Oficinas de El Eco de Cádiz
Domingo, 10:10 horas*

Roque dejó el teléfono sobre el escritorio y se reclinó en su asiento, pensativo. Llevaba suficientes años al frente de la sección de sucesos como para saber cuándo algo olía a noticia. Su informador en comisaría le había contado que el inspector Manuel Bianquetti había acudido aquella mañana a trabajar con el rostro hinchado a puñetazos, una brecha en la frente y la mano vendada, y no había que ser muy listo para relacionar aquellas heridas y su encontronazo con Adolfo Murillo.

Abrió el cajón del escritorio en el que guardaba un paquete de Ducados, un encendedor de plástico y un cenicero. A pesar de que la reciente normativa prohibía fumar en todo el edificio, mientras aquel fuera su despacho seguiría rigiéndose por sus propias normas. No necesitaba que nadie le dijese cuándo o dónde podía fumar, pensó mientras encendía un cigarrillo.

El lamentable estado en el que aquel inspector de policía se había presentado a trabajar le obligó a contemplar la posibilidad de que hubiera recibido atención médica. Eso le hizo coger el teléfono y marcar el número de Ceballos, el único corresponsal del que disponía gracias a los recortes que la dirección del periódico había llevado a cabo durante el último año. «A este paso nos van a llevar a todos por delante», había pensado en más de una ocasión.

—Ceballos, ¿dónde andas? —dijo en cuanto descolgó.

—Cerca de la Diputación, esperando a que llegue...

—Deja eso y vete inmediatamente al Hospital Puerta del Mar —le interrumpió—. Averigua si anoche atendieron en Urgencias a un tipo llamado Manuel Bianquetti. Te enviaré su fotografía al móvil para que se la enseñes a los médicos, a ver si alguno lo recuerda.

—¿Y por qué...?

—Si te dicen que no, te vas a la Clínica del Olivillo y preguntas lo mismo. Y así en todos los hospitales y servicios de Urgencias que se te ocurran hasta que des con el sitio donde fue atendido ese tipo. ¿Conforme?

—Sí, Roque.

—Cuando lo encuentres, avísame y te enviaré la unidad móvil para que entrevistes a los médicos que le atendieron.

En un intento desesperado por adaptarse a los nuevos tiempos, el periódico había adquirido hacía poco una unidad móvil con la que grababan las noticias de mayor relevancia para después colgarlas en su página web. Roque sabía que, en realidad, lo

que interesaba al periódico no eran las noticias en sí, sino la posibilidad de vender luego aquellos contenidos a las cadenas de televisión y sacarse un ingreso extra, algo que se había convertido en una práctica habitual.

—Necesitamos saber qué le ocurrió anoche a Manuel Bianquetti —continuó—. Parece ser que alguien le atacó, pero tenemos que conocer todos los detalles. Dónde sucedió, cuántos tipos eran... Cosas así.

—De acuerdo, Roque. Voy a...

Colgó antes de darle tiempo a terminar la frase y dio una honda calada al Ducados. Se puso en pie y caminó hasta el amplio ventanal desde el que podía contemplar la ciudad a sus pies, sin dejar de pensar que, a pesar de todo, aquel inspector de policía no le caía mal. Había que tener dos cojones muy grandes para ir en contra de Adolfo Murillo y sus superiores ya debían de haberle dado un buen tirón de orejas.

Había indagado sobre el pasado de Manuel Bianquetti y había descubierto que hasta hacía algo más de un año había sido un policía modélico, con una intachable hoja de servicios y grandes expectativas de ascenso, pero todo eso quedó en suspenso cuando sucedió lo de su hija. Al parecer, un perturbado la llevó a su casa, la retuvo y le estuvo atizando durante toda la tarde. Manuel acudió al rescate y halló a su hija semiinconsciente, atada a una cama... El tipo acabó muerto de una paliza. La versión oficial era que intentó agredir a Manuel y este se defendió, pero, claro, no hubo ningún testigo que pudiera corroborarlo, así que tuvieron que conformarse con su palabra. *Off the record*, todos pensaban que a Manuel se le había ido la olla y había decidido tomarse la justicia por su mano. La investigación de Asuntos Internos estuvo a punto de enviarlo a la cárcel y algunos de sus compañeros de entonces, en lugar de defenderle, le describieron como una persona temperamental e impulsiva, dejándole con el culo al aire y forzando a sus superiores a tomar una decisión sobre su futuro.

Su destierro a Cádiz respondía a un intento de sepultarle en el olvido que había funcionado hasta hacía un par de días, cuando comenzó a investigar por su cuenta el asesinato de aquella chica colombiana. A Roque le recordó a esos perros de caza que nunca pierden el instinto, aunque se hayan criado en un piso de treinta metros cuadrados, de salir corriendo en cuanto olisquean una buena presa.

Se acabó el cigarrillo con unas cuantas caladas rápidas antes de aplastarlo contra el cenicero con más fuerza de la necesaria, manchando la mesa de restos de ceniza, mientras pensaba que habría preferido que fuera el propio Bianquetti quien le hubiera explicado cómo se había hecho aquellas heridas en lugar de tener que enviar a Ceballos tras su pista. Después rodeó el escritorio, buscó en el correo electrónico la fotografía que el día anterior le había facilitado otro de sus contactos en comisaría y, antes de enviársela a Ceballos, le echó una ojeada.

«Qué feo es el hijoputa», pensó.

CAPÍTULO 33

*Barriada de José Antonio, El Puerto de Santa María
Domingo, 10:15 horas*

Cuando Manuel se adentró en el cavernoso portal del edificio de seis plantas donde se suponía que vivía Emilio Calvino, el olor a mierda y a meados de la calle pareció remitir, aunque no del todo. Según su ficha, vivía en el último piso y Manuel encontró la escalera ayudándose del débil haz de luz de su teléfono móvil.

Comenzó su ascenso mientras notaba el suelo chirriar bajo sus pies, como si alguien se hubiera entretenido en regarlo con hojas secas que crujían a cada peldaño que subía. Lo más probable era que se tratara de los cadáveres de docenas de cucarachas y otras alimañas que nadie se había molestado en retirar y decidió no pensar en ello. La escalera circundaba un patio estrecho y descuidado y, a medida que ascendía, la oscuridad fue mitigándose gracias a una claraboya llena de mugre que dejaba pasar a duras penas algunos rayos de sol. Eso le permitió apreciar mejor los peldaños desparejados, la barandilla sucia y las paredes desconchadas de las que provenía el polvo blanco que se acumulaba en las esquinas. Cuando llegó al sexto piso se detuvo a tomar aliento junto a la única puerta que había en el descansillo al tiempo que rezaba por que Emilio Calvino no le hubiera oído llegar.

Mientras esperaba a que su respiración recuperase la cadencia habitual, examinó la puerta tras la que debía de vivir el tipo al que buscaba. Era de madera de mala calidad de un desvaído color cerezo, algo combada por la parte inferior, y le pareció que le bastaría una buena patada para hacerla saltar en pedazos. Sin embargo, no había ninguna placa en la que figurase el nombre del propietario, por lo que era imposible saber si Calvino seguía residiendo allí.

En la parte superior de la puerta vio una mirilla de metal oxidado, un elemento de seguridad esencial teniendo en cuenta el barrio en el que se encontraba. Manuel dudaba que Emilio Calvino fuera a abrir si le veía al otro lado de la puerta, así que se puso en cuclillas y avanzó hasta pegar la oreja a la madera. Identificó el débil murmullo de un televisor encendido, puede que a un par de habitaciones de distancia, y dedujo que había alguien en casa.

Tomó aire y, tal y como estaba, alzó el brazo izquierdo y dio dos fuertes palmadas en la parte superior de la puerta, que en la quietud de la mañana sonaron como cañonazos. Al momento el zumbido del televisor cesó, como si el inquilino lo hubiera apagado para tratar de escuchar mejor lo que sucedía en el descansillo. Durante unos instantes no pasó nada y Manuel imaginó a Calvino, si es que era él, sentado en su sofá, sin mover ni un músculo, tratando de aguzar el oído.

Antes de que tuviera oportunidad de reaccionar, volvió a golpear la puerta, esta vez con tanta fuerza que notó cómo temblaba a punto de desmoronarse.

—¿Quién es?! —rugió una voz en el interior.

Manuel no contestó y permaneció agachado, inmóvil como una gárgola. Había oído hablar de mirillas modernas con lentes cuyo ángulo de visión es tan amplio que permiten ver si hay alguien agazapado tras la puerta, pero Calvino no contaba con semejantes recursos. A los pocos segundos escuchó el sonido de unas pisadas aproximándose a la entrada, de forma sigilosa y tratando de hacer el menor ruido posible. Contuvo la respiración y escuchó con atención, intentando captar más detalles.

El leve sonido metálico de la bisagra de la mirilla le ayudó a calcular que quien ocupaba el piso se encontraba en ese momento al otro lado. Si la echaba abajo en aquel mismo instante caería sobre él con todo su peso, pero se dijo que era mejor tener paciencia. Manuel esperó durante unos minutos que se le antojaron eternos, hasta que se abrió la puerta.

Solo cedió unos centímetros, lo justo para que Emilio Calvino pudiera asomar la nariz y echar una discreta ojeada al rellano, pero a Manuel le bastó para confirmar su identidad. Un enorme apósito en la mejilla le hizo adivinar que era el tipo al que había noqueado cuando estaba sobre él. Este tardó un instante en reparar en la figura que tenía agazapada a sus pies y para cuando lo hizo ya era tarde.

Manuel aprovechó su desconcierto para impulsarse con todas sus fuerzas y embestir con el hombro. La puerta se abrió de golpe, Emilio Calvino cayó panza arriba y, antes de que pudiera reaccionar, Manuel saltó sobre él y le atenazó la garganta con el antebrazo derecho para no tener que utilizar la mano herida.

Una vez en posición golpeó con el puño izquierdo. El apósito salió volando con el primer puñetazo, dejando a la vista una sutura que se abrió con el segundo, de la que escapó un reguero de sangre en todas direcciones. Calvino trató sin éxito de librarse de la tenaza mientras recibía un golpe tras otro, incapaz de gritar por la falta de aire. Comenzó a patalear, a lo que Manuel respondió echando todo su peso sobre el brazo que le asfixiaba.

—¿Quién te envió a por mí?! —gritó, haciendo una pausa en su correctivo.

El matón negó con la cabeza, más preocupado por librarse de su presa que por responder a aquella pregunta. Agarró el brazo que aprisionaba su garganta tratando en vano de retirarlo y en un momento dado sujetó con fuerza la mano herida, lo que le hizo ver las estrellas. Manuel reprimió un aullido de dolor y volvió a golpearle con la mano que tenía libre varias veces hasta que le soltó.

—Esto terminará cuando tú quieras —le explicó, casi sin aliento—. ¿Quién te envió a por mí? —Calvino balbuceó algo, incapaz de responder si seguía apretándole el pescuezo—. ¿Qué dices? ¡No te entiendo! —protestó, fingiendo extrañeza.

El matón volvió a intentar decir algo y Manuel negó con la cabeza, como si comenzara a desesperarse. Para entonces había dejado de patalear y parecía

consciente de que la única manera que tendría de librarse de él era decirle lo que quería saber. Manuel se inclinó, colocando la oreja a pocos centímetros de su boca, aunque no aflojó la presión de su antebrazo por temor a llevarse un mordisco. Entonces le oyó decir un nombre y volvió a separarse de Calvino para mirarle a los ojos. Creyó ver sinceridad en ellos, aunque no le había dicho ni mucho menos lo que esperaba oír.

Retiró el antebrazo y el propietario del piso se revolvió de forma violenta y se alejó gateando a toda prisa. Quedó a varios metros de distancia, a cuatro patas, tratando de recobrar el aliento mientras le miraba de reojo. Un grueso hilo de babas y sangre parecía unirle al suelo de forma grotesca, y la sangre que manaba de la herida abierta en el pómulo comenzó a formar gota a gota un charco espeso.

En lugar de largarse de inmediato, Manuel se recostó contra la pared que tenía más cerca y se quedó allí sentado, exhausto. Examinó su mano herida, cuyo vendaje estaba completamente deshecho y sucio y dejaba a la vista unos nudillos inflamados y violáceos. Mientras esperaba a que su respiración se normalizase, sacó el paquete de tabaco y extrajo dos cigarrillos. Se puso uno en los labios y lo encendió con parsimonia, pero la falta de resuello le hizo atragantarse con el humo y toser un par de veces. Echó un vistazo a la puerta y comprobó que al chocar contra la pared había provocado un grueso desconchón, aunque las demás paredes del piso estaban en tan mal estado que prácticamente pasaba desapercibido.

Ningún vecino bienintencionado había acudido al oír los golpes para ver qué sucedía, probablemente habituados a que en el barrio se produjeran a diario escenas como aquella, lo que le hizo descartar la posibilidad de que alguien hubiera llamado a la policía. Arrojó el segundo cigarrillo a los pies de Calvino, que lo miró con desconfianza, tal que si fuera la primera vez que veía uno de esos. Ofrecerle tabaco no le disculpaba en absoluto por haber acudido a su casa en plena mañana para vapulearle como lo había hecho, pero tampoco era esa su intención. Aquel gesto respondía más bien a un viejo código, como si de alguna manera tratara de congraciarse con él. «Estamos en paz», le habría gustado decirle, pero no lo hizo.

Manuel no podía culpar a aquel indeseable de ser lo que era: un delincuente habitual al que habían contratado para darle una paliza. Siempre había pensado que cada persona actúa de manera acorde con sus circunstancias personales y su lugar en el mundo, y aquel matón, al atacarle la noche anterior, no había hecho otra cosa que cumplir con su cometido. Tomárselo como algo personal era una pérdida de tiempo y esperaba que él pensara igual. De hecho, tampoco le había machacado demasiado. Solo lo justo hasta conseguir la información que había ido a buscar.

A lo largo de su carrera había conocido a demasiados policías que disfrutaban humillando y maltratando a tipos como Emilio Calvino. Para justificarse alegaban que el hecho de ser especialmente duros con los maleantes que les agredían servía de escarmiento para que otros se lo pensarán dos veces antes de atacar a un agente. Sin embargo, Manuel dudaba de la lógica de aquel razonamiento y sabía que la lucha

entre policías y criminales iba mucho más lejos que una pugna por ver quién golpeaba más fuerte. Siempre existirían matones, tipos sin nada que perder que, a cambio de un puñado de euros, irían a por quien fuera. Calvinó no era más que un pobre diablo, uno de tantos, y seguir machacándole solo habría servido para satisfacer sus ansias de venganza, de haberlas tenido.

El pobre diablo siguió donde estaba, con la desconfianza pintada en el rostro, sin atreverse siquiera a pestañear por temor a que volviera a emprenderla a golpes con él, y Manuel se encogió de hombros, dando el asunto por zanjado. Se puso en pie y al hacerlo vio cómo Calvinó se encogía aún más, en guardia, por si se le ocurría rematar la faena con un puntapié o algo por el estilo. Manuel negó con la cabeza y, mientras salía del piso, sacó del bolsillo la venda unida por los extremos que le habían facilitado en el hospital, se la pasó por el cuello y colocó su maltrecha mano en cabestrillo, tratando de ignorar el intenso dolor que apenas le permitía mover los dedos.

De esta guisa comenzó a bajar las escaleras, renqueante, mientras pensaba que ya no estaba para tales lances. Tal vez había llegado el momento de pasar el testigo a otros agentes más jóvenes y que fueran ellos los que derribasen puertas con el hombro y vapulearan a los sospechosos hasta hacerles confesar. Siempre había pensado que el día que se retirase preferiría hacerlo por su propio pie en lugar de esperar a que otros tomasen la decisión, ya fuera en forma de expediente disciplinario o de una paliza mal dada que le dejaría postrado en una silla de ruedas o condenado a comer con pajita durante el resto de sus días.

«Pero todavía no», decidió.

CAPÍTULO 34

Hospital Universitario de Puerto Real
Domingo, 11:10 horas

En el vestuario, mientras sus compañeras se cambiaban y comentaban las ganas que tenían de irse a casa a descansar, Cristina no dejaba de pensar en lo que la esperaba. No le tocaba trabajar hasta el día siguiente, pero la jornada libre que iba a disfrutar, que en cualquier otra ocasión habría considerado una más que merecida recompensa por cumplir con el agitado turno del sábado por la noche, le parecía más bien un castigo. Veinticuatro horas sin otra cosa que hacer que darle vueltas a la cabeza, atormentada por la remota posibilidad de que Eugenio averiguase su paradero y decidiera ir a ajustarle las cuentas. Se estremecía solo de pensarlo y retrasó de forma inconsciente su salida mientras charlaba con algunas de las auxiliares y enfermeras con las que había compartido turno, recordando los momentos más memorables de la noche.

Cuando sus compañeras se marcharon, se entretuvo charlando con otras que, a diferencia de ella, estaban a punto de comenzar su jornada. «Cualquiera diría que no tienes ganas de irte», soltó una de pasada, a lo que Cristina respondió con una sonrisa bobalicona. Decidió marcharse antes de que con otro comentario similar terminara por derrumbarse y echarse a llorar.

Al salir del edificio la sensación de frío y soledad la hizo estremecerse dentro del abrigo que llevaba sobre el uniforme. Junto a la entrada se cruzó con varias personas que fumaban y paseaban con las manos en los bolsillos exhibiendo rostros preocupados y somnolientos. Recorrió la distancia que la separaba del aparcamiento al aire libre donde tenía el coche mientras examinaba con discreción el rostro de cada persona con la que se cruzaba, como se había acostumbrado a hacer. En su situación, cualquiera de ellos podía representar un peligro potencial, aunque ninguno dio muestras de reparar en su presencia.

El recinto del hospital disponía de varias bolsas de aparcamiento y Cristina siempre dejaba su coche en la más alejada del edificio. A pesar de que no había ninguna norma al respecto, le gustaba pensar que de esa manera quedaban las plazas más cercanas para quienes realmente las necesitaban. No obstante, sabía que era la única trabajadora que lo hacía y solía encontrar su coche solo y desangelado, sin ningún otro vehículo cerca, como si estuviera abandonado en medio de aquel yermo aparcamiento.

Sin embargo, cuando ya podía ver su utilitario a lo lejos, llegó otro coche de aspecto destartado y estacionó junto al suyo. Aquello la puso en guardia, ya que

cuando alguien iba al hospital lo lógico era que aparcase lo más cerca posible de la entrada y no allí. Entonces vio bajar del coche a un tipo que le resultó vagamente familiar. Reconoció sus dos metros de altura, el corte en la frente que ella misma había desinfectado y la manaza que se colocó en cabestrillo al tiempo que avanzaba en su dirección.

A medida que se aproximaba notó que él también la reconocía y la examinaba de arriba abajo. A primera vista le pareció que tenía mejor aspecto que la noche anterior, afeitado y con ropa limpia. Se preguntó qué le traería de nuevo por el hospital y vio respondida su pregunta cuando apenas les separaban unos metros. La mano herida ya no estaba vendada y presentaba un feo color morado y una hinchazón considerable.

—Está más hinchada. —Soltó cuando llegó a su altura, sorprendida por su propio desparpajo. En otras circunstancias habría evitado cruzar su mirada con la de aquel desconocido, pero la perspectiva de pasar las próximas horas a solas la hacía sentirse más locuaz de lo habitual.

El hombre la miró con extrañeza y Cristina se detuvo frente a él, tratando de recordar su nombre. Mientras lo hacía reparó en varios rasguños que adornaban su mano lastimada y que habría jurado que no estaban la noche anterior.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó—. ¿Le han vuelto a atacar?

El hombre se miró la mano y a Cristina le pareció que se avergonzaba por algo.

—Últimamente atraigo muchos problemas —respondió, acompañando el comentario con una leve sonrisa.

—Pues debería alejarse de ellos —le riñó, aun a riesgo de que el desconocido la mandase a hacer puñetas.

—Lo tendré en cuenta —asintió antes de darle la espalda y encaminarse de nuevo en dirección a la entrada del hospital.

Cristina lamentó que la conversación terminase de forma tan abrupta. Le observó alejarse, tan solo como la noche anterior, y se sintió culpable por ello. Sabía que antes de volver a ser atendido tendría que permanecer al menos otra hora en aquella sala de espera aséptica y abarrotada y, sin saber muy bien por qué, decidió que tenía que hacer algo.

—Espere —dijo y avanzó en su dirección.

El hombre se volvió y le dedicó una mirada desconfiada. Cristina llegó hasta él y, sin decir nada, echaron a andar uno al lado del otro. Entraron juntos en el hospital, como si se conocieran de toda la vida.

Ninguno de los dos reparó en el discreto periodista que, al reconocer a Manuel, sacó su teléfono móvil e hizo una llamada urgente.

CAPÍTULO 35

Hospital Universitario de Puerto Real
Domingo, 11:20 horas

Manuel se dejó guiar a través de los pasillos del hospital mientras se preguntaba por qué aquella mujer habría decidido ayudarlo. Nada más entrar en el edificio, se había quitado el abrigo dejando a la vista su uniforme de auxiliar, lo que no evitó que varios de sus compañeros le dirigieran discretas miradas de curiosidad cuando se cruzaron con ella, puede que preguntándose qué hacía todavía allí. La mujer los saludó de manera cordial, pero no se detuvo a dar explicaciones a nadie, algo que Manuel agradeció. Intuía que lo que estaban haciendo no debía de ser precisamente lo correcto, aunque a su anfitriona no parecía importarle lo más mínimo.

Le llevó hasta una consulta vacía, parecida a la que había visitado la noche anterior, y le indicó que tomara asiento en la camilla mientras cerraba la puerta, dejaba el bolso y el abrigo sobre la mesa y comenzaba a trastear en un armario repleto de material médico. Manuel se quitó la cazadora y al hacerlo descubrió que en su precipitación había olvidado dejar el arma en el coche.

Cuando la mujer reparó en la pistola que llevaba alojada junto al sobaco abrió mucho los ojos, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba viendo.

—Soy policía —le advirtió antes de que pensara en salir corriendo. Aquello pareció tranquilizarla, pero para que no le quedase ninguna duda sacó su placa y se la mostró.

—Déjame ver. —La mujer cogió la mano herida entre las suyas con una delicadeza infinita, como si se tratase de una valiosa antigüedad que pudiera romperse si no la manejaba con cuidado.

Manuel desvió la mirada, tratando de disimular su turbación mientras fingía examinar la consulta. La noche anterior ya había notado la ligera fragancia del perfume de aquella mujer, una nota de frescura tan leve como un suspiro que no supo ubicar en su registro de olores, tal que si fuera la primera vez que la percibía, y trató de buscar alguna similitud entre aquel aroma y los miles que había percibido a lo largo de su vida. «Flores. Recién cortadas», decidió.

Algo le dijo que aquella mujer se la estaba jugando al atenderle fuera de su horario de trabajo y volvió a preguntarse cuál podía ser el motivo de tanta amabilidad.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Ella le miró durante una fracción de segundo antes de volver a concentrarse en lo que estaba haciendo. Tenía unos ojos grandes y curiosos y le extrañó no haber

reparado en ellos antes.

—Me llamo Cristina.

Ya había notado que hablaba de una forma peculiar, alargando las vocales como hacían en lugares como Granada o Almería. La persistencia de su acento le indicó que no debía de llevar mucho tiempo viviendo en Cádiz.

—¿Eres de Granada? —Probó suerte.

—De un pueblo de Granada, sí —respondió al tiempo que vertía un generoso chorro de agua oxigenada sobre los rasguños y los limpiaba con una gasa.

—¿Y qué te ha traído a Cádiz?

—El trabajo. ¿Me dejas ver la otra mano?

Manuel se la tendió sin pensar y observó que también tenía los nudillos enrojecidos. No le habría dado mayor importancia de no ser por la mirada severa con la que Cristina le obsequió.

—Si no me hubieras dicho que eres policía, habría pensado que eres boxeador.

Lo dijo como si tal cosa, antes de desentenderse de aquella mano para tomar de nuevo la que de verdad necesitaba atención.

—No es lo que piensas.

—Ya.

Cristina vertió un poco de yodo en una gasa nueva y limpió los rasguños con cuidado, tomándose su tiempo. A Manuel le gustó el tacto de sus manos, suave y agradable, que, unido a la suave fragancia que emanaba de su piel, le provocó una involuntaria e inoportuna erección. Rezó a todos los dioses por que aquella mujer no se percatara y lo tomara por un perverso, aunque parecía tan concentrada en desinfectar sus heridas que no creyó que se hubiera dado cuenta.

—¿Una noche ajetreada? —dijo, tratando de pensar en otra cosa.

—Pues sí, la verdad.

—Yo también he tenido noches mejores.

Cristina sonrió sin ganas y sacó del armario un rollo de vendas y esparadrapo.

—Voy a volver a vendarte —anunció—. La finalidad del vendaje es inmovilizarte la mano, así que intenta no sacudir a nadie durante un par de días.

—No te prometo nada.

Le remangó la camisa hasta el codo y comenzó a colocarle la venda con cuidado. Su amabilidad inicial se había tornado en frialdad, algo que le sacaba de quicio, y lamentó profundamente que se hubiera hecho una idea equivocada de él. Se preguntó qué podría decir o hacer para convencerla de que no era un mal tipo.

—Yo soy de Madrid. —Cristina asintió, aunque Manuel intuyó que lo habría hecho aunque le hubiera dicho cualquier otra cosa—. Me destinaron a Cádiz hace cosa de un año.

—Vaya cambio —comentó ella y a Manuel le alivió comprobar que no estaba hablando solo, como se temía.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de Cádiz? Que se puede ir andando a todas

partes. Eso en Madrid sería impensable. Allí hay que coger el coche o el metro para ir a cualquier sitio.

—¿Volverías a Madrid?

No respondió enseguida. Si le hubieran preguntado hacía unos meses, habría respondido que sí sin dudarlo, pero ya no estaba tan seguro. Nadie le esperaba en Madrid, aparte de Sol, e incluso dudaba que a ella le entusiasmara su regreso.

—No lo sé —confesó—. Al principio me costó adaptarme, pero ahora reconozco que no se está tan mal. ¿Tú volverías a Granada?

—No.

Manuel se preguntó cuál podía ser el motivo que la llevaba a rechazar de forma tan rotunda la idea de regresar a su tierra y le pareció verla dudar, puede que arrepentida de haber respondido de forma tan categórica.

—Yo vivo en Puerto Real —añadió como si quisiera cambiar de tema.

Dio por concluido el vendaje y Manuel comprobó que no podía mover la mano, inmovilizada hasta el antebrazo por un vendaje más grueso y consistente que el anterior. Era un buen trabajo y le dedicó una sonrisa cortés que Cristina no llegó a ver, ya que estaba de espaldas trasteando de nuevo en el interior del armario de las medicinas. Cuando se volvió tenía en las manos una caja de pastillas de la que sacó un par.

—Antiinflamatorios —anunció mientras se las tendía—. Tómate una de estas cada ocho horas. Tu médico de cabecera te las puede recetar.

—Ni siquiera conozco a mi médico. —Cristina le respondió con otra de sus sonrisas educadas. Manuel cogió las pastillas y se quedó mirándolas sin saber qué decir—. ¿Por qué me has ayudado?

—No lo sé —respondió y se volvió hacia la mesa en la que había dejado sus cosas para que no la viera sonrojarse de nuevo.

Manuel comenzó a ponerse la chaqueta, aunque el vendaje entorpecía sus movimientos y Cristina tuvo que echarle una mano. Mientras lo hacía, pensó que era una pena que aquello terminara así y lamentó que no se hubieran conocido en otras circunstancias.

La vio colocarse junto a la puerta, esperándole, y avanzó hacia ella mientras volvía a mirar las pastillas que tenía en la palma de la mano. Estaba a punto de ingerir una de ellas cuando su voz interrumpió el movimiento.

—No deberías tomarlas con el estómago vacío —le advirtió y Manuel titubeó antes de responder.

—¿Qué tal es el café del hospital?

Cristina se encogió de hombros, pero finalmente contestó:

—Horrible. No se lo recomendaría a nadie.

—Entonces prefiero esperar y tomármela en otro sitio —dijo, guardándose las pastillas en el bolsillo.

Salieron de la consulta y una vez en el pasillo Manuel le preguntó:

—¿Por qué no me acompañas a tomar ese café?

El silencio que siguió a la pregunta le hizo arrepentirse de haberla formulado. Hacía tanto tiempo que no hablaba con una mujer que se sentía torpe e incómodo, fuera de su elemento.

—Estoy cansada, mejor lo dejamos para otro día —contestó a los pocos segundos.

—Claro. —Trató de disimular, pero se sentía como un idiota. Debía haber imaginado que, después del turno de noche, lo último que le apetecería sería ir a tomar café con alguien como él.

—No necesitas hacerlo —agregó—. Te he ayudado porque he querido.

—No era esa mi intención. Me apetecía invitarte, eso es todo.

Siguieron caminando sumidos en un silencio incómodo mientras Manuel maldecía su torpeza entre dientes. Finalmente, cuando ya podían ver la salida del hospital al final del pasillo, la escuchó exhalar un profundo suspiro.

—Supongo que podría tomar un café rápido —dijo y, aunque no parecía tenerlo demasiado claro, a Manuel le bastó con eso.

—Podríamos ir a alguna cafetería cerca de tu casa —le sugirió—, así no tendrás que conducir luego.

Cristina asintió y a Manuel le agradó que lo hiciera. De repente, la idea de tomar un café con ella le pareció algo de lo más natural. Sin embargo, nada más salir del hospital, el hilo de sus pensamientos fue interrumpido de forma súbita por algo que no esperaba.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —se extrañó Cristina, que no había reparado en la unidad móvil de televisión que estaba estacionada cerca del edificio ni en el periodista que se aproximaba, micrófono en ristre acompañado de un tipo con una cámara al hombro.

—Escucha —dijo sin mirarla para que el periodista no se percatase de que iban juntos—, estoy metido en un caso algo mediático. Creo que ese tipo viene a entrevistarme.

Cristina vio al periodista y, captando al vuelo sus intenciones, desvió la mirada y simuló buscar algo en su bolso mientras hablaba en voz baja.

—Si quieres lo dejamos para otro día.

Manuel reprimió un exabrupto, molesto por que la irrupción de la prensa diera al traste con sus planes.

—Coge tu coche, ahora te alcanzo —propuso y añadió—: si todavía te apetece.

Cristina se puso en marcha en el mismo momento en el que el periodista llegaba junto a Manuel y comenzaba a soltar una retahíla de preguntas que este ignoró mientras encendía un cigarrillo, tomándose más tiempo del necesario en hacerlo. La vio alejarse por el rabillo del ojo y notó que la gente que había junto a la entrada del edificio le miraba con curiosidad, preguntándose la causa de tanto alboroto. Entonces reparó por primera vez en el rostro del periodista que le había abordado y este

aprovechó el contacto visual para repetir la misma pregunta por cuarta vez.

—¿Es cierto que están investigando al hijo de Adolfo Murillo?

Manuel exhaló el humo lentamente mientras veía a Cristina subirse a un pequeño Opel Corsa de color blanco y memorizaba la matrícula.

—No voy a hacer ninguna declaración —replicó y notó cómo el semblante del periodista se endurecía, furioso ante la posibilidad de no obtener las respuestas que había ido a buscar.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —le preguntó a bocajarro—. ¿Tiene Lucas Murillo algo que ver?

Manuel le dirigió una mirada lo suficientemente explícita como para que el periodista encogiera su altura varios centímetros, amedrentado. Después echó a andar hacia su coche sin que el reportero ni el cámara que le acompañaba hicieran ademán de seguirle y, a medida que avanzaba, los pacientes que abarrotaban la entrada fueron apartándose de su camino.

Cinco minutos al volante le bastaron para atisbar el maletero del Opel Corsa de Cristina, que parecía haber circulado a escasa velocidad a propósito para que le diera tiempo a alcanzarla. Satisfecho, le hizo una señal con las luces para que supiera que la seguía y, aprovechando que nadie podía verle, sonrió.

CAPÍTULO 36

*Casines, Puerto Real
Domingo, 12:20 horas*

La cafetería El Aljibe estaba en la misma calle que su domicilio, pero, pese a que Cristina conocía el establecimiento de vista, nunca se había atrevido a entrar. La idea de ir sola a un bar, aunque fuera a desayunar o a tomar un refresco, le parecía deprimente.

Un rato antes, cuando aquel hombre le sugirió la posibilidad de ir a tomar algo, se había sentido asustada y excitada a partes iguales. En otras circunstancias habría rechazado rotundamente cualquier posibilidad de alternar con un tipo al que no conocía de nada, pero había algo en Manuel que le inspiraba confianza, que la impulsaba a confiar en él pese a su tamaño descomunal y su aspecto amenazador. Además, ¿acaso no le habían aconsejado que cambiara de vida, que cambiara de hábitos y se convirtiera en una persona nueva? Pues aquella era una forma tan buena como cualquier otra de empezar a hacerlo.

Aparcó el coche y vio a Manuel estacionar el suyo unos metros más adelante. A decir verdad, a pesar del agobiante turno de doce horas del que acababa de salir, en aquel momento se sentía completamente fresca y despejada, como si acabara de despertarse de una siesta. Aquel policía rudo y respondón le resultaba tan extraño y magnético que estaba intrigada por saber más de él y, además, sería una buena manera de ponerse a prueba, de demostrarse a sí misma que estaba preparada para algo así, por lo que la idea de compartir un café y charlar un rato le pareció tan buena que no le importó posponer su descanso.

Le vio salir del coche y caminó hacia él mientras señalaba la cafetería.

—¿Qué te parece ese sitio?

Manuel se encogió de hombros y Cristina interpretó aquella ambigua respuesta de forma positiva. Echó a andar a su lado, tratando de aparentar una serenidad que estaba lejos de sentir.

El Aljibe resultó no ser más que una cafetería de barrio, tranquila y sin estridencias, con la decoración justa y una barra de acero inoxidable manchada de restos de café y migas de pan que los camareros no habían tenido tiempo o ganas de limpiar. A esa hora apenas había dos o tres parroquianos acodados en la barra y eligieron una mesa situada al fondo del local, junto a una amplia cristalera desde la que se podía ver el lugar en el que habían dejado los coches. No le pasó desapercibida la forma en la que los clientes y los propios camareros contemplaron a Manuel, impresionados por su aspecto desproporcionado. Notó cómo el policía ignoraba el

examen visual al que estaba siendo sometido, probablemente acostumbrado a tales situaciones.

Tomaron asiento y Cristina creyó advertir que, pese a sus modales ásperos y a la aparente desgana con la que parecía observar el local, Manuel también se encontraba bastante incómodo.

—¿Vienes mucho por aquí? —le preguntó.

—Es la primera vez.

Manuel asintió, un gesto que había repetido varias veces desde que se habían conocido y que Cristina todavía no había llegado a descifrar.

—Vivo al final de esta calle —le dijo, señalando a través de la cristalera.

El policía volvió a asentir y Cristina se sintió repentinamente violenta. Acababa de caer en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo comportarse y albergaba la extraña sensación de estar haciendo el ridículo. Los años que había pasado a la sombra de Eugenio le cayeron encima como una losa, recordándole quién era. Años de matrimonio con un hombre déspota y dominante que la habían convertido en una pusilánime, mermando su capacidad para establecer relaciones personales o entablar una simple conversación que fuera más allá de un saludo y algunas palabras corteses. En ese momento comprendió que aquello había sido un error, un intento inconsciente y desesperado de eludir las horas que iba a pasar sola luchando contra sus propios fantasmas.

Estaba a punto de levantarse cuando llegó el camarero a tomarles nota y Manuel pidió un cortado. Cristina pidió lo mismo y reprimió un suspiro, consciente de que no iba a tener más remedio que aguantar al menos hasta terminarse el café.

—¿En qué piensas? —le preguntó, con la esperanza de que fuera él quien tomase las riendas de la conversación. El policía se tomó su tiempo antes de responder.

—Me siento ridículo, la verdad. Hace mucho que no salgo con nadie y no sé muy bien cómo comportarme.

Cristina sonrió, aliviada al saber que no era la única que se sentía así.

—A mí me pasa lo mismo. Lo creas o no, es la primera vez que hago algo así.

—¿Crees que ha sido un error? Podemos marcharnos y dejar las cosas tal y como están.

Examinó su rostro en busca de algún indicio de que estuviera bromeando y al no hallarlo estuvo tentada de aceptar la sugerencia, pero sabía que sería un error abandonar tan pronto. Si se daba por vencida antes de intentarlo siquiera, terminaría arrepintiéndose y se dijo que no debía de ser tan difícil hablar de cualquier cosa. Al fin y al cabo, ya lo habían hecho en la consulta.

La llegada del camarero con sus dos cafés la hizo decidirse.

—Terminémonos el café, al menos.

Manuel asintió mientras vertía un sobre de azúcar en el suyo.

—¿Existe la posibilidad de que un marido celoso nos vea a través de esta cristalera, malinterprete esta situación y decida entrar a partirme la cara?

Cristina tardó un momento en darse cuenta de que Manuel, esta vez sí, estaba bromeando y relajó el semblante, consciente de que aquel hombre no sabía nada de su pasado.

—Estoy divorciada, así que no tienes de qué preocuparte, aunque por tu aspecto no creo que haya muchos que se atrevan a intentar partirte la cara.

Se arrepintió de sus palabras nada más oírlas salir de sus labios, sin saber si aquella referencia a su aspecto le molestaría, pero, para su alivio, le vio componer una mueca sarcástica.

—Solo una vez a la semana —aclaró—. Y esta semana ya lo han hecho.

—Qué barbaridad. ¿Todos tus días son tan ajetreados?

—No creas, los hay peores.

—Hablando de eso, respecto a ese caso mediático que tienes entre manos..., ¿cabe la posibilidad de que algún periodista nos vea a través de la cristalera, malinterprete esta situación y decida entrar a hacerte una entrevista?

—Tranquila, no me han seguido.

Ambos rieron, nerviosos. La tensión inicial había sido sustituida por un telón de cortesía que ninguno de los dos parecía dispuesto a retirar.

—Anoche, mientras estaba en la sala de espera, te acercaste y me diste aquellas gasas... —Manuel parecía azorado al hablar de aquello, como si le avergonzase recordarlo—. ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé —confesó—. Puede que fuera por lástima, al verte tan hecho polvo.

—Y esta mañana has vuelto a ayudarme. —Cristina esperó a que añadiera algo más, pero el policía dio un sorbo a su cortado, como si solo se hubiera limitado a señalar un hecho y no esperase respuesta.

—Me pareciste un idiota.

Manuel se atragantó, lo que provocó una involuntaria sonrisa por parte de Cristina, que se esforzó en recomponer el gesto cuanto antes y tratar de explicarse.

—Es la verdad —insistió—. Fuiste un borde con el médico y después conmigo. Y a pesar de que se te advirtió que no condujeras con la mano así, te dio exactamente igual.

—No encontré a nadie que se ofreciera a hacerme de chófer —se excusó.

—¿Los policías no soléis ir en parejas?

—Yo no.

Zanjó el tema dando otro sorbo al café, como si de repente no le apeteciera hablar de ello.

—Tal vez por eso te ayudé —confesó—. Sé lo que es estar solo.

Manuel la escudriñó sin disimulo, como si tratara de desbrozar el significado de aquella última frase, y en esta ocasión fue ella la que se sumergió en su café para evitar decir nada más.

—Se te da bien —señaló Manuel—. Ser enfermera, digo.

—Auxiliar de enfermería —le corrigió.

—Lo que sea.

—Hago lo que puedo. ¿Tú eres bueno en tu trabajo?

—Hago lo que puedo.

Cristina apuró su taza, sorprendida de haberse terminado el café tan pronto. Vio que la de Manuel también estaba vacía y concluyó que la conversación se acercaba a su fin.

—¿Tienes hijos, Cristina?

Ella negó con la cabeza mientras dejaba vagar la mirada por el resto del local, tratando de que sus recuerdos no se reflejasen en su semblante. La única vez que se había quedado embarazada perdió al niño a las pocas semanas merced a una de las palizas de Eugenio. Desde aquel día se había preocupado en adoptar medidas para evitar volver a quedarse preñada, tomando de forma puntual la píldora anticonceptiva, una de las pocas cosas que se había atrevido a hacer a espaldas de su marido. No estaba dispuesta a traer al mundo a una criatura para que Eugenio la convirtiera también en el blanco de su ira.

—Yo tengo una hija —dijo el policía.

Su rostro magullado permaneció impassible mientras lo decía, como si fuera un hecho objetivo que no requiriese más explicaciones. Cristina estuvo a punto de pedírselas, pero reprimió el impulso mientras pensaba que a ella tampoco le gustaría que él lo hiciera.

—Me ha gustado charlar contigo —dijo Manuel y Cristina se sorprendió al notar una punzada de decepción. «¿Y qué esperabas?», se reprendió mentalmente.

—A mí también —respondió. Como si fuera una señal, ambos se pusieron en pie al mismo tiempo—. Ha sido interesante.

Fueron a la barra para pagar los cafés y Manuel insistió en invitarla. Mientras le veía pagar y esperar el cambio, Cristina rememoró la conversación y se preguntó qué idea se habría hecho aquel hombre de ella. ¿Le habría parecido impulsiva, apocada, timorata? ¿Habría disfrutado de la conversación o le habría parecido insustancial e interminable? La idea de haberle causado una mala impresión la asustaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer. «Y eso que ni siquiera me gusta», pensó.

Cuando salieron del bar, Manuel se tomó un momento para encender un cigarrillo. Después exhaló una larga bocanada de humo antes de hablar.

—Venga, que te acompaño a casa.

Cristina estuvo a punto de responder que no, que no hacía falta que se molestase, pero en lugar de eso se limitó a caminar a su lado.

—¿Te molesta que fume? —le preguntó.

—No, no te preocupes —respondió Cristina.

—Mejor. Últimamente todo el mundo parece haberla tomado con los fumadores, como si fuéramos delincuentes o algo así.

Recorrieron el resto del camino en silencio, con el sonido de sus pasos como único acompañamiento. Cristina buscó algo que decir, un tema de conversación con

el que animar el trayecto, pero no llegó a encontrarlo. Miró a Manuel de reojo y se preguntó si detrás de su expresión seria y prudente se esconderían las mismas dudas, pero no se atrevió a preguntárselo.

—Es aquí —anunció cuando llegaron al portal del edificio en el que vivía.

—Gracias por el café —dijo Manuel— y por aguantarme. Debes de estar muy cansada.

—Pues sí —reconoció mientras sacaba las llaves del bolso—. Que sepas que soy más divertida cuando no tengo tanto sueño.

—Me encantaría comprobarlo. Podríamos vernos otro día.

Cristina se quedó atónita, sin saber cómo interpretar aquella frase. El rostro de Manuel apenas había cambiado al pronunciarla, pero algo parecido a una sonrisa asomó en sus labios, tan extraña y fuera de lugar que le recordó a un leopardo tratando de ganarse la confianza de una gacela. Al cabo de un instante recordó que debía decir algo antes de que la tomase por una loca.

—Claro, por qué no.

—¿Me das tu número de teléfono, entonces?

Cristina se lo dio y, mientras le veía anotar en la agenda de su teléfono móvil, se sintió excitada ante la posibilidad de volver a verle. Entonces recordó la norma de no contestar a las llamadas de ningún número que no conociera y le pidió el suyo.

Una vez que ambos hubieron guardado sus móviles se quedaron en silencio, más incómodos todavía que antes. A Cristina aquella situación le pareció demasiado violenta y decidió que lo mejor era marcharse y no estropearlo aún más. Murmuró una escueta despedida, pero, en un gesto que la pilló por sorpresa, Manuel dio un paso hacia ella, se inclinó y le plantó un beso en cada mejilla, a los que respondió de forma torpe. Avergonzada, dio media vuelta e introdujo las llaves en la cerradura del portal, consiguió abrir al tercer intento y desapareció en el interior del edificio sin atreverse a volver la vista atrás.

Subió las escaleras a toda prisa, demasiado alterada para esperar al ascensor, llegó a su piso y, tras cerrar la puerta, reparó en su respiración acelerada y su pulso desbocado, como si alguien le hubiera suministrado un chute de adrenalina. Apoyó la espalda en la puerta para tranquilizarse mientras se repetía mentalmente que aquel estado de excitación se debía al esfuerzo de subir los tres pisos a la carrera, aunque sabía que no era así. Manuel había sobrepasado el límite al que estaba acostumbrada, había invadido su espacio íntimo al acercarse a darle aquellos dos besos sin previo aviso.

Aquel acercamiento había grabado a fuego en su memoria el olor a café de su aliento, el contacto con su mentón mal afeitado, el roce de sus labios... Se había sentido tan extraña que no había tenido más remedio que salir corriendo, pero tenía que reconocer que el recuerdo de los detalles de aquel leve contacto no le pareció desagradable. Ni mucho menos.

Poco a poco su respiración se fue acompasando y su corazón volvió a recuperar la

cadencia habitual. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y evocó de nuevo las sensaciones de aquel extraño encuentro mientras volvía a preguntarse qué idea se habría hecho Manuel de ella. No era muy normal que alguien echara a correr después de recibir dos simples besos de despedida, pero esperó que no fuera a tenérselo en cuenta. El sonido del teléfono móvil interrumpió el hilo de sus pensamientos y cuando miró el identificador de llamada no pudo evitar una mueca de desilusión. «Ahora viene lo más difícil —pensó—: contárselo todo a Pilar».

CAPÍTULO 37

Vistahermosa, El Puerto de Santa María
Domingo, 13:00 horas

Manuel estacionó el Kadett a varias calles del chalé en el que vivía el asesino de Clara Vidal, a suficiente distancia como para pasar inadvertido pero lo bastante cerca como para ver quién entraba o salía.

Al comprobar que no había ningún periodista en las inmediaciones masculló una maldición. Había esperado encontrar una algarabía de medios de comunicación ansiosos por conseguir una entrevista o un primer plano del sospechoso, pero dedujo que el padre de Lucas Murillo era lo bastante poderoso como para que los reporteros locales se lo pensaran dos veces antes de acercarse siquiera a su domicilio.

Encendió un cigarrillo y abrió la ventanilla unos centímetros para dejar escapar el humo. Podía intuir cómo se las gastaba el patriarca de los Murillo e imaginó que no dudaría en sobornar al director de cualquier periódico con tal de que no le relacionasen con aquel escándalo. «Me juego mis pelotas a que mañana no hay ni rastro de su nombre en las noticias», especuló y por un momento estuvo tentado de telefonear a Roque para que confirmase sus sospechas, pero finalmente decidió no hacerlo.

Silva podía pensar lo que quisiera, pero Manuel estaba convencido de que la presunta coartada de Lucas Murillo la noche del asesinato de Clara Vidal era una patraña. Se había reído en su cara, había confesado su culpabilidad y la había rubricado con aquel «Si siguiera viva, la volvería a llamar», como si estuviera orgulloso de lo que había hecho.

Accionó la palanca que modificaba la inclinación del respaldo hasta ponerse cómodo y metió la mano bajo el asiento en busca de una botella de agua que recordaba haber dejado allí hacía algunas semanas. Sacó del bolsillo las dos pastillas que Cristina le había dado y se las tragó de una vez. El agua estaba recalentada y tenía un desagradable sabor a plástico, pero le ayudó a hacer descender las pastillas sin esfuerzo.

Una hora más tarde apareció un ciclomotor que se detuvo frente al chalé que estaba vigilando. El motorista le resultaba vagamente familiar, a pesar de que llevaba un voluminoso casco que no le permitía ver su rostro, pero en cuanto apareció la unidad móvil y estacionó detrás de él lo reconoció como el periodista que le había abordado a la salida del hospital.

Le vio quitarse el casco y atusarse el cabello ante el espejo retrovisor de la moto mientras su compañero descendía de la unidad móvil, abría el portón trasero y

comenzaba a manipular una aparatosa cámara, posiblemente la misma con la que le habían grabado a él hacía un rato.

Unos minutos más tarde el periodista posaba micrófono en mano frente al domicilio de Lucas Murillo mientras su compañero le grababa. Comenzó a hablar mirando a la cámara y, aunque Manuel estaba demasiado lejos para leer sus labios, pudo imaginar lo que estaría diciendo. A pesar de que no creía que desde aquella distancia pudieran percatarse de su presencia, se encogió un poco más en su asiento para evitar ser detectado si miraban en su dirección.

Grabaron la misma escena varias veces, visionando el resultado después de cada toma para asegurarse de que había quedado bien. Cuando al parecer dieron la grabación por buena se quedaron junto a la furgoneta, fumando y charlando, haciendo tiempo al igual que él, puede que esperanzados ante la posibilidad de que Lucas Murillo saliera para poder abordarle y conseguir una entrevista exclusiva.

Manuel arrancó y el reportero, al oír el ruido del motor, se giró en su dirección y le observó a lo lejos maniobrar para salir del aparcamiento y poner rumbo a las afueras de la urbanización. Confió en que no reconociera su coche y abandonó Vistahermosa sin dejar de observar por el retrovisor si la furgoneta o el ciclomotor le seguían, pero no fue así.

Con un gruñido de satisfacción puso rumbo a Cádiz para hacer aquello que llevaba posponiendo toda la mañana.

CAPÍTULO 38

Comisaría Provincial, Cádiz
Domingo, 14:40 horas

Entró en el despacho de Tejada sin llamar. El comisario levantó la vista de los documentos que estaba leyendo en aquel momento y le dedicó una ojeada cargada de ira que no surtió el efecto deseado, pues Manuel cerró la puerta a su espalda y tomó asiento frente a él con toda la tranquilidad del mundo, como si aquella visita no tuviera nada de extraordinario.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —En lugar de responder, Manuel se limitó a sostenerle la mirada—. Creía haberte dicho que te dieras por suspendido —añadió el comisario, que parecía más nervioso a cada segundo que pasaba—. ¿Acaso no fui lo suficientemente claro?

—¿Sabe cómo me hice esto? —Le ignoró, señalándose los moratones del rostro.

Tejada parecía a punto de estallar, pero, haciendo gala de un autocontrol admirable, cruzó los dedos sobre la mesa y se dispuso a escucharle, como si de verdad le interesara lo que tuviera que decir.

—Cuéntamelo, si de verdad crees que necesito saberlo.

—Ayer unos tipos se pasaron toda la tarde siguiéndome —comenzó a explicar—. Tendría que haberme dado cuenta, pero debo confesar que estoy un poco oxidado. En cualquier caso, se trataba de cuatro personas. —Hizo una pausa teatral mientras miraba al techo, como si tratara de rescatar algún recuerdo borroso. Antes de seguir hablando, volvió a mirar a su superior—. Me siguieron hasta un restaurante a las afueras de Jerez. —Examinó el rostro de Tejada en busca de algún signo que delatase su perplejidad por referirse al Club Dimas como un «restaurante», pero el comisario permaneció impassible, su semblante convertido en una máscara pétrea que no podría cambiar ni a martillazos. «Es un perro viejo», pensó. «Sabe lo que se hace»—. Iban a por mí, aunque todavía no tengo claro si solo querían darme un susto o si pretendían quitarme de la circulación.

—Me alegro de que no lo consiguieran —dijo Tejada, aunque su tono dio a entender justo lo contrario.

—He salido de situaciones peores... El caso es que reconocí a uno de mis asaltantes y esta mañana he ido a hacerle una visita.

En esta ocasión el rostro de su superior sí que experimentó un cambio bastante perceptible. La curiosidad dio paso a la preocupación y a Manuel no le costó imaginar que estaba atando cabos en su cabeza. Para entonces, ya debía de saber qué hacía en su despacho.

—Estaba convencido de que don Adolfo Murillo —dijo, acentuando el «don»— había contratado a aquellos tipos para que me dieran una lección y me quitaran las ganas de causar problemas a su hijo. —Tejada asintió, como si diera por buena aquella teoría, y Manuel siguió hablando—. Como segunda opción, me planteé que hubiera sido el propio Lucas quien enviaba a aquellos indeseables. —Esta vez no hubo asentimiento, pero Manuel siguió hablando de todas formas—. Sin embargo, el nombre que me ha dado ese tipo no tiene nada que ver con esos dos. ¿Sabe qué nombre es?

—Sorpréndeme.

Se tomó su tiempo antes de contestar, pero el comisario había vuelto a adquirir el mismo semblante impávido de antes, como si la conversación hubiera dejado ya de interesarle.

—Me dijo su nombre, señor.

Tejada tardó un par de segundos en intentar construir una mueca sarcástica, tan forzada que resultaba imposible de creer.

—¿Y vas a tomarte en serio la palabra de ese delincuente? —le preguntó.

—A mí me basta.

—Espero que tengas alguna prueba con la que respaldar estas acusaciones.

Manuel soltó un bufido de impaciencia y se volvió a medias hacia la puerta, para asegurarse de que seguía cerrada. Después se enfrentó de nuevo a la mirada acusadora de su superior.

—Déjese de gilipolleces —levantó la voz— y compórtese como un hombre, joder.

Aquello pareció turbar por fin a Tejada, que le mostró las palmas de las manos para pedirle calma y darle a entender que no hacía falta insultar.

—Como ya te dije —comenzó a explicarle y tomó aire antes de continuar—, Adolfo Murillo es una persona muy poderosa. Es preferible tenerlo como amigo que como enemigo. Sabe quién eres y me pidió que le garantizara que no volverías a molestar a su hijo.

Manuel asintió. Por un momento había deseado que Emilio Calvino le hubiera mentado, que todo aquello resultara una patraña y que el comisario fuera la persona íntegra y respetable que se suponía que debía ser. Por desgracia, era mucho pedir.

—Sabía que no ibas a dejar el caso así como así —continuó—, solo porque te lo ordenara, y por eso mandé a esos tipos a por ti. Si te sirve de consuelo, no creí que fueran a hacerte demasiado daño.

—Entiendo.

—Te conozco, aunque no lo creas, y sé cómo piensas. Eres como un niño que tiene una herida en el labio y no puede parar de tocarla con la lengua, a pesar de que sabe que haciéndolo solo conseguirá irritarla. Por eso estaba seguro de que no ibas a dejar la investigación solo porque te suspendiera. Tenía que alejarte del caso por las bravas.

—¿Cuánto le ofreció Murillo? —quiso saber.

Tejada ensanchó su sonrisa, como si la respuesta a aquella pregunta le hiciera tremendamente feliz, y no le cupo duda de que así era.

—Lo suficiente como para celebrar mi jubilación por todo lo alto.

—¿Lo suficiente como para permitir que el asesinato de Clara Vidal quede impune?

Manuel trató de seguir aparentando tranquilidad, aunque su interior era como una olla a presión. Sentía que estaba a punto de estallar y nada le apetecía más que saltar por encima de la mesa que le separaba de su superior, agarrarlo por las solapas de la camisa y arrojarlo al otro extremo de la habitación.

—El señor Murillo me ha asegurado que su hijo no ha tenido nada que ver con la muerte de esa chica. Se ha metido en algunos líos, sí, pero no es un asesino.

—Lucas Murillo es un malnacido —señaló Manuel con los dientes apretados—. Tengo pruebas que le relacionan con al menos una docena de agresiones sexuales y era cuestión de tiempo que terminase matando a alguien. ¿Quién le dice que no volverá a hacerlo?

—No te preocupes por él —trató de restarle importancia—, su padre nos ha asegurado que Lucas no volverá a causar problemas. Lo ha dispuesto todo para que se traslade a Barcelona la semana que viene. Allí dirigirá una sucursal de la empresa familiar y empezará una nueva vida.

—Entiendo. Y si allí le da por cargarse a otra chica, será problema de otro. —El comisario le sostuvo la mirada un instante, el tiempo suficiente para confirmar su teoría—. ¿Y qué hay de Fredy Guzmán?

Aquella pregunta le hizo fruncir el ceño, como si le costase recordar de quién estaba hablando.

—¿Fredy Guzmán? ¿Qué pasa con él?

—Ningún juez le condenará sin pruebas.

Por toda respuesta, Tejada le obsequió con una sonrisa condescendiente mientras negaba con la cabeza, como si no pudiera creer que fuera tan ingenuo. Manuel sabía que Fredy seguía siendo el principal sospechoso de la muerte de Clara y, a pesar de que solo tenían pruebas circunstanciales contra él, cualquier juez las daría por válidas ante la ausencia de otros sospechosos u otras vías de investigación.

—Fredy Guzmán no es nadie —sentenció el comisario—. Solo un *panchito* que ni siquiera puede pagarse un abogado decente. A nadie le importará que vaya a la cárcel.

—¿Clara Vidal tampoco era nadie?

—¿Qué quieres que te diga? —respondió mostrando de nuevo las palmas de las manos—. Lo siento por esa chica, pero nada de lo que hagamos va a devolverle la vida.

—¿Cómo puede ser tan cínico? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Lo sabrás cuando llegues a mi edad.

Manuel asintió en silencio, eligiendo con cuidado sus palabras. Estaba harto de aquella situación, asqueado de formar parte de ese mundo y, sobre todo, de estar a las órdenes de un gusano como Tejada. A pesar de que siempre había procurado poner distancia entre ambos, nunca le había parecido un mal tipo. Tal vez era eso lo que más le dolía, pensó.

—No puedo quedarme al margen de esto.

El comisario chasqueó los labios y por un momento su rostro fue la viva imagen de la frustración. Parecía furioso, a punto de golpear algo, pero la ilusión solo duró unos segundos, lo que tardó en recuperar la compostura y el semblante impasible que había lucido durante toda la conversación.

—Sí que puedes —afirmó.

—Hay gente por encima de usted que no estará de acuerdo con su forma de proceder. Acudiré a ellos.

—¿Y qué les dirás? Recuerda que será tu palabra contra la mía. ¿Acaso has olvidado por qué te trasladaron a Cádiz? Estuvieron a punto de expulsarte del cuerpo entonces y esta vez no tendrás tanta suerte.

Manuel se puso en pie despacio, las manos balanceándose peligrosamente junto a sus caderas. En el fondo sabía que Tejada tenía razón y eso le ponía aún más furioso. Sería su palabra contra la de todo un comisario y, con sus antecedentes, tenía bastante claro de parte de quién se iban a poner sus superiores.

—Esto no ha acabado.

—Por supuesto que no, Bianquetti. —Tejada se puso en pie para estar a su altura, algo que solo habría conseguido si se hubiera encaramado sobre el escritorio—. Te van a poner de patitas en la calle. Me voy a encargar personalmente de ello.

Manuel apretó los puños, pero en el último momento decidió dejarlo estar. Partirle la cara a su superior solo serviría para empeorar la situación y no estaba dispuesto a ponérselo tan fácil. Sin decir nada más, dio media vuelta y abandonó el despacho.

Mientras bajaba las escaleras pensó que no valía la pena seguir soportando amenazas. ¿Hasta cuándo iba a estar pagando por lo que había sucedido en Madrid? Cada vez que diera un paso en falso habría alguien allí para recordarle que, en caso de sacar los pies del tiesto, lo tendrían bastante fácil para abrirle un expediente, mandarle a la cola del paro o algo peor.

Tal vez había llegado el momento de rebelarse, pensó mientras salía a la calle. De coger el toro por los cuernos y dejar de aguantar soplapolleces de nadie.

Tal vez había llegado el momento de dejarlo.

CAPÍTULO 39

*Casines, Puerto Real
Domingo, 15:50 horas*

El teléfono comenzó a sonar cuando Cristina todavía no había podido conciliar el sueño. Estaba demasiado excitada por los últimos acontecimientos y, cuando vio el número de Pilar en el identificador de llamadas, notó una punzada de temor.

—Buenas tardes, Cristina.

—Hola. ¿Ha pasado algo?

—Quería hablar contigo sobre lo que me contaste esta mañana.

—¿Sobre Manuel?

Hacía algo más de dos horas se había visto obligada a hablarle de él y de las circunstancias que los habían llevado a conocerse. Sin embargo, la conversación había ido derivando poco a poco hacia un interrogatorio en toda regla y Pilar la fusiló a preguntas a las que respondió como pudo. Quién era Manuel, cuál era su apellido, a qué se dedicaba, dónde vivía... Estaba molesta por verse obligada a responder a tantas cuestiones, sobre todo teniendo en cuenta que no sabía la respuesta a muchas de ellas, pero no podía culpar a Pilar por ser tan desconfiada. A fin de cuentas, era su trabajo.

—No creo que sea aconsejable que te relaciones con ese hombre.

Aquella aseveración aturdió a Cristina hasta el punto de que dejó pasar varios segundos antes de encontrar la manera de responder.

—¿A qué viene eso? ¿Acaso le conoces?

—Tengo mis fuentes —respondió la terapeuta—. Ese hombre tiene un historial de violencia que le convierte en el peor candidato posible para ser tu amigo.

La sorpresa inicial fue dando paso a la incredulidad y Cristina trató de convencerse de que Pilar estaba equivocada. El tipo del que hablaba no podía ser Manuel, se había sentido demasiado a gusto con él como para considerarle «el peor candidato posible» y tomó asiento en el sofá mientras la escuchaba desgranar su relato.

—Me he informado. Manuel Bianquetti estuvo destinado durante varios años en Galicia, en la Unidad de Información, dedicado sobre todo a temas de narcotráfico. Después fue trasladado a Madrid, donde ascendió rápidamente y se convirtió en inspector, llegando a ser un policía bastante bien considerado por sus superiores, hasta hace algo más de un año.

—¿Qué sucedió hace un año? —preguntó.

—¿Así que no te lo ha contado? —dijo Pilar como si tal cosa y Cristina supo que

acababa de apuntarse un tanto, como si el hecho de que no dispusiera de aquella información reforzara su argumento.

—No le pregunté... —empezó a decir.

—Mató a un chico. Al novio de su hija.

Cristina se quedó atónita. La revelación fue tan contundente y a la vez tan parca que las preguntas comenzaron a agolparse en su mente de tal forma que fue incapaz de formular ninguna en voz alta.

—Pero...

—Al parecer el chico maltrataba a su hija, así que fue a buscarlo a su casa y lo mató de una paliza.

«No puede ser», se dijo.

—Por eso lo trasladaron a Cádiz —murmuró.

—Estuvo a punto de ser expulsado del Cuerpo Nacional de Policía, evidentemente. Según su versión, fue en defensa propia. El chico intentó agredirle con un cuchillo, pero no hubo testigos y después de aquello fueron muchos los que cuestionaron su capacidad para seguir siendo agente de la ley. En realidad, todos sabían lo que hizo Manuel Bianquetti: ejercer de juez y verdugo para vengar a su hija.

Cristina trató de tragar saliva, pero tenía la boca seca. El hombre al que estaba describiendo Pilar no se parecía en absoluto al que había conocido aquella mañana, pero era incapaz de encontrar palabras con las que rebatir aquel argumento.

—En deferencia a su intachable hoja de servicios, sus superiores decidieron darle una oportunidad y le obligaron a aceptar un traslado forzoso a Cádiz, donde pasaría inadvertido y no causaría problemas.

Aquella revelación le hizo comprender de forma súbita las reticencias de Manuel a contarle los motivos por los que había sido trasladado.

—Manuel Bianquetti es una compañía muy poco recomendable —decretó Pilar—. Es muy mala idea que vuelvas a verle e incluso que tengas cualquier tipo de relación con él, ni siquiera por teléfono.

—A mí no me pareció una mala persona —protestó, incapaz de asumir aquella prohibición—. Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad...

—No estamos negociando, Cristina —le cortó—. Sabes por experiencia que las personas violentas nunca dejan de serlo. Prométeme que no volverás a hablar con ese hombre. —Cristina se resistió a responder y notó la impaciencia de la terapeuta al otro lado de la línea—. Prométemelo. No eches a perder todo lo que has conseguido.

Incapaz de quedarse quieta, se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro del salón.

—Te lo prometo. —Se escuchó decir.

Pilar continuó haciendo preguntas a las que Cristina se dedicó a responder con monosílabos, sin poder dejar de darle vueltas a lo mismo. Cuando colgó, arrojó el teléfono al sofá y se quedó donde estaba con los brazos en jarras. Se sentía como una cría a la que prohíben relacionarse con otros chicos por considerarlos «malas

compañías». ¿Quién era Pilar para decidir lo que era mejor para ella? Sí, había sido una mujer desvalida y necesitada de apoyo, pero ahora se consideraba una persona independiente, capaz de cuidarse por sí misma y de elegir sus compañías con total libertad. ¿Quién iba a impedirselo?

Trató de analizar sus emociones y descubrió que estaba muy cabreada. Con Pilar, por tratarla como a una cría. Con Manuel, por no haberle contado todo aquello antes y permitir que fuera la terapeuta quien la pusiera al corriente, haciéndola quedar como una idiota. Consigo misma, por resistirse aún a ver a Manuel como lo que era: un asesino.

Se preguntó si valdría la pena desafiar a Pilar por culpa de un tipo que ni siquiera se había dignado a confiar en ella y decidió que necesitaba una buena dosis de cafeína antes de ser capaz de responder a aquella pregunta.

Se dirigió a la cocina dispuesta a preparar café, pero cuando todavía no había comenzado a manipular la cafetera escuchó el teléfono de nuevo. Imaginó que sería Pilar para pedirle disculpas por haberle hablado como lo había hecho y decidió hacerla esperar. Dejó sonar el teléfono varias veces antes de soltar la cafetera y regresar al salón.

Para su sorpresa, en la pantalla del móvil aparecía el número de Manuel. Se quedó de una pieza, sin saber qué hacer, y antes de que pudiera tomar una decisión ya había aceptado la llamada.

—Buenas tardes, Manuel.

—Buenas tardes. Espero que hayas descansado.

Cristina no respondió y se reprendió mentalmente por ello. Se suponía que no sabía nada del pasado de aquel hombre, por lo que debía hacer un esfuerzo y comportarse con normalidad.

—Mi día está siendo una auténtica mierda —confesó Manuel.

«Qué me vas a contar», pensó.

—Sé que es un poco tarde, pero si no has almorzado todavía me gustaría invitarte. ¿Qué me dices?

La cabeza de Cristina carburaba a toda velocidad, tratando a contrarreloj de tomar la decisión correcta. Por un lado detestaba dar su brazo a torcer e ignorar sus sentimientos. Su instinto le decía que Manuel no era una mala persona y no soportaba la idea de dejar pasar la ocasión de comprobarlo por sí misma. Sin embargo, sabía por experiencia que Pilar no solía equivocarse y, si no fuera por ella, no habría conseguido rehacer su vida. Se podría decir que se lo debía.

Frustrada, apretó los dientes y trató de contener las lágrimas que amenazaban con anegar su mirada. Tragó saliva y rezó por que su voz sonase lo suficientemente firme.

—Lo siento. No puedo hacerlo.

Colgó antes de que Manuel tuviera oportunidad de replicar, se cubrió el rostro con ambas manos y sintió la quemazón de la culpabilidad encharcándole la garganta.

CAPÍTULO 40

*Plaza de Abastos
Domingo, 16:05 horas*

Manuel se quedó mirando la pantalla del teléfono, sin entender por qué la conversación había terminado de forma tan abrupta, y se preguntó si tal vez se había comportado de forma demasiado impulsiva con aquella mujer a la que, al fin y al cabo, apenas conocía. No debía de haberle hecho ninguna gracia que la telefonara después de haber trabajado durante toda la noche e ignoraba incluso si la habría despertado o si habría tenido tiempo de descansar. Reprimiendo una maldición, volvió a guardar el teléfono y decidió pensar en ello más tarde. Bastante tenía ya encima como para además añadir una nueva preocupación sobre algo que no podía controlar.

La Plaza de Abastos de Cádiz, en pleno centro de la ciudad, era uno de los lugares más pintorescos que Manuel había visto en su vida. De estilo clásico, con columnas dóricas y arcos de piedra a la entrada, aunaba lo tradicional y lo moderno de forma grotesca y, al mismo tiempo, genial. Así, junto a las fruterías, carnicerías y pescaderías de toda la vida uno podía encontrar puestos de comida preparada, *sushi*, *pizza* y cerveza artesanal que convertían el acto de ir a la compra en una invitación constante a degustar algunos de aquellos pisco-labis para hacer la jornada más llevadera. A Manuel siempre le maravillaba ver en el mismo lugar a amas de casa con carritos de la compra, jóvenes que reían entre cervezas y tapas y turistas que trataban de immortalizar aquel rincón sin saber que las cámaras de fotos no bastaban para captar su verdadera esencia.

Nada mejor que darse un capricho para sacudirse el enfado que le había provocado la conversación con Tejada, pensó mientras ponía rumbo a una de las zonas aledañas a la plaza donde había varios puestos prefabricados de pequeñas dimensiones en los que vendían churros y frituras variadas. Aguardó su turno en uno de ellos y cuando le tocó pidió una docena de tortillas de camarones.

Aquel manjar era uno de los platos estrella de la gastronomía gaditana y, desde la primera vez que lo probó, Manuel no dejaba pasar ninguna ocasión de deleitarse con aquellas tortillas crujientes que en tantos lugares de España trataban de imitar sin éxito. Puede que fuera la proximidad del mar, que proporcionaba cuantiosos camarones frescos, lo que hacía que el característico sabor de aquella masa de harina de garbanzos, cebolleta y perejil frita en abundante aceite de oliva fuera inimitable.

El tendero frío las tortillas, las envolvió en papel de estraza y se las tendió a cambio de un precio irrisorio. Manuel se puso en marcha en dirección al lugar en el

que había dejado el Kadett mientras saboreaba aquel improvisado almuerzo con cuidado de no mancharse de aceite las mangas de la chaqueta cada vez que metía la mano en el envoltorio para sacar una tortilla. Cuando llegó al coche, devoró en dos bocados la última y vació un paquete de clínex tratando en vano de quitarse los restos de aceite de los dedos mientras contenía las ganas de volver al puesto y pedir una docena más. Arrojó el papel de estraza a una papelería cercana, arrancó y puso rumbo a El Puerto de Santa María.

Vistahermosa, El Puerto de Santa María
Domingo, 17:15 horas

Nada más llegar a Vistahermosa supo que algo no iba como debía. La urbanización apenas se parecía al lugar tranquilo y apacible que había visitado aquella mañana y el tráfico denso y congestionado, los patrulleros de la Policía Local que le rebasaban a toda velocidad y algunos vehículos rotulados con logotipos de diversos medios de comunicación que parecían dirigirse al mismo lugar que él terminaron de convencerle de que había sucedido algo.

Todavía no había llegado al domicilio de Lucas Murillo cuando vio a qué se debía tanto alboroto. Varios policías habían acordonado el acceso al fuerte de Santa Catalina, un castillo en ruinas del que partía un sendero de tierra que circundaba la urbanización, y en ese momento trataban de disuadir al numeroso grupo de curiosos que se había apiñado junto a la cinta policial. Los coches avanzaban de forma lenta debido a que muchos se detenían para echar un vistazo a lo que había más allá del cordón de seguridad, aunque resultaba imposible ver nada, y Manuel tuvo un mal presentimiento.

A unos doscientos metros del lugar se echó a un lado y estacionó el Kadett de cualquier manera. Después se aproximó al cordón policial y vio entre los curiosos a algunos periodistas que enarbolaban sus cámaras, micrófonos y grabadoras para exigir que les dejaran pasar, pero sus peticiones eran ignoradas una tras otra. Cuando Manuel llegó hasta la cinta de plástico llamó la atención de uno de los agentes y le mostró su placa. Este alzó la cinta y le dejó pasar, lo que provocó las protestas de varios de los periodistas que se agolpaban al otro lado. Entre los gritos y el sonido impaciente del claxon de algunos coches, Manuel tardó algunos segundos en darse cuenta de que su teléfono estaba sonando.

En la pantalla apareció un número de la comisaría y, antes de aceptar la llamada, echó un vistazo a su alrededor para hacerse una idea de dónde se encontraba. Aquel camino de tierra debía de ser utilizado por los vecinos de Vistahermosa para pasear o salir a hacer deporte y limitaba a la izquierda con una pequeña playa en forma de semicírculo y a la derecha con las ruinas del fuerte que daba nombre al paseo. Una

vez sobrepasadas las ruinas, el sendero discurría junto a un pequeño acantilado de unos diez metros de altura contra el que rompían algunas olas perezosas. Totalmente fuera de lugar, los compañeros de la Brigada Científica iban de aquí para allá tomando muestras de casi todo lo que veían, pertrechados con sus característicos monos blancos de trabajo, y Manuel siguió caminando en dirección al lugar donde se concentraban la mayoría de los policías convencido de que allí encontraría el motivo de tanto alboroto. Pulsó el botón para aceptar la llamada sin pensar.

—Dígame.

—Soy Silva.

—¿Qué coño quieres?

Oyó a su compañero contener la respiración, como si no supiera qué decir. Otro agente se le acercó para decirle que no podía estar allí, pero se hizo a un lado en cuanto le enseñó su identificación.

—Necesito que vengas a comisaría.

Manuel llegó hasta la zona más concurrida, un carril de tierra rodeado de árboles y matorrales de aspecto frondoso que lo ocultaban de la urbanización que lo rodeaba y transmitían la engañosa impresión de hallarse a muchos kilómetros de la civilización. Se abrió paso entre dos técnicos de la Brigada Científica y vio un bulto envuelto en una manta térmica de color plateado. Se hallaba a un lado del camino, tirado de cualquier manera, y de un extremo de la manta asomaban dos pies enfundados en zapatillas deportivas. Había visto demasiados muertos a lo largo de su carrera como para reconocer uno sin que nadie se lo señalara y dedujo que estarían esperando la llegada del juez que autorizaría el levantamiento del cadáver.

—Estoy ocupado. ¿Para qué demonios iba a ir a comisaría solo porque tú me lo digas?

Anduvo hasta el cuerpo sin vida, se agachó a su lado y, antes de que los agentes que lo custodiaban pudieran evitarlo, retiró la manta térmica para poder verle la cara y confirmar sus peores temores.

—Han matado a Lucas Murillo.

Un miembro de la Brigada Científica la emprendió a gritos con Manuel, que volvió a tapar el rostro manchado de barro de Lucas Murillo mientras le preguntaban quién era y qué estaba haciendo allí. Manuel se encogió de hombros, mostró su identificación y se dio media vuelta para no escuchar el aluvión de improperios que el técnico le dedicó. Por el camino tuvo que mostrar su placa varias veces más para que le dejaran caminar tranquilo.

—¿Y para qué me llamas? —Gruñó al teléfono.

Era una pregunta retórica, naturalmente. Manuel sabía perfectamente el motivo de aquella llamada y el silencio al otro lado de la línea solo sirvió para confirmárselo. Al cabo de varios segundos, Silva insistió:

—Por favor, Manuel...

Cortó la llamada antes de que tuviera oportunidad de decir nada más y se

apresuró a salir de la zona acordonada mientras rezaba por que ninguno de los agentes que había por allí lo reconociera. Una vez en el Kadett marcó el número del móvil de Morgado y esperó. Este contestó al primer tono.

—Joder.

Aquella simple palabra sirvió para hacerse una idea del clima de crispación que debía de respirarse en comisaría y supo que Morgado no la había pronunciado a la ligera.

—¿Puedes hablar? —quiso saber, aunque no tenía manera de saber si Tejada estaría a su lado pendiente de cada palabra que dijera.

—Sí, voy camino de mi casa. Escúchame, respecto a la muerte de ese chico...

—Lo sé. Es mejor que no hablemos. Solo quería que me lo confirmaras.

—Pues eso. Creo que es mejor que no vuelvas a llamarme.

—Tranquilo, no voy a complicarte la vida.

Cortó la llamada, arrancó y abandonó Vistahermosa con una honda frustración horadándole el pecho. Las palabras de Morgado resonaban aún en su cabeza, crípticas para quien no supiera leer entre líneas el verdadero mensaje, algo que él había comenzado a sospechar en el momento en el que vio el cadáver de Lucas Murillo.

Por si no tenía suficientes problemas, ahora era además sospechoso de asesinato.

CAPÍTULO 41

*Carretera CA-32, Puerto Real
Domingo, 18:00 horas*

A la altura del cementerio de Puerto Real, Manuel detuvo el coche en el arcén y apretó el volante con todas sus fuerzas. Después soltó varios puñetazos en el salpicadero con la mano que no tenía herida que el Kadett soportó con estoicismo, acostumbrado al maltrato al que lo habían sometido muchos policías antes que él, y una vez se hubo desahogado encendió un cigarrillo. «Ya no se fabrican coches así», pensó.

El asesinato de Lucas Murillo lo dejaba en una posición muy delicada y, pese a que tenía una ligera sospecha de quién podía haber sido el responsable, dedujo que en aquel momento el todopoderoso Adolfo Murillo debía de estar exigiendo su cabeza, que Tejada estaría dispuesto a servirle en una bandeja de plata. O de latón, lo mismo daba. Así pues, había pasado de perseguidor a perseguido sin apenas darse cuenta, con todo lo que eso conllevaba. Le gustase o no, estaba en busca y captura.

Dio varias caladas rápidas al cigarrillo mientras planeaba sus próximos movimientos, sabedor de que el tiempo jugaba en su contra y de que el más mínimo paso en falso podría costarle caro. Sacó su teléfono móvil, buscó el mismo número que había marcado el día anterior y rezó por no meter la pata.

Carmen Casares no respondió y volvió a repetir la llamada varias veces. Cuando estaba a punto de darse por vencido, la escuchó descolgar al fin y por el tono hastiado que empleó supo que había tenido suerte de que lo hiciera.

—Buenas tardes, inspector.

—Buenas tardes, Carmen. Espero no pillarte en mal momento.

La chica no dijo nada, pero tampoco cortó la llamada, lo que Manuel interpretó como una buena señal y decidió seguir hablando antes de que la fortuna le volviera la espalda.

—Necesito volver a verte, Carmen. Es importante.

—Ya le dije todo lo que sé, inspector...

—Por favor, solo será un momento. Te prometo que después de esto no volveré a molestarte.

La chica suspiró de forma ruidosa y Manuel supo que tendría suerte si no lo mandaba a la mierda. Estaba claro que no le apetecía en absoluto verle y rememorar de nuevo la violación que había sufrido a manos de aquel indeseable, pero hablar con ella se había convertido en una prioridad, algo imprescindible antes de dar cualquier otro paso.

—De acuerdo, pues. Si quiere...

—Estaré allí en diez minutos —respondió y colgó antes de que tuviera oportunidad de replicar. Apretó el acelerador y el Kadett volvió a incorporarse a la autovía con un derrape, provocando los bocinazos de varios conductores furiosos por la maniobra.

Avenida de Argentina, Río San Pedro, Puerto Real
Domingo, 18:10 horas

Manuel estacionó cerca de la bocacalle por la que había visto aparecer a la chica el día anterior y se quedó dentro del coche. El nerviosismo le hacía mirar una y otra vez a su alrededor atento por si veía algún patrullero en las inmediaciones, dando por hecho que todos los policías de servicio en aquel momento debían de tener su descripción y órdenes precisas de detenerle si le veían. Había apagado su teléfono y le había quitado la batería, consciente de que si un juez ordenaba intervenirlo podrían triangular su posición y localizarle, y decidió que solo lo encendería cuando necesitase hacer alguna gestión por teléfono y a continuación lo volvería a desconectar.

Carmen Casares se tomó su tiempo y no apareció hasta media hora más tarde, como si hubiera deseado en secreto que Manuel se cansara de esperar y se largase. Comenzó a andar con parsimonia, dando un paseo, y, cuando estaba a solo unos metros del Kadett, le vio en el interior del coche y se quedó donde estaba, esperando a que saliera a su encuentro. Manuel le indicó con una mano que se acercara y, tras unos segundos de indecisión, fue hasta al vehículo, abrió la portezuela y ocupó el asiento del acompañante. Al instante el habitáculo se vio inundado por el olor excesivo de su perfume, aunque dado el mal olor instalado de forma perenne en la anticuada tapicería del Fiat casi era de agradecer.

—Muchas gracias por venir, Carmen.

La chica contestó con una leve inclinación de cabeza y apretó los labios en un mohín sin decir nada, aunque torció el gesto al observar los moratones de sus pómulos y su mano vendada.

—Tenemos nueva información sobre el tipo que violó y asesinó a aquella chica. Su nombre es Lucas Murillo. Necesito que me digas si es el mismo que te agredió a ti.

—Aquello ya pasó —dijo, simulando una entereza que no corroboró su mirada huidiza—. No puedo hacer nada por ayudarle.

—Solo necesito que lo identifiques, eso es todo —insistió—. No volverás a verle ni él sabrá nunca nada de ti.

Carmen volvió a negar con la cabeza y desvió el rostro hacia la ventanilla, como

si echase de menos estar al otro lado del cristal. Manuel sacó su teléfono móvil, volvió a colocarle la batería y lo encendió. Después buscó la fotografía de Adolfo Murillo que había hallado en internet el día anterior.

—¿Le conoces?

Carmen volvió a mirar en su dirección y se fijó en el rostro sonriente del patriarca de los Murillo. Al verle se mordió los labios y asintió de forma breve.

—Es él. —Respondió y aclaró—: Es el abogado que contactó conmigo y me ofreció dinero por mi silencio.

«Todo empieza a encajar», pensó Manuel mientras trasteaba con su móvil y buscaba la fotografía que le había sacado a Lucas Murillo durante su detención. Cuando la encontró se la mostró sin más preámbulos.

—¿Y a él lo conoces?

La visión de aquel indeseable operó un cambio bastante perceptible en Carmen Casares. De inmediato sus facciones se contrajeron, sus ojos se anegaron de lágrimas y sus gruesos labios se apretaron en una fina línea. Pese al dolor que parecía provocarle la visión de aquel rostro, siguió mirando la fotografía durante varios minutos en los que Manuel aguardó sin decir nada.

En un momento dado la vio llevarse una mano al rostro, enjugarse las lágrimas con los dedos con cuidado de no estropearse el maquillaje y, de forma inconsciente, negar con la cabeza. Manuel guardó el teléfono, pero, cuando sus ojos se volvieron a encontrar, no le gustó lo que vio en ellos. No había rastro de llanto ni de dolor, sino una determinación que no parecía fingida. Como si nunca hubiera estado más segura de nada en su vida.

—¿Qué pasa? —Ladró, incapaz de contenerse por más tiempo, aunque enseguida se arrepintió de haberlo hecho, ya que aquella pregunta dio lugar a la última respuesta que habría querido escuchar en aquel momento. Carmen Casares volvió a negar con la cabeza, esta vez con plena consciencia de lo que hacía, y, por si le quedaba alguna duda, respondió en voz alta:

—No fue él.

CAPÍTULO 42

*Avenida de Argentina, Río San Pedro, Puerto Real
Domingo, 18:45 horas*

Como si de alguna forma quisieran acompañar a aquella dramática revelación, varios nubarrones cubrieron el firmamento y oscurecieron el interior del Kadett durante varios segundos en los que ninguno de los dos dijo nada. Carmen porque no tenía nada más que añadir y Manuel porque estaba demasiado perplejo para hacerlo.

Cuando por fin recuperó el habla, se esforzó en controlar el volumen para no ponerse a gritar, que era lo que en realidad le apetecía hacer.

—¿Cómo que no fue él?

—Pues eso... —insistió, encogiéndose de hombros.

—Pero...

Manuel no se había sentido más idiota en su vida. Había visto el terror en el rostro de aquella chica al ver la fotografía de Lucas Murillo, pero, pese a que en un primer momento había estado tentado de creer que se trataba de un mecanismo de defensa, de una negación de la realidad para contrarrestar el pánico que le provocaba la visión de aquel tipo, la había escuchado hablar con tanta certeza y seguridad que le costaba creer que estuviera fingiendo.

—He visto cómo le mirabas —afirmó, cada vez con menos convicción—. Te has echado a llorar nada más verle. Si este careto te provoca esa reacción, es por algo.

Las mejillas de la chica se tiñeron de un rubor imposible de fingir.

—Me he equivocado, eso es todo. Me había parecido que era él, pero...

No llegó a terminar la frase, ni falta que hizo. Manuel vio un resquicio de duda y aprovechó para atacar por ahí.

—¿Te había parecido que era él? ¿Acaso se le parece?

Por respuesta, la chica volvió a encogerse de hombros, pero, al notar que a Manuel no le iba a bastar con eso, continuó:

—Se parece un poco, qué sé yo. Su sonrisa es muy similar a la de aquel demonio, pero estoy bastante segura de que no es él.

—¿Y en qué se diferencia? Mira sus ojos, su pelo, su ropa... ¿En qué se diferencia de tu agresor?

—Llevaba el pelo algo más corto... —comenzó a decir, pero al ver la rabia que aquel débil razonamiento comenzó a provocar en Manuel, cuyos dientes apretados daban a su cara un aspecto temible, se apresuró a tratar de recordar más detalles—. El chico que me atacó era más joven, ¿sabe usted?

Añadió algunos datos más, pero Manuel no llegó a escucharla. Algo de lo que

había dicho provocó que en su cabeza un par de engranajes echaran a andar en la dirección correcta, suscitando que varias docenas de piezas más encajaran unas con otras hasta componer una imagen que no terminaba de percibir con nitidez, pero que comenzaba a intuir. La sospecha de haber estado equivocado desde un primer momento se hizo más fuerte a cada segundo que pasaba y dejó de ver lo que había a su alrededor para concentrarse en aquella imagen esquiva y difusa, con la seguridad de que la verdad estaba muy cerca.

Recordó que al detener a aquel chico había averiguado que tenía veinticuatro años de edad y, aunque en el interrogatorio anterior Carmen había dicho que su agresor aparentaba unos veinte, sencillamente había dado por hecho que se trataba del tipo correcto, que aquel guaperas se conservaba lo bastante bien como para que ella hubiera creído que era más joven. ¿Y si se había equivocado desde el primer momento? ¿Y si aquel chico no era el asesino?

«No puede ser», pensó, al recordar que durante su detención Lucas Murillo había reconocido ser el responsable de la muerte de Clara Vidal. Hizo un esfuerzo por recordar sus palabras exactas: «Claro que lo pasé bien. Si siguiera viva, la volvería a llamar».

De repente se dio cuenta de que, aunque aquello parecía una confesión, no lo era en absoluto. Aquel muchacho solo había reconocido que sabía que aquella chica estaba muerta, pero no que él la hubiera matado. ¿Y si solo lo había dado por hecho?

«Pero ha reconocido a Adolfo Murillo como el supuesto abogado que le pagó por su silencio», pensó y sus propias palabras abrieron un resquicio por el que empezaron a colarse más dudas.

Carmen dijo algo, pero Manuel ya se había olvidado de ella. Incluso cuando la vio bajarse del coche y alejarse, su gruesa melena agitándose a un lado y a otro a cada paso que daba, no le dio la más mínima importancia. La revelación le había dejado traspuesto, incapaz de hacer nada que no fuera darle vueltas a la cabeza y lamentarse por su torpeza y sus pocas entendederas. Si lo que sospechaba era cierto, un inocente había muerto por su culpa. Se había equivocado y alguien lo había pagado caro.

Sin pensar en lo que hacía, sacó de nuevo su teléfono móvil y marcó el número de Roque. El periodista respondió al segundo tono.

—Buenas tardes, Roque.

—No sé si serán buenas para alguien —respondió con malos modos—. Para mí, desde luego, no.

—¿Y eso?

—Me han acusado de verter falsas acusaciones sobre el hijo de Adolfo Murillo y encima ahora que se lo han cargado... —Guardó silencio, como si no se atreviera a terminar la frase o estuviera esperando a que Manuel lo hiciera por él. Al ver que no decía nada, decidió coger el toro por los cuernos—. Mira, no es ningún secreto que eres el principal sospechoso de la muerte de ese chico. Al hablar contigo puedo meterme en un lío.

—Ya —contestó Manuel, aunque imaginó que en realidad lo decía para que se sintiera en deuda con él, algo que ni siquiera se le pasó por la cabeza.

—¿Puedes ser franco conmigo? Así, sin grabadoras ni paños calientes. ¿Lo mataste tú?

—¿Me creerías si te dijera que yo no he sido?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Si supieras la de tonterías que tengo que creerme al cabo del día...

Ambos rieron la ocurrencia en un intento por aliviar la tensión que les atenazaba, pero a Manuel le pareció que aquellas risas provocaban justo el efecto contrario.

—Ahora me toca a mí preguntar.

—¿Qué quieres saber?

Un coche pasó junto al Kadett a toda velocidad y Manuel puso la mano en el contacto mientras lo observaba alejarse, dispuesto a arrancar y salir pitando si le veía hacer algún movimiento sospechoso, pero no ocurrió nada. Exhaló un profundo suspiro y trató de acompasar de nuevo su respiración, consciente de que debía estar más atento a lo que sucedía a su alrededor. Ya habían mandado a unos matones en su busca antes, así que era más que probable que volvieran a hacerlo. Y con más motivo si le creían responsable de la muerte de aquel chico.

—¿Lucas era hijo único?

La línea se llenó de un silencio que el periodista pareció extender mucho más de lo necesario, como si antes de darle aquella respuesta quisiera saber adónde quería llegar, pero logró contener las ganas de repetir la pregunta.

—No. Adolfo Murillo tiene otro hijo.

Esta vez fue Manuel quien guardó silencio, consciente de lo que implicaba tal revelación. Aquella «sonrisa endemoniada», como la había calificado Carmen Casares, no podía ser tan común y el terror que había acudido a su rostro al ver las facciones de Lucas delataba lo parecidas que debían de ser a las de su agresor. Tan parecidas que sugerían una relación de parentesco. ¿Y si su hermano era el degenerado? ¿Y si ambos utilizaban el mismo todoterreno BMW, pero la fortuna hubiera querido que la tarde anterior, en lugar de al asesino, Manuel sorprendiera a su hermano al volante? ¿Y si este estaba al corriente de las peripecias del otro y le había contestado con tanta insolencia para intentar protegerle?

Un débil carraspeo le informó de que Roque estaba sacando sus propias conclusiones y trató de encontrar algún argumento con el que desviar sus sospechas, aunque no creyó que nada pudiera detener la curiosidad de aquel periodista.

—Muchas gracias, Roque.

—Ya me contarás lo que te pasa por la cabeza, amigo. —Pareció a punto de añadir algo más, pero no lo hizo.

—Solo una cosa más: ¿cómo se llama el hermano de Lucas?

—Abraham —sentenció y, tras dudar un instante, añadió, para que no quedase ninguna duda—: Abraham Murillo.

CAPÍTULO 43

*Casines, Puerto Real
Domingo, 22:30 horas*

Cristina no recordaba cuándo había sido la última vez que había pasado tantas horas seguidas sin dormir. A pesar del cansancio, cada vez que cerraba los ojos volvía a rememorar la conversación con Pilar y la posterior llamada de Manuel. Estaba molesta con ambos por cómo la habían tratado, pero sobre todo consigo misma por dejar que tales circunstancias le robasen el sueño. El resultado era que llevaba todo el día enfurruñada, dando vueltas por la casa sin nada que hacer ni ningún otro sitio al que ir, y comenzaba a estar harta de todo y de todos.

Se encontraba a punto de irse a la cama e intentar conciliar el sueño de una vez por todas cuando escuchó sonar el teléfono desde el salón, lo que le provocó un involuntario suspiro de impaciencia. No se veía con ganas de sostener otra conversación con Pilar sin que trasluciera su enfado, pero sabía que no tenía más remedio que contestar.

Por eso, cuando tomó el móvil y vio brillar en la pantalla el número de Manuel se quedó pasmada durante varios segundos antes de acordarse de parpadear de nuevo. Aquel tipo parecía no darse por vencido y se preguntó qué demonios querría de ella a esa hora de la noche. Pensó en no responder, pero finalmente decidió despacharlo para poder olvidarse de él y pulsó el botón para aceptar la llamada.

—Buenas noches —dijo, con el tono más seco que fue capaz de encontrar.

—Buenas noches, Cristina. Espero no haberte despertado.

—No te preocupes.

La línea se cubrió de un silencio que se alargó durante varios segundos. Sin embargo, a Cristina le pareció percibir la respiración agitada del policía al otro lado de la línea, como si estuviera rumiando algo y no se atreviera a decirlo en voz alta.

—Verás —le oyó decir al fin—, sé que apenas nos conocemos y espero no haber dicho nada que haya podido molestarte. En todo caso, te pido disculpas por llamarte tan tarde, pero es importante.

Guardó un respetuoso silencio para darle la oportunidad de responder, pero Cristina no supo qué decir y contestó con un simple:

—Dime.

Esta vez fue él quien se tomó su tiempo para hablar, puede que buscando fuerzas para hacerlo.

—No tengo adónde ir. —Cristina apretó el teléfono con más fuerza, sin creerse lo que acababa de oír. Si no estaba soñando, lo que aquel policía intentaba decirle era

que...—. Me refiero a que no puedo volver por mi casa. Es una historia un poco larga, pero... Bueno, solo necesito un par de horas para reponerme y descansar un poco. Y me preguntaba si tendrías un sofá o un buen sillón que prestarme.

Aquello era increíble. ¿Qué se había creído aquel tipo? ¿Que iba a abrirle las puertas de su casa así, sin más? Cristina se separó el teléfono del rostro y lo contempló en silencio, aturdida. Aquel hombre estaba loco, se dijo, y reconoció que Pilar había hecho bien al advertirle que se mantuviera alejada de él. Reuniendo toda la paciencia que fue capaz de encontrar, volvió a acercarse el auricular y trató de que su voz sonase lo más firme posible.

—Mira, como has dicho antes, apenas sé nada de ti. No sé cómo has podido pensar que iba a darte alojamiento así, por las buenas...

—Lo sé, es una locura —reconoció—, y al decirlo en voz alta me he dado cuenta de lo ridículo que sonaba. Siento haberte molestado, pero no tenía a quién acudir.

A Cristina le pareció que su arrepentimiento era sincero y agradeció en secreto que capitulase tan pronto, pero antes de que pudiera terminar de asimilarlo su subconsciente la traicionó y la hizo verse reflejada en sus palabras. Se vio a sí misma en su situación, desamparada y sin amigos en los que confiar, y se preguntó qué habría sido de ella si nadie hubiera acudido en su auxilio.

Trató de apartar aquellos pensamientos, pero ya era demasiado tarde. En su cabeza se materializó la imagen solitaria y desvalida de aquel gigante en la sala de espera del hospital, en su rostro reflejada la cansada resignación de quien está acostumbrado a no contar con nadie, y el sentimiento de compasión que en aquel momento la había hecho fijarse en él volvió a aparecer, esta vez con más fuerza, impeliéndola a tomar una decisión que de llegar a los oídos de su terapeuta le haría pensar que se había vuelto majareta.

—No volveré a molestarte —dijo Manuel—. Gracias de todas...

—Espera.

El policía guardó silencio, expectante, mientras Cristina buscaba palabras con las que exteriorizar sus sentimientos. Al no encontrarlas emitió un largo suspiro que no hizo nada por disimular, consciente de que Manuel estaba a la escucha, y se dijo que si era así como tenían que ser las cosas no había motivos para no dejarse llevar.

—Ya sabes dónde vivo. Tercer piso. No vengas muy tarde.

CAPÍTULO 44

Casines, Puerto Real
Domingo, 23:00 horas

Manuel echó un vistazo a su alrededor, incómodo, sin saber muy bien cómo comportarse ni por qué se le había ocurrido que aquella mujer vería con buenos ojos que irrumpiera de esa forma en su casa. No se trataba solo de que no pudiera ir a su apartamento o de que tuviera la espalda hecha polvo por las horas que había pasado al volante, dando vueltas y más vueltas mientras retrasaba lo inevitable. Era algo más.

—¿Quieres cenar algo? —se interesó Cristina, pero él negó con la cabeza pese a que estaba muerto de hambre.

Se encontraban el uno frente al otro, sentados en aquel salón austero y sobrio que todavía destilaba un leve olor a pintura y cemento, lo que le hizo pensar que era de muy reciente construcción. Dedujo que aquella mujer no debía de llevar más de uno o dos meses instalada allí y se preguntó por enésima vez qué la habría llevado a desplazarse a Cádiz, reticente a creer que se tratase solo de motivos laborales. En el sofá, a su lado, Cristina había colocado una manta a cuadros bien doblada por si pensaba dormir allí, y al mirarla contuvo las ganas de darle las gracias por quinta vez desde que había entrado en aquella casa.

—Imagino que no puedes contarme los motivos que te han llevado a no poder volver por tu casa.

Lo dijo así, de pasada, como si en realidad no quisiera saberlo y solo lo hubiera preguntado para aliviar la tensión de aquella situación tan violenta para ambos.

—Prefiero que no lo sepas, la verdad.

—¿Tiene algo que ver con esa investigación mediática de la que me hablaste?

—Sí.

—Comprendo.

La vio desviar la mirada por el resto del salón y dejarla resbalar por aquellos muebles impersonales y neutros, puede que buscando en ellos un nuevo tema de conversación, y se sintió mal por hacerla pasar por aquello.

—Te prometo que en cuanto pueda te pondré al día.

Cristina asintió con una leve sonrisa. Cortés, pero distante.

—¿Cuándo te toca trabajar de nuevo? —quiso saber y la vio hacer cuentas mentalmente antes de responder.

—Mañana. Desde las tres de la tarde hasta las once de la noche.

—Vaya paliza. Más vale que hoy descanses bien.

Volvió a obsequiarle con una sonrisa cordial y Manuel observó las pronunciadas

ojeras que enmarcaban su rostro. Parecía cansada y tuvo la impresión de que no había tenido ocasión todavía de dormir desde el agotador turno de la noche anterior. Cristina debió de percibir lo que estaba pensando y se apresuró a cambiar de tema.

—¿Qué tal tu día? ¿Mejóro?

—Más bien empeoró. Como no creía que pudiera hacerlo.

—Tienes un trabajo difícil —señaló—, pero me imagino que estarás acostumbrado a verte en situaciones bastante desagradables.

—Sí... Al menos eso creía, hasta hoy. Empiezo a estar un poco harto. De todo y de todos. —Cristina no dijo nada, pero Manuel siguió hablando, agradeciendo para sí mismo que aquella mujer le diera la oportunidad de decir en voz alta lo que llevaba tanto tiempo guardándose—. Antes me entusiasmaba mi trabajo, me sentía muy identificado con lo que hacía —confesó—, pero de un tiempo a esta parte me he dado cuenta de que las cosas han cambiado. Ahora lo importante no es pillar a los malos, sino ofrecer una buena imagen, quedar bien ante los medios de comunicación, no molestar a los poderosos...

—Sucedec lo mismo en todos los trabajos —replicó.

—Ya, pero yo no sirvo para eso. Tal vez me haya quedado algo anticuado.

—Y ¿qué vas a hacer?

Se encogió de hombros, sin saber muy bien si se trataba de una pregunta retórica o no.

—No tengo ni idea. Últimamente he pensado mucho en ello y he llegado incluso a plantearme la posibilidad de dejarlo.

—¿Dejar tu trabajo? —se sorprendió, como si fuera lo último que hubiera esperado oír.

—Podría conseguir una licencia de detective y dedicarme a la investigación privada. Es solo una idea, pero...

No terminó la frase, aunque le habría gustado añadir que no se trataba de una reacción impulsiva. Que llevaba más de un año dándole vueltas a la idea de pedir una excedencia o presentar su renuncia y que la conversación que había mantenido con Tejada aquella misma tarde casi le había impulsado a hacerlo.

—Tal y como está la economía, hay quien consideraría una temeridad dejar tu trabajo así como así —dijo Cristina.

—Créeme —respondió con una sonrisa—, si todavía no lo he hecho es precisamente por eso.

Un trabajo estable, bien remunerado y además como funcionario no era algo que se pudiera rechazar alegremente. Las ventajas de continuar siendo policía eran tantas que cualquiera pensaría que estaba loco solo por plantearse la posibilidad de dejarlo, pero hacía tiempo que Manuel había llegado a la conclusión de que hay cosas más importantes por las que luchar. El orgullo, por ejemplo, o la necesidad de creer en lo que hacía.

—Con tu altura, podrías fichar por algún equipo de baloncesto —bromeó Cristina

y Manuel agradeció que lo hiciera.

—Jugué al baloncesto en el instituto, pero no se me daba demasiado bien.

Se abstuvo de añadir que el día que jugó su último partido, al saltar a por un rebote, mandó a dos adversarios al hospital. Aquel día decidió que limitaría su actividad deportiva a aquellos deportes en los que no hubiera contacto físico ni, por tanto, posibilidades de lesionar a nadie.

Ambos se quedaron en silencio y Manuel tuvo la certeza de que Cristina estaba pensando en aquellas revelaciones, puede que calibrando hasta qué punto eran sinceras.

—Siento aburrirte con mis cosas —dijo—. Debo de parecerme un cascarrabias.

—No sé nada de ti, Manuel.

Aquella aseveración le hizo fruncir el ceño, pero Cristina desvió la mirada otra vez, como si no le gustase lo que había visto en sus ojos. Cuando volvió a mirarle, pareció intuir su azoramiento y se apresuró a explicarse.

—Compréndeme, no nos conocemos. Ni siquiera sé el motivo por el que te trasladaron a Cádiz... He confiado en ti y me gustaría que tú confiaras en mí.

No supo cómo reaccionar, pero tuvo la sensación de que aquella mujer le estaba poniendo entre la espada y la pared, algo que no le agradaba en absoluto. Por su forma de decirlo parecía que la decepcionaría profundamente si no le contaba lo que le había sucedido en Madrid.

Echó un vistazo a su alrededor de nuevo, reparando en el balcón con ventanas de Climalit y en el televisor apagado en cuya negrura se reflejaban, ofreciendo una estampa de lo más curiosa. Dos extraños sentados el uno frente al otro mientras trataban de decidir hasta dónde estaban dispuestos a confiar en la persona que tenían delante. No le gustaba que le obligasen a sincerarse, aunque sabía que no iba a tener más remedio que hacerlo antes o después. Y ella había acudido en su auxilio. Se lo debía.

Tomó aire y, pese a no tenerlas todas consigo, empezó a hablar.

—Como ya te dije, tengo una hija. Se llama Sol. Ahora tiene diecisiete años. —Notó los ojos de Cristina fijos en él, pero siguió mirando el televisor apagado como si de esa forma pudiera concentrarse mejor—. No teníamos una buena relación. Su madre y yo discutíamos a menudo. Los policías no somos buenos maridos —esbozó una sonrisa triste—, ya que solemos pasar mucho tiempo fuera de casa, sometidos a mucho estrés, y no es fácil aguantarnos.

Durante los últimos días había pensado mucho en lo que sucedió aquella fatídica noche, pero era la primera vez en mucho tiempo que se lo contaba a alguien.

—Sol conoció a un chico mayor que ella y empezaron a salir. Se llamaba Alfonso Colmenares. Nunca olvidaré su nombre. —Se revolvió en su asiento, tratando de esquivar las sensaciones que le provocaba pronunciar aquel nombre en voz alta—. Más tarde descubrí que tenía numerosas denuncias por violencia de género, algunas órdenes de alejamiento y varios juicios pendientes, pero, claro, el muy cabrón no

aparentaba ser esa clase de loco. Parecía un chico normal, caía bien y sabía disimular su afición por emprenderla a golpes con sus novias. —Observó de reojo el rostro de Cristina, que se había puesto lívido, y lo atribuyó a la expectación por lo que estaba oyendo. «De perdidos al río», pensó—. No llevaba saliendo con Sol ni dos semanas cuando, estando en su casa, se le fue la cabeza y comenzó a acusarla de estar engañándole con otro. La ató a la cama, la amordazó y le dio un correctivo, «para que aprendiera».

Manuel notó que su pierna derecha había comenzado a subir y bajar rítmicamente y detuvo el movimiento mientras se preguntaba cuánto tiempo llevaría haciéndolo. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo doloroso que resultaba rememorar aquello. Cristina sería la primera persona en mucho tiempo en oír aquella historia de sus labios y esperó que supiera apreciarlo.

—Aquel día Patricia, mi exmujer, estaba muy preocupada por Sol, así que averigüé dónde vivía aquel chico y fui a hacerle una visita. Cuando me abrió la puerta, supe que algo iba mal. Parecía nervioso, a punto de ponerse a gritar, y repitió varias veces que no sabía dónde estaba mi hija y que llevaba varios días sin verla. Había algo que no cuadraba, aquel chico me desagradó de inmediato, y cuando observé sus nudillos enrojecidos supe lo que había pasado. No me preguntes por qué, pero lo supe. —Carraspeó para aclararse la garganta, pero no lo consiguió. Volvió a evocar la sorpresa, el nerviosismo contenido, la furia... De repente se dio cuenta de cuánto le apetecía encender un cigarrillo y contuvo las ganas mientras trataba de concentrarse en el relato—. La idea de que le hubiera pasado algo a mi hija hizo que perdiera la cabeza, así que derribé a aquel niño de un empujón y me adentré en la casa mientras la llamaba a gritos. La encontré en el dormitorio, inconsciente pero viva. Cuando me aseguré de que seguía respirando regresé al lugar donde había dejado a Colmenares para esposarlo y avisar a una patrulla para que vinieran a buscarlo, pero ya no estaba allí.

Necesitaba un cigarrillo y una cerveza. Una necesidad tan evidente y primaria que, aunque sabía que estaba motivada por el malestar que aquellos recuerdos le provocaban, no hizo nada por sofocarla. Al contrario, sacó un cigarro del bolsillo y comenzó a alisarlo con los dedos, sin ver el momento de encenderlo.

—Me di la vuelta justo a tiempo para evitar que me clavase un cuchillo gigantesco que había cogido de la cocina. Estaba fuera de sí y chillaba como si se hubiera vuelto loco. Esquivé la primera cuchillada y, antes de que pudiera volver a intentarlo, lo derribé de un puñetazo. —En aquel punto fue capaz de rememorar el crujido del tabique fracturado de Alfonso Colmenares, *crack*, similar al que haría un lápiz al romperse por la mitad, y volvió a mirar a Cristina, que parecía todavía más pálida que antes—. Murió en el acto.

Observó cómo Cristina parpadeaba varias veces y echaba un involuntario vistazo a las manazas que tenía posadas sobre las rodillas, de un tamaño más propio de un oso que de un humano. Lo insólito de la situación, la preocupación por su hija y, por

encima de todo, la rabia que sintió en aquel momento hicieron que no fuera capaz de medir la fuerza empleada y golpease la nariz de aquel chico con toda su alma. Cuando lo vio caer ni siquiera pensó que pudiera habérselo cargado, pero las astillas óseas penetraron en el tejido esponjoso del hueso etmoides provocando una hemorragia interna imposible de detener.

—Maté a aquel chico —sentenció—. Por accidente, pero lo maté. He ahí el motivo por el que mis superiores y compañeros dudaron de mi capacidad para seguir siendo agente de policía. Maté al hijo de puta que había atado y golpeado a mi hija. ¿Quién iba a creer que fue en defensa propia?

Hizo una pausa mientras la pregunta se diluía en el aire y de inmediato acudieron a su mente todas aquellas cuestiones que llevaba tanto tiempo formulándose, sin respuesta. «¿De verdad fue en defensa propia? No era la primera vez que reducía a alguien. ¿De verdad fui incapaz de calcular la fuerza del puñetazo? ¿Fue mi instinto de supervivencia o fue mi subconsciente, que anhelaba castigar a aquel desgraciado por lo que le había hecho a Sol?».

—Aquel fue el principio del fin. Sol se recuperó de las heridas, gracias al cielo, pero no ha vuelto a ser la misma. Todavía sigue en tratamiento psicológico. En cuanto a mis superiores, estaban convencidos de que me tomé la justicia por mi mano y ejecuté a aquel chico, pero en lugar de expulsarme del cuerpo decidieron desterrarme a Cádiz, un destino apacible y tranquilo donde no causaría problemas, y para colmo me encomendaron labores administrativas tan tediosas y absurdas que me resulta imposible tomármelas en serio. Pedí a Patricia que se vinieran conmigo, ya que aquí Sol podría comenzar una nueva vida, pero se negó en redondo a abandonar Madrid. Aquel traslado fue la excusa perfecta para poner punto y final a una relación que llevaba mucho tiempo languideciendo. —Manuel se colocó el manido cigarrillo entre dos dedos y se enfrentó a la mirada de Cristina mientras se preguntaba qué pensaría de él ahora que sabía la verdad—. Hace mucho que no veo a mi hija —continuó—. Llamo de vez en cuando para saber cómo está, pero no lo hago tan a menudo como debería. Además, la única manera que tengo de comunicarme con ella es a través de Patricia y, como imaginarás, no se trata de conversaciones agradables, por lo que siempre acabo posponiéndolas para otro momento. Ellas siguen haciendo su vida en Madrid mientras yo continúo atrapado en Cádiz.

Se reservó contarle que en comisaría todos creían que estaba loco y que desde que estaba en Cádiz bebía y fumaba mucho más de lo aconsejable. Que casi todos los días su rutina se reducía a coger el destartado Kadett y ponerse a dar vueltas hasta la hora de fichar de nuevo. En lugar de eso trató de esbozar una sonrisa sarcástica, como si todo aquello en realidad le hiciera mucha gracia, pero le salió una mueca tan triste y desoladora que resultaba grotesco llamarla así. Cristina continuó mirándole sin pestañear, sin devolverle la sonrisa y atenta a cada palabra que salía de sus labios.

Necesitaba saber qué opinaba de todo aquello. La miró fijamente y, al verla desviar la mirada, supo que algo no iba como debía. La molesta sensación de no

disponer de todas las piezas del puzzle que tenía entre manos le asaltó de nuevo, haciéndole perder la paciencia.

—Algo me dice que no te sorprende lo que te estoy contando.

Ella le devolvió la mirada, a punto de replicar, y Manuel deseó que lo hiciera. Sin embargo, se limitó a contemplarle en silencio, reconociendo sin darse cuenta su culpabilidad. Confirmando sus sospechas.

—¿Quién te crees que eres para hurgar en mi pasado? —soltó y le pareció que los ojos de aquella mujer se humedecían ligeramente, pero fue incapaz de detenerse—. ¿Por qué no podías esperar a que te lo contara?

—No se trata de eso, Manuel —comenzó a decir—. Yo solo...

—Yo tampoco sé nada de ti —le cortó—. Para empezar, no sé por qué huiste de Granada ni qué motivos podías tener para dejarlo todo y venir a Cádiz a empezar una nueva vida. Sé que me ocultas algo, pero no me importa. Prefiero esperar a que te sientas lo suficientemente cómoda conmigo como para decidirte a contármelo.

Se puso en pie de golpe dispuesto a marcharse y casi esperó que ella lo detuviera, pero no lo hizo, lo que le cabreó aún más. Circulaban muchas versiones de lo que había sucedido en Madrid e ignoraba cuál le habrían contado a Cristina y cómo habría conseguido que alguien le hablase de él. En cualquier caso, se sentía traicionado y decidió que no podía seguir allí ni un minuto más.

Abandonó el piso conteniendo las ganas de dar un portazo, sin atreverse a mirar atrás por temor a lo que pudiera ver en el rostro de aquella mujer, y ya en la calle reprimió las ganas de mirar hacia las ventanas del tercer piso, pensando que tal vez ella estaría asomada, viéndole marchar sin encontrar palabras con las que hacerle cambiar de idea.

Se metió en el Kadett, arrancó y pisó a fondo sin mirar atrás.

CAPÍTULO 45

*Alfacar, Granada
Domingo, 23:45 horas*

El bar no tenía nombre, ni falta que le hacía. Solo había dos o tres bares en la pequeña localidad de Alfacar y la escasa clientela de aquel en concreto no necesitaba saber cómo se llamaba el sitio al que iban a poner en remojo sus preocupaciones. Si alguien preguntaba «¿Dónde está fulano?» y otro respondía «Está en el bar», todos daban por sentado que se trataba de aquella tasca sin nombre.

En aquel momento solo había cinco clientes, lo que dadas las dimensiones del local hacía que estuviera prácticamente abarrotado. No charlaban entre ellos, no jugaban a las cartas ni hacían chocar piezas de dominó. Se limitaban a alternar la contemplación de sus vasos y de las noticias que emitía desde un extremo de la barra un anticuado aparato de televisión que había visto días mejores: lucía una fina capa de grasa en la pantalla que nadie se molestaba en limpiar y el botón de encendido había desaparecido dejando a la vista un agujero del tamaño de una moneda de diez céntimos, lo que hacía que la única manera de encenderlo fuera a través del mando a distancia que reposaba a su lado.

En el televisor siempre estaba sintonizado Canal Sur. No por la calidad de su programación ni porque los clientes lo exigieran, sino porque era el canal que mejor se veía. De todas formas, a la selecta clientela del bar sin nombre poco le importaba que echasen un telediario, una película o una telenovela, ya que no era ese el motivo que les llevaba a recalar allí.

En aquel momento estaban dando las noticias.

Uno de los clientes estaba absorto en la contemplación de su vaso de vino mientras trataba de recordar cuántos se había tomado. Había perdido la cuenta, algo normal dado que llevaba allí desde primera hora de la mañana. Desde que había salido de la cárcel no había hecho otra cosa que beber, una manera como cualquier otra de disfrutar de su libertad. Prefería refugiarse en un vaso de vino a enfrentarse a las miradas acusadoras de los demás habitantes del pueblo, que parecían disfrutar al verle humillado, convertido en un paria.

Sabía quién era la culpable de que se viera en aquella situación y habría dado lo que fuera por tener la oportunidad de ajustarle las cuentas. Durante los tres largos años que había pasado entre rejas no había hecho otra cosa que alimentar su odio y sus deseos de venganza. Podría decirse que toda aquella ira acumulada era lo que le había dado fuerzas para no rendirse.

Por eso mismo, cuando llegó al pueblo y se enteró de que ella ya no vivía allí no

pudo evitar un áspero sentimiento de frustración. Preguntó en todas partes, pero nadie sabía dónde estaba. La muy canalla se había largado para no tener que enfrentarse a él, demostrando la clase de cobarde que era.

El sonido del televisor le sacó de sus ensoñaciones y al volverse vio que el camarero acababa de subir el volumen del aparato. En aquel momento estaban hablando de una chica a la que habían asesinado en Cádiz y todos los parroquianos se giraron para mirar la pantalla. A Eugenio no le interesaba lo más mínimo aquel asunto, pero siguió mirando las noticias de todas formas.

—... Lucas Murillo, hijo de un importante industrial gaditano, es el principal sospechoso del asesinato de Clara Vidal y, pese a que los investigadores todavía no se han pronunciado sobre su presunta implicación en el crimen...

El presentador estaba situado frente a un lujoso chalé y, aunque no llegó a decirlo, su gesto indicaba que el presunto asesino vivía allí. «Bonita chabola», pensó Eugenio antes de que el plano cambiara y mostrase la imagen de un tipo enorme en la entrada de lo que parecía un hospital. Tenía un ojo morado y uno de los brazos en cabestrillo, lo que le hizo pensar que alguien le había dado una buena tunda y se preguntó quién podría estar tan loco como para enfrentarse a semejante bigardo.

—... El inspector encargado del caso —continuó narrando la voz en *off* del presentador— no ha querido hacer declaraciones, pero hemos podido verle salir del Hospital Universitario de Puerto Real con un aspecto bastante castigado, lo que nos lleva a pensar que...

Entonces la vio y dejó de escuchar la voz del presentador. Todo a su alrededor pareció empequeñecerse mientras veía a la mujer que le había arruinado la vida en un segundo plano, pasando junto al tipo del ojo morado.

—Hija de puta —murmuró, aunque ninguno de los parroquianos pareció darse por aludido y siguieron mirando las noticias como si nada.

Solo había aparecido en pantalla durante medio segundo, quizá menos, pero Eugenio retuvo la imagen en su cabeza como si de una fotografía se tratase. Era ella, estaba seguro. La notó cambiada, más delgada y con el pelo más largo que la última vez que la vio. Llevaba una especie de pijama de color azul con el logotipo del Servicio Andaluz de Salud en el pecho y dedujo que trabajaba en aquel hospital, aunque no entendía cómo podía haber conseguido un empleo así. Ella, que no había dado ni golpe en su puta vida.

El presentador dio paso a la siguiente noticia, pero Eugenio siguió pensando en ella y en cómo el destino acababa de brindarle la oportunidad de consumir la venganza que llevaba tanto tiempo esperando. Porque había sido el destino, no le cabía la menor duda, el responsable de que aquella cámara de televisión hubiera captado por casualidad la imagen de la mujer que le había destrozado la vida. ¿Cómo ignorar aquel acto divino, aquella providencial carambola que volvía a poner a Cristina al alcance de su mano?

«Cádiz», pensó.

CAPÍTULO 46

Campo del Sur
Lunes, 7:30 horas

El alba sorprendió a Manuel con los ojos bien abiertos, fijos en el lugar donde el sol empezaba a emerger tras la catedral fundiendo su característica silueta en un color negro tan oscuro que se confundía con el resto de edificaciones a su alrededor. Durante algunos minutos el cielo se tintó de matices violetas, naranjas y rosas antes de adquirir una tonalidad celeste límpida y uniforme, sin una sola nube que pudiera enturbiarla.

Se revolvió en su asiento, tratando de ignorar el agudo dolor que le atenazaba la parte baja de la espalda. Había pasado la noche al volante del Kadett, estacionado junto a aquella balaustrada de piedra, tratando en vano de dormitar mientras vigilaba las inmediaciones, atento por si veía aparecer alguna patrulla de policía. Si no había podido pegar ojo no era solo por la incómoda postura en la que se encontraba, sino también por el nerviosismo y la frustración que le habían provocado los acontecimientos de las últimas horas y, sobre todo, por la ingrata labor que esperaba llevar a cabo aquel día.

Consciente de que no podía seguir posponiendo lo inevitable, enderezó el respaldo del asiento y encendió un cigarrillo. Abrió la ventanilla varios centímetros para dejar salir el humo, lo que le permitió percibir un soplo de aire fresco procedente del exterior. La muerte de Lucas Murillo, de la que se sabía responsable, la discusión con Cristina y los recuerdos de lo que le había sucedido a Sol seguían planeando sobre su cabeza, sin que la noche en vela hubiera podido mitigar el recuerdo, sino más bien todo lo contrario.

Chasqueó la lengua y, harto de estar allí sin hacer nada, arrancó y se puso en marcha. Era hora de enfrentarse a sus demonios, pese a lo poco que le agradaba lo que sabía que iba a encontrar en su camino.

Calle Sopranis, barrio del Pópulo
Lunes, 8:10 horas

El domicilio de los padres de Clara Vidal no estaba tan concurrido como la última vez, gracias a Dios, y Manuel encontró únicamente a César y a su mujer sentados en torno a la mesa camilla, con las manos entrelazadas y mirando al frente, como si

supieran lo que les esperaba. Nada más llamar al telefonillo le habían abierto sin preguntar y cuando llegó al segundo piso encontró la puerta abierta y la franqueó sin esperar a que nadie le invitase.

La imagen del matrimonio terminó de convencerle de que sus sospechas no iban desencaminadas e, ignorando los pinchazos que a cada pocos segundos acribillaban sus lumbares, examinó al cabeza de familia más detenidamente. Algunos rasguños en el rostro y en la mano que su mujer apretaba en aquel momento le hicieron intuir que Lucas Murillo no había muerto sin pelear. A pesar de la evidencia, le costó imaginarse a aquel hombrecillo menudo y rechoncho haciéndole daño a nadie, pero cuando carraspeó para que le mirase a la cara vio en sus facciones una determinación que no recordaba haber visto antes.

—Volvemos a vernos, señor —saludó, pero Manuel no respondió.

La proximidad le permitió apreciar que no tenía buen aspecto. Lucía unas ojeras enormes y barba de varios días, además de aquel singular bigotazo a lo Juan Valdés. Llevaba camisa y vaqueros, lo que terminó de convencerle de que sabía que en cualquier momento irían a buscarle. Refugiarse en su piso no había sido más que una maniobra desesperada por retrasar lo inevitable. «Como las tortugas, pensó, que se esconden bajo su caparazón hasta que creen que ha pasado el peligro». Sobre la mesa, dos tazas de café vacías completaban una escena lúgubre e inverosímil.

—¿Qué ha hecho, César?

En respuesta, César Vidal levantó la barbilla con gesto altivo, como si estuviera muy satisfecho de la contestación a aquella pregunta.

—Lo que cualquier padre habría hecho en mi lugar.

Cuando Morgado le dijo el día anterior que aquel hombre había llamado a comisaría para pedir explicaciones por los avances de la investigación, había supuesto que no cejaría en su empeño hasta hacer justicia en nombre de su hija y desde que había visto el cadáver de Lucas Murillo tirado en el sendero de tierra había sospechado que aquel tipo se había erigido como verdugo para llevar a cabo su particular justicia. No creía que hubiera en el mundo nadie con más odio acumulado ni más ganas de ajustarle las cuentas que el hombre que tenía delante y la mirada arrogante con la que le obsequió confirmó sus sospechas.

—Usted no está por encima de la ley —replicó—. Debería haber dejado que la justicia siguiera su curso.

—Déjese de chingadas. En la tele dijeron que estaban investigando a ese tipo, pero no que lo hubieran detenido ni nada de eso. No iba a sucederle nada.

Manuel estuvo a punto de decir algo, pero decidió reservárselo para más tarde y oír lo que aquel hombre tuviera que decir.

—Usted tenía razón, inspector. Fredy Guzmán no mató a mi hija. Sus amigos vinieron y me convencieron de su inocencia. También me dijeron que habían hablado con usted. —Su esposa le acarició la mano magullada, como si de esa manera pudiera insuflarle fuerzas para continuar, y Manuel vio en sus ojos una admiración y una

ternura imposibles de fingir—. Vi la fotografía de ese *malnasido* en el periódico y después, en las noticias de la sobremesa, a un reportero hablando frente a su casa, en El Puerto de Santa María, así que cogí mi coche y fui hasta allá. Después de varias horas dando vueltas encontré la casa, me escondí y esperé hasta verle salir. No tuve que esperar mucho.

«Si hubiera estado allí, yo también le habría visto y habría impedido que lo matara», pensó Manuel, aunque se obligó a guardar silencio.

—Lo reconocí al instante. Llevaba un chándal y se puso a correr por el barrio, así que le seguí con mi coche tratando de ser lo más discreto posible y cuando vi que se internaba por el sendero que discurre junto al fuerte de Santa Catalina supe que era mi oportunidad. Fui hasta el final del sendero por otra calle, aparqué mi coche y comencé a recorrerlo en sentido contrario para encontrármelo de frente. —Negó con la cabeza y sonrió, como si recordar aquello le resultara de lo más divertido—. Cuando me vio trató de ignorarme, pero le corté el paso. Le dije quién era y le pregunté si había disfrutado asesinando a mi hijita.

Manuel trató de imaginarse la situación y se puso en el pellejo de Lucas Murillo. A alguien tan arrogante como él, aquel señor bajito, con su bigotazo pasado de moda, no debía de haberle inspirado el más mínimo temor, por lo que cabía esperar que no hubiera reaccionado demasiado bien ante sus acusaciones.

—Pensé que cuando supiera quién era saldría corriendo o algo así, pero en lugar de eso el muy cabrón se echó a reír. ¿Se lo imagina? Yo no podía creerlo, el tipo se estaba riendo de mí. Me dijo: «En realidad fue ella la que disfrutó. Y mucho, por cierto».

Volvió a negar con la cabeza, como si todavía le dolieran aquellas palabras, y su esposa le imitó. Manuel recordó que cuando interceptó a Lucas al volante del todoterreno también le oyó utilizar una expresión parecida, convencido de que estaba por encima de la ley y tan acostumbrado a salirse con la suya que no creía que nada ni nadie pudieran desafiar su impunidad. Aquel muchacho había sido un inconsciente al no calibrar las consecuencias que su chulería podía provocar en alguien desequilibrado por la rabia y el dolor como era el caso del padre de Clara Vidal.

—Entonces me dio la espalda —continuó— y dijo: «Ahí te quedas, panchito». No tenía ningún miedo, señor, sino más bien todo lo contrario. Parecía orgulloso de lo que había hecho y se creía que yo iba a seguir tan tranquilo mientras insultaba la memoria de mi niña. Se puso a trotar de nuevo, así que saqué mi navaja, corrí tras él y le apuñalé por la espalda.

Manuel miró a aquel hombre con un renovado respeto. Por mucho que reprobara sus actos, admitió que había que tener mucho valor para actuar como lo había hecho y le costó reconocerle como el mismo al que había interrogado días atrás.

—En mi país tenemos mucho respeto por los muertos —explicó, como si considerase necesario aclararlo— y no consentimos que nadie insulte a nuestros seres queridos.

—Siga contándome —le animó—. ¿El chico se defendió?

—Después del primer pinchazo se revolvió y me golpeó muy fuerte, pero yo ya estaba lanzado y le rajé varias veces más. Al final me tiró al suelo de un empujón y echó a correr de nuevo, pero a los pocos metros se cayó como un saco de tierra. Estaba bien muerto.

Sus ojos relampaguearon al decir aquello, como si fuera un punto del que se sintiera especialmente dichoso, y a Manuel le sorprendió la sangre fría con la que aquel hombre reconocía haber matado a otra persona.

—Sé que cree que ha hecho lo que tenía que hacer —César asintió—, pero no me hice policía para permitir que cualquiera pudiera tomarse la justicia por su mano. Si todo el mundo lo hiciera, sería imposible vivir en paz.

—Sé cómo funciona la justicia —adujo con una mueca de asco—. Vi la mansión en la que vivía ese *hijueputa*. La gente como él no va a la cárcel. Incluso cuando los detienen, buscan buenos abogados que consiguen aplazar el juicio una y otra vez mientras siguen disfrutando de su libertad.

Manuel quiso protestar, pero se contuvo. Podía imaginar la cara que pondría César cuando supiera que había matado a un inocente y que el verdadero asesino seguía en libertad, pero prefirió reservarse aquella información hasta ponerle a buen recaudo, consciente de que no reaccionaría demasiado bien.

—¿Usted tiene hijos? —quiso saber y Manuel negó con la cabeza—. Entonces no sabe lo que se siente cuando le roban a uno el fruto de sus entrañas. Puede que vaya a la cárcel, pero me iré con la conciencia tranquila. Hice lo que tenía que hacer.

Manuel asintió, como si estuviera de acuerdo con él, aunque se cuidó de decir en voz alta lo que pensaba en realidad.

—Va a tener que acompañarme —sentenció—. Lo sabe, ¿verdad?

De repente la mujer de César se abrazó a él, como si de esa manera pudiera retenerlo a su lado, y este imploró a Manuel con la mirada un poco de paciencia. Parecía consciente de la situación, y de que la maniobra de la tortuga era una estrategia inútil y abocada al fracaso. Correspondió al abrazo de su esposa durante varios segundos para después soltarla con delicadeza y ponerse en pie lentamente. La mujer comenzó a llorar de forma ruidosa, conteniendo las ganas de abrazar de nuevo a su marido para no dejarlo escapar, pero se quedó donde estaba mientras César se alejaba de ella con la cabeza bien alta, como si supiera que aquel era su destino.

—No creo que haga falta colocarle las esposas —dijo Manuel.

—No, señor. No será necesario.

Le sujetó del brazo con suavidad y salieron del piso cortejados por el llanto de la mujer, un sonido que también les acompañó mientras bajaban las escaleras y alcanzaban el portal, como una macabra banda sonora.

Ya en la calle, echaron a andar el uno junto al otro, como dos viejos amigos, y pese a que en un primer momento Manuel había temido que intentase escapar, nada en su conducta dócil le hizo pensar en aquella posibilidad. Al notarse observado,

César alzó la vista y le correspondió con una mirada fiera.

—Le maté bien muerto —repitió.

Manuel se limitó a asentir y caminaron hasta el lugar en el que había dejado el Kadett, en las inmediaciones del ayuntamiento. César subió al asiento del acompañante y Manuel, cuando estaba a punto de montarse, vio un todoterreno de color negro emerger por la calle San Juan de Dios y detenerse un segundo, como si dudase qué dirección tomar. En el asiento del copiloto iba el mismísimo Emilio Calvino, a quien reconoció a pesar de su rostro magullado.

Calvino también reparó en él y, tras decirle algo al conductor, señaló en su dirección. Este también le miró y, cuando sus miradas se encontraron, Manuel reconoció al instante a Abraham Murillo, aunque nunca se habían visto antes. Sus facciones eran muy similares a las de su hermano Lucas y, pese a los metros que los separaban, pudo intuir la furia que evidenciaban sus dientes apretados y su mirada de loco. Él también reparó en el padre de Clara y lo fusiló con la mirada, lo que le permitió deducir que había ido a por él. De haber tardado unos minutos más, habría llegado demasiado tarde, pensó.

Manuel no se consideraba ninguna lumbrera y sabía que cualquiera con un mínimo de perspicacia y un poco de inclinación a recelar de lo obvio habría llegado a las mismas conclusiones que él. No existía ninguna otra persona en el mundo con más motivos para cargarse a Lucas que el tipo que tenía sentado al lado, y Abraham y Adolfo Murillo debían de haberlo comprendido sin demasiado esfuerzo. Al igual que César había ido a por el asesino de su hija, el hermano del fallecido acudía para hacer justicia en nombre de este, convirtiendo aquel asunto en un macabro círculo vicioso de muerte y venganza que solo terminaría cuando no quedase ninguno de ellos en pie.

Antes de darles la oportunidad de reaccionar, Manuel se metió en el coche, arrancó y aceleró a fondo haciendo que el Kadett se encabritase y que César Vidal se apresurase a abrocharse el cinturón sin comprender a qué venía aquel brusco acelerón.

—¿Por qué corre tanto? —alcanzó a decir.

Manuel observó por el retrovisor cómo el todoterreno salía tras ellos y, mascullando una maldición, se incorporó al tráfico del paseo de Canalejas y respondió sin mirarle:

—El chico al que mataste también era el hijo de alguien.

CAPÍTULO 47

*Paseo de Canalejas
Lunes, 8:30 horas*

El tráfico congestionado de los madrugadores que se dirigían a sus puestos de trabajo hizo que el todoterreno se quedara atrás, aunque también evitó que Manuel pudiera escabullirse rápidamente en dirección a comisaría. Se preguntó hasta dónde estaría dispuesto a llegar Abraham Murillo para vengar a su hermano, pero imaginó que estaba lo suficientemente loco como para no detenerse ante nada hasta ver consumada su venganza. La única forma de evitar que hiciera una locura era darle esquinazo.

Que hubiera ido hasta allí acompañado de un matón como Calvino evidenciaba hasta qué punto estaba dispuesto a tomarse la justicia por su mano, aunque no dudaba que si se le ponía a tiro no tendría inconveniente en cargárselo a él también, ya que en parte era culpable por haber acusado a Lucas y haber puesto al padre de Clara tras su pista.

A través del retrovisor vio al todoterreno salirse del carril y enfilar en dirección prohibida hacia el lugar en el que se encontraban y soltó un exabrupto. Si seguían por aquella avenida tan transitada no tardaría en darles alcance y comenzó a barajar otras opciones.

A la izquierda de la carretera se extendía el puerto, tras una reja de varios metros de altura y con el acceso restringido a camiones y usuarios del muelle. Para entrar en el recinto había que pasar forzosamente por un control custodiado por un agente de la policía portuaria, que en aquel momento había abierto la barrera para dejar pasar un gigantesco tráiler que transportaba un contenedor en el que se podía leer la inscripción «Acciona Transmediterránea». Antes de pensar en lo que hacía, Manuel tomó una decisión.

Después de realizar un peligroso giro que le hizo ganarse un buen número de bocinazos, cruzó al otro lado de la vía y, tras rodear una rotonda, pasó velozmente bajo la barrera de acceso al puerto en el momento en el que esta comenzaba a descender. El agente de la policía portuaria alzó un brazo para ordenarle que se detuviera, pero Manuel le ignoró y apretó el acelerador mientras observaba por el retrovisor cómo la barrera bajaba del todo y le dejaba momentáneamente a salvo de su perseguidor.

Su optimismo no duró más que unos segundos. Lo que tardó el enorme todoterreno en embestir la barrera a toda velocidad y hacerla saltar por los aires bajo la atónita mirada del policía portuario, para después enfilar la misma carretera que

había tomado Manuel, dispuesto a no perderle. Este aumentó la velocidad y recorrió la carretera interior del puerto mientras constataba que la distancia que los separaba de Abraham Murillo era cada vez menor, por lo que trató de exprimir al máximo los agotados caballos del Kadett.

Tras esquivar varios camiones y vehículos particulares, Manuel vislumbró el recinto de contenedores en la lejanía y puso rumbo hacia allí. Cientos de contenedores se extendían hasta donde alcanzaba la vista, en pilas de cinco o seis, de forma tan caótica que conformaban un monstruoso laberinto metálico al que se dirigió sin pensárselo, consciente de que si seguían por una carretera recta el BMW no tardaría en alcanzarles.

A su lado, como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo, César miraba a su alrededor con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, sujeto al asiento con ambas manos como si de esa manera pudiera evitar salir despedido.

—Ese tipo viene a matarme. —Dedujo en susurros.

Aquella certeza impelió a Manuel a hundir el pie todavía más en el acelerador y, mientras veía cómo la aguja del cuentakilómetros temblaba a punto de quebrarse, se internó en el laberinto de contenedores y comenzó a girar de forma completamente anárquica a la izquierda y a la derecha en un desesperado intento por despistar a su perseguidor. En varias ocasiones creyó haberlo conseguido, pero nunca tardaba en volver a ver el morro del todoterreno asomar entre los contenedores que iba dejando atrás, obstinado en no perderle y reduciendo la distancia que los separaba mucho más rápido de lo que había creído que pudiera hacerlo.

En uno de aquellos giros Manuel estuvo a punto de estamparse contra una enorme grúa que en aquel momento estaba colocando un contenedor en lo alto de una batea enganchada a un tráiler. La envergadura de aquellos vehículos y la magnitud de la maniobra hacían que ocuparan toda la vía impidiendo el paso por la zona, y Manuel se vio obligado a pisar el freno y girar para no estamparse contra ellos, lo que hizo que el Kadett derrapase sobre las cuatro ruedas durante varios metros antes de detenerse a pocos centímetros de la gigantesca rueda del tráiler.

El todoterreno apareció de la nada y, aunque también se vio obligado a frenar, no fue lo suficientemente rápido y el guardabarros delantero terminó impactando contra la parte trasera del Kadett. Manuel notó cómo sus cervicales acusaban el golpe y un agudo pinchazo se instaló en su nuca y le hizo cerrar los ojos por el dolor. Oyó a César dar un grito, tan agudo que no parecía su voz, y, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, le vio desabrocharse el cinturón de seguridad, bajarse del Kadett y echar a correr hacia el otro lado de los camiones a través de un espacio tan angosto que habría sido imposible pasar en coche. Antes de que pudiera pedirle que le esperase vio por el retrovisor a Abraham Murillo salir del todoterreno y echar a correr hacia su posición.

Trató de librarse del cinturón de seguridad mientras el muchacho correría hacia él con el rostro desencajado y las mandíbulas apretadas. Ya de cerca el parecido con su

hermano resultaba grotesco, aunque lo que realmente le aterró fue la pistola que llevaba en sus manos.

«Hasta aquí hemos llegado», pensó mientras terminaba de desabrocharse el cinturón y se metía la mano en la chaqueta para sacar su arma, pero, antes de que tuviera tiempo de desenfundar, Abraham llegó a su altura y, sin detenerse, siguió corriendo en dirección al lugar por el que había desaparecido el padre de Clara.

Manuel se quedó atónito, sin saber si aquel muchacho había decidido perdonarle la vida o si más bien ni siquiera había reparado en él, obsesionado con perseguir y dar muerte al asesino de su hermano, y se inclinó por esto último. Descendió del coche con la espalda dolorida y se dispuso a ir tras él para impedir que llevara a cabo su venganza.

—¡Eh, tú!

Manuel giró la cabeza y vio que Emilio Calvino, desde apenas unos metros de distancia, le apuntaba con otra pistola. Casi se había olvidado de él.

Se volvió completamente para mirarle de frente, consciente de estar ofreciéndole un objetivo demasiado fácil, y trató de barajar sus opciones, aunque le pareció que las posibilidades de salir ileso de aquel rocambolesco laberinto eran ridículas. Si Calvino quería cobrarse venganza por la paliza que le había dado el día anterior, no iba a tener una ocasión mejor para hacerlo.

Miró directamente a los ojos del malhechor y percibió sus dudas. El aullido lejano de las sirenas le indicó que la policía portuaria debía de estar en camino y le pareció que Calvino empezaba a sentirse cansado de aquella situación. Encañonar a un agente de policía no era precisamente el sueño de un delincuente como él y sabía que si le disparaba su vida se volvería muy difícil, mucho más de lo que ya lo era.

—Deja que me vaya. Es lo mejor.

Manuel habló con tranquilidad, tratando de disimular su nerviosismo, y la mano que sostenía el arma tembló ligeramente, esforzándose en tomar la dirección correcta. Por un instante le pareció que aquel era el fin, que iba a terminar con una bala en el pecho procedente de la pistola de aquel desgraciado, pero en el último momento el rostro de Calvino se relajó y le dejó entrever que pensaba igual que él. Todo había acabado: Murillo iba tras César Vidal para ajustarle las cuentas y ellos no eran más que dos actores invitados en aquella parodia sin nada que ganar y mucho que perder. Los viejos códigos volvieron a aflorar y Manuel supo que no iba a dispararle.

Olvidando toda precaución le dio la espalda y echó a correr, pese a la certeza de que si Calvino quería matarle solo tendría que apretar el gatillo para que una bala le partiera la columna en dos, pero confió en que no lo hiciera.

Se coló por el hueco entre los camiones y vio de reojo a los conductores contemplando la escena de hito en hito, atrincherados en las cabinas de sus respectivos vehículos sin atreverse a salir por temor a que una bala perdida segara sus vidas. Al poco se encontró en un pasillo rodeado de contenedores y siguió corriendo sin saber muy bien hacia dónde dirigirse.

Las callejuelas se estrechaban cada vez más y Manuel volvió a girar varias veces sin rumbo, totalmente desorientado y sin saber qué dirección tomar mientras las sirenas de los coches de policía se acercaban de forma inexorable. Estaba a punto de desistir y buscar la salida de aquel laberinto cuando escuchó la detonación inconfundible de un disparo, amplificadas por las paredes metálicas de los contenedores, y trató sin éxito de discernir de dónde había venido. Una segunda detonación y un grito ahogado le hicieron saber la dirección exacta que debía tomar y enfiló el pasillo que tenía a su izquierda mientras rezaba por que no fuera demasiado tarde.

Al final de aquel pasaje, a una treintena de metros de distancia, vio a César Vidal sujetarse un brazo ensangrentado mientras Abraham Murillo se acercaba a él despacio, ya sin prisas. Aquel pasillo formaba un callejón sin salida rodeado de contenedores de colores apagados que hacían imposible la huida en ninguna dirección. Abraham dijo algo y el padre de Clara se llevó una mano a la parte trasera del pantalón y sacó un objeto que Manuel reconoció como una navaja automática, un arma mortífera que, sin embargo, poco podía hacer frente a la pistola que portaba su agresor.

Manuel supo que se trataba de la misma navaja con la que había apuñalado a Lucas e intuyó que Abraham Murillo acababa de llegar a la misma conclusión, pues nada más verla levantó la pistola hacia su presa, dispuesto a terminar lo que había empezado. Entonces todo sucedió muy deprisa.

El viejo instinto tomó el mando y Manuel no hizo nada por reprimirlo. En una fracción de segundo sacó su revólver, lo amartilló y apuntó con ambos brazos en dirección al menor de los Murillo. Separó las piernas y pausó su respiración hasta volverla tan leve como el siseo de una lombriz. Cuando se quedó sin aire aprovechó aquel momento de inmovilidad para asegurar el tiro, apuntó a la espalda de su objetivo y disparó.

CAPÍTULO 48

Domicilio de Manuel Bianquetti
Lunes, 20:35 horas

Manuel despertó desorientado, con la espalda agarrotada y un agudo pinchazo en la parte posterior del cuello, sin poder creer todavía que hubiera sido tan sencillo dormir de un tirón. Tardó un par de segundos en reconocer la melodía de su teléfono móvil, que era lo que en realidad le había despertado, y al extender la mano para cogerlo notó que su cuerpo respondía de forma lenta, como si el cansancio acumulado se resistiera todavía a evaporarse.

Vio brillar en la pantalla el nombre de Roque y aceptó la llamada sin demasiado entusiasmo.

—Buenas tardes, Roque.

—¿Te he despertado?

—Sí, pero no te preocupes.

—Lo siento. Llevo toda la tarde conteniendo las ganas de llamarte, pero no podía aguantar más.

Manuel se puso en pie de forma pesada y notó el dolor de sus músculos congestionados por el cansancio. La intensa carrera por el puerto, después de tanto tiempo sin hacer ejercicio, le estaba pasando factura.

—No te preocupes, he dormido demasiado.

—Me alegro por ti. Te lo mereces, después de todo.

Aquel comentario hizo que el recuerdo de lo que había sucedido aquella mañana volviese de forma nítida. Recordó el momento del disparo y cómo el cuerpo de Abraham Murillo se había convulsionado hacia atrás al recibir el impacto, como si una mano invisible le hubiera empujado y obligado a doblarse en dos antes de caer al suelo desmadejado. Ni siquiera el aparatoso vendaje de su mano diestra había menguado la precisión del disparo y se preguntó si habría sido tan certero de no haber acudido a la galería de tiro un par de días atrás. César Vidal se había quedado perplejo, esgrimiendo todavía su navaja en dirección al tipo que yacía en el suelo frente a él, sin saber de dónde había salido aquel disparo hasta que vio a Manuel emerger de entre los contenedores revólver en mano.

Se acercó al cuerpo de Abraham sin dejar de apuntarle y, cuando llegó a su lado, se agachó y le buscó el pulso sin éxito. Después tomó del brazo a César, que arrojó la navaja a un lado sin que tuviera que ordenárselo, y buscaron juntos la salida de aquel laberinto. Antes de encontrarla aparecieron dos agentes de la policía portuaria ante los que se identificó y les aseguró que no tenían de qué preocuparse, que todo había

terminado. Una vez fuera, pidió un cigarrillo a uno de ellos y, mientras lo encendía, vio llegar a dos ambulancias, varios patrulleros más y un coche del que descendió el inspector Silva con el rostro serio y circunspecto de quien desearía estar en cualquier otro lugar.

Había pasado la mañana dando explicaciones, primero en el puerto y después en comisaría. Allí se había cruzado con Morgado, quien le había dedicado una ojeada respetuosa en la sala de descanso, recordándole sin palabras que podía seguir contando con él, aunque los dos eran conscientes de que lo mejor para ambos sería que nadie más en el edificio lo supiera.

Varios agentes del Departamento de Asuntos Internos le habían interrogado a fondo y habían decretado que se tomaría unas vacaciones forzosas mientras decidían qué hacer con él, en tanto se aclaraban las circunstancias en las que había muerto Abraham Murillo, reacios a creer que no le hubiera quedado otra alternativa que dispararle antes de que ejecutara al padre de Clara. La declaración de este como responsable de la muerte de Lucas había sido fundamental para que le dejaran marchar al fin, no sin antes advertirle que en su forma de actuar durante los últimos días había cometido una serie de infracciones muy graves que iban a acarrearle consecuencias nefastas, aunque tampoco le dio demasiada importancia.

—¿Te están causando muchos problemas? —quiso saber, a lo que el periodista respondió con un bufido.

—No lo sabes bien —sentenció Roque con aire fatalista—. La información que publiqué sobre Lucas Murillo puso al padre de aquella chica tras su pista, así que me están buscando las cosquillas con ese tema. ¿Cómo podía yo saber que iba a cargárselo?

—Yo llevo desde ayer preguntándome lo mismo.

A decir verdad, Manuel ya había asumido su responsabilidad en la muerte de Lucas. Había actuado de forma impulsiva, sin calibrar las imprevisibles consecuencias que sus actos podrían ocasionar, y eso le había costado la vida a un inocente. Que luego le hubiera salvado la vida a César no lo eximía en absoluto de ser el culpable de la muerte de aquel chico, cuyo delito no había sido otro que aparecer en el momento y lugar equivocados y comportarse como un engreído y un arrogante. «Y encubrir a su hermano», añadió una voz en su cabeza.

El sentimiento de culpabilidad quedaba mitigado de alguna manera por otro que llevaba ignorando todo el día. Le asaltaba cada vez que recordaba el rostro apesadumbrado de Carmen Casares y el relato pormenorizado de cómo Abraham Murillo la había convencido para que le acompañara al descampado donde había estado a punto de matarla. Recordó el listado de las otras nueve chicas que habían sufrido sus abusos y que posteriormente habían decidido retirar las denuncias a golpe de talonario y se preguntó cuántas más habrían sido violadas en los próximos meses o años si el muy cabrón siguiera vivo.

Al principio se había negado a reconocerlo, pero cada vez lo tenía más claro:

Abraham Murillo estaba mejor muerto.

Aquella certeza le martilleaba el cerebro con la insistencia de un mal sueño. En todos los años que llevaba como policía era la primera vez que sentía algo parecido. «Un policía no puede pensar así», se dijo. Aquella fue la gota que colmó el vaso, la señal que estaba esperando para tomar una decisión sobre su futuro. Si no le suspendían o le expulsaban del cuerpo, sería él quien solicitase una excedencia.

—De todas formas, solo me limité a informar de lo que sucedía —dijo Roque.

El silencio que siguió a aquella sentencia le hizo pensar que se sentía tan culpable como él. La diferencia era que Roque trataba de justificarse parapetado tras su derecho a informar, mientras que Manuel soportaba aquella pesada carga sin molestarse en buscar excusas, dispuesto a aceptar las consecuencias de sus actos.

—En cualquier caso, quiero que sepas que voy a mantener mi palabra —añadió el periodista—. No voy a contarle a nadie que fuiste tú quien nos informó de que estabais investigando a Lucas.

«Yo te doy algo, tú me das algo», recordó. Con aquel gesto, Roque estaba tratando de congraciarse con él y de asegurarse que en el futuro podrían volver a compartir información.

—Es un detalle.

—Imagino que ya tendrás bastantes problemas.

—No te creas —mintió.

—Ándate con ojo —le advirtió—. Adolfo Murillo no es de los que olvidan fácilmente. Conociéndole, estoy seguro de que hará lo que esté en su mano para vengarse.

Manuel asintió de forma involuntaria y miró la mesita de noche en la que descansaba el Magnum .357, al alcance de su mano. En adelante se aseguraría de llevarlo a todas partes, consciente de que en cualquier momento el padre de Abraham y Lucas querría ajustarle las cuentas.

—No te preocupes por mí.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy —se despidió.

—Gracias, Roque.

El periodista se quedó esperando a que dijera algo parecido, pero al ver que no lo hacía cortó la comunicación. Manuel se quedó con el móvil en las manos, sin saber qué hacer a continuación y, por enésima vez en lo que llevaba de día, pensó en Sol.

CAPÍTULO 49

Domicilio de Manuel Bianquetti
Lunes, 21:00 horas

—Hola, Patricia

—Hola.

—¿Cómo estáis?

Manuel oyó al otro lado de la línea un carraspeo y un tenue «Bien» que evidenciaba hasta qué punto a su exmujer le entusiasmaba aquella llamada. Calculó que hacía al menos dos meses desde la última vez que había telefoneado a Madrid y se sintió un miserable por ello.

—¿Me pasas con Sol?

—Ahora no se puede poner. Está estudiando.

Apretó el teléfono mientras contenía una maldición, pero trató de serenarse para no decir ninguna inconveniencia.

—Por favor...

Oyó a Patricia exhalar un bufido, pero decidió no insistir y cortó la llamada. Por mucho que le doliera que le tratase de aquella manera, sabía que se lo tenía bien merecido. No había vuelto a aparecer por Madrid desde su traslado, reduciendo la relación con su ex y su hija a aquellas ocasionales conversaciones telefónicas, y cada vez dejaba pasar más tiempo entre una llamada y la siguiente. Se había comportado como un auténtico gilipollas.

Cuando a los pocos minutos escuchó sonar el teléfono y vio en la pantalla brillar un número que no conocía estuvo tentado de no contestar, pero finalmente la curiosidad pudo más que él y aceptó la llamada con la esperanza de que Patricia se lo hubiera pensado mejor.

—Aquí Bianquetti.

—Hola, papá.

Era ella, Sol. Su niña. La que nunca le juzgaba. Su voz dulce inundó la línea y le hizo preguntarse cómo podía haber aguantado tanto tiempo sin oírla.

—Hola, Sol. Me alegro de oírte.

—Y yo también. ¿Cómo estás?

Manuel notó un sentimiento de gratitud infinita que se abría paso por su garganta. Sol no le echaba en cara que no la llamase nunca ni que llevaran casi un año sin verse. Solo quería saber cómo estaba, una pregunta tan cándida y a la vez tan madura que le pareció que su hija estaba creciendo mucho más rápido de lo que había creído.

—No me puedo quejar —respondió—. ¿Y tú?

—Estoy mejor que nunca.

—¿Sigues... yendo al médico?

—No, papá. Dejé el tratamiento hace cosa de un mes. —Aquello sí que era una sorpresa. ¿Por qué Patricia no le había comentado nada?—. Tenía ganas de contártelo —explicó, como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Qué tal el trabajo?

—Prefiero no hablar de trabajo. —Aquella aseveración le recordó demasiado a sí mismo y trató de explicarse mejor—. Estoy un poco harto. Estaba pensando tomarme unos meses de excedencia, a ver si me desintoxico.

—Lo importante es que estés bien.

Casi no podía creerlo. ¡Su propia hija preocupándose por su bienestar! Definitivamente parecía haberle venido bien dejar el tratamiento, ya que no recordaba haberla oído nunca tan habladora.

—¿Cuándo vas a venir por Madrid?

—Pronto —respondió y se prometió que cumpliría su palabra—. Oye, tú también podrías venir a hacerme una visita.

—Pues sí. Me encantaría conocer Cádiz.

De repente deseó que lo hiciera. Que fuera a pasar unos días a Cádiz para recuperar el tiempo perdido y retomar una relación que nunca debía haber dejado enfriar.

—Tengo que dejarte, tengo mucho que estudiar.

—Me ha gustado mucho hablar contigo, Sol.

—Este es mi móvil. Apúntatelo y así podrás llamarme cuando quieras.

Manuel apreció la sutileza con la que su hija le invitaba a llamarla directamente y eludir la conversación con Patricia, y le prometió que hablarían pronto. Cuando cortó la llamada le dolían los carrillos de tanto sonreír.

Aquello era lo que necesitaba. Una inyección de autoestima que le impulsara a sacar lo mejor de sí mismo y esforzarse en ser el padre que Sol merecía. Estar a su altura. Nunca hasta aquel momento se había dado cuenta de cuánto echaba de menos a su niña y de lo idiota que había sido al dejar que el tiempo y la distancia le impidieran estar a su lado cuando más lo había necesitado.

El optimismo que unos minutos de charla con Sol le habían infundido le hizo recordar a Cristina. Se dio cuenta de que había sido muy duro con ella y que si no hacía nada por evitarlo la perdería, como había perdido a Patricia y como había estado a punto de perder a su hija. No podía culparla por querer saber más sobre él y era una lástima dejar que la extraña camaradería que había surgido entre ellos se diluyera de esa manera, antes siquiera de tener la oportunidad de comprobar si llegaría a convertirse en algo más.

Decidió tragarse su orgullo y telefonearla, pero, cuando lo hizo, una voz enlatada le informó de que tenía el teléfono apagado. Entonces recordó que le había dicho que tenía que trabajar aquella tarde y que no saldría hasta las once de la noche. Masculló una maldición y arrojó el teléfono sobre la cama, pero a los pocos segundos lo

recuperó de un zarpazo y comenzó a escribir un mensaje de texto. Nunca le había gustado aquella forma de comunicarse y le pareció que sus dedos se movían de forma torpe y demasiado lenta por el teclado. Cuando terminó de escribir el mensaje intentó leerlo al completo, pero en lugar de eso pulsó el botón *Enviar* sin querer.

Aquel gesto precedió a una nueva sarta de maldiciones y buscó en la carpeta *Mensajes enviados* hasta que encontró el que acababa de escribir. Cristina lo recibiría en cuanto encendiese el móvil y Manuel lo leyó con atención, sin terminar de creerse que sus dedos hubiesen sido capaces de escribir aquello:

«No tenía derecho a hablarte como lo hice. Me gustaría verte de nuevo. Lo creas o no, me apetece tener a alguien como tú en mi vida».

Aquellas líneas le parecieron la mayor cursilería que había leído jamás y volvió a tirar el teléfono lejos de su alcance mientras soltaba un par de tonificantes palabrotas que le ayudaron a desahogarse por la estupidez que acababa de cometer.

CAPÍTULO 50

Hospital Universitario de Puerto Real
Lunes, 22:50 horas

Manuel llevaba más de media hora en el aparcamiento del hospital, esperando en el interior del Kadett, que, milagrosamente, había sobrevivido al choque con el todoterreno sin más consecuencias que un par de abolladuras casi imperceptibles a simple vista si uno no sabía que estaban ahí. Por suerte, cuando fue al parque móvil a coger el coche nadie le preguntó si tenía autorización, acostumbrados a verle hacerlo. Simplemente lo cogió y se largó.

Había localizado el Opel Corsa de Cristina estacionado en el mismo lugar que el día anterior, pero había decidido aparcar frente a la entrada del edificio para poder verla en cuanto saliera. Según el reloj del salpicadero, todavía quedaban unos diez minutos para que finalizase su turno, por lo que se recostó en su asiento y siguió esperando.

Su plan consistía en pedirle disculpas por como se había comportado la noche anterior e invitarla a cenar para hacer las paces. Era consciente de que resultaba ridículo, pero más ridículo le parecía que leyera aquel mensaje tan inapropiado que le había enviado por accidente y sacase sus propias conclusiones. Ignoraba cómo reaccionaría cuando le viera allí. ¿Se sentiría halagada? ¿O acaso le molestaría que fuera a recogerla?

La entrada del hospital estaba vacía, nada que ver con la multitud que se había agolpado junto a la puerta durante el fin de semana. Solo había un individuo barbudo y mal vestido pululando por una de las bolsas de aparcamiento, pero imaginó que estaría haciendo funciones de aparcacoches y no le prestó demasiada atención.

Al verla por fin salir, inconfundible con su uniforme azul de auxiliar bajo el abrigo, abrió la puerta para bajar del coche e ir hacia ella, pero cuando la observó sacar su teléfono móvil del bolso y mirar la pantalla con el ceño fruncido se detuvo. No había que ser un lince para intuir que estaba leyendo el mensaje que le había enviado hacía un rato y una súbita sensación de vergüenza le empujó a quedarse donde estaba.

Cristina se detuvo frente a la entrada del hospital, concentrada en la pantalla de su teléfono, y Manuel se preguntó en qué demonios estaría pensando. Entonces la vio mirar a un lado y a otro y, tras asegurarse de que no había nadie cerca, se puso a escribir algo en el móvil.

Manuel sacó su teléfono del bolsillo, expectante. Estaba seguro de que Cristina estaba respondiendo al mensaje que él le había escrito y, ya que estaba allí, decidió

que no saldría del Kadett hasta leer lo que ella tuviera que decirle.

Entonces todo se torció.

Vio al mismo tipo barbudo de antes salir de detrás de unos coches y echar a correr directo hacia Cristina. No supo lo que iba a suceder hasta que observó que tenía algo en la mano y, cuando se percató de que era un cuchillo, bajó del coche y salió corriendo en su dirección, aunque ya era demasiado tarde.

A partir de entonces todo transcurrió de forma alarmantemente lenta. Cristina alzó la vista y su mirada se encontró con la de Manuel en el mismo instante en el que el tipo de las barbas llegaba su altura y le asestaba una brutal puñalada en la espalda. El rostro de Cristina se congestionó, sin saber todavía qué sucedía, y el tipo sacó el cuchillo ensangrentado y volvió a clavarlo. Cuando estaba a punto de repetir el movimiento por tercera vez, Manuel llegó a su altura y, de un salto, lo derribó y ambos rodaron por el suelo lleno de guijarros.

Escuchó el sonido metálico del cuchillo al caer a varios metros de distancia y miró a su alrededor buscando al barbudo, que se había desplomado a su lado. Antes de que tuviera oportunidad de reaccionar sacó el revólver, apretó el cañón contra su rodilla y accionó el gatillo. La detonación del arma fue acompañada de una violenta salpicadura de sangre y astillas de hueso en todas direcciones, pero mientras el individuo comenzaba a proferir agudos gritos de dolor, se desentendió de él y echó a correr hacia el lugar el que se encontraba tendida Cristina.

Su rostro estaba tan blanco como las alas de un ángel y Manuel la levantó en volandas y echó a correr hacia el interior del edificio con ella en brazos. En el vestíbulo comenzaban a agolparse los primeros curiosos alertados por el sonido del disparo y por los desgarradores aullidos del agresor y Manuel se abrió paso a codazos mientras buscaba a alguien que le hiciera caso.

En pocos segundos llegaron varios enfermeros y se hicieron cargo de Cristina, a la que tendieron sobre una camilla para trasladarla a toda velocidad a través de uno de los pasillos. Manuel quiso ir tras ella, pero una pareja de celadores se lo impidió. Entonces se dio cuenta de que estaba gritando y se preguntó cuánto tiempo llevaría haciéndolo. Notó cómo la gente a su alrededor le miraba con aprensión y, cuando se percató de que uno de los celadores estaba hablando con él, tuvo que hacer un esfuerzo por prestarle atención y oír lo que le estaba diciendo.

—... A que le miren, por si usted también está herido.

En un primer momento no entendió de qué le estaba hablando, pero enseguida comprendió que se refería a su camisa empapada de sangre. Creían que estaba herido. Otro celador le tenía agarrado del brazo, pero se soltó de un tirón y salió en busca del tipo de las barbas.

Una vez fuera, vio que varios enfermeros se habían arrodillado junto al barbudo, que no paraba de gritar, y contuvo las ganas de ir hasta él y cerrarle la boca a puñetazos. Algunos curiosos comenzaban a arremolinarse a su alrededor y, cuando iba a volver a entrar en el edificio, algo le hizo detenerse.

En el lugar en el que había recogido a Cristina había un charco de sangre y junto a este, su bolso y su teléfono móvil, tirados de cualquier manera. El mismo en el que había anotado su número el día anterior. El mismo en el que le estaba escribiendo un mensaje en el momento en el que aquel psicópata la había atacado.

Tembloroso, cogió el teléfono manchado de sangre del suelo y leyó la única línea que le había dado tiempo a escribir antes de ser acuchillada:

«Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad».

UNA SEMANA MÁS TARDE

CAPÍTULO 51

Comisaría Provincial de Cádiz
Lunes, 9:15 horas

Tejada alzó la vista de los documentos que estaba consultando al ver a Manuel entrar en su despacho. Su irrupción le hizo fruncir el ceño, morderse los carrillos y suspirar de impaciencia, todo a la vez, en un gesto que materializó el desprecio más absoluto hacia el gigante que acababa de acomodarse ante su mesa.

—¿Qué haces aquí?

—De visita. Me aburría en casa.

El comisario abrió mucho los ojos, incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír. A Manuel le hizo gracia su desconcierto y no hizo nada por disimular una sonrisa que le salió desde muy dentro.

—Si te aburres, apúntate a un club de lectura. O ve a que te den por el culo.

Manuel meneó la cabeza de lado a lado sin dejar de sonreír. Pese a lo que estaba disfrutando, decidió que no era momento para bromas y que tenía que andarse con mucho cuidado si no quería que la situación se le fuera de las manos.

—¿Sabe qué? Llevo una semana dándole vueltas a algo que no consigo sacarme de la cabeza. Un detalle que no me deja conciliar el sueño de pura incongruencia.

—En tu situación, yo también estaría preocupado, Bianquetti.

Aquella aseveración no tenía otro objetivo que sacarle de quicio, pero Manuel encajó la pulla con estoicismo, tratando de no exteriorizar su inquietud. Tal y como estaban las cosas, la propuesta de sanción desde las altas esferas era su expulsión irrevocable del cuerpo. No solo porque sus decisiones hubieran interferido en una investigación oficial y de alguna manera hubieran provocado la muerte de Lucas y Abraham Murillo, sino porque además había utilizado su arma sin estar de servicio en pleno aparcamiento del hospital de Puerto Real. A decir verdad, los hechos eran tan contundentes e incontestables que resultaba inexplicable que todavía no hubiesen tomado una decisión respecto a su futuro.

—Verá, no es tan sencillo. Resulta que cuando Abraham Murillo acudió al domicilio de César Vidal para cargárselo iba acompañado de un matón de medio pelo. Un tal... —fingió hacer memoria, pese a que no lo necesitaba en absoluto— Emilio Calvino. ¿Le suena ese nombre?

Tejada no respondió y recuperó su habitual semblante impasible.

—Es el mismo tipo al que usted pagó para que me diera un correctivo, ¿recuerda?

Al ver que el comisario no iba a decir nada en su defensa, Manuel se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro del despacho con las manos en los bolsillos.

—Que apareciera ese tipo por segunda vez me hace pensar que su relación con Adolfo Murillo va más allá de un trato puntual para quitarme de la circulación. Insinúa un vínculo comercial más profundo, como si hiciera tiempo que usted y él se entienden.

—Tienes mucha imaginación, Bianquetti.

—He estado dándole vueltas y los de Asuntos Internos también. Si no han tomado todavía una decisión sobre mi futuro es porque me he guardado un as en la manga: la posibilidad de entregarles a un comisario corrupto.

Tejada sonrió por primera vez desde el comienzo de la conversación y abrió los brazos en un gesto que daba a entender que no se creía ni una palabra.

—Hablas demasiado, Bianquetti. No puedes acusar a la gente así, por las buenas.

—Estoy convencido de que usted es el contacto de Adolfo Murillo en comisaría. Cada vez que uno de sus vástagos forzaba a alguna chica, se ponía en contacto con usted para que le facilitara sus datos y así poder sobornarla.

Manuel había invertido muchas horas en convencer al inspector Silva de que interrogase a todas las chicas sudamericanas del listado que le entregó. El resultado fue que la mayoría de ellas reconoció a Abraham como su agresor, pero alguna también señaló a Lucas, lo que demostró que se trataba de dos degenerados que llevaban años abusando de muchachas a las que después su padre se ocupaba de sobornar convenientemente. Una afición que se había torcido la noche en que al hijo menor se le fue la mano y acabó con la vida de Clara Vidal.

—Empezaré a tomarte en serio cuando tengas pruebas de todo lo que dices —sentenció Tejada y cruzó las manos sobre el pecho—. Mientras tanto, te sugiero que...

—No sea gilipollas, mi trabajo no es buscar pruebas de sus fechorías. De eso se encargan los chicos de Asuntos Internos. Son expertos en investigar a otros policías, intervenir cuentas corrientes y rastrear ingresos de dudosa procedencia. Ya sabe cómo va esto.

El comisario parpadeó con fuerza varias veces, atando cabos en su cabeza a la velocidad de la luz. Manuel intuía que los perros de presa de Asuntos Internos encontrarían sin demasiado esfuerzo en la cuenta corriente de su superior misteriosos ingresos puntuales de efectivo que coincidirían con las fechas en las que todas aquellas chicas habían retirado sus denuncias. Ingresos que por sí solos pasarían desapercibidos si uno no sabía lo que estaba buscando, se dijo, y supo que Tejada estaba pensando en eso mismo.

Satisfecho, abandonó el despacho de su superior dejándole con el rictus congelado en una mueca de espanto, probablemente sospechando lo que estaba a punto de venírsele encima. El inspector Roberto Silva estaba en el pasillo con dos de los agentes de Asuntos Internos que llevaban toda la semana pululando por el edificio y los tres le dedicaron un gesto de complicidad al que Manuel no respondió. Después, entraron en el despacho de Tejada y cerraron la puerta tras ellos, para garantizar una

mínima confidencialidad de su conversación, a pesar de que, en unos minutos, todo el edificio estaría enterado de lo que estaba sucediendo y de que el actual comisario probablemente no iba a llegar a jubilarse como tal.

* * *

Manuel entró en el archivo y colocó sobre el escritorio del sorprendido Morgado el vaso de cartón con café recién sacado de la máquina.

—Coño, Bianquetti —saludó—. ¿Cómo tú por aquí?

—Todavía trabajo aquí, no lo olvides.

Morgado asintió y dio un sorbo a la bebida, al que siguió un gruñido de aprobación. Al ver que Manuel parecía estar esperando que dijera algo, carraspeó y le dio las gracias por la invitación.

—No hay de qué. Es lo mínimo que podía hacer después de todo lo que me has ayudado.

Morgado alzó una mano para pedirle discreción y se apresuró a cambiar de tema, consciente de lo difícil que resultaba guardar un secreto en aquel edificio.

—¿Cómo has escapado?

—Es pronto para saberlo. Si no me expulsan del cuerpo, que es lo más probable, puede que me caigan veinticuatro meses de suspensión y una propuesta de traslado a Dios sabe dónde.

—Tiene cojones.

—Eso digo yo.

Morgado liquidó el café, tiró el vaso a la papelera y volvió a enfrentarse a la mirada de Manuel, que seguía varado en medio del archivo sin hacer nada en absoluto. La actitud de su compañero pareció ponerle de los nervios, pero trató de disimular tomando el ratón del ordenador y haciendo aparecer en la pantalla la portada del *Mundo Deportivo*.

—Me mentiste, Miguel.

Manuel clavó en el veterano una mirada que este no le devolvió, como si no le hubiera oído. No respondió hasta que pasaron varios segundos.

—Ah, ¿sí?

—Cuando te pregunté por la empresa Muransa me contaste que la titularidad la ostentaba Adolfo Murillo, pero resulta que no es cierto. Me he informado y tiene un socio. Se llama Antonio Santos y vive en Jerez.

—Fallo mío —reconoció, cambiando del *Mundo Deportivo* al *Marca* a golpe de clic.

—No creo que fuera un fallo —insistió Manuel— ni una casualidad que me pusieras precisamente tras la pista del padre de un chico con un buen número de

violaciones a su espalda. Hace tiempo que aprendí a desconfiar de ese tipo de casualidades.

Morgado siguió a lo suyo, clicando aquí y allá, y Manuel exhaló un suspiro de impaciencia. Después se acercó a la toma de corriente en la que estaba conectado el equipo y desmontó el enchufe de una patada, provocando que el ordenador se apagara en el acto. Morgado soltó al fin el ratón, cruzó las manos sobre la mesa y le dedicó una mueca cansada.

—¿Qué coño quieres?

Manuel encogió los hombros con desgana. Ni él mismo conocía la respuesta a aquella pregunta, así que la eludió y planteó otra cuestión:

—¿Desde cuándo lo sabías?

Esta vez fue Morgado quien se encogió de hombros, tal que si no entendiera de qué estaba hablando, y Manuel insistió, pese a que sabía que no hacía ninguna falta que lo hiciera:

—¿Desde cuándo estabas enterado de lo de esos chicos? ¿Desde cuándo sabías que eran unos violadores y que su padre se encargaba de tapar sus fechorías a golpe de talonario?

Morgado dirigió una mirada involuntaria a la puerta del despacho para asegurarse de que seguían estando solos, antes de dedicarle una mirada cansada.

—¿Acaso importa? Te he ayudado, ¿no?

—Sí, pero solo cuando comencé a acercarme a la verdad. Para entonces esos chicos acumulaban un buen número de violaciones a sus espaldas y nunca has movido un dedo contra ellos. Solo cuando te pregunté por Muransa viste la oportunidad de intervenir. Dime una cosa: de no haberte preguntado por esa empresa, ¿habrías hecho algo para detenerles?

El veterano no respondió, probablemente avergonzado de la contestación a aquella pregunta. Al ver que Manuel no añadía nada más, trató de justificarse:

—¿Para qué iba a meterme donde no me llaman? Si esas chicas decidían aceptar dinero a cambio de retirar las denuncias, ¿quién era yo para impedirselo?

—De no haberte quedado sin hacer nada, Clara Vidal seguiría viva.

Morgado estuvo a punto de protestar, pero en el último momento se lo pensó mejor y guardó silencio. A Manuel no le costaba imaginar al veterano enterado de los tejemanejes entre el comisario y Adolfo Murillo, informado como estaba de todo lo que se cocía en comisaría, y por eso le jodía tanto que le hubiera utilizado para destapar todo.

—Me empujaste a investigar en la dirección correcta, pero eso no fue suficiente, ¿verdad?

El archivo se sumió en un silencio denso, aparatoso, que el veterano se esforzó en prolongar mucho más de lo necesario.

—He hablado con Silva y me ha contado que César Vidal insiste en que encontró la casa de los Murillo sin ayuda. La vio en las noticias, la buscó y la encontró. Así de

sencillo.

El tono jocosos que empleó hizo que el semblante de Morgado se endureciera, poco dispuesto a tolerar que le tomara por imbécil, y por fin salió de su mutismo.

—Dos violadores han muerto —sentenció—. Sabes tan bien como yo que están mejor así. A saber cuántas chicas más habrían sido violadas o asesinadas por ellos.

—Y además no has tenido que mancharte las manos. Te ha salido bien la jugada.

A Manuel no le cabía la menor duda de que había sido Morgado quien había puesto a César Vidal tras la pista de Lucas Murillo. Debía haberle hecho prometer que no revelaría su nombre a cambio de facilitarle la dirección del domicilio de este y permitirle llevar a cabo su venganza. No podía culpar a César por haber aceptado aquel trato, dispuesto a cualquier cosa con tal de vengar la memoria de su hija. Sin embargo, lo que más le enfurecía era la sensación de no haber sido más que un títere, un actor invitado en aquella parodia de investigación que habría terminado mucho antes si el veterano que tenía delante hubiera tenido el valor de hablar claro desde un primer momento.

Morgado debió de intuir lo que estaba pensando y le dedicó una mirada vidriosa, cansada. Como si comenzase a ser consciente de la gravedad de sus actos y buscase algún clavo al que agarrarse.

—Como ya te dije, yo también tengo una hija.

A Manuel, aquella maniobra le pareció sucia y fuera de lugar. Morgado no solo trataba de justificar su colaboración con el padre de Clara y su intervención como cómplice del asesinato de Lucas Murillo, sino que, además, con aquella mención velada a su propia hija estaba buscando su complicidad, como si de alguna manera no fueran tan diferentes.

De repente se sintió cansado, harto de todo y de todos. Como si varias cuerdas tirasen de él en distintas direcciones, forzándole a tomar la decisión correcta, a sabiendas de que, fuera cual fuera la opción elegida, él saldría perdiendo. Tejada iba a ser investigado, Lucas y Abraham Murillo habían muerto y él estaba pendiente de la resolución de un expediente disciplinario que no pintaba nada bien. ¿Qué ganaría salpicando además a Morgado? ¿Para qué arruinarle la vida a él también?

Antes de que pudiera tomar una decisión, la llegada del inspector Roberto Silva les hizo mudar el semblante y mirarle como si hubieran visto una aparición. A Silva no le pasaron desapercibidos el ambiente crispado del archivo ni la mirada recelosa de Morgado, pero decidió no darle importancia y se dirigió directamente a Manuel.

—Tejada no se arruga —sentenció y eligió con cuidado sus palabras para no revelar más información de la cuenta delante de Morgado—. Insiste en que es inocente y que la palabra de un indeseable como Emilio Calvino no vale nada frente a la suya.

Manuel asintió, como si ya hubiera previsto aquella contingencia.

—Hay que poner protección a Calvino desde ya. Si no, no creo que llegue a juicio.

Iba a añadir algo más, pero finalmente no lo hizo. Se limitó a mirar a Morgado, que le obsequió con una sonrisa triste que parecía decir: «Haz lo que veas» y le devolvió una mirada con la que quiso responder: «No me tientes».

Antes de que ninguno de los tres policías rompiera la barrera de silencio que acababa de imponerse entre ellos, la melodía del teléfono móvil de Manuel comenzó a sonar y este respondió al instante, sin molestarse en mirar el identificador de llamadas.

Una voz al otro lado de la línea pronunció cinco palabras, separadas en dos frases que le hicieron olvidarse de Tejada, de Silva, de Morgado y de la madre que los parió a todos. Colgó y salió corriendo del archivo bajo la mirada estupefacta de sus compañeros, rumbo al parque móvil para coger el Kadett mientras rezaba por que nadie se cruzara en su camino. Su subconsciente le traicionó evocando el familiar aroma a flores recién cortadas mientras rememoraba aquellas dos frases que suponían el comienzo de una nueva vida. De una segunda oportunidad.

—Ha despertado. Pregunta por usted.

AGRADECIMIENTOS

Me habría sido imposible hacer realidad esta novela sin la colaboración de muchas personas. Quiero aprovechar estas últimas líneas para dar las gracias a algunas de ellas:

A César, por honrarme con su amistad y con el mejor prólogo que se haya escrito nunca.

A Pablo Álvarez, por darme la oportunidad, y a Gonzalo Albert, por ser tan exigente y obligarme a dar lo máximo en cada línea. A todo el equipo de Suma de Letras, por hacer suya mi lucha.

A Daniel Heredia y David Hernández, mi familia libresca, por su entusiasmo y complicidad.

A mi tío Miguel, cuyo nombre he tomado prestado para bautizar a uno de los personajes de la novela, por confiar en mí cuando más lo necesité.

A mi familia, sin cuyos besos y abrazos no sería nadie.

A Paula, por su cariño, por su apoyo, por soportar mis berrinches y darme confianza, calor y motivos de sobra para sentarme a escribir cada día.

Y por supuesto a ti, lector, por darle una oportunidad a esta novela, y porque sin ti nada de esto tendría sentido. Si tienes cualquier observación, te apetece contarme qué te ha parecido o simplemente saludarme, puedes hacerlo a través del correo electrónico benitoolmo@hotmail.com o buscarme en las redes sociales. Me encantará saber de ti.



BENITO OLMO (Cádiz, 1980) ha trabajado como corrector, editor, columnista y negro, y es colaborador de varios medios como la revista *Fiat Lux* y el portal literario *¡A los libros!*

Es autor de las novelas *Caraballo* (2007) y *Mil cosas que no te dije antes de perderte* (2011), y con ellas bajo el brazo ha recorrido España a través de las diferentes Ferias del libro, lo que le ha permitido llegar a un gran número de lectores.